

se

CARTER DIKSON

# HOMBRE DE ORO



Lectulandia

«Hombre de oro», nos lleva a un mundo de intrigas donde todo está desquiciado.

Los personajes que en ella aparecen tienen aspecto de fantasmas que gravitan en el aire sin lograr posarse nunca en tierra.

El asesinato de Dwight Stanhope cuando intentaba robar en su propia casa es el tema principal de este relato, alrededor del cual gira toda la trama de la obra.

¿Quién apuñaló a Stanhope?

El misterio que envuelve este asesinato lleva consigo el descubrimiento de otros hechos delictivos, que ponen en tensión el ánimo del lector.

Escrita con la sagacidad propia de Carter Dickson, esta novela subyuga desde sus primeras páginas y hace que el lector no la abandone hasta llegar al final.

Betty Stanhope, Nicolás Wood, Vincent James, Christabel Stanhope..., personajes extraños que se mueven cautelosamente en torno de un asesinato incomprensible.

Intriga y emoción son las características de esta obra, que ha sido traducida a todos los idiomas y llevada al cine y al teatro.

**Lectulandia**

Carter Dickson

# **Hombre de oro**

**Henry Merrivale - 13**

ePub r1.0

Titivillus 07.05.2017

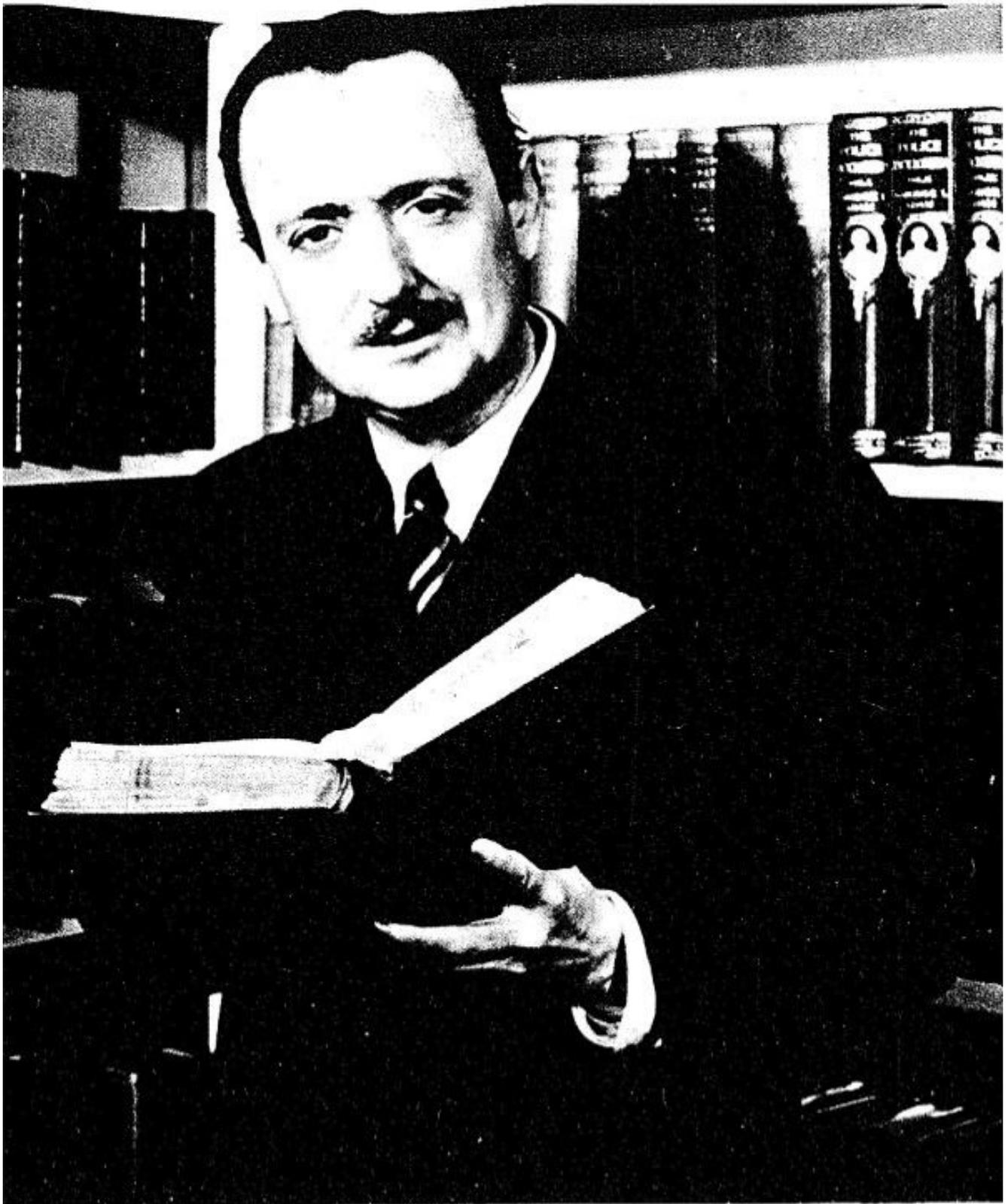
Título original: *The Gilded Man*  
Carter Dickson, 1942  
Traducción: Amando Lázaro Ros

Editor digital: Titivillus  
Retoque de portada: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## NOTA PRELIMINAR

### CARTER DICKSON

*CARTER DICKSON, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Uniontown, Pennsylvania, el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.*

*Aparte de numerosas novelas —más de cuarenta—, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.*

*John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fue honrado con la inclusión en el Detective Club.*

*Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.*

*Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fue varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.*

*J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.*

*Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.*

*Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como “H. M.” o “El Anciano”.*

*La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte han sido y son los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.*

*John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.*

## CARTER DICKSON

*Carter Dickson, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Norteamérica el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.*

*Aparte de las numerosas novelas que lleva escritas, más de cuarenta, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.*

*Cinco obras constituyen este segundo volumen de Novelas escogidas<sup>[1]</sup>.*

*En la primera, Murió como una dama, se nos presenta Carter Dickson como el hábil e inteligente escritor que es, desplegando sus peculiares dotes de argumentista y psicólogo que le han hecho destacarse entre los grandes realizadores de la novela policíaca.*

*Después de haber estado escuchando la retransmisión de Romeo y Julieta, de Shakespeare, Rita Wainright y su joven amante Sullivan desaparecen, dejando escrita una carta en la que la muchacha dice que, puesto que ha de morir, quiere hacerlo como una dama, igual que Julieta.*

*Siguiendo sus huellas hasta el acantilado que está próximo a la casa, el anciano doctor Luke, que estuvo de visita con ellos, descubre la muerte de ambos.*

*Su hallazgo se lo comunica a Alec, el marido de Rita, hombre opulento, de edad madura y que colma a su esposa de joyas.*

*Alec finge no conocer los amoríos de su esposa con Sullivan, así como su proyecto de fuga con el joven, y dice que la noche del aparente doble suicidio de la pareja —asesinato, en realidad, pues fueron heridos antes de ser arrojados al mar—, él no se movió de su casa.*

*A un abandonado pabellón de los alrededores llega aquella misma noche, procedente de Londres, Bella Sullivan en busca de su marido.*

*¿Qué tiene que ver esta mujer, trastornada por el terror, con el drama?*

*¿Qué papel interpreta en todo aquel conflicto?*

*El doctor Luke opina que el asesino es un tercer personaje, en tanto que el policía Craft mantiene su creencia en el suicidio, después que uno de los amantes matara al otro; mientras que sir Henry Merrivale sigue otra pista, ayudado por Tom,*

hijo de Luke y médico como él.

*La pugna entablada por todos los que buscan la solución del conflicto da lugar a escenas movidas, trazadas con maestría absoluta y dominio característico del idioma.*

*Carter Dickson se apunta con esta novela un tanto a su favor.*

*La insólita solución del enigma llena de sorpresa al lector.*

*Empezó entre fieras es una novela originalísima que nos hipnotiza materialmente. Empieza el relato con las fieras del parque zoológico rugiendo al fondo; es decir, empieza entre fieras, pero acaba con la flema de cualquiera.*

*Míster Benton, además de director del parque zoológico de Londres, es un gran aficionado a los reptiles.*

*Posee magníficos ejemplares, que cuida con pasión de coleccionista de obras de arte, enseñándoselos a sus amigos como si se tratara de hallazgos inapreciables.*

*Una noche, cuando varios invitados a cenar llegan a su casa, la encuentran vacía. Benton no aparece por ningún sitio. Al fin lo encuentran en una habitación precintada por dentro, con las rendijas de las ventanas y de las puertas tapadas con papel engomado. La habitación está llena de gas venenoso y allí está muerto Benton, en compañía de uno de los ejemplares más valiosos de sus serpientes.*

*Nadie ha podido salir de la habitación después de precintada. Sin embargo, la muerte de Benton no parece suicidio.*

*¿Se trata de un crimen?*

*¿Cómo, de ser así, pudo escapar el asesino?*

*Este alucinante relato es difícil de leer con sosiego. El lector se ve envuelto en la trama, que llega a dominarle, a obsesionarle, a excitarle.*

*La solución, sencilla, aunque parezca complicada, nos da idea de hasta dónde llega la habilidad del autor para embrollar un caso que, a todas luces, se presenta claro ante los ojos del lector.*

*La tercera novela incluida en este volumen lleva por título Anda de noche, y su autor nos presenta en ella un caso de asesinato perpetrado con una espada de finísimo filo, que ocasiona el decapitamiento de la víctima.*

*El asesinado es el duque de Saligny.*

*El misterio más impenetrable rodea este hecho, que causa sensación en los medios sociales a causa de la personalidad de la víctima, estimadísima entre la buena sociedad.*

*¿Quién pudo asesinarle? Esta es la pregunta que todos se hacen, sin que nadie llegue a dar una contestación precisa.*

*Carter Dickson, con su maestría acostumbrada, nos presenta una serie de tipos*

raros, todos ellos mezclados, más o menos, en este asesinato, sin que haya prueba decisiva contra ninguno de ellos.

Por fin, al cabo de investigaciones fatigosas, se consigue dar con el asesino; pero hasta llegar a ese final, que asombra por lo inesperado, el autor nos hace sentirnos dominados por el terror que se desprende de toda la novela y que llega a alucinarnos como una pesadilla.

Con diálogo conciso, sin prodigar palabras innecesarias ni frases vanas, este relato es buena muestra de la capacidad inventiva de su autor.

Hombre de oro, cuarta novela de este volumen, nos lleva a un mundo de intrigas donde todo está desquiciado.

Los personajes que en ella aparecen tienen aspecto de fantasmas que gravitan en el aire sin lograr posarse nunca en tierra.

El asesinato de Dwight Stanhope cuando intentaba robar en su propia casa es el tema principal de este relato, alrededor del cual gira toda la trama de la obra.

¿Quién apuñaló a Stanhope?

El misterio que envuelve este asesinato lleva consigo el descubrimiento de otros hechos delictivos, que ponen en tensión el ánimo del lector.

Escrita con la sagacidad propia de Carter Dickson, esta novela subyuga desde sus primeras páginas y hace que el lector no la abandone hasta llegar al final.

Betty Stanhope, Nicolás Wood, Vincent James, Christabel Stanhope..., personajes extraños que se mueven cautelosamente en torno de un asesinato incomprensible.

Intriga y emoción son las características de esta obra, que ha sido traducida a todos los idiomas y llevada al cine y al teatro.

Por último, Se alquila un cementerio, como colofón a este volumen de novelas escogidas.

Sir Henry Merrivale, viejo detective inglés, recibe un cable de Manning invitándole a presenciar un milagro en su casa.

El detective se entera por el propio Manning de que desaparecerá en el momento más inesperado sin que nadie sepa cómo, y efectivamente, cuando todos se hallan en la piscina de su casa, Manning se arroja al agua y desaparece sin dejar rastro.

¿Qué ha sucedido?

Hipótesis y cábalas surgen por todas partes.

El misterio, a medida que va pasando el tiempo, se hace más impenetrable.

Sir Henry trata por todos los medios de esclarecer un caso como nunca se le presentó otro. Investiga, pregunta, inquiere...

¿Cómo pudo desaparecer Manning en el interior de una piscina con todo el mundo presente?

*Este es el caso que Carter Dickson presenta en esta alucinante novela que deja atónito al lector, pues en ella van aunados el misterio con el interés, la fantasmagoría con la realidad, lo real con lo inverosímil.*

*Con un diálogo conciso, Carter Dickson nos arrastra hasta el final de la novela, dándonos una solución inesperada e incomprensible, pero verdadera.*

*Salvador Bordoy Luque.*

—Y aquí tiene usted el teatrillo —dijo Betty.

Cruzó la puerta y encendió, uno tras otro, los juegos de luces. Su acompañante recorrió con la vista el interior, y experimentó la sensación, una vez más, de estar viviendo un capítulo de *Las mil y una noches*.

—Todo sigue, más o menos, igual que entonces —agregó Betty—. Aunque, como es natural, en aquella época la iluminación era de gas.

—¿Y es aquí donde ella daba sus funciones de teatro privadas?

—Sí, y aquí también donde murió.

Parecía un ascua aquella miniatura de teatro, tapizado y acolchado igual que un estuche de joyería. La luz y los sonidos morían en sus pesados cortinajes de terciopelo. Campeaban por todas partes el gris oscuro y el oro. Sus paredes formaban una circunferencia de doce metros de diámetro, más o menos, con primorosas grecas talladas; únicamente rompía esa circunferencia, en lo que podríamos llamar la parte frontal, la línea recta del escenario, que daba la impresión de ser poco más que un dosel, alfombrado y encerrado en relieves de oro que formaban un arco. Consistían los asientos en unos pocos sillones colocados al fondo, detrás de balaustradas de madera que ostentaban, enlazando en su parte delantera, el monograma «F. V.». Se respiraba en todo aquello una atmósfera muy del año 1860...

—Menos en *aquello*— exclamó Betty, completando este pensamiento y apuntando con la mano en determinada dirección.

Nicolás Wood se echó a reír; pero casi en seguida pensó que quizá hubiera hecho mejor contestar con una ligera exclamación de agrado, porque la joven dio señales de sentirse molesta.

*Aquello* era un bar minúsculo, pero que no le faltaba detalle, incrustado en uno de los muros. Botellas y vasos brillaban en él sobre un fondo de espejos, y hasta se veían inscripciones chistosas, como la de «No se aceptan cheques» y la de «Rigurosamente prohibidas las apuestas».

—Fue ocurrencia de papá —explicó Betty, y subrayó sus palabras con una mueca—. Todas las ideas que tiene papá son siempre de orden práctico. Mire: ha llegado hasta instalar un aparato proyector de películas detrás de aquella pared, y en el escenario hay una pantalla que se sube y se baja a voluntad.

—¿Y qué le pareció esa idea a su mamá de usted?

—¡Mamá se puso furiosa! ¡Y aún...!

Costábale esfuerzo a Nicolás Wood pensar que se encontraba en aquel momento en el piso alto de una mansión de campo que no distaba veinte millas de Londres; que

la nieve caía mansamente sobre el tejado y que muy cerca de él glogloteaban las cañerías de la calefacción central. Con bar o sin bar, el teatrillo imponía cierto respeto. Su acolchada quietud, su furtiva magnificencia y su ensoñadora sensación de lejanía obligaban a pisar con tiento y a hablar cuchicheando.

Betty Stanhope advirtió que todo aquello había causado impresión en su acompañante, y a este no se le escapó la satisfacción que por tal motivo experimentó la joven.

Menos mal que Betty no entraba en el problema que a él se le planteaba allí. Betty era una chica francamente romántica; amaba sin rodeos lo pintoresco y lo complicado, aunque no lo demostrase en su atavío ni en sus maneras.

Era una joven que frisaba en los veinticinco años, de voz dulce, continente serio y una sonrisa inesperada que sorprendía. Antes de verla sonreír, saltaba a la vista que era bonita, en el sentido convencional que encierra el calificativo; es decir, facciones correctas y cutis terso y lozano. Llevaba el pelo cortado como el de un pajecillo, y la mirada de sus ojos azules era franca. Pero, de pronto, redondeaba sus labios la sonrisa y descubría una nueva cualidad, que algunos calificaban de humorismo y otros de picardía. Apagábase la sonrisa y el rostro volvía a adquirir su impasibilidad.

En pie, en el centro del oculto teatro, luciendo un vestido de mesa, negro y liso, movió afirmativamente la cabeza, como si exteriorizase su aprobación por ver que todo estaba en su sitio. Y dijo sonriendo:

—De todos modos, y ya que el bar está donde está, ¿no le agradecería beber algo?

—Encantado.

Betty alzó la trampilla del mostrador y se escurrió dentro de aquel nicho. Una lámpara cónica que colgaba sobre el mostrador, y que destacaba con su brillo en la suave iluminación de aquel recinto, vertió sobre los cabellos castaños unos toques de oro. Nicolás examinaba el monograma dorado «F. V.» tallado en la pared, bajo el mostrador, y preguntó:

—¿Dice usted que Flavia Venner murió aquí mismo?

—En efecto. Se desplomó sin vida durante una representación de *Salomé*.

—¿De *Salomé*?

—Sí, señor. La obra era de índole muy particular y había sido escrita especialmente para ella por...

Betty nombró a un poeta de la época de la reina Victoria, tan eminente y conocido como la abadía de Westminster, en donde yacen sus restos. Al observar la mirada de sorpresa de su acompañante, insistió:

—El hecho es completamente cierto. En la biblioteca del piso bajo guardamos el manuscrito original. ¿Qué va a ser, *whisky* o coñac?

—*Whisky*, por favor. ¿De modo que la obra era...?

—Exactamente lo que usted se imagina. Como supondrá, el escándalo fue mayúsculo; pero se echó tierra al asunto. Eran unos tiempos en los que imperaba la honrada fórmula de que se podía hacer cualquier cosa a condición de no darle

publicidad.

Había en el bar lo mismo que suele haber en los despachos de bebidas: una hilera de botellas con pequeñas espitas. Betty abrió la del *whisky*. Empujó con mucha decisión el vaso y el sifón hacia su acompañante. Este le preguntó:

—¿A usted le parece bien eso?

La joven contestó reflexivamente:

—Sí, creo que sí. Me temo, en cambio, que mi hermana disentería.

«No —se dijo para sí—, Leonor no estaría conforme».

Y agregó en voz alta:

—Leonor diría que se puede hacer cualquier cosa a condición de hacerla jactanciosamente. Para demostrar que una no sufre complejo alguno —hizo una ligera mueca y se echó a reír—. Ha adivinado usted. Odio tal palabra.

—¿La de complejo?

—Esa misma. Parece que quisieran dar a entender con ella todo cuanto resulta nuevo, llamativo, profundo y fastidioso.

Hablaba con volubilidad, aunque se daba cuenta de que el joven no había hecho su pregunta al buen tuntún.

—Eso indica que usted, personalmente, es de la época victoriana. ¿Quizá por temperamento?

—De ninguna manera; aunque en algo estoy de acuerdo con mi padre, y es en que a los dos nos molestan las fantasías. Pregunte a cualquiera, y todos le dirán que jamás ha tenido él una ocurrencia que no fuese de orden práctico.

—Me extraña —exclamó Nicolás Wood.

Había metido la pata. Lo vio reflejado en la expresión de Betty, que volvió rápidamente los ojos azules hacia él. Se le habían escapado aquellas palabras. Absorto y con la vista fija en la bebida, perdió el dominio de sí mismo. Betty, que estaba secando un vaso con estilo de suficiencia profesional, suspendió la labor. Se miraron el uno al otro. Nicolás alzó el vaso, lo inclinó y bebió. Betty le preguntó sin rodeos:

—¿Por qué ha dicho usted eso?

—¿Dije algo?

—Sí; acerca de mi padre.

—¡Querida señorita Stanhope! A lo que yo me referí fue a las costumbres de estos señores, los reyes del dinero.

—¿A propósito de qué?

—Vea usted, por ejemplo, a su padre, que dispone de millones en su activo...

—No tanto.

—Pongamos, de todos modos, unos cuantos miles —al decir esto dejó el vaso en el mostrador—. Tenemos aquí, como testimonio, esta casa en que estamos, y en la que basta darle a un botón para que ocurra lo más inesperado. Yo me preguntaba si esta clase de hombres no sufrirá también algunas equivocaciones.

Los tacones del joven se hundían en la gruesa alfombra gris. Las lámparas, disimuladas detrás de prismas en la pared, despedían una luz difusa y siluetaban de sombras los altos relieves dorados. Era difícil leer en el rostro de Betty, aunque la lámpara que tenía encima proyectaba sobre ella una fuerte luz. La sensación de mutua comprensión que él había comprobado durante toda la velada se había esfumado, al mismo tiempo que la marcada afectuosidad de la joven. Esta dejó de limpiar el vaso y se puso a sacar brillo a la barra del mostrador con el mismo paño. Y dijo:

—Flavia Venner solía llamar a esta casa la casa del antifaz.

—¿Por qué razón?

—No tiene importancia —Betty alzó la vista y preguntó—: Dígame, señor Wood: ¿quién es usted?

—Es esa una pregunta que a cualquiera le resulta difícil contestar. Quiero decir, así, de pronto.

—Hágame el favor de no tomarme a broma.

—No bromeo. Soy... —hizo un esfuerzo para escapar a su penetración superfemenina—, soy un amigo de su padre. Me invitó a pasar aquí el Año Nuevo. ¿Sabe usted, señorita Stanhope, que se le parece usted mucho?

La joven desvió la vista para mirar el mostrador y le preguntó:

—¿Tiene usted mucha relación con mi padre?

—Sí, mucha.

—Y, con todo eso, ¿ignora usted que no es tal padre mío? ¿Que tanto él como mi madre se casaron en segundas nupcias? ¿Que yo nací del primer matrimonio de mi madre, y Leonor del primer matrimonio de su padre? ¿Tan íntimos amigos y lo ignoraba usted?

Reinó tan intenso silencio que solo entonces se oyó un ruido dentro del salón: el tictac de un relojito colocado en la parte posterior del bar, y que marcaba con sus agujas las diez y veinte.

Nicolás se echó a reír.

—Me he referido antes a normas de conducta. No le gusta andarse con rodeos, ¿verdad?

En el acto se arrepintió de haber hablado así, porque vio pintada en el rostro de Betty la aflicción. ¿Cómo había tomado la conversación tan extraño derrotero? ¿Cómo es posible no advertir el momento en que uno se desvía de la intimidad y se mete en un lío? Por eso añadió:

—Y si usted duda de mi sinceridad, ahí está Vincent James, que puede responder por mí.

«Era una suerte —pensó para sí— que Vincent James se hallase también en la casa. Para tranquilizar al anfitrión, o a la dueña de casa más recelosa, era suficiente que Vincent dijese con sus maneras señoriales: “¿Nicolás Wood? Lo conozco. Es un caballero”».

Betty dijo bruscamente:

—Haga el favor de perdonarme. Veo que, encima de no decir sino disparates, he cometido una grosería.

—Nada eso. Pero hábleme de Flavia Venner.

—¿Le interesa? ¿Verdaderamente le interesa?

—Mucho, créame.

Betty se puso de codos sobre el brillante mostrador. La lámpara que colgaba encima de su cabeza encendía reflejos dorados en sus castaños cabellos. Su mirada iba girando por la circunferencia del teatro y sus labios se movían como si estuviese indecisa por dónde empezar. Dijo por fin:

—Esta casa era de su propiedad. Se la compró lord Saxmunden, allá por el año sesenta.

Betty enarcó una de sus cejas.

—Pongamos más bien que dio mucho que hablar. Pero creía firmemente que ella estaba muy por encima de lo vulgar, y aspiraba a representar el repertorio de los clásicos. Pero eso no le interesaba al público; el público iba a ver a la Venner. Existe la tradición de que las representaciones privadas que aquí se daban veíanse favorecidas por la realeza.

Nicolás Wood vio de pronto, en un desvarío de su imaginación, a la difunta y llorada reina Victoria entrar cojeando en el teatrillo, mirar con gesto agrio en torno suyo y declarar que no se había divertido.

Betty debió de adivinar ahora también sus pensamientos, porque corrió por su rostro un relámpago de regocijo.

—No, no es eso. Me refería a personas reales de menor categoría. Así y todo, se guardaban las conveniencias. ¿Sabe usted cómo son los palcos que llaman *baignoire*?

El joven intentó hacer memoria.

—Los teatros en Francia suelen tenerlos, ¿verdad? Son unos palcos reservados, que consisten en una especie de celdilla con un ojo de buey. Las personas que guardan luto van a ellos y presencian la representación sin ser vistas por la concurrencia.

Betty cabeceó afirmativamente y dijo:

—Venga y vea los que nosotros tenemos aquí.

Levantó la trampilla del mostrador, se escurrió fuera y echó a andar para cruzar el teatro. El joven la siguió. Ella dejó atrás los sillones colocados en una plataforma y resguardados por una balaustrada, y se dirigió a la pared posterior. Nicolás Wood no distinguió en las pesadas cortinas de terciopelo nada que las diferenciase del resto de las del teatro. Pero Betty tiró hacia un lado una de aquellas, y al hacerlo puso al descubierto un nicho oscuro. Y a medida que fue corriéndola más y más, descubrió el joven una alcoba acolchada, y en ella una plataforma, sobre la cual había un asiento con cojines casi tan ancho como una meridiana.

—Ya ve usted —explicó Betty— que el agosto personaje se hallaba aquí bien aislado y a salvo de indiscreciones.

—¿Y cómo se las arreglaba el augusto personaje para ver lo que pasaba del lado de afuera?

—Pruebe usted mismo.

Intrigado, el joven penetró en la alcoba y tomó asiento. Betty entró a continuación. Dio un tirón y la cortina se cerró, ondulante. Cayó la oscuridad como un capillo apagavelas, dejando únicamente una estrecha abertura apaisada, más o menos a la altura de los ojos, por la que podían distinguir, como al través de una gasa gris, el escenario, que se hallaba enfrente.

La joven siguió diciendo:

—Se trata de una trampa en el tejido de la cortina, y no hay modo de descubrirla como no se proyecte sobre ella una luz muy fuerte.

Aquello venía a ser una habitación dentro de otra, una alcoba dentro de otra alcoba. Desde el lugar en que estaba sentado, dominaba el joven el escenario hasta la chimenea de mármol que había en el fondo. Alargando el cuello hacia la derecha, alcanzaba a ver el bar, que con sus etiquetas chillonas constituía una intrusión modernista.

—Había más de uno —dijo Betty—. Papá destinó el del centro, que era el más espacioso, a cabina de proyección para el cine. Se ahoga uno aquí, ¿verdad?

En el instante mismo en que ella hacía esta pregunta, el dorso de la mano del joven tocó a Betty en un costado. Un contacto de esta clase, por muy casual e involuntario que sea, puede muy bien despertar emociones que resultan desproporcionadas con la nimiedad del hecho. Sugiere, hace pensar cosas en las que hasta entonces no se había pensado.

Por la cabeza de Nicolás Wood cruzó el recuerdo de que él no se hallaba en aquella casa en calidad de invitado, y que lo que se le había ocurrido envolvía una especie de traición contra Dwight Stanhope y todo cuanto Dwight Stanhope poseía.

Pero no podía dominarse. Oía junto a él —sentía casi— la leve respiración de Betty. Aquella oscuridad, el aislamiento en un cuarto dentro de otro cuarto, el tupido brocado, que trascendía a moho, de la alcoba, todo ello llevó su imaginación por unos derroteros que no hicieron sino acentuarse al contacto del cuerpo de la joven. Una débil claridad se filtraba por la abertura del cortinaje. Betty volvió rápidamente la cabeza, y el joven pudo ver uno de sus ojos; había en él una expresión de susto. Nicolás Wood comprendió que también a ella le habían asaltado idénticos pensamientos, tan impensadamente como a él.

—Creo que sería preferible... —empezó ella a decir bruscamente, pero se calló, esperando.

Sí, los dos esperaban. ¿Qué hará él? ¿Qué hará ella? ¿Pensamos los dos lo mismo? ¿Será más bien una idea que se me ha ocurrido a mí nada más? En situaciones así, cuando se dialoga sin palabras, un segundo, medio segundo, parece durar minutos.

Nicolás Wood dejó caer la mano y tropezó con la de Betty. Esta no retiró la suya;

permaneció completamente inmóvil. El fino paño del esmoquin oprimía el ligero tul negro que cubría el brazo de la joven.

Nicolás Wood sentía el vaivén de la respiración de Betty. Se volvió hacia ella, y en aquel momento resonó claramente en el teatro una voz que sobresaltó a los dos:

—¡Hola! Alguien se dejó aquí las luces encendidas.

Hagamos constar que Betty se estremeció como si la hubiesen quemado. Nicolás, en cambio, miró rápidamente hacia su derecha, al mismo tiempo que alargaba el brazo para sostenerse y no caer fuera al ceder las cortinas, como ocurre con los cadáveres en las novelas policíacas.

—Tranquílcese —cuchicheó al oído de Betty—. Es Vince... Digo, no. ¡Por todos los diablos! Es su padre de usted.

Y la voz tranquila de Dwight Stanhope siguió diciendo:

—Vamos a ver qué tienes que decirme.

Aunque Dwight Stanhope andaba entre los cincuenta y los sesenta, parecía ser veinte años más joven, por lo fuerte y ágil que estaba. Cuando entró en el campo visual de los dos jóvenes, vieron estos su espalda, cubierta por una prenda bien cortada. Cruzó lentamente hacia el bar, dio media vuelta y apoyó un codo en el mostrador.

Por lo general solía mantenerse erguido, porque era alto y musculoso. Tenía los cabellos del color que suele llamarse gris metálico, aunque sería más propio llamarle de lana de cordero sin lavar. Sin embargo, su rubicundez hacía sospechar una elevada presión sanguínea; su mirada, su voz y sus modales eran tranquilos, casi afectuosos.

Cogió el vaso vacío que estaba sobre el mostrador, lo acercó a la nariz y exclamó:

—¡Hola! Alguien estuvo aquí bebiendo.

—Todo el mundo se da a la bebida —replicó su acompañante, un hombrecito delgado y medio calvo—. No me agrada. Les hace daño.

—Déjalos. Les sentará bien.

—Tu hija bebe con exceso. Y tú lo sabes.

—¿Cuál de mis hijas?

—¿Cuál va a ser? Leonor. No pensarás que me refería a Betty. Betty es una chica encantadora.

Al oír estas palabras es cuando Betty Stanhope y Nicolás Wood debieron de salir de su escondite, si antes no lo habían hecho ya.

La cosa parece sencilla sobre el papel. Póngase el lector en su caso, salga del palco cerrado y diga: «Perdón; estábamos viendo el efecto que produce el teatro visto desde allí dentro, con las cortinas cerradas». Pero si su conciencia pecadora le está diciendo que no eran, ni mucho menos, esos sus propósitos, el pecado sale a la cara y es natural que se sobreponga a la indecisión. Muy especialmente es lo que le ocurrió a Nicolás Wood estando presente el señor Buller Naseby.

Porque vio que aquel hombrecito delgado, de rápidos movimientos, era el señor

Naseby, que había estado presente en la cena de aquella noche, durante la cual habló muy poco, fuera del tema de sus digestiones, y que no era huésped de la casa, porque, según parece, tenía la suya propia a cosa de un cuarto de milla de distancia. Era el señor Naseby otro financiero, cuyo prestigio en la City casi igualaba al de Dwight Stanhope.

Digamos que aunque Betty se encontraba tan azorada que miró hacia otro lado, hizo, no obstante, un esfuerzo poco entusiasta para salir de la alcoba. Su acompañante la detuvo. Es preciso decir que su acompañante tenía otros motivos para actuar así.

Los dos jóvenes miraban al través de la abertura que formaba la gasa. El señor Naseby, encaramándose a uno de los bancos del mostrador, en el que enroscó sus piernas, preguntó:

—¿Qué hay sobre esa reunión del Año Nuevo de que tanto se habla?

—Eso. Una función.

—Si te interesa mi opinión, te diré que me parece una ocurrencia estúpida dar una fiesta por Año Nuevo.

Dwight Stanhope esbozó una sonrisa.

—No tiene nada de estúpida. A mi mujer se le había antojado dar por la Navidad una fiesta de máscaras. No hay cosa que yo odie más que disfrazarme.

El señor Naseby dejó escapar un leve gruñido de conformidad, aunque no parecía tan convencido como el dueño de la casa. Este siguió diciéndole:

—Además, en las fiestas que se dan por Navidades hay siempre mucho barullo, y a mí no me agrada el barullo. De esta manera salgo del paso con poco quebranto.

—Dwight, jovencito, eres un cochino egoísta —comentó sin acrimonia el señor Naseby.

—Muchas gracias. Además, hablando con propiedad, ni siquiera se trata de una verdadera fiesta. Solo tenemos dos invitados: Vincent James y este mozo Wood. Hubiera yo querido que viniese también el comandante, pero sigue de maniobras.

—Vincent James —dijo el señor Buller— es el hombre que nunca come en su casa. Si a este caballero le faltase alguna vez casa ajena adonde ir a pasar el fin de semana, se levantaría la tapa de los sesos de un tiro, por no poder soportar el aburrimiento. Dwight, muchacho, ¿te das cuenta de que tú y yo trabajamos hasta reventar para dar de comer a estas gentes que llaman de la nobleza o de la buena sociedad? ¿Te das cuenta de que hacemos el papel de los jefes de cocina franceses?

Stanhope sopesó lo que decía su amigo. Pareció que iba a agregar algo, pero se contuvo.

Al ver que se callaba, apuntó aquel:

—Comen también nuestras familias. ¿Podemos hacer otra cosa?

—¡Cocineros! Eso es lo que somos. ¡Cocineros! —exclamó agriamente el señor Naseby.

Stanhope le replicó con sonrisa maliciosa:

—No te des postín, muchacho. No trabajas hasta reventar, ni siquiera hasta

cansarte. Trabajas porque de otro modo no sabrías en qué matar el tiempo. Eres un farsante.

—¿Sigues con tu antipatía hacia los farsantes?

—Como siempre.

—¡Bah! —exclamó el señor Naseby por todo comentario, y echó mano a una patata frita de las que había en un platillo sobre el mostrador—. A propósito, ¿qué sabes tú del otro caballero, de ese Nicolás Wood?

—Poca cosa. Es amigo de Betty. Lo conoció en Londres, no sé dónde, y se empeñó en que le invitase. Es todo lo que sé.

Hubo unos instantes de silencio. Betty volvió lentamente la cabeza para mirar con asombro a su acompañante.

Dwight Stanhope, después de soltar mentira tan flagrante, volvió a apoyar un codo sobre el mostrador con aire descuidado. Esta actitud intrascendente era en él como un aflojamiento de su dignidad. Sus ojos, afables o ingenuos, no denotaban la menor curiosidad. Dejó a un lado aquel tema con la misma despreocupación con que habría soplado de encima del mostrador un grano de sal. Al reanudar la conversación, pareció que abordaba otro tema, porque preguntó:

—¿De qué me querías hablar?

—¿Hablarte yo a ti?

—Sí. Reservadamente. Para eso me has traído aquí arriba.

El señor Naseby se echó a la boca otra patata frita y permaneció unos momentos en silencio. Betty y su acompañante veían la parte posterior de su cabeza, con lo que le quedaba en ella de pelo entrecano, muy pegado al cráneo.

—¿Has meditado acerca de mi proposición?

—¿Cuál de ellas?

—La del Hombre de Oro —contestó el señor Naseby.

En el rostro de Dwight Stanhope se pintó una sonrisa de indecible afectuosidad, pero que rezumaba escepticismo. Hubiérase dicho que compadecía a su viejo amigo. Movi6 negativamente la cabeza.

—Buller, amigo mío, supongo que no me lo propusiste en serio.

—¿Y por qué no?

—¡Tú, hombre de negocios con sentido práctico!

—Lo soy, no te quepa duda, y por eso afirmo que es factible —exclamó el señor Naseby, dando con la mano en el borde del mostrador.

—¡El Hombre de Oro! —exclamó Stanhope con frases cada vez más misteriosas—. Con que exploremos bien la laguna, ya hemos dado el golpe que ha de afianzar nuestra posición para siempre. Dime, Buller: ¿es que has vuelto a entregarte a la lectura de novelas para chicos de escuela? ¡De ninguna manera! No y no... ¿Y qué dinero habría que invertir? Me he olvidado de la cifra.

El señor Naseby era hombre obstinado.

—No la has olvidado. Has visto los cálculos. Pero te la repetiré. De cincuenta a

sesenta mil libras.

En la cara de Dwight Stanhope se dibujó un gesto de desconsuelo.

—De cincuenta a sesenta mil, para realizar el trabajo eficazmente —insistió el señor Naseby.

—¿Y cómo no financias el asunto por entero tú solo, si juzgas tan ventajoso el negocio?

—Hay que dividir el riesgo —replicó Naseby, sacudiendo violentamente la cabeza—. Es siempre la mejor norma. Tú sabes algo de eso. Dividir el riesgo y retirarse con las ganancias cuando aún es rentable la empresa.

—Lo siento, viejo. No me es posible compartir el riesgo en una aventura como esa. Solo hay un «Hombre de Oro» que en este momento me interesa.

El señor Naseby preguntó bruscamente:

—Dwight, muchacho, ¿me permites que te haga una pregunta?

—Desde luego.

—¿Andas en aprietos?

Stanhope seguía en su postura descuidada, apoyado en un codo y agarrando con su mano derecha los dedos de la izquierda. Mientras hablaron de negocios, su sonrisa había sido estereotipada y bastante insincera, pero esta última pregunta pareció haberle hecho francamente gracia.

—No; es decir, no lo estoy más que cualquiera de nosotros. ¿Por qué me lo preguntas?

El señor Naseby no se andaba con contemplaciones y contestó:

—Es que tu conducta me está pareciendo rara.

—¿En qué?

—Lo digo por los cuadros.

—Pues no te entiendo.

—Veamos —el señor Naseby, encaramado como un mono en su alto taburete, echó mano a otra patata frita. Betty y Wood no podían verle la cara, pero los movimientos de su occipucio eran bastante expresivos—. Veamos. Tú posees una colección de cuadros muy valiosos. Así me lo han dicho. Yo no entiendo de tales cosas. Casi todos pertenecieron a esa vieja golfa de... ¿Cómo se llamaba?

—¿Te refieres a Flavia Venner?

—A ella misma: Flavia Venner. Supongo que los tendrás asegurados. Deben de estarlo, y si no los tienes asegurados, eres un insensato.

Stanhope no hizo comentario alguno.

—Esos cuadros no estuvieron siempre muy bien guardados —siguió diciendo Naseby—. Los tenían arriba, en una galería, con timbres de alarma por todas partes.

—Sigue.

—¿Y qué se te ha ocurrido hacer a ti? Has colocado en la planta baja los de mayor valor. Los has colgado en el comedor. Sin un solo timbre de alarma. En una habitación cuyos balcones dan a la pradera. Dwight, muchacho, lo único que te queda

por hacer es asomarte a uno de ellos y silbar, llamando a Bill Sikes para que te los robe. ¿O es que, por una casualidad, pretendes, en efecto, que te los roben? Te lo pregunto en mi condición de viejo amigo tuyo, porque me hago un lío con todo ello.

Y acabada la retahíla, acometió el señor Naseby a las patatas fritas con tal afán que dejó limpio el plato. El ruido de la masticación adquiría el carácter de un subrayado de sus palabras. Dwight Stanhope le contemplaba con expresión de agrado, que no dejaba transparentar sus pensamientos. Y contestó:

—En efecto, te haces un lío.

El señor Naseby se limpió de sal los labios y agregó:

—Esto, por un lado. Pero es que, además...

—¡Buuuh! —gritó detrás de su misma oreja una voz que quería asustar.

Era Leonor Stanhope, que, saliendo a la claridad, se abrazó a los hombros del señor Naseby, dándole un sonoro beso en la calva. Cuando este torció la cabeza para mirarla con el rabillo del ojo, como una tortuga, Leonor le estampó otro beso húmedo en una de sus arrugadas cejas. Y preguntó:

—¿Dónde diablos os habéis metido? Christabel desea jugar al monopolio o a un juego cualquiera. ¿Dónde andan también Betty y el joven y agraciado explorador?

—El señor Wood no es un explorador, querida —díjole apaciblemente su padre.

—Yo juzgo a las personas por su aura espiritual. Digo aura, y quizá debiera decir auras. Siempre ando a la greña con los plurales. Si no es un explorador, le correspondería serlo.

El señor Naseby le dijo sin miramiento alguno:

—Lo mejor que podías hacer es sentarte en un asiento, antes que lo hagas en el suelo.

—Es usted poco galante. Me entran ganas de echar otro trago, si me hacen el favor.

Nadie se movió. La joven dejó escapar un suspiro.

—Veo que tendré que servírmelo yo misma —le entraron pujos de buena educación—. ¿No se opone usted, papá, a que beba otro trago?

—No. Desde luego; no tengo inconveniente.

Aunque, en su interior, lo tenía.

Es preciso confesar que Leonor tenía la bebida bastante llevadera. No alborotaba; todo lo más, se hacía oír. Hablaba tranquilamente, aunque le brillaban los ojos y tenía salidas inesperadas. Se hacía simpática en el momento mismo en que uno sentía ganas de darle unos azotes.

Deslizose por detrás del mostrador, fijándose con mucha seriedad en los dos hombres. Físicamente, era una de esas jóvenes que parecen esmaltadas o barnizadas de los pies a la cabeza. Era morena, atezada, con abundantes cabellos negros, al igual que los ojos, en los que resaltaba más ese color por la brillante blancura del globo de los mismos. Comparándola con Dwight Stanhope, advertíase en el acto su semejanza. Era más menuda que Betty, aunque tal vez la aventajaba en dos o tres años de edad, y

por contraste con el vestido negro de Betty, llevaba ella uno blanco adornado con perlas.

—¿Qué va a ser, caballeros? —preguntó Leonor, cuyo aliento trascendía a alcohol.

—Para mí, nada —le contestó su padre.

—Y para mí, tampoco —dijo el señor Naseby.

Leonor arrugó el entrecejo en señal de protesta; pero, aunque parezca extraño, no les largó una andanada de las suyas. Por el contrario, dio tranquilamente dos vueltas a la espita para servirse una ración doble de *whisky*, y lo colocó, sin mezcla de soda, sobre el mostrador. Y dijo sonriendo:

—Papá, apegado a su manía de comer fruta pan conservarse vigoroso. Y este viejo y querido amigo Naseby..., a sus patatas fritas.

—No te metas con nadie —le dijo este último.

Y ella contestó:

—Debería darle vergüenza. ¡Piense en sus digestiones! Hay que lavar ese plato.

Se apoderó repentinamente del plato vacío, abrió un grifo que había detrás del mostrador y lo puso debajo. El fino chorro del agua saltó en círculo hacia atrás y salpicó su blanco vestido. Esto pareció sugerirle una idea, y concentrando toda su atención en la maniobra, dejó salir una parte del agua, consiguió llenar el plato hasta el borde mismo y luego lo colocó, así lleno, sobre el mostrador. Entonces preguntó:

—¿Saben ustedes lo que esto significa?

Naseby estaba impaciente y Dwight intrigado.

—¿Significa algo?

—Sí; pero únicamente si yo estuviera muerta... o a punto de morirme.

—¡Leonor! —le dijo afectuosamente su padre.

Hasta mucho después no se aclaró el sentido de aquella farsa improvisada. Leonor iba a soltar la carcajada, pero lo pensó mejor y se mantuvo lista para la explosión, igual que la pólvora dentro de un cartucho cargado. Toda ella se mantenía tersa y brillante, con el agujijoneo del alcohol en los músculos.

—¡Perdónenme! —agregó luego, con muestras de un arrepentimiento tan sincero que los dos hombres se amansaron—. Me imagino que esta noche he rebasado un poco mi medida. De todos modos, ¡a su salud! Y brindo también por el nuevo año de mil novecientos treinta y nueve y por todo lo que él nos traiga.

Y se echó al cuerpo el contenido del vaso.

—Nada bueno ha de traernos, se lo advierto —exclamó Naseby con un dejo de amargura—. Nada bueno ha de traernos.

—¡Quién sabe! —dijo Dwight—. Si conseguimos alejar a estos condenados comunistas...

—Pasemos ahora al tema número dos —siguió diciendo Leonor. Al subir la presión sanguínea por efecto del *whisky*, pareció como si detrás de sus ojos rompiese a girar una rueda. Se puso a contar con los dedos—. Tema número uno: ¿por qué mi

papá guarda los cuadros en un lugar donde no están seguros? Esto lo oí hace unos momentos.

Dwight y Naseby se miraron uno al otro vivamente.

—Tema número dos —prosiguió Leonor—: ¿poi qué razón hay tanto empeño en concertar boda entre la que os está hablando, *moi qui vous parle*, y el riquísimo comandante Dawson? —se quedó pensativa y luego agregó—: Fíjense bien en que no me opongo a casarme con *Pinkey* Dawson. Quizá resulte una cosa divertida.

—El matrimonio, jovencita —bramó el señor Naseby—, no es ninguna diversión.

—¿De verdad?

—Quiero decir que...

—Mire usted: de lo que aquí se trata es del condenado corazón. Yo me casaría a ojos cerrados con Vincent James, si él me aceptase. Pero no me quiere. Así, pues, ¡que sea *Pinkey*! ¿Y por qué no había de ser este querido Buller? ¿Me quiere usted por mujer, Buller?

Y al decir esto hizo unos guiños al señor Naseby, que pareció dolorosamente afectado.

—Pero si alguien les dice a ustedes que hoy no es posible concertar bodas como en los tiempos de la reina Victoria, háganme caso a mí y no les crean. De todos modos, hay un aspecto que no me parece justo. ¿Por qué elegirme a mí precisamente? ¿No hubiera sido mejor elegir a Betty? A ella le habría encantado. Ha nacido para esposa. A veces me pregunto si no habrá...

Pero en ese instante un Destino maligno varió a su capricho el rumbo de los acontecimientos, bastándole con decretar que Nicolás Wood, al cambiar de postura, diese con el pie en la cortina y la moviese.

«¡Al diablo!», exclamó para sí, muy bajito, el joven.

La situación de aquella pareja detrás de las cortinas era ya ridícula y se hacía por momentos intolerable. La temperatura era elevadísima allí dentro. El polvo, al asentarse, les cosquilleaba la garganta y les entraban ganas de toser.

La voz de Leonor se elevó en medio del silencio:

—... si no habrá tenido algún desliz.

Y lo dijo con semblante pensativo y con los ojos archibrillantes puestos en la cortina.

—Quizá deberíamos volver a la planta baja —sugirió Dwight.

—Sí, vamos —exclamó Leonor, dándose prisa a salir del interior del bar. Tropezó con el mostrador, recobró el equilibrio y agregó—: Estoy pensando dónde me habré dejado la pitillera.

Y se dirigió en línea recta hacia el escondite.

La pareja oculta seguía viendo en el fondo al señor Dwight en su cómoda postura y todavía con la mano derecha agarrada a los dedos de la izquierda. El señor Naseby volvió su cara arrugada para mirar por encima del hombro. Nicolás pensaba que, o él no sabía nada de mujeres, o Betty no se revolvería contra Leonor por la escena

embarazosa que iba a caer sobre ellos como una ducha. Se revolvería contra él.

Leonor procedió con una habilidad propia de mujer achispada. Empezó por mirar con gran atención en los sillones del teatrillo. Los dos jóvenes veían su cara sonriente, el balanceo de las perlas sobre la piel morena, la picardía loca de sus ojos.

—Pitillera, mi pitillera. ¿Dónde está mi pitillera? —iba diciendo entre dientes.

Contorneó el escenario y pasó pegada a las cortinas, aprovechando el momento para volver la cabeza y mirar disimuladamente al interior. No era mucho lo que podía ver a contraluz, pero vio lo suficiente, y lo que vio le hizo abrir los ojos con expresión de regocijo tan profundo como el de un niño.

Lo que Leonor Stanhope hizo a continuación merecía que un hombre le estrujase las manos en señal de agradecimiento. Se alejó, diciendo en voz alta:

—No. Aquí no está. Aquí no hay nada. ¿Vamos a la planta baja?

Y tomando por un brazo a su padre y al señor Buller Naseby por otro caminó entre los dos hacia la puerta. Su cabeza alcanzaba solamente al hombro de su padre, pero estaba al mismo nivel que la del señor Naseby, quien daba señales de sentirse molesto y embarazado. No volvió Leonor la cabeza para mirar hacia las cortinas, pero al transponer el umbral dejó oír su voz alegre, clara y llena de picardía:

—Sigo en mis trece de que ese joven es un explorador.

Christabel Stanhope estaba sentada en la sala de la planta baja, hablando a Vincent James. Para ser más exactos, diremos que Christabel hablaba, en tanto que James tiraba los dados y la escuchaba.

—Déjeme pensar —murmuró Christabel—. ¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—Entonces, la víspera del Año Nuevo cae en sábado. Y en la víspera del Año Nuevo es cuando damos la verdadera fiesta que con tanto interés esperan los niños de estos alrededores.

—¿Es, pues, una especie de acontecimiento de todos los años?

—Sí. Hacemos la función arriba, en el teatro. Este año contamos con un mago, y creo que con un caricaturista relámpago. No vale la pena de que Dwight asuma el papel de hidalgo terrateniente del distrito, porque el señor Radlett lo tiene acotado para sí. Pero podemos, por lo menos, proporcionarles entretenimiento —Christabel calló unos instantes y luego prosiguió—: Me imagino, señor James, que más de una vez se habrá preguntado usted cómo se le ocurriría a mi marido comprarme una casa como esta.

—La verdad, señora, que no se me ha ocurrido.

—Es una casa ridícula y demasiado pretenciosa —dijo Christabel, recargando—. Ya sé que la gente lo dice a espaldas mías.

—Son figuraciones de usted.

Christabel recorrió con la mirada la espaciosa y magnífica habitación, que Flavia Venner hizo copiar de una villa veneciana. Hasta el arquitecto mismo parece que cayó en la cuenta de que el mármol blanco, moteado de rosa, produciría una sensación de frialdad bajo el clima inglés. Se enmarcaron en las paredes paneles de tapicería, y en el hueco de mármol, de que estaba revestida la chimenea, ardía un fuego de troncos como para un auto de fe. La iluminación tamizada realzaba la comodidad de los muebles modernos y relegaba a la sombra las magnificencias de los Dux.

A continuación de la sala, después de un amplio arco, se hallaba el comedor, sumido ahora en la oscuridad, con excepción de las manchas de luz amarilla que unas lámparas ocultas proyectaban sobre los cuadros que había en él. Eran solo cuatro los cuadros, cuatro focos de color que la luz destacaba del fondo oscuro de las paredes, pero quien los miraba quedaba hipnotizado y conturbado. Flavia Venner se sintió fascinada por los pintores españoles, por lo que debería llamarse el fuego de sus obras. Desde el lugar en que ahora estaba, cerca de la chimenea, alcanzaba Christabel a distinguir un cuadro pequeño del Greco, colgado encima del aparador, y que era

único entre las producciones de este artista.

Christabel echó mano a un cigarrillo de una caja que había junto a su codo, y en el acto puso Vincent James la llama de una cerilla en su extremidad.

—Gracias. Supongo —siguió diciendo ella, después de aspirar el humo profundamente— que ya sabrá usted que fui artista de teatro.

—¡Cómo lo voy a ignorar! La vi muchas veces cuando aún iba a la escue... —tosió bruscamente y cortó la palabra—. No hace muchos años todavía de eso.

—Hace muchísimos años, y no me molesta que lo diga —le dijo Christabel.

—Yo era entonces gran admirador suyo, y sigo siéndolo.

Christabel lo miró con picardía.

—Eso es adulación. Adulación burda. Pero me complace.

Una oleada de calor de la lumbre, que era como una masa cuadrada cegadora, les hizo parpadear. James volvió a sus dados y a su tablero de *backgammon*.

Christabel meditaba. «De modo que es este el hombre que ha trastornado a Leonor. Este es el caballero que se disputan para los fines de semana, por sus condiciones de hombre de sociedad, su habilidad en el *cricket* y en la caza y su destreza fría y casi despiadada en todos los deportes».

Sin embargo, no carecía de sentimiento. Quizá resultaba algo estúpido y algo arrogante en determinados momentos. Pero era hombre de modales reservados, de figura agradable, y tan habituado a que todos lo tomasen tal cual era, que a todos encantaba su trato. Andaría por los treinta y dos años. De la estatura de Dwight; mandíbula cuadrada, barbilla hendida, cabellos claros y apretadamente rizados, sonrisa llena de interrogaciones.

En aquel instante se hizo su sonrisa verdaderamente preguntona:

—¿Un penique, señora Stanhope?

«Así es, para no alargar más la cosa, el hombre que ha trastornado a Leonor y que, como honrado caballero inglés, siente remordimientos en lo profundo de su conciencia, porque a él no le va la chica».

Christabel soltó una carcajada.

—¿Tanta gracia le hace, señora Stanhope?

—Perdóneme —Christabel se sintió algo avergonzada—. Estaba pensando...

—¿En qué pensaba usted?

—En lo raro que resulta que Dwight viva en la casa de Flavia Venner. No he logrado convencerle de que diese un baile de máscaras. Aborrece los disfraces. Si me compró esta casa fue porque sabía que yo no podía pasar sin ella.

Esto era cierto. Dwight Stanhope contrajo nupcias con Christabel cuando él tenía veinticinco años, estando viudo y sin dos chelines en su cuenta corriente. Y desde entonces sintió por ella adoración. Christabel miraba las volutas de humo de su cigarrillo. «No estará aquí fuera de lugar un consejo, dado en forma conveniente», pensó. Accionando con el cigarrillo, dijo:

—Tenga usted en cuenta que Flavia Venner fue siempre la heroína de mis

ensueños, y que la aspiración de toda mi vida fue ser propietaria de la casa en que ella vivió. Flavia Venner lo hacía todo en grande. Se conducía en su vida como a ella se e antojaba, importándosele un ardite todos. En esto era como...

Vincent James adoptó una actitud fría. Christabel adivinó que le desagradaban las conversaciones íntimas, que abominaba de todo cuanto olía a lato confidencial. Sin embargo, en esta ocasión no supo James dominarse y preguntó:

—¿Iba usted a decir que se parecía a Leonor?

—No —le contestó ella—. No se parecía a Leonor —hubo unos momentos de silencio—. No olvide este consejo mío, señor James: no se le ocurra nunca tener en casa dos hijas crecidas, si una de ellas es hijastra.

—Gracias. Lo tendré presente —contestó él, sacudiendo vigorosamente los dedos dentro del cubilete.

—Hay que hacerles justicia, tanto a una como a otra. Betty lleva mi sangre, y es natural qué yo me sienta inclinada a favorecerla.

—No tiene nada de particular.

—A las dos les he dado trato igual. Las hemos educado, como suele decirse, a la moderna. Es decir, han hecho lo que les ha dado la gana. Dwight no se ha opuesto a ninguno de sus gustos, y jamás les dijo una palabra, ni aun en ocasiones en que se veía a la legua que estaba disgustado. Y una expresión de «no me agrada» en el rostro de Dwight tiene tanta fuerza como un golpe de cualquier otro padre en la mandíbula.

«¿No estoy hablando como una chiquilla? —pensó—. Si me oyese Leonor, diría que sí. Pero no he dicho una palabra que no sea verdad».

—Leonor —siguió diciendo Christabel— es una muchacha inteligente. Pero su inteligencia y su sensibilidad son como un gatillo de pistola sin seguro. Toma a veces su hastío por necesidad imperiosa de algo. ¿Me comprende usted?

—La verdad, no alcanzo a comprenderla.

«¡Señor, es aún más necio de lo que yo imaginé!», reflexionaba.

Les cortaron la conversación. Leonor, de quien estaban hablando, entró muy sofocada en la sala, llevando fuertemente sujeto del brazo al señor Buller Naseby, al que condujo a la fuerza hasta la claridad del fuego.

Christabel se arrellanó en el butacón junto a la chimenea tallada. Alargó el brazo y echó mano a su copa de coñac, que estaba en una mesa, a su lado, detrás de la lámpara, y mientras bebía otra vez se le ocurrió pensar que quizá tuviese el licor la culpa de su locuacidad. A los cincuenta y cuatro años tenía Christabel la cara de una jovencita. Aquí y allí, algún pequeño mechón de plata armonizaba perfectamente con el color oscuro de sus cabellos, y hasta daba la impresión de pincelada voluntaria de una mano maestra en el arte de la belleza.

—Me los he traído a rastras a estos dos —anunció Leonor, mirando por encima del hombro a Dwight, que se había quedado en segundo término—. Jugarán a lo que usted le dé la gana.

Christabel tragó el buche de coñac y contestó:

—Es algo tarde para empezar una partida. Han dado las once y media.

—En efecto —dijo el señor Naseby—. Es tarde, y si a ustedes no les parece mal, mandaré que me traigan el auto. Tengo que madrugar mañana.

—Leonor, ¿dónde anda Betty? ¿Y el señor Wood?

El regocijo de Leonor le produjo una crispación.

—No lo sé a punto fijo —había en su voz un acento de inocencia gozosa—. Probablemente andarán de exploración por la casa para descubrir la huella de Flavia Venner. O quizá se les haya ocurrido retozar, como dos chiquillos, en la nieve.

El señor Naseby, que era muy meticuloso, refunfuñó:

—En este instante no nieva. Solo caen algunos copos aislados. Hace demasiado frío para que nieve.

Leonor hizo caso omiso de tal observación y siguió hablando:

—Nieve o no nieve, me gustaría jugar a cualquier cosa. Venía explicando a papá y a Oliverio Cromwell —por la imaginación de Christabel pasó, como un relámpago, la idea de que, en efecto, Buller Naseby daba la impresión de un patriarca puritano— cuál es mi gran aspiración. Quisiera inventar un juego nuevo. Me gustaría descubrir una emoción nueva.

—¿Por qué razón?

La voz de Leonor tomó un timbre agudo:

—Porque estoy hastiada del mundo y de todo cuanto hay en él. He visto cuanto hay que ver. He hecho todo lo que se puede hacer...

—¿Lo crees así? —preguntó Christabel con interés, pero sin sorpresa—. Hubo un tiempo en que yo también creía eso mismo.

—Bueno; todo o casi todo —rectificó Leonor—. Desde luego, me queda aún por probar el cometer un asesinato.

Christabel acabó con el contenido de su copa y dijo después:

—El inconveniente de cometer un asesinato es que siempre atrapan al asesino y lo ahorcan. Ni siquiera existiendo un motivo para asesinar compensa el hecho las molestias y el peligro.

—Agrega a eso —intervino Dwight, muy rígido, pero siguiendo el humor a su esposa— el punto más importante que suele darse en los asesinatos, y del que te has olvidado.

—¿Y cuál es?

—Que siempre el asesino se equivoca y mata a quien no pensaba matar.

Leonor rechinó los dientes.

—Por si acaso, no muerda usted el anzuelo. Nunca se sabe de lo que una persona es capaz. ¿Quién nos dice que no está la casa llena de terribles secretos y que el fantasma de Flavia Venner no anda rondando y removiendo amenazas? Quizá en este mismo instante está el joven explorador asesinando a Betty. Quizá Betty misma, o cualquiera de nosotros, oculta un secreto designio criminal y no quiere que se descubra. Yo estoy empeñada en descubrir en este mundo algo que sea

verdaderamente interesante, y les pido que me ayuden. Y a propósito de cosas interesantes: ¿qué les parecería si bebiésemos el «gorro de dormir» de la noche?

—Como gustes —dijo Christabel, encogiéndose de hombros.

—Magnífica idea —asintió Vincent James.

Todos oyeron el comentario que hizo Buller Naseby. Dijo que había padres que no sabían azotar a sus hijos cuando debían. Leonor contorneó el sofá en que estaba sentado James, sin volver siquiera los ojos hacia él, rebuscó en una mesita que había al lado, alzó y sacudió una garrafa de cristal tallado y exclamó:

—Christabel, es usted el mismo demonio. Se lo ha bebido todo.

—Quien se lo ha bebido, hija mía... —empezó a decir Dwight.

—Tocaré el timbre. No; la servidumbre se acostó ya. No importa. En el comedor, en el aparador. Venga conmigo, Cromwell.

Y tirando impetuosamente de Naseby, cruzó a toda prisa la sala en dirección al comedor.

Dwight Stanhope los siguió con la vista. James tiró los dados después de agitarlos. Christabel dio fin al cigarrillo, echando la colilla al fuego. Su marido, después de contemplar largamente a su mujer, como si estuviese sopesando sus cualidades, le dijo sonriente:

—¿Me permites que te diga una cosa, Christabel? —extendió el brazo y su mujer se apoderó de u mano—. ¿Me permites que te diga en qué consiste tu extraordinaria personalidad?

—¡Que estoy aquí, caballero!

—No lo olvidaba. Haga como si no nos oyese.

—Perfectamente, perfectamente.

—Echaré coñac —gritó Leonor con un chillido, alzando la voz en el comedor con enojo creciente—. Se me da un rábano que resulte o no un pisto. Echaré coñac.

—Discúlpame —dijo Dwight, y marchó adonde estaba Leonor.

Christabel le siguió con la mirada e hizo una mueca. Al volver de nuevo la cara hacia James quedó sorprendida por la maliciosa sonrisa que observó en la boca de este y al oírle decir:

—Puesto que él se marchó sin decirle por qué es usted una mujer tan extraordinaria, ¿me permite que yo se lo diga?

—Como guste.

—Porque es usted una mujer que no encocora.

—¿Que no encocoro?

—Justamente. La mayoría de las mujeres, a la edad de usted, no hacen más que encocorar.

—Muchas gracias.

—Todo se les vuelve: «Haga usted esto», «Haga usted lo otro», «¿No se ha olvidado de lo de más allá?», «¡Que tenga usted en cuenta aquello!», y siempre a propósito de insignificancias que no importan un pimiento. Siempre armando

caramillos. Ellas no hacen nada, pero no dejan en paz a nadie.

A Christabel se le cayó el alma a los pies, pero dijo:

—¡Y yo que pensé que se refería a mi cara aniñada!

El puntito de coquetería que había en sus palabras no fue captado por el entendimiento unilateral de James, que le dijo para acabar de convencerla:

—No, no. No es eso. Aunque como su cara se ven muy pocas. Le encuentro un gran parecido con la de Betty. Y a propósito, ¿dónde anda Betty?

Christabel entornó los ojos.

—Según ha dicho Leonor, está con ese amigo de usted. Es amigo de usted, ¿verdad?

—¿Nicolás Wood? ¡Pues ya lo creo!

—¿Amigo de mucho tiempo?

—Fuimos juntos a la escuela. Ha sido siempre un gran admirador mío, aunque está mal que yo lo diga. La ilusión de Wood era hacerse un gran boleador, pero ¡ni que se las sirvieran en bandeja!

—¡Cuidado! —chilló alguien en la habitación contigua—. ¡Te vas a llevar un dedo!

La conversación quedó interrumpida, y Christabel volvió la cabeza, pudiendo distinguir desde donde estaba una parte del comedor, con el aparador adosado a la pared de la izquierda.

El estrecho foco de luz que iluminaba el cuadro del Greco caía también sobre el que formaban Dwight, Buller Naseby y Leonor entre ambos. Sobre el centro del aparador había un frutero de plata colmado de frutas. Leonor había dispuesto sobre el mismo aparador una hilera de vasos pequeños y vertía en ellos el coñac con la misma escrupulosidad que un farmacéutico preparando una receta. Insistía, además, en que ya que su paire se empeñaba en no beber, debía cumplir con su régimen de frutas, comiéndose una manzana. Hizo a un lado al señor Buller Naseby, se irguió echando hacia atrás los hombros, sacó un cuchillo de postre y se puso a pelar una manzana.

Lo que a continuación ocurrió no pudo verlo con claridad Christabel, Dwight Stanhope dejó escapar una exclamación. La manzana voló por un lado, marcando una estela de corteza color escarlata. El cuchillo voló por otro lado. Y el señor Naseby rompió en reniegos.

—Uno de ustedes me ha dado en el codo —gritó Leonor.

—Está manchado de sangre —exclamó Dwight, mirando al cuchillo que estaba en el suelo.

—¡No diga tonterías! —dijo vivamente el señor Naseby—. Es un pedacito de piel de la manzana. Véalo.

Se inclinó y recogió el cuchillito. Su hoja era estrecha, finísima, más larga que lo corriente en esta clase de cuchillos y muy cortante. Brillaba como un alámina de plata sobre la alfombra, y Naseby lo volvió a colocar en el frutero.

Leonor exclamó con una risa nerviosa:

—¡Tanto ruido por una gota de sangre! —se metió el dedo índice en la boca—. De todos modos, no me he cortado.

Christabel permaneció unos momentos sin hablar. Vincent James se adelantó a tomar la palabra:

—¿Decía usted antes...?

Esta pregunta sacó a Christabel de su ensimismamiento.

—¡Ah, sí! Le hablaba de su amigo el señor Wood.

—Y yo le decía que era un malísimo boleador —agregó el señor James para facilitarle el hilo del anterior discurso.

—Le creo. ¿Y qué explicación podría usted darme de que ese amigo suyo haya andado a primeras horas de esta noche revolviendo la habitación de mi marido?

El interlocutor de Christabel se le quedó mirando fijamente.

—¿Habla usted en serio?

—No es que yo lo sepa por haberlo visto. No es que yo pueda demostrarlo. Fue Hamley, el ayuda de cámara de Dwight, el que le vio salir del cuarto de este; su amigo le contestó que había creído que entraba en el suyo. Esto es absurdo, porque la habitación del señor Wood está aquí encima —y al decirlo miró Christabel hacia el techo—, y las nuestras caen al otro lado de la casa.

—Sin embargo...

—Un detalle que le quiero decir es que su amigo no ha querido ayuda de cámara ni ha permitido que le sacasen los efectos de la maleta. Ni siquiera la ha abierto.

—En esto no veo nada de particular, porque son muchas las personas que hacen lo mismo —declaro James, aunque con un dejo de desagrado.

—Probablemente no son sino imaginaciones mías, o, como decía usted antes, que estoy armando un caramillo por nada.

—Nicolás Wood —sentenció James con una altanería imponente e inconsciente que amedrentó a Christabel— no es un cualquiera. No lo era antes, al menos. Tendré una explicación con él y le preguntaré...

—¡Ni una palabra, por lo que más quiera!

—¿Qué desea, pues, que haga yo?

Christabel echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—Nada. Pero quizá podría vigilarlo. Le he dado a usted una habitación contigua a la suya. Aunque, la verdad, no creo que tenga la cosa nada de particular.

—Tampoco yo lo creo, mi querida señora; hasta me parece que se está usted divirtiendo bastante —contestó James con una galantería inesperada.

Al mismo tiempo que él pronunciaba estas palabras volvía Leonor a la sala marcando con prensión un paso de baile, complicado con el balanceo de la bandeja cargada de vasos. Dwight, con las manos en los bolsillos, marchaba detrás de su hija, seguido del ceñudo Naseby.

Coincidiendo con ellos, Betty Stanhope y Nicolás Wood hacían su entrada desde el vestíbulo principal.

El reloj de un campanario dio, a lo lejos, las campanadas de las once y media.

El ladrón no intentó asaltar la casa hasta las tres y cuarto.

Según el almanaque, la luna se ponía aquella noche a las tres y media. Moribunda y apagada, envolvía en su helada luminosidad la mansión conocida en el membrete de las cartas como Waldemere, y que Flavia Venner llamaba la Casa del Disfraz.

Era muy grande la casa. Cuadrada, rígida, con una torrecilla octogonal a cada lado de la fachada principal, construida con piedra de sillería gris muy lisa. A este estilo arquitectónico le damos hoy el nombre de gótico Victoriano, porque los tejados y las torres llevan incrustaciones que simulan almenas. Por encima de ellas se alza el ático, formando plano inclinado, y una cúpula, coronada por un asta de bandera. Un parque de árboles corpulentos y una alta verja de hierro formaban cortina ante la fachada de la casa por el lado de la carretera que va a Tunbridge Wells. Por la fachada posterior, los cristales de las ventanas de tres pisos reflejaban los fríos rayos de la luna.

El salteador miró el reloj de su muñeca.

Era casi el momento.

Sobre el fondo de las enormes colinas esta casa resultaba una insignificancia. Vista desde su propio parque, casi pudiéramos decir desde su propia base, sorprendía vivamente. Alzábase a un lado la fría burbuja del invernadero, de hierro y cristal, con el techo en arco. Más allá, el jardín, en el que solo se veían ahora negros arbustos, rígidos de frío y desolación. Tres escalones, que no constituían terraza debido a su poca altura, conducían al campo de *croquet*. La luz mortecina lo cruzaba, apagándose en manchones helados, dibujando una negra selva de árboles que parecían petrificados, y muriendo al fin en las ventanas sin vida. Era como una luna que se alumbrase a sí misma.

El reloj del campanario, con la rigidez que le daba la tensión de sus pesas, sonó el cuarto de hora. El ladrón avanzó hacia la parte trasera de la casa. Tenía a su izquierda, por la parte exterior de los balcones del comedor, un pórtico, de suelo entarimado, formado con el voladizo del piso superior. Se detuvo para examinarlo.

Solo se distinguían sus ojos al través de los dos agujeros con que estaba perforada la curva del trapo negro que cubría su cara. Tenía la cabeza metida hasta debajo de las orejas en un pesado gorro sin armazón. Una americana, también sin forma, y los pantalones, bufanda, guantes y zapatillas de tenis, le daban en conjunto una figura estrambótica.

Pero sentía frío. El aire de la noche, metiéndose por las junturas de aquel delgado ropaje, le mordía y le tenía entumecido. La máscara se alzaba y bajaba al compás de

su respiración, humeando por los agujeros y por los bordes. Quizá debido a la luna, o quizá por culpa del poco esmero con que estaban hechos los agujeros de la máscara, no advirtió la ligera capa de hielo que cubría el pavimento del pórtico. Y quizá no le dio importancia.

Fuese como fuese, allí quedaron, grabados en la capa de hielo, los relieves de la suela de goma de sus zapatillas. Hemos dicho, por un exceso de cortesía, que el comedor tenía balcones. Porque, como era cosa corriente en las casas de la época victoriana, no se abrían por la mitad, sino que el armazón se alzaba y se bajaba a todo lo ancho, como las ventanas corredizas, desde la parte inferior.

El ladrón empezó por sacar dos cortas tiras de cinta engomada, que arrancó de un rollo de ese material que traía en el bolsillo, y las pegó al cristal de una de las ventanas, en la mitad inferior de la misma. Se volvió a mirar hacia atrás, para cerciorarse de que la vía de escape se hallaba libre. A continuación, y con un cortacristales muy moderno...

¡Mucho cuidado!

El cortacristales mordió el panel igual que muerde en un diente el taladro del dentista. Su rechinar parecía repercutir en los huesos. Se detuvo, inmóvil, escuchando.

¡Nada!

En dos minutos más logró cortar un limpio semicírculo del cristal, debajo mismo del pestillo de la ventana. Las tiras de cinta engomada impidieron que el trozo cortado cayese al suelo. Deslizó por el agujero su mano enguantada y soltó el pestillo, alzando luego la ventana, que dejó oír un leve chirrido. Después se metió en la Casa del Disfraz. Era la hora de los suicidios y de las pesadillas.

—Es imposible que yo no acierte a dar con él —masculló entre dientes.

Apartó las pesadas cortinas de terciopelo, se metió en el comedor y volvió a dejarlas caer. Se encontró envuelto en una atmósfera cálida, muda, tan negra como el cuarto mismo. Tuvo un escalofrío, como en una última despedida de su entumecimiento.

Ahora, la linterna eléctrica.

La sacó de un bolsillo y lanzó el delgado haz luminoso al través de la habitación, a la caza de su objetivo. Corrió la luz sobre la gruesa alfombra, rozó el revestimiento de roble de uno de los muros y dio con el aparador. Enfocó el macizo servicio de plata, luego el frutero en el centro y subió hacia el cuadro colgado encima.

—¡Ahí está! —exclamó.

El Greco había titulado aquella obra suya *La laguna*. Sus colores, ásperos, secos, eran propios del trópico: Méjico, o quizá Sudamérica. Sus lacias figuras y efectos luminosos, sus brochazos de rojo y de oro rabiosos parecían forjados por el rayo y la tempestad.

Pero el enmascarado no se fijó en lo que el cuadro representaba. Lo sabía perfectamente.

Subiose con mucho tiento sobre el aparador, apoyó la linterna en una salsera de plata, de modo que el haz luminoso se proyectase sobre el cuadro. Se empinó y descolgó cuidadosamente *La laguna*. Tendría un metro de anchura por sesenta centímetros de alto, pero el pesado marco lo hacía de difícil manejo. Al bajarlo, dio con el canto del marco en el frutero. Un afilado cuchillo de postre salió despedido y rechinó sobre el aparador, echando a rodar una naranja.

¡Cuidado, por amor de Dios, cuidado!

Pero el ladrón iba cobrando confianza. ¿Por qué no? Después de todo, poco tenía que temer. No hizo ya caso del cuchillo de postre, sino que sacó su propio cortaplumas, afilado para esta tarea. Con dedos cuidadosos, dedos de persona que sabe el valor que tiene la obra de un determinado artista, se puso a separar la tela del marco.

La burda máscara le molestaba, pero optó por no quitársela. Los guantes no le embarazaban tanto. Ya tenía casi terminada la tarea cuando, en alguna parte del comedor, crujió una madera.

El ladrón alzó vivamente la cabeza.

Estaba de cara al aparador, agachado sobre el cuadro. La luz de la linterna le daba en la cara, que era como una informe burbuja negra, salvo los ojos, que parecían un ente vivo y misterioso, que se movieron y relampaguearon cuando volvió la cabeza.

La fue volviendo cada vez más. Le entraban impulsos de gritar: «¿Quién anda ahí?». Cerró automáticamente el cortaplumas y lo echó al bolsillo. Pero no ocurrió nada. Al cabo de una eternidad volvió a su trabajo, poniendo las manos enguantadas en la tela, ya casi desprendida.

Y en aquel instante alguien se le acercó por detrás sin hacer el menor ruido.

El ladrón carecía de un sexto sentido que barruntase el asesinato.

Nicolás Wood oyó el estrépito desde su habitación del piso superior.

Mientras se desarrollaban los hechos anteriores, él estaba tumbado en la cama, medio amodorrado y frío, pensando qué era lo que realmente se proponía el dueño de la casa, qué clase de lío era aquel y si sería mejor permanecer despierto o dormirse.

Aunque tenía la oreja del lado derecho hundida en la almohada, oyó dar las tres en el reloj del campanario. Siempre con el oído izquierdo libre, oyó dar las tres y cuarto. Entonces fue cuando se quedó ligeramente transpuesto y de esa ligera modorra le sacó un estrépito que parecía sacudir la casa entera.

Era un estrépito parecido al que producirían pesadas piezas metálicas que se desplomasen al suelo.

Se incorporó de un salto. En el primer momento no tuvo noción del lugar en que se hallaba. Sus sentidos andaban cada uno por su lado, como piezas revueltas de un rompecabezas. Sintió una corriente de aire dentro de la oscura habitación, y el frío le despertó. Sacó los pies entre las ropas y buscó a tientas la cadenita de la lámpara del velador, sobre el que estaba también el reloj. Cuando sus ojos funcionaron normalmente lo miró y vio que marcaba las tres y veintiocho minutos.

—¡Oiga, oiga! —gritó una voz.

—¿Qué pasa?

—¿No ha sentido usted un ruido extraño?

—Sí.

Metió los pies en las zapatillas y se echó encima un batín. El sonido de aquella voz hizo retroceder su imaginación, resbalando sobre los años, hasta la escuela. Se acordó de Vincent James, el gran hombre de la sexta clase. Se acordó de su voz —impertinente y con cierto dejo de egoísmo—, pidiéndole a cada momento que le alcanzase alguna cosa. Por eso esperó, como la cosa más natural del mundo, que le dijese a continuación:

—¿Puedes ir a ver de qué se trata?

Nicolás Wood llegaba a la puerta de su habitación cuando Vincent James apareció por la puerta del cuarto de baño, común a las dos habitaciones, atándose el batín azul que se había echado encima del pijama.

El corredor se hallaba débilmente alumbrado. Era costumbre en Waldemere tener toda la noche encendida una lámpara en el vestíbulo principal. La habitación de Nicolás Wood se hallaba al final del corredor, en el lado izquierdo (mirando hacia la fachada delantera). Avanzó, pues, hacia el vestíbulo principal y aguzó el oído.

No existe concordia de opiniones sobre si Flavia Venner se propuso reproducir en

miniatura en este vestíbulo el de la Villa Borghese de Roma o el de la Opera de París. Bronces, mármoles a mosaicos se trenzan en él. Desde ambos extremos de las balaustradas de mármol de una galería se bajaba por una ancha escalera alfombrada de un solo tramo, hasta el vestíbulo. Viéndolo a la luz de las lámparas de los tritones que coronaban los pilarotes de la escalera, le pareció a Wood que seguía soñando.

Pero no soñaba.

—¿Qué hace *usted* aquí? —preguntó una voz de mujer.

Dio media vuelta rápida.

Christabel Stanhope había surgido en el rellano de la escalera desde la parte opuesta de la casa. Venía envuelta en un abrigo de pieles que se había echado apresuradamente sobre el camisón y la bata. Los cabellos, entrecanos, caíanle sobre los hombros.

—Estaba advertido de que algo iba a pasar.

—¿Advertido por quién?

Volvió la cabeza y Wood pudo ver en su cuello ligeras arrugas.

—Por el señor Stanhope. El ruido se produjo en la planta baja, yo diría que en el comedor. Con permiso de usted.

Bajó corriendo la alfombrada escalera. Los tacones de sus zapatillas cloquearon en el piso de mármol del vestíbulo. Miró más allá de las puertas del lado izquierdo. Primera habitación: la del desayuno. A continuación, la sala en que había estado la noche anterior. Al fondo, el comedor.

Dio media vuelta al picaporte, abrió de par en par la puerta y se hizo a un lado, precaviéndose instintivamente. No salió nadie. Tanteando dentro, dio con dos llaves de luz y estableció el contacto...

—¡Se ha consumado! —exclamó Nicolás Wood.

La frase era, desde luego, muy poco afortunada para lo que vio. Un hombre que tenía el rostro cubierto con una máscara de tela negra, con un gorro calado hasta debajo de las orejas, vestido con ropas viejas, una bufanda y zapatillas de tenis, yacía de espaldas junto al aparador, con las manos enguantadas, en cruz, y las piernas abiertas a todo compás.

Tenía el pecho atravesado de una puñalada. La vieja chaqueta de paño de mezclilla y la camisa estaban empapadas en sangre, que había salpicado también los pantalones de pana. Había a su lado una tela de cuadro arrugada, con desconchados y grietas en la pintura, y ya casi separada del marco. A su alrededor, una verdadera barahúnda de platos y fuentes de plata, que habían saltado del aparador, casi desnudo ahora. También el frutero había sido volcado. La alfombra estaba sembrada de naranjas, manzanas y una pera de invernadero. El asaltante apoyaba aún el costado en un racimo de uvas reventadas.

Ninguno de estos detalles escapó a la observación de Nicolás Wood. Vio también, sobre la alfombra, junto a la pierna izquierda del ladrón, el cuchillo de postre manchado de sangre. Era tal el silencio que oyó el tictac del reloj que el muerto tenía

en la muñeca.

¿El muerto?

Sí. Nicolás le buscó el latido de la muñeca, pero no existía pulso. Caminó muy despacio alrededor de la habitación, encontrándose con que, detrás de las pesadas cortinas, una de las ventanas hallábase abierta. Dio otra vuelta a la habitación, profundamente pensativo...

Después se dirigió al vestíbulo y cerró tras sí la puerta.

Vincent James, con el rubio y ensortijado cabello en desorden, se paseaba por el vestíbulo. Parecía soñoliento, furioso y despistado. Blandía en la mano el hurgón de hierro de una chimenea. Su amigo le dijo:

—Escucha, Vincent: ¿puedo confiar en ti?

El interpelado se detuvo en seco.

—¿Que si tú puedes confiar en *mi*? —contesto, dando a su voz una curiosa inflexión. Abrió un ojo y con el otro medio cerrado repitió maliciosamente—: ¿Que si *tú* puedes confiar en *mí*?

—Exactamente.

—¡Por los clavos de Cristo! Después de las cosas que vienen ocurriendo en esta casa...

—Vincent, yo soy funcionario de Policía.

El interpelado bajó lentamente el hurgón, como si fuese a apoyarlo en el suelo. Metió la otra mano en el pecho, debajo de su batín, e hizo un guiño. Nicolás Wood, que lo esperaba, sacó del bolsillo la cartera en que tenía su carnet y se lo tiró.

James fue leyendo: «Departamento de Investigación Criminal. Policía Metropolitana. Nombre del titular: Nicolás H. Wood. Cargo: Inspector-detective de primera clase». A medida que leía cada uno de estos datos miraba a su compañero y entornaba los ojos, como si algo le sorprendiese. «Estatura: un metro cuarenta y tres centímetros.

Peso: ochenta kilos. Pelo: negro: Ojos: grises. Datos especiales...».

—¡Bueno, que me lleven todos los diablos si lo entiendo!

—¡Chisssss!

—¿Y para qué te quieren a ti en el Cuerpo de Policía? Tú eres hombre de aficiones literarias. ¿De qué provecho les vas a ser en el Cuerpo de Policía?

Nicolás tomó otra vez su carnet.

—Sea como sea, ¿qué misión tenías aquí?

—No hay tiempo de explicártelo ahora, Vincent. Hablaremos sobre eso más tarde. Lo importante ahora es que ahí dentro tenemos a un ladrón —y señaló con un gesto hacia el comedor.

—¿Cómo? —exclamó James, volviendo a empuñar el hurgón.

—Pero está ya muerto. Ha sido apuñalado por alguien.

—Muy buena faena. ¿Quién lo hizo?

—Lo ignoro.

—¡Vaya lío! Cualquiera tiene derecho a matar a un salteador. Por mi parte, no lo habría apuñalado. Pero si un individuo asalta una casa y le pegan un tiro o le hacen alguna caricia, la cosa está justificada. ¿Cómo dices que ignoras quién lo mató?

Nicolás le indicó con un gesto que se callase.

Christabel Stanhope avanzaba rápidamente por el vestíbulo. La bóveda de mármol, que ostentaba en sus cornisas dorados Cupidos, empezó a resonar con otros ecos. Parecía que se hubiesen despertado a lo lejos los ocupantes de un dormitorio común. Nicolás Wood se acordó de que había en la casa veinte personas que componían la servidumbre.

—He oído lo que usted decía —Christabel se pasó la lengua por los labios—. ¿Es cierto que pertenece usted a la Policía?

—Sí, señora.

—Entonces, no es usted... Bueno, yo sé lo que me digo —pareció que iba a retirarse, pero se contuvo—. ¿Le hizo venir a usted mi esposo?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Más tarde hablaremos de eso, si a usted le parece. ¿Dónde se encuentra en este momento el señor Stanhope?

—Lo ignoro. En su habitación no está. ¿No estará usted pensando en que él ha sido capaz de llegar al extremo de matar...? —Christabel alzó las manos y se las pasó por su cabellera sedosa y rizada, que mostraba ondulaciones grises. Era un gesto de coquetería, consciente e inconsciente. Siguió hablando con naturalidad—: Un hombre muerto en nuestra casa. ¡Qué acontecimiento más extraordinario! Más de una vez he pensado en la posibilidad de que ocurriese algo terrible en esta casa, pero jamás tuve la idea de cosa semejante. ¿Podemos ir a ver lo que ha pasado?

—Desde luego. Por aquí.

Abrió la puerta James, que mostraba tanta curiosidad como ella.

Wood, aferrado a una idea suya, discurriendo a su manera, no apartaba un momento sus ojos de Christabel, y dijo:

—Es evidente que el salteador intentó llevarse el Greco. Ya lo tenía descolgado cuando sucedió algo inesperado.

James, en un tono de agresiva inquietud, exclamó:

—A mí me asombra que tenga nadie la idea de robar uno de estos cuadros. No soy entendido en materias de arte, pero sí sé lo que me gusta. Está bañado en sangre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y tienes la seguridad de que el bribón está muerto?

—Sí.

El primer impulso de Christabel fue echarse atrás, sin cruzar el umbral de la puerta. Pero después avanzó unos pasos.

—No lo comprendo —dijo James, cambiando a la mano izquierda el hurgón de

hierro—. Es el robo más extravagante de que he oído hablar jamás.

De acuerdo.

—¿Cómo no se presenta el que lo mató y lo dice? ¡Un momento! ¿No estaba este cuchillo de postre en el aparador? Sí, ese cuchillo que hay a sus pies.

—Yo diría que sí.

—Entonces —razonó James—, quizá se mató él mismo. Si mal no recuerdo, el cuchillo estaba en el frutero. Supongamos que al ir a apoderarse del cuadro, resbaló el ladrón, o algo por el estilo, y cayó sobre el cuchillo, arrastrando en su caída toda la vajilla de plata. El ruido que se oyó fue, desde luego, de esa clase. Si por casualidad resbaló y fue a caer sobre el cuchillo...

—¡Claro! Y a continuación el cuchillo se salió de la herida por sí mismo y cayó al suelo.

—Me olvidé, Nicolás, de que eras un detective. ¡Llegarás lejos, muchacho!

Hablaba en un tono de mofa, como si aquella metedura de pata le hubiese llegado al alma.

Christabel Stanhope gritó de pronto:

—¡Quítenle el antifaz!

—¿Cómo?

—¡Quítenle el antifaz!

Y ahora su voz era casi un chillido.

Entre la puerta, de par en par, y la ventana, abierta, se estableció una corriente de aire que hinchaba las tupidas cortinas de terciopelo carmesí, bajo la doselera festoneada con oro y borlas, igual que unas pesadas y resistentes velas.

Las paredes del comedor estaban cubiertas por entrepaños de roble hasta el techo. La mesa y las sillas, despojo de algún monasterio de España, daban realce a los tres cuadros que aún quedaban en su sitio. Un Velázquez, *Felipe IV*, de los varios retratos que hizo de este personaje, colgaba encima de la chimenea. A un mismo lado estaba el ahumado *Calvario* de Murillo, y al otro, un Goya: *La bruja joven*. Frente a ellos, adosado a la pared derecha, mirando hacia la puerta, se hallaba el aparador y todo lo que de él había rodado por el suelo.

—¡Cómo! —exclamó Wood—. ¿También usted lo ha pensado, señora Stanhope?

—¿El qué he pensado? —gritó Christabel.

Nicolás Wood avanzó hacia el cuerpo yacente, mirando dónde ponía los pies para no pisar sobre el servicio de plata y las frutas. En este momento se oyeron por la parte del vestíbulo pasos ahogados, como de una persona en zapatillas.

Apareció en el umbral de la puerta Larkin, el conciencizado mayordomo, hombre de mediana edad. Fuera de que llevaba zapatillas y le faltaba el cuello almidonado, venía completamente vestido. Seguíanle otros dos hombres, ambos arropados con batines.

—¿Ocurre alguna novedad, señora? —preguntó.

—No ocurre nada de particular —contestó secamente James—. Vuelvan a

acostarse. Hemos dado el alto a un ladrón. Nada más que eso.

—Bien, señor. Pero me pareció oír... —empezó a decir Larkin, y se calló.

Nicolás Wood, arrodillado junto al cuerpo, fue tirando suavemente hacia atrás de la punta del gorro hasta quitárselo. El antifaz consistía en un trozo de muselina negra, con dos agujeros ovalados para los ojos y un elástico de fabricación manual para sujetarlo a la cabeza. Nicolás lo desenredó de las orejas y levantó el antifaz tirando de la punta inferior. Surgieron libres los cortos mechones de cabello gris, y la cabeza del ladrón cayó hacia un lado, hasta casi tocar una fuente de plata.

Nadie dijo una palabra.

Aun en este trance, los finos rasgos de la cara exangüe expresaban cierta bondad disimulada bajo los rasgos de energía. Demostraban, sobre todo, eso: energía. Todo el armazón óseo del rostro, ahora en reposo, lo pregonaba. Mal enemigo debía de ser aquel hombre.

Nadie abrió la boca, hasta que Christabel se arrodilló junto al cuerpo yacente y dejó escapar una especie de alarido animal.

El mayordomo Larkin cruzó el umbral de la puerta y cerró esta en las narices de sus dos compañeros.

El ladrón era Dwight Stanhope, apuñalado con un cuchillo de postre cuando intentaba robar en su propia casa.

## 6

El primero en hablar fue Larkin, que farfulló, agarrándose a una de las mangas de Vincent James:

—Señor, me parece que aún vive.

—No se excite.

—Señor —insistió Larkin—, creo que respira.

—¡Aguarde! ¿Qué está usted diciendo?

Estas palabras de Nicolás Wood saltaron de su boca con un dejo de incredulidad, y parecían venir de muy lejos.

Larkin empezó a hacerse a un lado, disculpándose. Se agachó vivamente, hasta casi tocar con su cara la de Christabel, y apuntó con el dedo. La cabeza de Dwight Stanhope se había caído a un lado y casi tocaba con sus labios la tapadera de una fuente de plata. En la pulimentada superficie se advertía una mancha de vaho. Los pulmones despedían un hilillo de respiración tan inseguro y débil que no se reflejaba en el pulso, pero que era una realidad. Nicolás exclamó:

—Según eso, no ha tocado el corazón, y si no ha tocado el corazón...

—Dice usted bien, señor. Quizá pueda salvarse.

—¿Hay por aquí cerca algún médico?

—Sí, señor. El doctor Clements.

—Llámele por teléfono. Dígale...

—¿No se podría ir a buscarlo en el automóvil, señor?

—Muy buena idea. Hágalo así.

Larkin volvió a estar en su papel, se irguió y dijo:

—¿La señora da su licencia?

Christabel hizo un gesto enérgico, como dándole a entender que podía obrar como le pareciese bien. Tenía en aquel instante la apariencia de una hermosa hechicera; sentada sobre sus talones y balanceando su abrigo de pieles. Wood la tomó por los hombros para evitar que cayese de espalda y la puso en pie.

—Vuelvo dentro de un momento.

Nicolás fue detrás de Larkin, que salía del comedor, y, después de cerrar la puerta, le dio en voz baja algunas instrucciones que sorprendieron mucho al mayordomo. Después volvió para encararse con Christabel.

—Dígame, señor Wood: ¿cree usted...?

—Pudiera aún salvarse si nos ayuda un poco la suerte.

—¿Cómo dijo usted antes que estaba muerto?

Wood hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo para no perder la serenidad. Contó

mentalmente: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...».

—Lo lamento, señora. Es un desliz que le puede ocurrir incluso a un médico, y que, en efecto, ocurre con frecuencia.

—No pensará usted dejarlo tirado ahí...

—Es una pena, pero no puedo hacer otra cosa. Por el momento quizá fuese más peligroso moverlo que dejarlo tal como está, puesto que el médico llegará dentro de unos minutos. ¿Me comprende usted?

—Sí, creo que sí.

Wood miró por encima del hombro y dijo:

—Vincent, ¿quiere usted subir a su cuarto y vestirse? Es posible que andemos en danza toda la noche.

El interpelado titubeó. Seguía con la mano metida en el pecho, debajo del batín, a estilo de Napoleón. La rubicundez de su frente y el enojo de su mirada dieron a entender el mal efecto que le producía semejante orden, por muy cortésmente que se la diesen. Pero todo ello desapareció, dando paso a su característica amabilidad.

Christabel tuvo un estallido:

—¿Y por qué no hemos de quedarnos aquí mismo con él?

—Lo que usted prefiera. Pero creo que sufriría usted menos en otra habitación. En la de al lado, si le parece bien. Se lo digo porque no voy a tener más remedio que hacerle a usted algunas preguntas.

—Tiene razón, amigo. Estoy a sus órdenes.

—Y ahora, señora Stanhope, ¿quiere usted acompañarme?

—¡Oh, si es por eso...!

Después de dar órdenes a uno de los lacayos en funciones de ayuda de cámara, llamado Rogers, de que se quedase de guardia en el comedor, siguió a Christabel hasta la sala y encendió una lámpara de pie cerca de la chimenea. El arco entre las dos habitaciones se cerraba por medio de dos grandes puertas corredizas, parecidas a las de las cárceles, que se metían en la pared. Tiró de ellas hasta que se encontraron con un choque suave y pesado.

El fuego del hogar había quedado reducido a un montón de brasas entre la ceniza. Pero aun a aquella hora, en que la vida de la casa quedaba reducida a la mínima expresión, se conservaba la atmósfera ligeramente tibia, gracias a la calefacción central.

Nick Wood echó mano a una caja de piel.

—¿Un cigarrillo, señora?

—Gracias —dijo Christabel, sentándose.

—¿Lumbre?

—Gracias.

—Hace un instante me preguntó por qué había venido yo aquí. Voy a ser sincero con usted, porque quisiera que usted lo fuese conmigo.

—¡Diga!

Nick Wood no temía que le diese a aquella mujer un desmayo, ni un acceso histérico, ni siquiera una crisis de llanto. Podía ser que ocurriesen esas cosas, pero más tarde. Juzgó que se hallaba aún bajo el efecto de la conmoción sufrida. Christabel sostenía torpemente el cigarrillo entre los dedos tercero y cuarto, y cada vez que lo llevaba a la boca cubría la mano una parte de su rostro. Sus cabellos caían en desorden sobre el color arenoso de la piel de marta cebellina, y se marcaban pequeñas arrugas alrededor de su boca y de sus ojos. Nicolás Wood siguió diciendo:

—Creo recordar que nos dijo usted que su esposo detestaba los disfraces.

—En efecto.

—Sin embargo, por una u otra razón, esta noche se le ocurrió disfrazarse.

—Así es —Christabel se incorporó en su asiento—. ¿Sabe usted que no había caído en ello? Es raro, ¿verdad?

—Tengo entendido que el señor Stanhope nunca hacía nada sin su cuenta y razón.

—Nunca.

—¿No lo haría para dar un bromazo?

—¡Santo Dios! De ninguna manera. Le molestan hasta los chistes, como no sean del género de los cafés cantantes. Pero detesta aún más los bromazos. Sostiene que con ellos se humilla a los que los reciben y que son verdaderas pruebas de sadismo.

—Me doy cuenta. Entonces, ¿no se le ocurre a usted la razón que haya podido impulsarle a robar en su propia casa?

—No.

—¿Y tampoco sabe usted nada de sus negocios, por ejemplo?

—Nada. Jamás me habló de ellos. Solía decir que el papel de la mujer es...

—Dígalo sin empacho.

—Componerse para estar bonita y ser amable —contestó Christabel con una sonrisa.

Todo su cuerpo se puso en tensión y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no acabó de salir de la conmoción que la tenía insensibilizada. Sin embargo, aun dentro de ese atontamiento, su cerebro buscaba febrilmente respuesta a la misma desconcertante pregunta.

—Ciñéndose a esta noche, ¿a qué hora se acostó usted, señora?

Christabel se llevó otra vez el cigarrillo a la boca.

—Pues, más o menos, a la misma hora que se acostaron todos. Alrededor de las doce y media.

—¿Duermen en la misma habitación usted y su esposo?

—No.

—¿En habitaciones contiguas?

—Tampoco. Mi dormitorio da a la fachada de la casa. Hacia allí —y apuntó con la mano—. Fue el de Flavia Venner. Viene a continuación una salita que Flavia llamaba su tocador; después, el cuarto de vestir, y, a continuación, el dormitorio de Dwight.

—Me doy cuenta. ¿Le oyó usted, por casualidad, salir de su cuarto?

—No.

—¿Ni salir de la casa?

—No —contestó Christabel.

Se detuvo un instante, bajó y arrugó sus depiladas cejas y agregó:

—¿Dice usted que si le vi salir de la *casa*?

—Eso he dicho. Mire: en una de las ventanas del comedor ha sido cortado, desde fuera y con bastante limpieza, un trozo de cristal. No es que se saque forzosamente de este hecho alguna conclusión; pudo haber alzado la ventana, saliendo al exterior el tiempo suficiente para cortar el cristal. Pero yo tengo la impresión de que este *escalo* fue planeado en todos sus detalles con maestría artística... ¿De qué se ríe usted?

—Suenan de un modo muy extraño en boca de un detective eso de maestría artística.

Nick Wood cerró las mandíbulas.

—Preveo que nos vamos a encontrar con que as dos partes que han intervenido en este crimen o planearon como una obra de arte. Fue planeado magistralmente, insisto; su esposo se alejó, probablemente, de la casa, vagabundó, quizá, por el jardín, y dejó huellas bien patentes, para que tos convenciésemos de que era obra de gente de fuera.

Christabel no contestó.

—¿Cómo fue despertarse usted, señora?

—¿Despertarme yo?

—Cuando salí de mi habitación, muy cerca de las tres y media, usted se encontraba ya en el vestíbulo superior. ¿Tiene inconveniente en decirme qué estaba haciendo allí?

—Yo... Pues no lo sé con exactitud.

—¿No oyó usted ningún ruido?

—¿Ruido?

—Sí, un ruido.

Christabel cabeceó negativamente. Se la vio titubear. Por último, alzó el rostro, cruzando por él una expresión sencilla, franca y caprichosa.

—Puesto que tanto interés tiene en que yo le conteste, voy a hacerlo. Fue efecto de una pesadilla. Soñé que usted, sí, señor, usted, era un distinguido profesional del crimen, una especie de super Raffles o de Arsenio Lupin. Ello nació probablemente de alguna conversación tenida antes de acostarme, o fue quizá efecto de alguna noticia leída en los periódicos. Y se revolvió en mi pesadilla con lo que habló Leonor acerca de cometer un asesinato. Empezaron a suceder en mi pesadilla las cosas más horribles. ¿Se da usted cuenta? Pues bien: me desperté en medio de la oscuridad, y debo confesar que sentí miedo. Ya sabe usted cuán difícil es sacudirse de encima los sueños. Me fui al dormitorio de Dwight. No estaba él. Ni siquiera había tocado las ropas de la cama. Mi temor se transformó en curiosidad y en un poco de fastidio. Entonces salí al vestíbulo. Y eso es todo.

Arrojó el cigarrillo a la chimenea y sacudió la ceniza que había caído encima de su abrigo de marta cebellina, y agregó:

—¿No cree usted que era una especie de advertencia? Y mientras tanto, Dwight...

—Valor señora.

—Lo tengo. Pero usted me prometió ser sincero conmigo y no lo ha sido. ¿Qué es lo que hacía Dwight, señor Wood?

Wood pensó que era más difícil de lo que ella se imaginaba contestar a pregunta semejante.

—Se lo voy a decir, y quizá pueda usted, entonces, aclararme algo más. El martes último, es decir, el segundo día de Navidad, el señor Stanhope nos hizo una visita. Uno de los directores adjuntos es amigo suyo.

—¿Uno de los directores adjuntos? —preguntó Christabel con una tranquilidad que no parecía humana—. ¿Es que hay más de uno? En todas las novelas de detectives figura uno solo.

Nick se mostró paciente.

—En realidad, son cinco. Pero si usted se refiere al Departamento de Investigación Criminal, no hay, en efecto, más que uno. El amigo del señor Stanhope es el mayor Stearns, de Tráfico, Venía también provisto de una carta de uno de los «peces gordos» del Ministerio de la Guerra, llamado sir Henry Merrivale. El mayor Stearns lo presentó al superintendente Glover, y este le puso en contacto con el inspector jefe Masters, que es mi superior inmediato.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues ocurrió que su esposo contó una de las cosas más sospechosas que yo he oído en mi vida. Nos dijo...

—¿Oye usted? —interrumpió Christabel.

El grito, fuese de sorpresa o fuese de temor, procedía del vestíbulo exterior. No había sido muy vibrante. Quizá no habría llegado a sus oídos, de no haber sido porque el silencio de la noche era igual que un tenso parche de tambor.

Nick se dirigió hacia la puerta y la abrió. Después de echar una ojeada al exterior, salió al vestíbulo y volvió a cerrarla. Tuvo de nuevo la sensación de que había caído en un melodrama de la época victoriana y que no había modo de salir del mismo.

El vestíbulo, en el que reinaba una calma fantasmal, terminaba en una bóveda artesonada. Estaba cerrado, a la altura del piso superior, por las balaustradas de mármol de la galería. Lámparas opacas de cristal tallado, sostenidas por tritones de bronce asentados en las pilastras, derramaban su luz sobre la alfombra gris de la escalera de mármol, sobre la inmensidad del suelo, cubierto de mosaicos rojos, azules y dorados, redondos unos y en forma de diamantes otros, arrancaban fríos reflejos a las columnas envueltas en la penumbra. Al pie de la escalera yacía, inmóvil, Betty Stanhope.

Era el toque final del cuadro.

Betty respiraba. Nick lo vio en seguida. Tenía los ojos cerrados. Descansaba

fláccida, mitad de espalda, mitad de costado. Su bata, ribeteada de piel, estaba abierta, y el camisón de dormir, arrugado y recogido por efecto de su caída hasta el primer escalón, se hallaba sesgado por encima de sus rodillas. Una de las zapatillas se le había salido y estaba cerca de su pie izquierdo. Todo esto lo vio Wood a la pálida luz amarilla de las lámparas.

Fue derecho hacia ella. Su rostro estaba casi tan blanco como la balastrada y la respiración era débil.

—¡Chis! —bisbiseó alguien por encima de la cabeza de Wood.

Nick se volvió ñeramente y escudriñó por todos los rincones antes de localizar el punto de donde venía la voz aquella. Venía del rellano, al final de la escalera. Solo pudo distinguir en la penumbra el rostro de una muchachita, que tendría quince o dieciséis años. Por lo que vio, se encontraba arrodillada, avizorando desde la esquina de una pilastra.

—¡Chis! —volvió a sisear.

—¿Qué pasa?

—Está así, desmayada, desde hace casi un cuarto de hora.

Hablaba cuchicheando, jadeante, con reticencia.

Nick, instintivamente, empezó a contestarle cuchicheando. Pero rectificó, tosió y habló en voz fuerte.

—¿Y cómo diablos no hiciste nada por ayudarla?

—¿Yo bajar ahí? —preguntó la voz, haciéndose un poco más fuerte—. ¿Sabiendo que anda suelto un asesino? Además, el viejo nos mandó que no bajásemos.

—¿Qué viejo?

—¡Él! ¡Y además —dijo la voz, recurriendo a un argumento decisivo—, no estoy vestida!

—¡Bueno! Pero ¿qué hago yo? ¡Maldita sea!... ¿Y qué le pasó para desmayarse?

Su interlocutora avanzó un poco más en torno a la pilastra. Nicolás Wood, que seguía examinando su carita ávida y pecosa, creyó reconocer en ella a una de las doncellas que había visto yendo y viniendo por la casa. Aquella voz rezumaba una satisfacción romántica.

—Tuvo la culpa ese tal señor James.

—¿La culpa de qué?

—Bueno; como hacer, no le hizo nada. Él salió del comedor hace unos quince minutos.

—¿Y qué?

—Y echó a correr escalera arriba cuando la señorita Betty bajaba. Ella le preguntó: «¿Qué ha ocurrido?». Y él la agarró de las manos y le dijo: «Se trata de su padre». Estas fueron sus mismas palabras: «Ha sido su padre, que se disfrazó de ladrón y alguien le apuñaló. Pero no se preocupe, porque creen que no morirá».

La jovencita tomó aliento. Se había adelantado, caminando a gatas, y mostraba ya toda la cara.

—¿Qué quiso decir con ello, señor?

—No te preocupes. Pero, ¡por los clavos de Cristo!, haz el favor de bajar. No tienes de qué asustarte.

La jovencita hizo caso omiso de la invitación.

—A la señorita Betty no le hizo efecto de momento. El señor James subió y se fue a su cuarto. Ella siguió bajando hasta que llegó al primer escalón. De pronto se detuvo, masculló unas palabras, se arrugó como un trapo de cocina y cayó al suelo — la voz se hizo anhelante—. ¡Qué lindísima es!

¡Claro que sí! Y eso era lo malo.

Había dicho Nick que no sabía qué hacer, y en eso mentía, porque la primera ayuda, en tales casos, es del género elemental. Pero la presencia física de Betty le afectaba demasiado. Sin embargo, no tenía más remedio que actuar.

—Si me guías a su habitación, subiré con ella a cuestras.

—Bien; pero ¡cuidado con decirle al viejo que yo le he hablado!

—Dime de una vez quién es el viejo.

—¿Quién va a ser? ¡Él! Larkin, el viejo Larkin.

—No se lo diré. No tengas cuidado. Vamos.

Se inclinó, cogió por debajo de los hombros y de las rodillas a Betty y la alzó en vilo. Pesaba menos de lo que se había imaginado. Aprovechó la oportunidad para sacudir el arrugado camisón de dormir, de manera que le cubriese las pantorrillas. Agregó, mientras adelantaba un pie para subir a cuestras un escalón:

—A propósito, ¿quién fue la persona que hace unos minutos gritó o dejó escapar una exclamación en el vestíbulo? Yo lo oí desde ese otro cuarto y por eso salí.

—Esa fue la señorita Leonor.

—¡Ah!, ¿sí? Yo ignoraba que estuviese levantada.

—¡Sí que lo está! Fue en el instante de meter al pobre señor Stanhope en el ascensor, aunque no lo sacudieron adrede, para subirlo arriba y acostarlo en su cama. El ascensor está al fondo del vestíbulo. Ver, yo no lo vi. Lo llevaban en una cama de campo, como si fuesen unas parihuelas, y me imagino que debieron de dar contra la puerta del ascensor, y entonces la señorita Leonor...

Nick se quedó como petrificado. Asustada por la expresión que vio en su cara, la jovencita se recogió detrás de la pilastra, y pasaron unos segundos antes que se arriesgase a echar de nuevo una ojeada. Nick Wood le dijo, recalcando las palabras:

—Espera un momento. Repítemelo. ¿Quieres decir que alguien trasladó del lugar en que estaba al señor Stanhope, antes que haya podido examinarlo el médico?

No recibió contestación. La puerta de la fachada de la Casa del Disfraz —puertas dobles en un vestíbulo encajonado cuyas paredes estaban revestidas de cristal de color— hacía frente al mundo exterior con un aldabón de hierro, que tenía la forma de una cabeza de león. Alguien empezó a dar aldabonazos, y los golpes metálicos, retumbantes, repercutían bajo la bóveda del vestíbulo principal.

Esto bastó para que la jovencita echase a correr. Nick tuvo una rápida visión de

trenzas de pelo que volaban, de talones golpeando la parte posterior de unas piernas de pijama a rayas encarnadas, en carrera rápida, por la galería, hacia el seguro del piso superior.

Leonor Stanhope, a la que Nick no había visto debido a la altura de la escalera principal, cruzo con paso rápido en dirección a la puerta delantera de la casa.

—Pase, doctor Clements —dijo Leonor.

Después de abrir las puertas interiores, de cristales, corrió el pasador y la cadena de las exteriores, tirando de ellas, aunque tuvo que forcejear con un felpudo que se interponía en el camino.

No miró siquiera a Nick, que con su carga a cuestas subía por la escalera. Iba vestida con pantalones color marrón, abombados, y blusa de punto, de cuello alto.

—Lamentamos haberle arrancado de casa a tales horas, pero mucho me temo que se trate de una cosa grave —dijo, tirando hacia atrás de las dos solapas del abrigo del médico, arrancándole un gesto de dolor, como si se sintiese aprisionado.

—No se preocupe, no se preocupe —exclamó el doctor Clements, haciendo esfuerzos para librarse de la presión.

Era un hombre bajito, corpulento, de bigote y barba corta, y respiraba ruidosamente.

—Querida señorita —añadió—, permítame usted, permítame usted.

Larkin, sin el cuello planchado, surgió providencialmente. El doctor Clements consiguió desembarazarse del gabán, lo entregó, además del paraguas, a Larkin, y echó mano a su botiquín de urgencia.

—¡Oh! ¡Ah! Listos. ¿Dónde se encuentra?

—Arriba, en su dormitorio. Ya conoce usted el camino.

Siempre respirando ruidosamente, cruzó el médico el vestíbulo. Al pasar por el lado de Nick se detuvo lo suficiente para echar una ojeada a Betty y hacer un gesto de simpatía.

—¡Pobre muchacha! —exclamó, acariciándole el pelo—. Es mejor que la coloque usted en pie. Ha abierto los ojos. Si no, se le subirá la sangre a la cabeza.

Nicolás Wood se apresuró a bajar la carga hasta tenerla casi al nivel del suelo, asentó en él los pies de Betty y la sostuvo derecha. Leonor los contemplaba en la penumbra, con las manos en las caderas.

—Haga el favor —bisbiseó Betty, apartando de sí al joven.

—¿Se siente usted ya bien? ¿Puede tenerse sola?

—Sí; estoy perfectamente —Betty tuvo un escalofrío y se apretó los ojos con las palmas de la mano—. Ha debido de darme un mareo o algo por el estilo. ¡Cuánto lo lamento!

—Venga y siéntese. ¿No tomaría usted un poco de coñac?

—No, muchas gracias.

—Pero yo sí que lo tomaría —dijo entonces Leonor.

Aquello era una impertinencia. Wood se volvió hacia la joven. Leonor vio venir la tormenta; apretó los puños y enarcó el pecho en una especie de extemporáneo desafío. Su serenidad era insegura, ficticia, y las ojeras que subrayaban sus ojos oscuros realzaban aún más el blanco de los mismos.

—¡No se meta usted conmigo! ¿Oye usted? —dijo a Nick Wood—. Me tiene sin cuidado que usted sea lo que Vincent James ha dicho. No iba yo a dejarlo tirado allí —y, al decir esto, sus ojos se humedecieron, quizá por influjo de su nerviosismo—, en un charco de sangre y pareciendo lo que parecía.

—¿Quiere decirme cómo se las compuso usted? Porque yo había dado órdenes estrictas...

—No se enteró Larkin. Había ido a telefonar. Convencí a Rogers y a Hamley. Caminamos de puntillas y usted no pudo oírnos, porque estaban cerradas las puertas dobles. ¿Qué hemos hecho, después de todo? Lo único que hemos hecho ha sido subirlo a su cuarto, desnudarle y acostarle. Y lavarle un poco.

—¿No se da cuenta de que si su padre muere de una hemorragia producida por haberle movido e cabrá una parte de responsabilidad a usted?

—No logrará asustarme, si es lo que pretende —pero la cara morena se había vuelto blanca y no tuvo más remedio que exclamar—: ¡Betty, cariño, sostenme!

—¿Y que, si muere, habrá destruido usted las pruebas que nos dirían quién le mató?

Leonor no dio importancia a este detalle y contestó:

—No quiero pensar en eso. No me preocupa. Porque no morirá. Creí que era usted una persona que jugaba limpio, lo mismo que yo lo hice esta noche con usted y con Betty. Ya sabe a qué me refiero. Pero no. ¡No! Usted viene contra todos y parece que amenaza con la cárcel a todos. ¡Ojalá viese usted a una persona a la que quiere como le vi yo a él, tirado en el suelo, en la corriente de aire y sin asomo de color en la cara!... Pero usted no merece vivir porque no tiene corazón. Nada más que eso.

Nick respiró como si estuviese fatigado y dijo:

—Bueno. Olvídelo. Ya veremos cómo nos arreglamos después de lo que usted ha hecho.

—¿Lo dice sinceramente?

—Sí. ¿A qué discutir puntos de vista tan absurdos? Olvídelo, pues. ¿Qué hizo usted con las ropas?

—¿Qué ropas?

—Las que tenía puestas su padre. Todo el disfraz.

Como si respondiera a la mirada interrogadora de Leonor, volvió Larkin a surgir de algún misterioso escondite.

—Lo lamento mucho, señor. ¡Si yo hubiera estado allí en aquel momento!

—No se preocupe. Pero ¿y las ropas? ¿Los zapatos? Supongo que no le habrán quitado nada de lo que tenía en los bolsillos.

El mayordomo contestó de modo terminante:

—No, señor. Las ropas están guardadas, bajo llave, en el armario del vestuario del señor Stanhope. Somos tres los que podemos atestiguar que nadie quitó nada.

—Muy bien. Si ustedes dos —y al decirlo se dirigió a Betty y a Leonor— no tienen inconveniente en ir a la sala a hacer compañía a su madre y esperarme allí unos momentos, yo hablaré algunas palabras con el médico.

—¿Nos tendrá al corriente?

—Sí. Vayan ustedes.

Durante todo ese diálogo, Betty no había pronunciado una sola palabra. Leonor, que era más inquieta, le pasó un brazo por la cintura y echó andar con ella. La cabellera castaña clara y la cabellera negra desaparecieron. Larkin carraspeó.

—¿Desea usted que le conduzca a la habitación el señor Stanhope?

—Dentro de un momento. Antes quiero ponerle alguna ropa. Llámeme si acaso el médico termina antes que yo esté listo.

—Así lo haré. Y en cuanto a esos informes que me encargó...

—Más tarde.

—Perfectamente, señor.

Nicolás Wood iba meditando que su tarea resultaría más fácil si conseguía librarse de la idea e que todo lo que sucedía era un puro melodrama del tiempo Victoriano. Pero, aun considerándolo como una obra de época, algo había en ella que no respondía a la lógica. Sin embargo, él tenía que atenerse a las pruebas, y tales consideraciones se salían de lo demostrable.

Tales eran sus pensamientos mientras subía penosamente a su habitación. Al llegar al rellano de la escalera echó un vistazo a la galería. La cuarta puerta del otro lado, contando desde la fachada, se hallaba abierta de par en par. Aquel debía de ser el dormitorio de Dwight. Nick se dirigió por el corredor hacia su propia habitación.

Había llegado a un estado de cansancio mental en que parecía como si dentro del cráneo zumbasen las voces lo mismo que diapasones. Su dormitorio, decorado en estilo Primer Imperio napoleónico, formaba en las paredes satinadas un dibujo de franjas y cuadros. Dejó, al acostarse, cerradas las ventanas, juzgando que hacía ya en la casa una temperatura bastante fría. Su reloj, que estaba encima de la mesa de luz, marcaba las cinco menos diez.

Se vistió sobre el pijama los pantalones y una americana de deporte. Se dirigió al modernísimo cuarto de baño adjunto y se miró en el espejo. Algo le sombreaba la barbilla, pero podía dejarla para más tarde el afeitado. Hizo correr el agua para que diluyese y arrastrase el rojizo sedimento que se había depositado en la taza del lavabo, y se chapuzó la cara en agua fresca. Y empezó a decir en voz alta frente al espejo:

—Veamos. Aquí tenemos...

—¿Qué le pasa, viejo? —le preguntó Vincent James, metiendo la cabeza por la puerta de la habitación contigua.

—Nada. Hablaba yo solo. Es una mala costumbre que tengo. ¿Anunció a Leonor

Stanhope lo que había ocurrido?

Vincent, vestido con un grueso jersey blanco de los de *criquet* y pantalones de franela, entró en el cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera.

—Sí, fui a su cuarto y la desperté. Me pareció que era lo mejor que se podía hacer —calló un momento, como titubeando—. ¿Quiere creer que se me echó al cuello y me habló como si yo fuese *Pinkey*? ¿Quién es *Pinkey*?

Nick Wood hizo memoria:

—Si no recuerdo mal, le oí en cierta ocasión hablar de *Pinkey*, refiriéndose a cierto comandante Dawson.

—¿Ese individuo es *Pinkey*? —aunque sintiese Vincent ofendida su vanidad, la expresión de su mirada era de alivio—. Le deseo mucha suerte. Fuera de eso, la noticia trastornó a Leonor por completo. Aún no había yo acabado de comunicársela y ya se había echado encima algunas ropas y corría a meterse en el ascensor para bajar al otro piso. Fue un momento difícil y embarazoso para mí, puede creerme. A propósito, la otra hermana es muy simpática, ¿verdad? Me refiero a la más joven.

—¿A Betty?

Vincent cabeceó afirmativamente. Nick estudiaba las facciones correctas y pronunciadas del rostro de su acompañante, que se reflejaba en el espejo. Este agregó, dándose una palmada en las rodillas:

—No piense ahora en ella. Estos... entretenimientos se quedan para cuando no hay otra cosa que hacer —sonrió significativamente; luego prosiguió—: ¿Cómo sigue el viejo?

—Lo ignoro. El médico se encuentra visitándole, y nos informará de un momento a otro.

Unos golpes discretos en la puerta del dormitorio anunciaron en aquel mismo instante la llegada del doctor Clements. Nick salió para contestarle, no sin antes cerrar la puerta del cuarto de baño en las mismas narices de su indignado acompañante. El obeso doctor demostraba en sus maneras una reserva de mal agüero al mismo tiempo que una verdadera preocupación.

—¿El inspector Wood?

—Yo soy. ¿Cómo se encuentra?

El doctor Clements no juzgaba, por lo visto, conveniente contestar de un modo directo, y movió la cabeza a uno y otro lado como figura de porcelana. Y, al fin, contestó:

—Estos casos de hemorragias internas son complicadísimos. Dígame: ¿con qué clase de arma le hirieron?

—Creemos que con un cuchillo de postre.

—De hoja muy fina, ¿verdad? Me lo supuse. Los bordes de la herida estaban tan apretados que me costó trabajo encontrarla. No deja de ser corriente, pero es muy difícil el caso. Sí, muy difícil.

—¿Se salvará?

El doctor Clements arrugó y apretó los labios.

—Sí..., quizá. Setenta probabilidades contra treinta, por lo menos. No han sido afectados los pulmones. Ahora bien: las otras lesiones han venido a complicar lo de la cuchillada.

—¿Otras lesiones?

—Amigo mío, usted ha tenido que verlas forzosamente —el grueso rostro indicaba inquietud y pesadumbre—. Aunque quizá no las haya advertido, porque, siendo muy escasa la circulación de la sangre, tenía que tardar algún tiempo en dejarse ver las marcas —hizo una pausa—. Parece como si alguien, en un alarde de extraordinaria brutalidad, hubiese saltado sobre el señor Stanhope o le hubiese pateado cuando yacía en el suelo.

—¿Saltado encima o pateado, dice usted?

—Sí, en el cuerpo y en la cabeza.

Nick sintió que le corrían escalofríos. Era tal su tensión que oyó el tictac de su reloj encima de la mesita de luz. Y solo pudo decir:

—El odio.

—¿El odio?

—El odio. La explicación que faltaba —repitió Nick con la mirada perdida en el sombrío enigma.

Pero cambió de tema:

—Oígame, doctor. El señor Stanhope fue atacado, hubo lucha, durante la misma fue apuñalado y la vajilla de plata fue derribada del aparador. ¿Pudieron producirse las lesiones a que usted se ha referido en el transcurso de la lucha?

—No, señor —contestó el médico en términos corteses—. Al menos, esa es mi opinión. Fue un acto deliberado de violencia ejercido contra un hombre que no podía defenderse.

Nick siguió con el problema:

—¿Habría manera de deducir qué tipo de persona ha podido ocasionarlas? Me refiero...

—Comprendo perfectamente adónde va usted —dijo el doctor Clements.

Su mirada se hizo huidiza. Se acarició la corta barba gris. Un aire de pesadumbre envolvió toda su persona. Pero era un hombre honrado.

—Yo diría —añadió— que las lesiones le fueron infligidas por un hombre poco corpulento, o quizá por una mujer.

No hacían falta comentarios. El odio era el dato que faltaba.

—Muchas gracias, doctor. ¿Se queda usted en la casa?

—Sí; estaré al lado del herido, si es que usted necesita de mí —el médico, con la mano en el picaporte, no acababa de marcharse—. No tome a mal la pregunta que voy a hacerle. ¿Con qué carácter se encuentra usted aquí?

—Oficialmente, no represento ningún papel.

El rostro del señor Clements se ensombreció.

—Mi profesión impone ciertos deberes desagradables. En términos generales, mi obligación es dar parte de hechos como este a la Policía local. A menos que... —y miró a Nick con ojos muy abiertos—, a menos que pueda usted darme la seguridad de que el señor Stanhope fue herido accidentalmente en una de las fiestas que se organizan estos días de Navidad... O algo por el estilo. Eso fue lo que Larkin me dio a entender por el teléfono.

—Puede prescindir de informar a la Policía, doctor. Asumo toda la responsabilidad.

—Gracias, muchísimas gracias —exclamó el doctor Clements—. ¡Qué a gusto se siente uno algunas veces sabiendo que miente!

Y se marchó a toda prisa.

Varias eran las diligencias que Nick tenía que hacer ahora. Tres mujeres esperaban noticias abajo, en la sala. Era preciso darles a conocer la verdad, y ellas no estaban preparadas para tantas complicaciones como el hecho presentaba.

Al abrir Nick la puerta de la sala nadie dijo una palabra, pero tres caras se volvieron hacia él. Alguien había encendido el fuego. Leonor, de bombachos y jersey cerrado, de color amarillo, se hallaba en pie junto a la chimenea, fumando sin interrupción; Christabel, arrellanada en un sillón con las piernas cruzadas; Betty, sentada algo aparte en el sofá, muy tiesa y con los pies cubiertos por los pliegues de la bata ribeteada de piel; únicamente sus ojos parecían tener vida, y estaban fijos en Christabel.

—Buenas noticias —dijo Nick—. El doctor asegura que tiene probabilidades de salir adelante.

Hubo unos momentos de silencio, y luego Christabel exclamó en un murmullo:

—¡Bendito sea Dios!

Leonor, con emoción deliberada, dejó caer el cigarrillo sobre la piedra del hogar y lo aplastó con el pie. Betty siguió muda, pero respiró profundamente.

—¿No deberíamos ir a su habitación a velar a su lado? —preguntó Leonor—. Y si no, traer una enfermera o hacer algo. ¿Cuándo recobrará el conocimiento y estará en condiciones de explicar lo sucedido?

—El doctor se encargará de todo. Entre tanto...

—Entre tanto —dijo Christabel, adivinando hacia dónde iba—, entre tanto, vamos a ver si sacamos en limpio el motivo que le movió a obrar como obró. ¿No es eso?

—Ya estoy en condiciones de decírselo —intervino Betty.

Christabel la miró sorprendida y empezó a decirle con dulzura:

—Betty, cariño...

Se advertía que trataba a su propia hija como a la niña pequeña de la familia, a lo que la misma Betty daba pie con su actitud y maneras sumisas. Pero ahora se irguió en su asiento, aunque con tímida impaciencia.

—¿Por qué no hemos de hablar de ello? Ni un solo momento ha dejado de estar presente en el pensamiento del señor Wood. Y el mismo señor Naseby se lo dijo en

redondo y sin ambages. Papá se encuentra en mala situación, ¿no es cierto? Me refiero a cuestiones de dinero.

—¡Qué tontería! —estalló Leonor con acento de completa incredulidad.

Christabel daba señales de sentirse molesta, y como si Betty hubiese sacado a colación un escándalo muy desagradable de familia, le dijo:

—¿Te parece que está bien hablar de una cosa así, cariño?

Betty le contestó:

—Hemos tomado las cosas muy alegremente. Me temo que las tres no sirvamos para nada de provecho. Pero a él le gusta que seamos como somos, por lo menos mamá y Leonor. Por esa razón, y aunque sus asuntos marchasen mal, nunca nos hubiera dicho una palabra.

Betty se volvió a Nick y prosiguió:

—El valor total de los cuatro cuadros que hay ahí dentro —y apuntó con la cabeza en dirección al comedor— pasa con mucho de las cien mil libras esterlinas. Me consta, porque lo oí cuando no sé quién le propuso llevarlos a la Exposición mundial que se celebrará en Nueva York el año que viene. Papá se negó. Vender, se podían vender, pero no habrían pagado ni remotamente lo que valen hoy. Sir Charles Lytle asegura que, desde los acontecimientos de Munich, las obras de los grandes pintores no tienen mercado. No había nada que hacer por ese lado. Es de suponer que estuviesen asegurados los cuadros en una fuerte suma. Y era posible simular un escalo y robarlos. De este modo se cobraba el importe del seguro y se vendían luego en secreto a algún coleccionista particular, como Nelson o Van Dymm...

Christabel se incorporó.

—Betty Stanhope, ¿te das cuenta de que estás acusando a Dwight de...?

—¡Mamá, compréndeme! —se levantó de su asiento y se acercó a Christabel—. Y confiesa que mi suposición no te sorprende tanto como quieres hacer ver.

—Pues yo no lo creo —exclamó resueltamente Leonor, mirando a su alrededor—. De todos modos, y aunque fuese verdad, ¿por qué habías de venir a airearlo en presencia de un hombre de la Scotland Yard?

—Perdonad, pero no creo haber hecho daño alguno. ¿O es que se os antoja preferible atribuirlo a un acto de locura? ¿Qué otra explicación podéis ofrecer? Se trata del hombre con más sentido práctico del mundo. Jamás hizo nada que no fuese lógico; mas, de pronto, se disfraza y lleva a cabo las cosas más raras. ¿No hay una razón para ello? Sí; la de cobrar la póliza de seguro y seguir de ese modo atendiéndonos a nosotras. Es una explicación que salta a la vista.

—En efecto —intervino Nick—. Es una explicación que salta a la vista.

Hizo una profunda aspiración. Las tres mujeres, que habían captado la nueva inflexión de la voz de Nick, centraron en él sus miradas. La mano de Betty oprimió el hombro de Christabel.

—Por eso mismo —siguió diciendo Nick Wood— me hallo en el deber de decir a ustedes que esa explicación no es la verdadera.

Leonor le cortó la palabra de una manera tajante:

—¡Un momento! ¿Quién es ahora el que está majareta?

—Empiezo a pensar que yo. Dice bien su hermana; esa es la explicación que primero se le ocurre a cualquiera. Yo mismo participé de ella hasta esta noche. Y me he convencido de que no se tiene en pie.

—¿Y por qué no se tiene en pie? —le replicó Leonor, como si se hubiese pasado al otro bando.

Christabel empezó a dar pataditas en el suelo. Aunque las dos se habían mofado de la teoría de Betty, era evidente que ambas participaban en secreto de la misma.

—Ahora se lo diré. Empecé a explicárselo antes a la señora Stanhope, pero al instante nos interrumpieron. El señor Stanhope se presentó en nuestras oficinas el martes último y tuvo una conversación con el inspector jefe Masters. Le comunicó que tenía razones para creer que su casa iba a ser objeto de un robo con escalo, con el intento de apoderarse, por lo menos, de uno de sus cuadros, y pidió que se destacase aquí un funcionario de Policía durante el fin de semana. Dicho funcionario figuraría como un invitado más. Como es natural, el inspector jefe le preguntó cómo estaba enterado de aquel proyecto. El señor Stanhope se negó rotundamente a entrar en detalles. Si se hubiera tratado de otra persona, hubiera sido suficiente esta actitud para que lo pusiesen a la puerta; pero había más de una razón para atenderle bien. Lo primero de todo, porque barruntamos un tejemaneje muy raro. El truco es muy viejo. El primer paso que da un maleante aficionado (perdónenme el calificativo) cuando planea un escalo con objeto de cobrar una póliza de seguros estafando a la compañía, es presentarse a la Policía y comunicarle sus temores de ser robado. Esto ocurre, de once veces, diez. Cree despistar con esto a la Policía, cuando la verdad es que le da el alerta. Es también lo que hace el charrán que envía cartas anónimas. Cuando surge una de estas epidemias de cartas anónimas, se puede apostar hasta la camisa a que quien las escribe es la persona que con más insistencia y en tono más ofensivo las recibe. Lo corriente es que se trate de una mujer.

Nick Wood hizo una pausa.

En las caras de las oyentes se dibujaba una expresión muy especial.

—Pues bien: el inspector jefe se encontraba en una situación molesta. El señor Stanhope es una potencia en este país. Órdenes recibidas de muy arriba nos obligaban a atenderle bien, accediendo a cualquier razonable petición suya. Conviene que ustedes sepan lo que dijo Masters: «Muchacho, este caballero anda metido en un asunto que huele mal, y se armará una tremolina si nos vemos obligados a echarle el

guante». Acordaron, por último, destacarme a mí en esta casa, según había solicitado el señor Stanhope, Las órdenes que se me dieron fueron de que no le perdiese de vista, y que si él intentaba llevar a cabo su proyecto, interviniese yo y sofocase la cosa sin escándalo. Entre tanto, investigaríamos cuál era la situación del señor Stanhope, por si en ella había algún fallo.

Nick hizo otra pausa, avanzando y retrocediendo unos pasos delante de la chimenea.

—¿Y después? —se adelantó a preguntar Christabel.

—No quiero callarme el hecho de que existía otra razón más para mi venida a esta casa —pareció vacilar—. Lo cierto es que mi jefe no se deja ningún cabo suelto, Pero de esto hablaré más adelante, porque creo que no afecta a ninguna persona de la familia. Pues bien: estábamos en la creencia de que habíamos descubierto el juego al señor Stanhope. Pero los hechos que luego averiguamos nos apearon de ella —Nick se detuvo sobre el felpudo y agregó—: Ninguno de estos cuadros se halla cubierto ni siquiera por una póliza de un penique.

Sus oyentes necesitaron algunos momentos para digerir la noticia. Leonor abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. Betty retiró la mano del hombro de su madre. En la cara de Christabel se dibujó un ceño que descubrió su verdadera edad.

—¿Que no están asegurados?

—Así es. Algo más quiero decirles. El señor Stanhope no se encuentra en apuros económicos. Todo lo contrario. Su crédito es más sólido que nunca, y hace menos de un mes que dio el golpe más brillante de su carrera de financiero.

—¡Gracias sean dadas a Dios por esto! —masculló Leonor, pasándose el revés de la mano por la frente.

Christabel gritó:

—Por los clavos de Cristo, ¿qué se proponía entonces Dwight?

—Eso es —dijo Nick—, eso es lo que yo quisiera que usted me explicase.

Se encogió levemente de hombros y prosiguió después de hacer una pausa:

—Pero entendámonos. Yo no afirmo, ni mucho menos, que el señor Stanhope está diez veces más loco que un chivo loco. Estoy bien convencido de lo contrario. Tengo la impresión de que es un hombre que sabe lo que quiere y que obra con muy buenas razones.

—Así es él —asintió Betty.

—¿Cuáles son esas razones? ¿Por qué monta todo este tinglado de disfraces, cortacristales y todo lo demás? Con ello no iba ganando un penique. Ustedes me aseguran que no es aficionado a los bromazos. Les he hablado a ustedes con toda franqueza, porque tengo la convicción de que hay alguien o algo que puede darnos la clave.

—Ese alguien soy yo —replicó Leonor con un movimiento de cabeza—. Pero usted se lo podía preguntar a él mismo.

—Desde luego, si se salva.

—¡No diga usted si!

Leonor dio una patada en el suelo. Llevaba sandalias coloradas, caladas, y el menudo tacón repercutió en la piedra del hogar.

—Sí —dijo Christabel—. Después de todo, si el cuchillo no le ha tocado el corazón y el doctor Clements dice que sanará...

Nick dijo entonces, calculando deliberadamente sus palabras:

—No se trata solo de la cuchillada. Tiene también otras lesiones.

—¿Qué otras lesiones? —exclamó rápidamente Betty.

Nick no se dio por enterado de la pregunta, y continuó, afilando él también un cuchillo y preparándose a hurgar con el arma en las emociones de las tres mujeres:

—El ataque llevado a cabo contra el señor Stanhope no ha sido casual. Quiero decir que no se trata de que alguien le haya tomado por un auténtico ladrón y en esa creencia le haya atacado. Existen dos razones que quitan probabilidad a semejante suposición y que la hacen casi imposible. En primer lugar, no existirá motivo alguno, en este supuesto, para que el atacante se mantenga oculto después de realizado el hecho. Un ladrón enmascarado penetra con fractura en una casa; yo ignoro quién es, le acometo, y en la pelea se lleva lo suyo. La inmediata es que yo cante victoria y anuncie su captura. ¿No les parece?

—¡Qué quiere que le diga! —contestó Christabel con un escalofrío—. Por nada del mundo acometería yo a un ladrón, con disfraz o sin disfraz.

—Yo, puede que sí —apuntó Leonor, poniéndose en jarras con expresión fanfarrona—. Es decir, si yo llevaba un arma cualquiera —pero sus ojos se nublaron y rectificó—: No. Miento. Llamaría a gritos a Vincent o a Pinkey Dawson. Pero me agrada hacerme la ilusión de que sería capaz de una hazaña así.

Nick se despreocupó de sus palabras.

—La segunda razón es el salvajismo con que ha sido realizado el ataque al señor Stanhope, Después de apuñalado, cuando yacía inerte en el suelo, alguien le pateó el cuerpo y la cabeza tan despiadadamente que le ha roto tres costillas y ha estado a punto de aplastarle el cráneo. Feísima faena. Odio personal. Manera ciega y salvaje de escapar.

Sin exaltarse, como si no se diese cuenta de la corriente de espanto que sacudía a sus oyentes, manteniéndolas igual que un cable de alta tensión, Nick continuó explicando:

—De todo esto solo podemos sacar una conclusión. Alguien sabía que el señor Stanhope, por las razones que fuese, iba a disfrazarse de ladrón. Alguien le estaba acechando. Alguien...

—¡Basta! —interrumpió Christabel. No lo dijo gritando, pero el tono de su voz era tan imperioso que Nick se calló—. ¿Es indispensable que juegue al ratón y al gato con nosotras?

—Señora, alguien está jugando conmigo a ese juego. Mi obligación consiste en descubrir quién es. Y estoy resuelto a descubrirlo.

Nick sentíase fatigado. El problema que tenía delante carecía todavía de sentido. Sus últimas palabras resonaron claras y tajantes en aquella habitación veneciana, bajo los mármoles moteados de rosa.

Por encima de todo, su interés se concentraba en Betty, a la que sentía cada vez más lejana, cada vez más ajena a él a medida que transcurrían las horas y con cada frase que salía de su boca. Al menos, eso era lo que Nick pensaba. Se dijo a sí mismo que no le importaba. Masters le había advertido hacía tiempo que jamás se interesase por nadie mientras tenía un trabajo entre manos. «No se considere nunca como un huésped, muchacho; ni siquiera como un ser humano. Nadie nos consulta antes de robar una caja o cortar una yugular. ¿Por qué, pues, hemos de consultar nosotros a ellos?».

Por desgracia, no pudo dejar de tener una personalidad humana. Betty no era una mujer enseñada por la vida, como Christabel, ni una moza retozona, sensual y condescendiente como Leonor. Era la mujer que a él le convenía. Y fue Betty la que dijo tranquilamente:

—Por favor, no perdamos los estribos. Eso de que alguien quiso... herirle precisamente a él es cierto, ¿verdad?

—Sí; alguien le produjo deliberadamente graves lesiones.

—Pero ¿por qué razón? —preguntó Christabel, como si la ofensa personal afectase directamente a ella. Se cubrió los ojos con la mano—. ¿Qué razón puede haber? ¡Si él es absolutamente incapaz de hacer daño a nadie!

—Querrás decir a nadie que no sea enemigo suyo —insinuó Betty.

—También yo soy de esa opinión —dijo Leonor—. Puesto a odiar, sabe odiar bien, como les ocurre a todos los hombres que tienen verdadera personalidad. Pero es lo bastante culto para no transparentarlo. Por eso, si alguien intentó devolverle el golpe...

—A eso es precisamente a lo que me refiero —le interrumpió Nick—. Y ahí es donde necesito ayuda. ¿A qué pudo obedecer que adoptase semejante disfraz? ¿Qué es lo que él pretendía poner en evidencia? ¿Qué enemigos tenía?

Betty, mujer inteligente y de rápida comprensión, se le revolvió en este punto:

—No es eso lo que dijo usted antes. Lo que dijo fue que alguien «estaba al acecho, esperándole».

—Sí. ¿Y qué?

—Que ahora parece usted referirse a enemigos suyos por cuestiones de negocio. Antes nos dio la impresión de que hablaba de alguien que estuviese en esta casa. Alguien de nosotros. ¿Era usted ese alguien?

Y clavó en él la mirada de sus ojos azules.

—Si a usted no le parece mal, señorita, seré yo quien pregunte.

Betty enarcó las cejas y asintió con voz débil e inexpresiva.

—Como usted guste.

Pero se volvió para mirar a otro lado.

—¿Pensaba usted en alguien de aquí? —preguntó Leonor.

—Naturalmente que sí, querida —exclamó con sosiego Christabel, como si eso nada tuviese que ver con ella—. Es una suposición que suena a cosa fantástica, aun dentro de esta mansión. ¿Verdad, señor Wood?

Nick se dijo para sí que ninguna de las tres tomaba en serio aquella sugerencia suya.

Christabel prosiguió:

—Se refería a la posibilidad de que hubiese personas que tienen inquina a Dwight. Poca es la ayuda que puedo prestar para aclarar ese punto. Él nunca me dijo nada. Pensándolo bien, creo recordar que no hace mucho rompió malamente con uno de sus mejores amigos por cuestiones de negocio. Aunque supongo que eso no tiene ninguna trascendencia.

—Sanará, ¿verdad? —preguntó Leonor—. Eso es lo único que a mí me interesa. ¿No es cierto que sanará?

—Esperémoslo.

—¡No puedo seguir así! —exclamó Leonor, dando un estallido.

Devolvió con descaro a Nick la mirada que este le dirigió, aspiró profundamente como tomando una resolución y echó a andar hacia el comedor.

Christabel le dijo con el tono tranquilo habitual en ella:

—¿Adónde vas, querida?

—A beber una copa de algo —le replicó Leonor, abriendo de par en par las puertas corredizas y dando media vuelta—. Y después me iré a dormir. ¡Ojalá pudiese dormirme una semana seguida! A ti no te afecta, Betty, porque no es tu padre. Además, tienes siempre el recurso de leer y de soñar, como lo haces casi siempre. Y tampoco a Christabel puede herirle tanto como a mí.

Nick se plantó de un salto detrás de ella.

—¡No toque nada de lo que hay encima del aparador!

—No iba a tocar nada de lo que hay encima del aparador. La garrafa está en el estante bajo. Ahí es, por lo menos, donde debería estar.

—Si usted se empeña en coger la garrafa, yo se la alcanzaré. No pase usted de aquí.

Tanto Christabel como Betty fueron instintivamente tras ella. Los cuatro se quedaron bajo el arco que separaba las dos habitaciones, contemplando el cuadro de desbarajuste que había al otro lado. Las piezas del servicio de plata, en revuelta confusión con las frutas desparramadas por el suelo, resaltaban con abigarrados colores sobre la tupida alfombra negra. Unos racimos de uva aplastados señalaban el lugar en que Dwight Stanhope asentó su costado. No sin cierta satisfacción, pensó Nick en que le sería fácil dibujar aquella posición recurriendo a su memoria.

El agrietado cuadro del Greco, apoyado en el aparador y con la tela colgando del marco, daba la impresión de que un pie muy pesado se había asentado encima de él. Y algo más que no escapó a la observación de Nick Wood: en el sitio donde estuvo

caído Stanhope vio una pequeña linterna eléctrica, niquelada, que el cuerpo de aquel había tapado antes. El cuchillo de postre, manchado de sangre, se hallaba en el mismo lugar.

—Perdónenme un momento —dijo Nick.

Y sacó del bolsillo un lápiz, que colocó sobre la alfombra para señalar la posición del cuchillo de postre. Después procedió a cogerlo por los extremos con la yema de los dedos y lo llevó así hasta la mesa del comedor, en donde lo dejó.

Leonor se aventuró a decir con desparpajo:

—¿Cómo no lo envuelve en un pañuelo, a fin de que no se borren las impresiones digitales?

—Solo un botarate haría semejante cosa, porque si hubiera, en efecto, algunas impresiones digitales, las emborronaría. ¿Quiere colocarse a un lado, por favor?

Sacó luego la estilográfica y la puso sobre la alfombra, junto a la linterna eléctrica. Pensó que era muy poco más lo que allí le quedaba por hacer. La intervención de Leonor, bien intencionada sin duda, había anulado una parte grande de lo que hubiera constituido la prueba.

Nick abrió la puerta del aparador, encontró la garrafa de coñac, ya bastante vacía, y se la ofreció a Leonor, que no se movió para cogerla. Al contrario, se había ido alejando hacia atrás, hasta colocarse debajo de otro de los cuadros iluminados que había en la pared de enfrente. Era la tela de Goya titulada *La bruja joven*. De trazos atrevidos e invención satírica, parecía poco apropiado para ser expuesto en casa donde hubiese muchachos o muchachas. Leonor lanzó estas palabras:

—Es usted una persona bastante odiosa. Debiera acordarse por lo menos de que es nuestro huésped...

—Lo tengo muy presente. De no ser por eso...

—¿Qué ocurriría?

—Dejémoslo estar. ¿No quiere el coñac?

—No lo quiero —replicó Leonor, que cambiaba de idea cada diez minutos—. Lo que yo necesito saber es lo ocurrido aquí.

Durante el diálogo anterior, Betty había cruzado calladamente hasta las cortinas, abombadas por la corriente de aire, de la ventana del lado izquierdo. Las levantó, miró al otro lado y hasta se metió en el hueco de la ventana, desapareciendo unos momentos detrás de las cortinas.

—¡Hola! —exclamó, alzándolas de nuevo con la mano—. Ha empezado a nevar.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó Christabel con interés—. Yo, en tu caso, no tocaría nada.

Betty vacilaba; pero finalmente, y como en contra de su voluntad, se dirigió a Nick:

—Usted es quien lleva este asunto. Nos ha dado a entender con claridad que no desea ninguna interferencia ajena. Sin embargo, quizá le interese echar un vistazo desde esta ventana.

Nick se dirigió a ella, apartando las cortinas con ambas manos. La brillante luz

del comedor se proyectó sobre el pequeño pórtico formado por el saliente de las habitaciones del piso superior. Pero así y todo la luminosidad no era suficiente.

La ventana había sido levantada hacia arriba a todo lo que daba la corredera. Nick buscó en su bolsillo las cerillas, sacó una, la encendió, sacó el busto hacia afuera y mantuvo en ella la cerilla encendida. Su llama brilló con nitidez en el aire frío y casi inmóvil.

Grandes copos de blanca nieve caían más allá del voladizo. El suelo de este, aunque protegido de la nieve, tenía una capa blanca de helada escarcha, que empezaba a fundirse. Esa capa crujiría bajo el peso de un pie. Advertíanse en ella varias huellas enteras o incompletas, y su dibujo correspondía al de las suelas acanaladas de los zapatos de tenis que tenía puestos el señor Dwight Stanhope. Las huellas apuntaban todas hacia acá, es decir, en dirección a la ventana.

—¿Se refería a esto?

—Sí. ¿Son de él? —preguntó Betty con interés.

—Sin duda alguna. Ya recordará usted que llevaba... Pero ¿qué voy a decir yo si lo vio usted misma? ¿No es cierto?

—No, señor; de ninguna manera. Yo me refería a que el asunto se presenta mucho más complicado aún de lo que pensábamos. Por lo visto, se alejó de la casa y luego volvió a ella.

Christabel exclamó con muestras de cansancio:

—Hija mía, en eso que dices no hay nada nuevo. El mismo señor Wood lo sugirió hace ya varias horas. ¿Y qué se deduce de que las huellas indiquen que se alejó de la casa?

Nick apagó la cerilla y dejó caer las cortinas. Tendría que sacar un calco de aquellas huellas antes que avanzase el deshielo. De momento, clavó sus ojos en los de Betty, y sin despegar los labios le dirigió una pregunta, a la que ella contestó, aunque lo hizo hablando con Christabel.

—Es que indican algo más que eso. ¿No lo comprendes?

—No, cariño mío; mentiría si dijese que lo comprendo.

—Fíjate, mamá, en que no hay más que una clase de huellas en el voladizo. Fíjate bien.

Christabel se adelantó para verlo con sus mismos ojos. Pero ni aun después de descorrer las cortinas y mirar al exterior dio señales de haber comprendido lo que aquello significaba.

—Es muy tarde, Betty, y estoy cansada. Esto de jugar a detectives resulta muy bien en los libros y en los juegos. Es cosa divertida. Pero en circunstancias tan espantosas como las actuales...

—Quiere decir, mamá, que nadie más que él entró por esa ventana —le contestó Betty sin rodeos.

Pero no le dio, o no pudo darle, la contestación verdadera.

Nicolás Wood bajó por la escalera principal de la casa para dar un paseo al aire libre a las dos de la tarde de aquel día, un día oscuro, aunque blanco de nieve.

Las demás personas de la casa no se habían levantado aún, pero no tardarían en dar señales de vida, pues se había cruzado con una doncella que llevaba una bandeja con el desayuno a la habitación de Christabel. Nick Wood había dormido sólo dos horas, pero se sentía asombrosamente descansado. Había recogido todas las pruebas materiales y comunicado por teléfono con el inspector jefe Masters, que tenía el número 1212, Whitehall.

Encontróse con Larkin en el vestíbulo inferior, alumbrado ahora por una cornisa de luces indirectas. El mayordomo parecía perplejo, y quizá no sin motivo. Del lado de acá de la puerta principal había en el suelo un gran baúl y un cajón de embalaje todavía mayor. Ostentaban los dos, de parte a parte, pintados con llamativas letras rojas y blancas, unos letreros que decían: *El Gran Kafuzalum*, y etiquetas adicionales como esta: *Este lado, para arriba y Trátese con cuidado*.

Nick se detuvo en seco, preparándose para ponerse el gabán.

—Buenos días, señor —le dijo Larkin.

—Buenos días.

—¿Fue de su agrado el desayuno?

—Sí, mucho —contestó Nick, aunque solo tenía una vaga idea de lo que había comido.

—¿Se encuentra bien el señor Stanhope?

—Descansa sosegadamente. Uno de los hombres de usted estuvo toda la noche de guardia en su cuarto, y el médico está al llegar.

Nick le preguntó, señalándole las cajas:

—A propósito, ¿quién o qué es *El Gran Kafuzalum*?

El rostro de Larkin esbozó una leve sonrisa.

—Es un mago, señor.

—¿Un mago? ¿A santo de qué viene un mago?

—¿No se lo han dicho a usted? Es costumbre de esta casa el dar por Año Nuevo una función a los niños. Veo difícil que, dadas las circunstancias que atravesamos, pueda celebrarse este año. Pero el señor Stanhope tenía contratado ya a este nigromante, la última sensación del Paladium. Los transportes de Carter Patterson acaban de traernos eso.

—¡Vaya! —exclamó Nick, dominando la viva curiosidad que le inspiraba el equipo del prestidigitador—. Yo me marcho a dar un paseo. Regresaré con tiempo

para hablar con el doctor Clements.

—Perfectamente, señor. Si usted me permite...

—Diga.

Larkin bajó la voz:

—Los informes que usted me pidió anoche, ¿le interesan todavía a usted o debo darlos al olvido?

—¡De ninguna manera! No sé cómo se me pasó por alto el asunto. ¿Qué es lo que averiguó usted?

Larkin adoptó aires de conspirador.

—La puerta principal tenía corrido el pasador y la cadena echada por dentro. Probablemente lo vería usted mismo cuando la señorita Leonor abrió al doctor Clements. La puerta que da al invernadero estaba cerrada con llave y echado el pasador. La de atrás, es decir, la del patinejo, debajo de la escalera, que da a las cocinas, se hallaba también cerrada con llave y pasador.

—¿Y no tiene la casa otras salidas?

—No, señor.

—¿Y cómo encontró las ventanas de la planta baja?

—Todas estaban cerradas por dentro.

—¡Vaya! —murmuró Nick en voz baja.

Mientras Larkin le ayudaba a meterse el gabán y le abría la puerta principal, Nick meditaba en lo que acababa de oír. Bajando por la escalinata delantera, se metió en aquel mundo pálido, de reflejos de plata, arrebuñado en nieve. En el declive del césped, pisoteando la nieve, estaba Betty Stanhope.

La figura de Betty no era muy de la época de la reina Victoria. Iba vestida con lo que suele llamarse un equipo de patinar. Desde las botas que sujetaban los pantalones hasta el gorro en punta, formaba su silueta una mancha de color vino sobre el fondo de nieve y negros árboles. Su rostro, enmarcado por el gorro, estaba colorado de frío, y su mirada parecía más viva; pero una nariz rubicunda no ha sido jamás hermosa. La joven saludó a Nick moviendo la mano enguantada.

—¡Qué me iba yo a suponer que lo encontraría a usted aquí! —exclamó Betty, adelantándose hacia la escalinata sin dejar de patear.

—Voy nada más que a estirar las piernas.

—Lo mismo me ocurre a mí. Acompañeme, si no tiene inconveniente.

—Nada me resultará más agradable. Usted conocerá los caminos. ¿Hacia dónde tiramos?

Ella le miró escrutadora, y señalando con un movimiento de cabeza en dirección a la parte posterior de la casa, dijo:

—El mejor paseo sería por esos campos, pero la capa de nieve es bastante profunda.

—No se preocupe. Traigo puestos los chanclos.

Semejante afirmación denotaba un optimismo exagerado. El mismo Nick tuvo

que convenir en ello antes que avanzasen trescientas varas, porque, caminando a paso vivo y confiado, se hundió hasta la pantorrilla en la nieve, pegajosa y blancuzca. Pero ningún hombre digno de tal nombre dejaría escapar una queja en circunstancias como aquella.

Fueron abriéndose camino en silencio. Transcurrieron cinco minutos más, y ya la casa quedaba a considerable distancia. Quizá por haber escapado de la atmósfera de Waldemere, Nick empezó a sentir euforia y observó que cambiaban todas sus perspectivas.

—¿De veras que no se está usted mojando los pies? —insistió Betty.

—¡Nada de eso! —y apenas lo dijo se metió hasta la rodilla en un hoyo oculto, apresurándose a recobrar el equilibrio—. Observo que se ha vestido usted como para una batalla de bolas de nieve.

—Ilusiones de Saint-Moritz —contestó Betty—. Generalmente, estos trajes no suelen servir sino para eso, para andar a pelotazos de nieve. Habíamos proyectado salir para Saint-Moritz después del Año Nuevo, pero...

—Pero ¿qué?

—Que a Leonor le dio una pataleta porque no nos acompañaba Vincent James. Este caballero proyectaba ir a otro sitio. De modo que renunciamos a nuestro viaje.

—Dígame: ¿a usted nunca le ha dado una pataleta?

—No adelantaría nada con ello —dijo muy seriamente Betty—. La atribuirían a desarreglos del hígado y me harían tomar alguna medicina. Estoy segura, porque ya lo he intentado alguna vez.

—Dígame entonces otra cosa. ¿Qué opinión tiene usted de Vincent James?

—Es hombre de mucho atractivo.

—¿De veras?

—La verdad, yo no puedo censurar a Leonor porque...

—¡Vaya!

—Pero con todo, dicho sea entre nosotros, me hace a mí el efecto de una terrible torticolis.

De ordinario, a nadie le gusta que a un amigo suyo lo califiquen de torticolis, y si no se tratase de Betty, habría salido Nick en defensa de Vincent James. Porque rendía tributo a las buenas cualidades de Vincent —honradez, rectitud, habilidad en el deporte—. Pero lo cierto es que este último había hecho la noche anterior ciertas observaciones que habían preocupado a Nick más de lo que a él mismo le hubiera agradado confesar.

En un acceso de exuberancia física, se agachó y recogió un puñado de nieve, dándole con sus manos la forma de una bola. Betty le miraba un poco intrigada, sonriendo entre el humo de su respiración. Habían desembocado en un espacio llano, en el que se distinguía, bajo la tristeza de un cielo de plomo, una cerca coronada de nieve que levantaba del suelo lo que la cintura de una persona. La mirada jubilosa de Nick, que recorría el panorama, descubrió un objeto que parecía estar sobre la tapia o

quizá un poco más allá.

Lo que descubrió fue un sombrero de copa.

—¡Mire, mire, mire! —exclamó.

Entre la imagen de un sombrero de copa y la de una bola de nieve surgen en el acto relaciones que provocan en las personas de buen humor los mejores impulsos. O los más perversos, si a ustedes les parece mejor.

Para ser justos, tenemos que decir que jamás se le ocurrió a Nicolás Wood que el tal sombrero de copa tuviese dueño. Eran tan viejo que habría provocado el escarnio de un vagabundo y hasta de un jefe zulú. Era un sombrero que solo se concebía como adorno de un monigote hecho con nieve. Y como el día estaba tan oscuro, pensó que quizá algunos muchachos lo hubiesen hecho al otro lado de la cerca, coronándolo con el sombrero de copa.

Betty leyó en su pensamiento; se agachó, recogió un puñado de nieve y se puso a sobarla, diciendo:

—Le apuesto a que le doy yo antes que usted.

—Apostado —contestó él.

Se balanceó sobre la pierna derecha, se afirmó y largó la bola de nieve igual que un balazo.

Y dio de lleno. El sombrero de copa recibió el golpe en el centro mismo y salió volando como un pájaro, desapareciendo en un ventisquero. Nick se sopló en las manos medio heladas, mientras Betty lanzaba su proyectil. Había calculado con este chasco, pero estaba muy lejos de pensar que ocurriera lo que ocurrió.

Del otro lado de la cerca se alzó, majestuosa e imponente, una cara que, a juzgar por su feroz expresión, no parecía de persona humana. Y una voz airada bramó:

—¿Qué demonios condenados se han creído ustedes que tienen derecho a hacer?

Y tuvieron la visión súbita de unas gafas que descendían de una cabeza calva para asentarse en una gruesa nariz. Todo fue cosa de un segundo; la bola de Betty, bastante floja, salió de su mano y dio en mitad de la cara del individuo aquel.

No soltó una palabra. Se veía él vaho de su respiración. Apoyó sus gruesos brazos encima de la cerca de piedra como sobre un mostrador, y pareció estar examinando el panorama al través de las gafas cubiertas de nieve.

—¡Dios santo! ¡Si es el viejo! —cuchicheó Nick.

—¿Qué viejo? —le respondió Betty, también en un cuchicheo.

—Sir Henry Merrivale.

—¿El del Ministerio de la Guerra?

—En persona. Es amigo de su padre, y él fue quien lo recomendó al inspector jefe.

Betty se rehízo y le gritó:

—Caballero, no sabe cuánto lo siento.

Por el corpachón del hombre reclinado sobre la cerca corrieron escalofríos y retorcimientos. Llevaba un gabán con cuello de astracán, completamente anticuado, y

mitones en las manos.

—De modo que lo siente mucho, ¿eh? —masculló con voz áspera y turbia, y luego carraspeó—. ¡Que lo siente mucho!

—Muchísimo. No podíamos suponer...

El señor H. M. prosiguió con mucha frialdad:

—Uno de ellos me hace levantar volándome el sombrero, mientras el otro aguarda a que lo haga para darme en las narices mismas. Y luego me dicen que lo sienten muchísimo. ¡Los angelitos!

Nick avanzó un paso.

—Ella tiró cuando a usted le tapaba la pared. No pensó en que lo iba a dar, sino que apuntó, igual que yo, al sombrero.

El señor H. M. enrojeció un poco, y Nick rectificó:

—Quiero decir que no sabíamos que el sombrero era suyo. Pensamos que se trataba de uno inservible que alguien había tirado.

Betty le sugirió entre dientes:

—¿No será una inconveniencia eso que está usted diciendo?

Pero Nick recalcó:

—Después de todo, ¿es posible saber qué es lo que hacía usted agazapado detrás de la pared?

—Estaba buscando algo en un mapa —contestó el señor H. M., exhibiendo de pronto un gran papel grasiento que colgaba de un librito, y que ondeó al viento como una bandera—. Llevo tres horas mortales pateando por estos caminos (donde los había), buscando inútilmente una casa llamada Casa del Antifaz, que ni siquiera está en el mapa. Estaba yo sentado aquí muy tranquilamente, cuando ha venido de no sé dónde un condenado pedazo de hielo...

—Lo que usted busca no se llama la Casa del Antifaz. Se llama Waldemere. Con seguridad que ha pasado usted una media docena de veces junto a esa mansión.

—Muchas gracias. Me consuela usted con eso que me dice —le contestó el señor H. M.

—De allí precisamente venimos nosotros.

—¿Que ustedes vienen de allí?

—Sí, señor. Yo soy Betty Stanhope.

Betty demostraba estar verdaderamente afectada. Avanzó hacia él, sacando al mismo tiempo un pañuelo del bolsillo de su traje de patinar, y le dijo con zalamería:

—Permítame que le limpie la cara. El señor Wood le traerá su sombrero. De verdad, de verdad que lo sentimos en el alma.

El señor H. M. no perdió ni un ápice de su dignidad. Permaneció con los brazos cruzados y una expresión de ausencia muy propia de un piel roja, mientras que Betty, adelantando el busto sobre la cerca, le enjugaba la cara, le quitaba las gafas, le limpiaba los cristales y hasta insinuaba un amago de limpieza de la calva. Aunque H. M. no demostró ablandarse, las comisuras de su boca se aflojaron un poco, y no

pudo menos que hacer esta concesión:

—Menos mal que la moza demuestra cierto senilmente de respeto y consideración hacia mis grises cabellos. Pero ¡usted...!

Nick pasó por encima de la cerca y recogió el sombrero del gran hombre en un montón de nieve.

—¿Conoce usted al señor Wood, sir Henry?

—¿Si lo conozco? No. No me lo han presentado, y no es a él a quien me dirijo, si es que lo dice usted por lo que lo dice. ¡A los años que tiene divertirse tirando a la gente bolas de nieve a os hocicos! ¡Brruu!

—No fue él quien le acertó, sir Henry. Fui yo.

Pero el señor H. M. solo creía lo que él deseaba creer, y contestó sombríamente:

—No se preocupe de si fue usted o fue él. Venta mi sombrero... No, démelo usted; no quiero aceptarlo de él... Quizá después de eso me sienta mejor.

—¿Cómo ha venido usted a parar aquí, señor? —preguntó Nick—. ¿No ha traído el coche?

—¡Claro que lo he traído! Supongo que seguirá en el ventisquero en donde lo dejé. El de hoy es para mí un día de suerte.

Betty se mordió el labio.

—Si acaso venía usted para tratar de negocios con mi padre, me temo que no esté en disposición de recibirle. Le ha ocurrido un accidente.

El señor H. M. dio señales de inquietud.

—Ya tengo noticias, joven. Masters me ha apuntado algo de eso por teléfono. Ahí tiene la razón de mi venida.

—De modo que viene usted a ayudarnos.

—Poco a poco —la inquietud del señor H. M. se hizo más evidente—. Eso de ayudar es mucho decir. Me encuentro aquí porque yo confío en mi buen sentido —les miró con ojos centelleantes—. Dwight Stanhope es uno de los hombres honrados a carta cabal que he conocido en mi vida. Y son pocos. Al decir honrado, no hablo de una honradez a medias, como la que tenemos muchos de nosotros, sino de la auténtica. No es un farsante ni un simulador. Uno de sus grandes odios son los farsantes y simuladores. Desde que vino a verme, y vino a verme antes que a nadie para tratar de este asunto, hubiera podido yo dar a Masters la seguridad de que no se trataba de una estafa a base de póliza de seguros.

—Ya dejamos eso bien sentado —apuntó Nick—. ¿No se lo ha dicho el inspector jefe?

H. M. pareció haber dado al olvido su enfado.

—Desde luego. Pero, bueno, ¿cuál es la situación en este momento?

—¿A propósito de qué?

—Me refiero a si está interviniendo la Policía en todos los jaleos de la pasada noche.

—No intervendrá en modo alguno hasta que el señor Stanhope mejore lo bastante

para solicitarlo. Si es que llega ese caso.

—¿Quiere usted decir si es que mejora?

—No, señor; quiero decir si es que lo solicita.

—¡Ah!, ¿sí? —masculló el señor H. M., dirigiéndole una mirada muy extraña a través de sus gruesas gafas—. Eso es lo que piensa Masters, ¿verdad? Pero ¿y mientras tanto?

—El superintendente Glover llamó por teléfono al jefe de la Policía local, coronel Boyne. Extraoficialmente han enviado al perito de impresiones digitales, por si nos hiciesen falta pruebas. Y yo creo que las necesitaremos.

—¡Ah!, ¿sí?

—El nudo de la cuestión es que este hombre haya querido robar en su propia casa, lo que parece cosa de locos. Usted, que es un especialista en desvaríos, tal vez encuentre explicación.

El señor H. M. pareció halagado.

Nick prosiguió:

—Por mi parte, me complace verle a usted aquí, con preferencia a ninguna otra persona. ¿Y qué opinión se ha formado?

—Ninguna. También Masters me lo preguntó. Es un detalle que le ha intrigado al jefe de usted. Intentó robar en su casa, pero ¿por qué lo hizo? ¡Cómo me duele este ojo!

—¿No se le ocurre alguna explicación razonable? El señor H. M. aspiró fuertemente por la nariz y se puso en seguida a frotársela con la mano enmitonada; pero el impacto de la bola de nieve se la había dejado dolorida y torció los ojos hacía el centro para mirársela de un modo que daba miedo. Este incidente reavivó el recuerdo de a ofensa recibida y otra vez amagó tormenta, rugiendo:

—¿Se imagina usted que no tengo otra cosa que hacer que perder el tiempo aquí dando consejos, en un estado como el que estoy? Fíjese en mi apéndice nasal. Lo tengo hinchado e inflamado, requiere una cura. Tengo hechos un hielo los pies no probé bocado desde las primeras horas de la mañana...

—¡Cómo es posible que yo no haya caído en la cuenta! ¡Pobrecito, cariño!

Aunque Betty le diese muy en serio este último calificativo, hemos de ser justos y decir que ni su propia madre debió de aplicárselo jamás.

—¡Qué cabeza la nuestra! —exclamó también Nick Wood. Examinó un instante la corpulencia de H. M. y le preguntó—: ¿Se atrevería usted a pasar sin ayuda a este lado de la cerca?

Nick no tuvo ni la más remota idea de insultarle, pero la ofensa fue mortal. El viejo le miro. Pareció que por un instante pasase por su fantasía la loca idea de saltar la cerca limpiamente, como un Douglas Fairbanks, con solo apoyar en ella las manos. Pero lo pensó mejor, se encaramó en ella con mucha dignidad e hizo pie al otro lado estruendosamente y entre salpicaduras de nieve.

—Muy bien —siguió diciendo Betty—. Andando en seguida. Lo llevaremos a

casa.

—No iré —contestó H. M.

—Pero ¿no ha dicho usted que venía a ella?

—Eso era hace dos horas —el señor H. M. mostró el mapa—. Me volví loco e hice un juramento solemne de que daría yo mismo con esa condenada mansión. Y la encontraré. Ustedes díganme por dónde cae y déjenme solo. Me siento perfectamente.

—No hemos salido sino a dar un paseo...

—Pues sigan paseando —contestó H. M. muy ceñudo—. Tengo que pensar un poco y necesito estar a solas. ¿Hacia dónde dijo que quedaba?

Betty miró desconsolada a un lado y otro. Pero Nick le apretó el brazo significativamente y dijo:

—Puesto que se empeña en ello, no tiene usted sino seguir derecho; no puede perderse. Es un edificio muy grande, con pisos de quince pies de altura, almenado en sus cuatro fachadas.

—Y desde ahora lo pongo a su disposición —añadió Betty—. Estoy segura de que harán cuanto les sea posible para que se encuentre usted en nuestra casa con todo regalo.

El señor H. M. la miró de soslayo por encima del hombro y gruñó:

—Así lo espero. Así lo espero. Adiós.

Los dos jóvenes se quedaron contemplándole mientras bajaba la pequeña cuesta, cargado de hombros, ancho como un tonel, con el sombrero bien metido en la cabeza y el mapa ondeante en la mano. Caminaba como a regaña dientes y a cada paso que daba hacía saltar la nieve alrededor de sus botas.

—De modo —exclamó Betty— que ese es el terror de los criminales.

—Sí. ¿Verdad que al verlo no diría usted que es un hombre tan hábil e inteligente?

—Desde luego que no. ¿Lo es, en efecto, tanto como se dice?

—Lo es. Pero en su vida particular hace cosas como para que nadie lo tome en serio. ¿A que no sabe usted lo que estoy pensando?

—¿Qué piensa?

—Me están dando ganas, unas ganas perversas, de agacharme, amasar una bola de nieve blandita y hacer blanco otra vez en su sombrero, nada más que por oírle disparatar.

Como si una voz interior le estuviese avisando por telepatía del peligro, el señor H. M., que andaba a unas veinte varas de distancia, volvió la cabeza y miró suspicazmente por encima del hombro. Betty se quedó de una pieza.

—¡No haga usted tal cosa, por amor de Dios!

—Tranquilícese. No tengo intención de hacerlo. Dije únicamente que sentía ganas. Esas son sus tácticas para impresionar a la gente. ¿Me comprende?

Betty miró a otro lado.

—No le comprendo...; es decir, sí. Quizá le comprendo. Esta mañana parece

usted un hombre completamente distinto, señor Wood.

—Y yo digo lo mismo de usted, señorita. Me imagino que eso ocurre porque no nos violenta la atmósfera de Waldemere.

—¡Por favor! Cambiemos de conversación.

A lo lejos, en el fondo del valle, más allá de los árboles iluminados de nieve, vislumbrábase las torrecillas, la cúpula, el asta de bandera del palacio, alzándose por encima de sus almenas simuladas. Nick lo contempló a través del vaho de su propia respiración y siguió con el tema.

—Cuando estábamos en el teatrillo me preguntó usted si estaba yo enterado de que también la llamaban la Casa del Antifaz. Pero no llegó usted a explicarme el motivo de semejante nombre. La verdad es que se dejó usted en el tintero varias explicaciones. Parecía como si su atención estuviese distraída en otra cosa. Quizá por eso se desmayó usted cuando le anunciaron que su padrastro había sido acuchillado.

Betty, que estaba apoyada en la cerca de piedra, le dirigió, al soslayo de su gorro aloque, una rápida mirada que parecía de compasión. Pero no tuvo tiempo de darle explicaciones, aun en el caso de haber pensado dárselas, porque en el sendero que tenían a su espalda, y que serpenteaba entre la cerca de piedra y un seto de arbustos, resonó de pronto un trotar apagado de cascos y un vivo tintineo de cascabeles.

Y una voz les gritó:

—¡Eh, muchachos!

Se trataba de un pequeño trineo, el primero que Nick Wood veía desde hacía muchos años. Tiraba de él un caballo que daba muestras de no estar habituado a tarea semejante. En el trineo venían dos hombres. Uno de ellos era el señor Buller Naseby, con sombrero hongo y el cuello del abrigo levantado tapándose las orejas. El conductor era un hombre de talla corriente, muy tieso, con un gran chaquetón azul y gorra de marino. Mientras el trineo volaba hacia la curva que el camino formaba junto a la cerca de piedra, hizo ondear el látigo con muestras evidentes de estar orgulloso de la estampa que hacía en aquel momento. Y volvió a gritar:

—¡Eh, Betty!

Betty le devolvió el saludo moviendo la mano y se volvió hacia Nick para decirle:

—Es Roy Dawson. El comandante Dawson.

—¡Tenga usted cuidado! ¿Se ha vuelto loco? ¿O es que pretende que volquemos? —se ovó refunfuñar al señor Naseby con sequedad.

El comandante Dawson, en pie en el trineo, tiraba de una manta a la que el señor Naseby se aferraba, y, entre tanto, gritaba a su caballo:

—¡Vira un grado a estribor! No pierdas el timón. Corta el gas y para. Pero ¿qué es lo que le pasa a este condenado caballo?

—¿Cómo le va a entender a usted si le habla en semejante jerga? Grítele simplemente: ¡Paaaraa!

—¡Paaaraa! —gritó el comandante, obedeciéndole.

El caballo obedeció también. El trineo, ladeándose de un modo alarmante, patinó hacia un lado, barriendo la nieve del suelo y haciendo saltar una llovizna de copos centelleantes, que fueron a recostarse por último contra la pared de piedra. Esto no afectó de ninguna manera al comandante Dawson, que siguió en pie en el trineo, rebotando satisfacción en su cara bondadosa, rematada en una nariz larga y puntiaguda. Los cabellos, de un color rojo caoba, emergían por debajo de la gorra de marino, justificando el apodo de *Pinkey* con que era conocido.

—¿Qué me dice usted, Betty, de mi equipo? Lo he comprado, caballo y vehículo, en Tunbridge Wells. Todas las carreteras de la zona están impracticables.

—Estábamos en la creencia de que no podría usted venir, Roy.

El comandante Dawson parecía estar como soñando y contestó:

—El viejo *Desperate* entró en puerto ayer por la mañana. Y aquí estoy —luego se dibujó en su expresión un sentimiento de recelo—. Pensé que quizá le gustase a Leonor pasear en trineo. Leonor y todos ustedes, claro está. ¿Y... cómo está ella? ¿Y la madre de usted? ¿Y el viejo?

Betty no le contestó, y él siguió hablando:

—Si dura este tiempo, podremos patinar un poco. Y durará, si yo entiendo de tiempos. Pero, bueno, ¿qué le ocurre a usted? ¿Pasa algo malo?

—Le presento a usted —dijo Betty— al inspector de investigaciones señor Wood.

—¿De modo que es un inspector de investigaciones? —masculló el señor Naseby.

El comandante Dawson le saludó, distraídamente, con el látigo. Sus rufas cejas formaron una sola línea recta sobre su larga nariz.

—El viejo —siguió diciendo Betty con la mirada puesta en el suelo— ha sido apuñalado anoche.

Eso es, apuñalado. Y algo más. Alguien le rompió a puntapiés algunas costillas y le pateó la cara, produciéndole grandes contusiones.

Del firmamento color plomo cayó un copo de nieve, y en seguida otro.

—¡Qué horror! —balbució el comandante Dawson, asombrado.

—¿Cuándo ha muerto? —preguntó el señor Naseby.

Nick tocó a Betty en el brazo significativamente e intervino en la conversación, procurando leer en la expresión de los rostros de aquellos dos hombres.

—Lo ocurrido fue consecuencia de un escalo para robar.

—¡Qué horror! —repitió el comandante—. Se habrá impresionado mucho Leonor...

—Conque se trata de un robo, ¿eh? —exclamó el señor Naseby, presa de una excitación que no le hizo perder la sangre fría—. ¿No se lo dije yo? ¿No le previne yo? ¿No se lo repetí una y otra vez?

—Antes de las tres y media de la mañana, sin que se pueda precisar más exactamente la hora, penetró en el comedor un ladrón e intentó llevarse uno de los cuadros.

—¿Cuál de ellos? —preguntó el comandante Dawson—. ¿El Velázquez?

—No, el Greco.

—Ya caigo. El Hombre de Oro —asintió Dawson.

Nick había escuchado ya otra vez mencionar al Hombre de Oro. Se quedó, pues, con esos vocablos para aclarar a su tiempo lo que significaban. Entre tanto, agregó:

—Pero, y esto es lo sorprendente, el ladrón resultó ser el mismo señor Stanhope.

Y les refirió de un modo esquemático el suceso.

—Eso es todo, y supongo que les alegrará la noticia de que el señor Stanhope no ha muerto.

—¿Que no ha muerto? —exclamó el señor Naseby, arrugando el entrecejo.

—No, señor; no ha muerto. ¿Qué es lo que le hizo suponer que hubiese fallecido?

El señor Naseby contestó amagando una sonrisa escéptica e intranquilizadora:

—Lo supuse, joven, porque se me hace difícil comprender que Dwight Stanhope fuese capaz de sobrevivir a un ataque de esa naturaleza. Y sigo no creyendo que sobreviva. ¡Por las características de sus huesos, caballero, por sus huesos!

—¿Y qué de particular tienen sus huesos?

—Eso no tiene importancia —intervino Betty.

—Conque no tiene importancia, ¿eh? —siguió diciendo Naseby—. Ustedes conocen a Dwight Stanhope: alto, de apariencia fornida. Eso parece, y lo es, a su modo. Pero tiene los huesos como el cristal. Los médicos tienen para eso un nombre especial, que no recuerdo en este momento. Se atribuye a una degeneración hereditaria.

—La verdad es que... —empezó a decir Betty.

—Por eso no ha practicado nunca deportes que exigen mucho correr, porque quería evitar las consecuencias de una caída. Y por eso ha sufrido anoche las lesiones que usted dice. Es un hecho muy conocido. Pregúnteselo a cualquiera. Pregúnteselo a su esposa.

Mientras hablaban cayó otro copo de nieve, y luego otro. Uno de ellos fue a dar en la mejilla de Dawson, que se llevó a ella la mano, sobresaltado. Sus ojos, vivos e inteligentes, se movieron de un lado a otro al socaire de la visera de la gorra. Y dijo pausadamente:

—No lo entiendo, y esto no tiene nada de particular. Pero es un mal trago para Leonor. Todo eso de la degeneración hereditaria es ganas de hablar —y de pronto exclamó nerviosamente—: Pero, bueno, ¿para qué estamos aquí perdiendo el tiempo de puro palique? Suban ustedes dos también al trineo y daré vuelta para meterme en la carretera principal.

—¿Cabemos todos? —preguntó Betty.

—Haremos sitio. Usted se sentará sobre las rodillas de uno de estos señores.

Se sentó sobre las de Nick. El comandante Dawson chasqueó el látigo con bastante menor entusiasmo que a su llegada. Dio golpecitos suaves con las riendas en el lomo al caballo y el trineo fue avanzando con creciente velocidad. Se oyó de nuevo el tintineo de las campanillas.

—Esto es una idiotez —dijo—. Me refiero al trineo. Y a propósito, ¿cuándo salen ustedes para Suiza?

—Ya no vamos. Oiga, Roy... Vincent James es huésped nuestro —le contestó Betty.

—¡Tenga usted cuidado! ¿No ve usted esa curva? —chilló el señor Naseby.

—Disculpe usted.

—Lleve flojas las riendas. ¿O es que no ha conducido jamás un vehículo de caballo?

—No, señor —replicó el comandante—. ¿Qué me dijo usted, Betty?

—Que Vincent James está en casa.

—¡Ya! Buena ficha está James —Dawson cabeceó afirmativamente—. Traigo un regalo a Leonor.

Pero ya no volvió a despegar la boca hasta que llegó a la carretera y puso rumbo otra vez a Waldemere.

Aunque con apuros, consiguió pasar con su trineo por las puertas de la gran verja

de hierro que daba acceso al parque. A pesar de los intentos que se habían hecho para dejar limpia la pista de gravilla, había quedado una dura costra de nieve, y el trineo resbalaba sobre ella con alarmante facilidad.

La pista se dividía a derecha e izquierda delante de la escalinata. Betty le indicó que tirase hacia la izquierda. A este lado se alzaba un gran invernadero, de hierro y cristal, que tenía acceso desde la casa por un pasillo también acristalado. El trineo siguió el camino que contorneaba el invernadero.

Betty saltó al suelo y palmeó cariñosamente a la yegua.

—La trataremos bien. Échele encima la manta, si es que la trae usted, y no se preocupe. Yo enviaré inmediatamente a McGovern para que se haga cargo de ella.

La nevada empezaba a caer más espesa. La Casa del Antifaz se destacaba en la atmósfera plomiza con sus muros de bloques de piedra gris y pulimentada, sin que manchase su tersura ni una tubería de agua ni un tallo de hiedra. El comandante Dawson dio muestras de perplejidad.

—¿Cree usted que yo debo entrar?

—¿Y por qué no?

—No sé cómo le sentará a su madre. Prefiero no atracar. ¿Por qué no dice usted a Leonor que salga?

—¡Qué disparate! Usted es nuestro huésped. Vamos.

Hasta que Larkin les hizo pasar y les envolvió la corriente de aire cálido, no tuvo Nick Wood conciencia de que llevaba empapados los zapatos y los bajos del pantalón. Sentía los pies torpes, como si estuviese andando sobre zancos, y le escocían también las manos.

Christabel Stanhope bajaba en aquel instante por la escalera, erguida, pero con expresión sumisa en el semblante. Se detuvo en seco, exclamando:

—¿Usted aquí, Pinkey Dawson?

—¡Hola, señora Stanhope! —le contestó el comandante con cierto recelo.

Se quitó la gorra y descubrió su abundante cabello color caoba, que, a fuerza de fijarlo con agua, presentaba una superficie como la de una mesa dada de muñequilla.

—¿Cómo diablos ha venido usted?

—En trineo.

—¿En trineo ha venido usted desde el Mediterráneo?

—No, *madame*. Quise decir...

—¿Me hace el favor del abrigo y del sombrero? —dijo Larkin.

—¡Claro que sí! —contestó Dawson, y soltó un taco.

La dueña de la casa sonrió. Ella sabía muy bien cómo tratar a las gentes con maternal tolerancia, pero haciéndoles comprender que no era una mujer vieja.

—Por lo que más quiera, no me dé ese tratamiento, propio de señora ya mayor. No puede imaginarse el efecto que me produce. Ya sé que tampoco a usted le agrada que le llamen *Pinkey*. Pues bien: usted me llama a mí Christabel, a secas, y yo le llamaré a usted por su nombre, Roy.

—Está bien —y agregó Roy con voz más voluminosa y acento más firme—: Me han contado lo ocurrido. No puede ser más desagradable.

Pero Christabel eludió el tema:

—Desde luego, desde luego. Leonor tendrá una verdadera alegría en hablar con usted. ¿Quiere que la haga venir?

—¿No cree usted preferible que sea yo quien vaya en busca suya?

—Como prefiera. Me parece que se encuentra en la sala de billares.

El comandante Dawson avanzó por el piso de mármol con deliberada despreocupación. La sala de billares estaba situada al lado opuesto de la entrada al cuarto del desayuno, que se comunicaba con la sala y el comedor. Al desaparecer la figura del comandante por un lado de la gran escalera, se quitó Betty los guantes y echó hacia atrás la caperuzza del traje de patinar, dejando libres sus despeinados cabellos, al mismo tiempo que cuchicheaba:

—¡Si por lo menos le diese unos azotes! ¡Si por lo menos le diese unos azotes!

—Quizá se los dé y quizá no se los dé. Pero haz el favor de quitarte esa ropa, que está húmeda, antes que te resfríes.

(Otra vez en la atmósfera de la Casa del Antifaz. Y otra vez surgía la Betty anémica y pálida, representando un papel deliberadamente elegido).

Christabel hizo ligeros retoques con las manos en su rebuscadísimo peinado, que formaba ondas oscuras con notas de plata. Ni en su cara estucada ni en las comisuras de su boca rasgada se veía la más ligera arruga.

Siguió hablando a su hija:

—Está en casa en este momento el médico. Dwight se encuentra mejor, aunque todavía no ha recobrado el conocimiento. ¿Qué tal, señor Naseby? ¿Qué tal, señor Wood? Ahí dentro hay un caballero que desearía verle.

Nick sintió correrle por el cuerpo una cálida oleada de satisfacción.

—Será sir Henry Merrivale. Me alegro.

—¿Sir Henry...? —exclamó Christabel, pero no remató la frase—. ¿Qué diablos está usted diciendo? Se trata de un joven de maneras misteriosas, que está tomando impresiones digitales.

—Es que sir Henry Merrivale...

—¿Se refiere usted al amigo de Dwight? ¿Es que va a venir?

—Se encuentra aquí.

—Que yo sepa, no. Y no he salido de casa en toda la mañana —contestó Christabel, mirando extrañada a Nick Wood.

—Le digo, señora Stanhope, que tiene que estar ya aquí. Vino en dirección a Waldemere hace ya media hora, y no es posible que haya equivocado el camino, porque desde donde nos encontrábamos se divisaba la casa.

—Larkin, ¿ha llegado alguna visita?

—No, señora —contestó Larkin, quien, después de colocar en su sitio sombreros y gabanes, se había hecho a un lado con semblante pensativo. Hubo un momento en

que hizo intención de querer hablar, pero movió negativamente la cabeza.

—¿Se convence usted?

Nick y Betty cambiaron una mirada intranquila. Esta última sugirió:

—¿No podría ser que hubiese cambiado de propósito y no haya venido?

—¿Cómo no va a venir, encontrándose como se encontraba? Además que en un kilómetro no hay otra casa. Lo mejor que se podría hacer es enviar algunos hombres en su busca. Ahora bien: ¿dónde está ese hombre que quería verme?

—Creo que se encuentra en el comedor —Christabel volvió hacia arriba la palma de la mano y se miró los pulpejos de los dedos, como si aquello le trajese a la memoria una experiencia desagradable. Sus ojos azulados se fijaron en el señor Naseby y le dijo—: Me parece que estoy haciendo falta en el cuarto de Dwight, amigo Naseby. Ya sabe que está usted en su casa. Betty, cariño, ¿vas o no a quitarte esa ropa húmeda?

—En seguida, mamá.

Nick se dirigió con paso rápido hacia el comedor, y Betty se fue tras él instintivamente. El aspecto que presentaba el comedor habría sido muy poco del agrado de una concienzuda doncella. Eran tantos los lugares que habían sido espolvoreados con un polvillo gris, que la habitación producía el efecto de haberse celebrado allí una juerga. Junto a la gran mesa del comedor, bajo la luz de lámparas colocadas encima de su cabeza, hallábase un joven de alargadas mandíbulas, trajeado de sarga azul. Tenía delante un montoncito de cartulinas del tamaño de tarjetas de visita. Hallábase examinando el cuchillo de postre, pero al entrar Nick se puso en pie.

—¿Es usted el inspector Wood?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Soy Smeaton, señor. Vengo de Maidenhead. He reunido mucho material para usted, aunque me temo que solo una pequeña parte le sea de utilidad. ¿No hay inconveniente en que esta señorita escuche nuestra conversación?

Nick vaciló un instante, pero le contestó:

—Ninguno. Continúe.

—No sé si a usted, señor inspector, le parecerá bien lo que he hecho. A mí me ha parecido siempre que lo mejor es hablar a la gente sin rodeos y decirle: «¿Me permite que le tome las impresiones dactilares?». Con un poco de tacto, esto ahorra tiempo y molestias. Nadie me ofreció aquí la menor resistencia.

—¡Ah!, ¿sí?

—Hablaremos ahora de este cuchillo —dijo Smeaton, cogiéndolo; sacó del bolsillo una lente de gran aumento y examinó por ambos lados el mango—. Hay aquí tres juegos distintos de huellas dactilares.

—¿Tres juegos distintos?

—Sí, señor. Superpuestos. Y algo emborronados, como si alguien más lo hubiese empuñado agarrándolo con la mano enguantada. Una de las series de huellas he podido ya identificarla. Pertenece a la señorita Stanhope, a la señorita Leonor

Stanhope.

Smeaton dejó otra vez el cuchillo encima de la mesa.

—La serie tercera, la de encima, pertenece al señor Dwight Stanhope. A propósito —agregó—, la señorita Stanhope ha dado espontáneamente una explicación. Sin que yo se lo preguntase. No lo hice porque no es de mi incumbencia. Pero me parece preferible ponerle a usted en autos.

—Perfectamente. ¿De qué se trata?

—La señorita Stanhope me dijo: «No se sorprenda si encuentra la huella de mis pulpejos en el cuchillo». —Smeaton consultó su libro de notas—. Contó que anoche, a eso de las once y media, estaba ella en esta habitación y se puso a pelar una manzana para su padre. Le acompañaban este y un caballero que se llama Naseby. Asegura que alguien le dio en el codo, se le fue de las manos el cuchillo y este cayó al suelo. Asegura también que el señor Naseby lo recogió del suelo y lo colocó en el frutero.

Nick Wood pareció hacer memoria.

—Pues yo no recuerdo tal incidente.

—¿Se me permite hablar? —preguntó Betty.

—Diga.

—Eso es exacto. Ocurrió unos momentos antes que usted y yo bajásemos del piso superior —al decir esto, Betty se echó hacia atrás los cabellos, suaves y revueltos y asomó el color a sus mejillas—. Me hablaron de ello mi madre y Leonor.

—La cuestión que se plantea, señor inspector, es esta: ¿cómo es posible que estén en el cuchillo las huellas dactilares del señor Stanhope? La señorita Stanhope jura y perjura que su padre no tocó en ningún momento el cuchillo.

—¡Chis! —siseó alguien detrás de Nick.

Debía de encontrarse ya habituado a esta clase de llamadas o, al menos, a la de aquella voz. Aun antes de dar media vuelta identificó su timbre.

Por la entreabierta puerta del vestíbulo asomaba una cara menuda, chatilla, pecosa, perteneciente a una muchachita, que le dijo cuchicheando:

—Perdone, señor, ¿no se le ha perdido a usted un caballero?

—¿Quién eres tú? —preguntó Betty.

—Soy Lisa, señorita —hablaba con acento de franca reverencia y admiración—; soy la doncella. Casi siempre me llaman Golly. ¿Se le ha perdido a usted un caballero?

—¡Claro que sí!

—¿Es un señor de malas pulgas que quería comer algo?

—¡El mismo!

Betty le gritó:

—¿Nos vas a decir que, por fin, ha venido? Pero ¿dónde se encuentra?

—Verá usted, señorita; lo han pasado al vestíbulo de la servidumbre.

—¡En el vestíbulo de la servidumbre! —repitió Betty, abriendo la boca horrorizada y tapándose la con las palmas de las manos.

Nick clavó la vista en un ángulo del techo y, recordando el ofrecimiento que Betty hizo al señor H. M., canturrió:

—Estará como en su propia casa. Estoy segura de que harán todo lo posible para que se encuentre a su gusto.

—Amigo mío, esto no es cosa de risa.

—Quizá no lo sea, en efecto —se volvió hacia la doncellita—. ¿Cómo diablos ha podido ocurrir eso? No te escapes, que nadie va a pegarte. Acércate y cierra la puerta.

La muchachita se acercó.

—Fue cosa del viejo —explicó, refiriéndose a Larkin, no sin cierto secreto regocijo.

Adoptó una expresión soberanamente solemne y agregó:

—Yo me di cuenta en seguida de que se trataba de una persona distinguida, aunque el viejo no lo comprendió.

—Pero ¿cómo fue? —preguntó la estupefacta Betty.

—Verá usted, señorita. El señor Larkin le preguntó: «¿Es usted el *Gran Kafuzalum?*». El grueso caballero echó atrás la cabeza sorprendido, le guiñó un ojo y le contestó: «Si usted me lo pone así, de ese modo, tendré que decirle que sí». El señor Larkin, haciéndose el vivo, le preguntó: «¿No es usted el mago?». El grueso caballero hizo un ruido extraño, sacó el pecho —la mímica de Lisa era tan elocuente que les parecía estar viendo al señor H. M.— y contestó: «Buen hombre, voy a demostrarle a usted que sé de magia tanto como el que más en Inglaterra». Y entonces el señor Larkin dijo: «¿Por qué no empezó usted por ahí?». Y le condujo al vestíbulo de la servidumbre. Y así es como ocurrió todo, señorita.

Y la muchachita, ya sin aliento por la prisa que se daba en hablar, cerró el pico.

Betty miró a Nick Wood y le dijo:

—Venga usted. Yo iré delante.

—Perfectamente. Siga usted con lo suyo, Smeaton. Vuelvo en seguida.

Y mientras caminaban dijo a Betty:

—Siempre supuse que los magos merecían trato de favor. ¿Es costumbre en esta casa el aposentarlos con la servidumbre?

—¡De ninguna manera! Es un huésped. Le invitamos a que viniese la víspera y se hospedase aquí toda la noche. Sin duda, a Larkin debió de parecerle indigno de tal honor.

El vestíbulo de la servidumbre, lo mismo que la cocina, estaba en los sótanos, de alto techo. Bajaron por la escalera, de un solo tramo, que arrancaba del vestíbulo principal, junto al ascensor, y siguieron luego por un pasillo iluminado que desembocaba en una puerta cerrada.

—¡Pobre sir Henry! —dijo Betty—. Habrá que ver lo que estará pensando.

—¡Escuche! ¿No es él?

Resonó al otro lado de la puerta una salva cerrada de aplausos, producida, evidentemente, por un gran número de manos. Y a continuación se oyó la voz de bajo del señor H. M., pero en falsete, forzada, imitando las notas agudas de un fagot.

—Muchas gracias —decía, subrayando sus palabras con un carraspeo de modestia y como excusándose.

Y a continuación agregó:

—Con el permiso de esta amable concurrencia, intentaré ahora ofrecer a ustedes un truco nuevo y sencillo. Si no pareciese inmodestia, yo les diría que me lo enseñó personalmente el gran visir del marajato de Eysore, durante mi estancia en su palacio con ocasión de una cacería de tigres en la India.

—¿Sabe usted hacer el truco de la cuerda como lo hacen los hindúes? —gritó alguien.

—¿Cómo decía usted?

—Le preguntaba si conoce el truco de la cuerda que suelen hacer los hindúes.

—¡Desde luego que sí! —contestó con una seguridad inigualada por ningún mago desde los tiempos del doctor John Di.

—¡Santo Dios! ¿Es posible?

—Eso no es más que una pequeñez, caballero; una simpleza. Créame.

—¡Hágalo, pues, para que lo veamos!

—¿Que es una simpleza? —preguntó un malicioso, como si oliese trampa.

—Una especie de juego en el que se hacen subir unas bolas por un tablero.

—Me lo supuse —dijo Nick—. El condenado viejo está pasando el mejor rato de su vida.

—Yo no quiero verle lo de subir bolas por un tablero. Lo que yo quiero es que haga el truco de la cuerda al estilo indio.

—Oiga: tendría un verdadero placer en complacer al caballero de extraña apariencia que ostenta uniforme de chófer. Por desgracia, no disponemos aquí de una cuerda apropiada...

—Sí que disponemos. Se puede traer una de las cuerdas que hay en la parte de afuera de las ventanas de los dormitorios para escapar en caso de incendio. ¿Le parece bien?

—¿Se va usted a callar de una vez y dejar que lleve adelante este otro truco que les he ofrecido? —se oyó decir al señor H. M. con una entonación de voz que nada tenía de la obsequiosidad propia del artista—. ¿O no se va usted a callar?

Otra voz, esta de mujer, y tan imperiosa que debía de pertenecer, sin duda alguna,

al ama de llaves, salió en su defensa. Y se hizo inmediatamente el silencio. Dijo así aquella voz:

—Tiene razón. Si el señor mago desea hacer, en obsequio de ustedes, el truco de las bolas y el tablero, hagan el favor de mostrarse educados y eviten todo comentario mientras él lo lleva a cabo.

Betty abrió la puerta sin hacer ruido. En la espaciosa habitación, que tenía un gran reloj de pared y una chimenea, en la que ardía un buen fuego, estaban sentadas una docena de personas alrededor de una mesa de comedor, larga y bien fregada. Todos ellos miraban atentamente al señor H. M., que estaba en pie, en la cabecera de la mesa, frente a un plato limpio ya del contenido y de un vaso de cerveza. Le colgaba todavía al cuello la servilleta. Pero sus brazos se movían como los de un hipnotizador.

—Con la amable aquiescencia de ustedes, voy a presentarles otro pequeño truco. Y aunque parezca inmodestia, les diré que me lo enseñó el gran visir del maharajá de Eysore, durante mi estancia en su palacio con ocasión de una cacería de tigres en la India... ¿Me hace el favor alguno de ustedes de un billete de una libra?

—Sir Henry —dijo Betty con voz queda.

Su llegada produjo gran revuelo. Todos se pusieron en pie instantáneamente, menos el ama de llaves, que la saludó con una inclinación de cabeza muy amable, y dejó pasar medio minuto antes de levantarse también.

—Creo que le buscan a usted arriba. Si no tiene inconveniente —le dijo Betty.

El señor H. M. se quedó pensándolo.

—Está bien. Pero quiero que sepan que no lo hice deliberadamente.

—¿Que no lo hizo deliberadamente? Yo diría que sí.

—Pues mire: quien consigue ser introducido como si tal cosa en el vestíbulo de la servidumbre se entera de muchísimas novedades de las que no se enteraría nunca en los pisos de arriba. Me he enterado de todo lo referente a las heridas y lesiones. He oído cosas tan sorprendentes que me han puesto los pelos de punta. Naturalmente que habrá que ver lo que hay de cierto en todo eso —sus agudos ojillos se clavaron en Nick Wood—. Mal asunto, muchacho. Es aún peor de lo que usted se imagina.

—Peor de lo que yo me lo imagino, con seguridad que no es —replicó tajantemente Nick.

—¿Que no? ¡Quizá sea así! A propósito, ¿no tiene usted nada que decirme particularmente?

—Muchísimas cosas. Subamos.

La primera persona con la que tropezaron en el vestíbulo principal fue con Christabel, que bajaba corriendo y daba muestras de profunda preocupación. Al ver a sir Henry se paró en seco y le alargó sus manos con una expresión entre divertida y consternada, diciéndole:

—Acaba de informarme una simpática muchachita llamada Lisa que...

—¿Qué le ha contado? —interrogó H. M., inclinando la cabeza.

—¿Cómo le ha podido ocurrir una cosa semejante a Larkin?

—Reclamo para mí todo el honor de la ocurrencia.

—Dwight me tiene hablado muchísimo de usted. Se alojará en casa, desde luego.

—Lo haré con mucho gusto si alguien se digna prestarme un cepillo de dientes y un pijama. Vine sin equipaje.

H. M. se acarició la barbilla. Christabel contestó a su mirada con una sonrisa, y aquel prosiguió:

—Estaba pensando en si podría ver a su esposo.

—Sigue sin recobrar el conocimiento.

—Lo sé. No me interesa hablarle. Lo que deseo es verle. No sé si estará usted enterada de que soy médico.

—¿Médico? Yo creí que abogado.

—Puesto que no hay más remedio que confesarse culpable, le diré que soy ambas cosas. ¿Puedo, pues, verle ahora mismo?

—Desde luego, si el señor inspector no pone inconvenientes. En este momento se halla a su lado el doctor Clements.

H. M. se volvió hacia Nick.

—Muchacho, esta es una gestión importante. Es, quizá, la más importante en este feo asunto.

—Lo sea o no, vaya usted. Y puede hablarme después en el comedor.

Betty, que estaba junto a Nick Wood, tuvo un escalofrío. Quizá lo produjo la humedad del traje de patinar o quizá fue otra la causa. En Waldemere se practicaba la hospitalidad. Los amigos eran allí bien venidos. Había en aquella mansión personas tan simpáticas como Betty, Christabel, Leonor y el comandante Dawson. Lo único ajeno a esa simpatía que Nick descubrió al dirigir su vista en derredor fue la cara inofensiva del señor Naseby, que los miraba desde la puerta de la biblioteca. ¿De dónde nacía, pues, aquella atmósfera de crimen que todos respiraban?

Betty le barruntó, y antes que Christabel hiciese por tercera vez alusión a la humedad de su ropa, dio media vuelta y subió escalera arriba a paso ligero. Tras ella subieron Christabel y sir Henry. Nick, que se quedó solo y en medio de un profundo silencio, llamó desde donde estaba al señor Naseby, y su voz resonó ominosa bajo las bóvedas del vestíbulo.

—¿Me hace usted el favor un momento, señor Naseby?

Hubo un paréntesis de silencio; el señor Naseby contestó:

—¿Desea hablar conmigo, joven? Perfectamente. No tengo inconveniente.

Viéndole tan esmeradamente trajeado, Nick pensó para sí que bien podía haberse hecho cortar el pelo o, por lo menos, haberse alisado los pocos mechones entrecanos que le quedaban. El señor Naseby cruzó el vestíbulo con paso firme y sin dar señales de que lo hacía de mala gana. Sin embargo, Nick comprendió que tampoco se mostraba dispuesto a colaborar. Se mantuvo con la boca apretada, y solo despegó la recta línea de sus labios cuando no tenía más remedio que contestar a una pregunta. Nick se hizo a un lado para que el señor Naseby pasase delante de él al comedor, en

el que Smeaton seguía esperando.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que se le tomen las huellas digitales? —preguntó Nick Wood.

El señor Naseby dirigió apenas una mirada al arrugado cuadro del Greco que yacía en el suelo, junto al aparador, y tampoco le llamaron la atención el servicio de plata y las frutas desparramadas por la alfombra. Con una sola mano, y demostrando sorprendente fuerza, agarró una de las pesadas sillas del comedor, que había junto a la mesa, la levantó y la colocó ladeada, tornó asiento en ella y empezó a tamborilear sobre la mesa. Solo dejó escapar dos palabras:

—¿Para qué?

—Desde luego, yo no puedo obligarle.

—Lo sé. Yo le he preguntado el motivo.

—Tengo entendido que usted tuvo en sus manos anoche el cuchillo de postre —le dijo Nick, cogiéndolo de la mesa.

—No, señor.

—¿Que no? ¿Seguro que no?

—¿Para apuñalar al señor Dwight? ¿Está usted loco?

—Anduvo con él, pero no para apuñalar al señor Dwight. Fue cuando lo recogió del suelo después que se le escapó de las manos a Leonor Stanhope, que pelaba una manzana. Hemos descubierto en el cuchillo una serie de huellas que no sabemos aún a quién pertenecen. Creemos que a usted.

Miró sonriente al señor Naseby y al cabo de unos momentos este le devolvió la sonrisa. Nick se lijó en que tenía bastante estropeada la dentadura. Pero se convenció de que era difícil imaginarse una persona menos peligrosa y capaz de faltar a la Ley que el señor Buller Naseby, con excepción, quizá, de sus manejos comerciales y financieros.

—Si solo se trata de eso...

—Nada más que de eso.

—Vamos, pues, a tomar esas impresiones. No tengo inconveniente.

Echó hacia arriba la manga, sacando una muñeca enjuta de venas abultadas.

Nick hizo una señal a Smeaton y este se aproximó con un rodillo entintador, el trapo impregnado en alcohol y una cartulina. Y mientras Smeaton trabajaba y el señor Naseby le miraba hacer con curiosidad, Nick siguió aguijoneándole:

—No habrá usted olvidado el incidente de la peladura de una manzana, ¿verdad?

—¿Olvidarlo? No es probable. La muchacha estaba bebida, y pudo llevarse un dedo. Pero Dwight era incapaz de decirle una palabra, por disparates que ella hiciese.

—Por lo visto, la quiere mucho.

—¿Quererla? La adora. Pregúnteselo a cualquiera.

Las palabras del señor Naseby fueron dichas en tono tajante.

—Sí, pero...

—Desde luego que el viejo Dwight no es tampoco un chisgarabís para consentir

que su hija haga ningún disparate gordo. Pero, aun en tales casos, no se planta y le dice: «No, muchacha; eso no te lo consiento. No te alborotes, y largo a tu habitación», que es lo que yo he visto hacer siempre a mi padre con mis hermanas, y lo que haría con mis hijas, si las tuviese. No, señor. Dwight, en tales casos, se conduce de manera que vea por sí misma lo equivocada que está. Igual que aquel correo moreno de Buenos Aires.

—Comprendo. Lo que yo quisiera saber ahora es...

Pero el señor Naseby le interrumpió, diciendo:

—Lo que a esa chica le hace falta es un marido.

—¿Eso cree usted?

—No lo creo. Me consta. Pero no un mocito con la leche todavía en los labios, sino un hombre hecho y derecho. Con mundo. No sé lo que va a ser de ella si muere el pobre Stanhope..., uno de los mejores amigos que yo tengo... Se lo aseguro a usted. Y que pudiera ocurrir que muriese de esta.

Smeaton había dado fin a su tarea. El señor Naseby, que mientras aquel trabajaba, y movido de su celo puritano, alargaba a uno y otro lado la cabeza para hablar con Nick, sin perderlo de vista, recibió un pañuelo para limpiarse las yemas de los dedos.

Nick no se desvió del asunto:

—Lo que yo quería preguntarle, a propósito de la manzana pelada, es esto: ¿puso el señor Dwight, por casualidad, su mano en el cuchillo?

—No.

—¿Tiene usted completa seguridad?

—Seguridad absoluta. Recapitando en lo que pasó, le diré que no tocó ni siquiera el aparador.

Al decir esto el señor Naseby, levantó la cabeza Smeaton, que estaba en el otro extremo de la mesa, comparando, valiéndose de una lente, las huellas de la cartulina con las del cuchillo de postre, con su voz tranquila y descolorida, dijo:

—Señor inspector, se han encontrado huellas del señor Dwight Stanhope no solamente en el puño del cuchillo, sino también por todo el aparador. Y hasta en el frutero de plata.

—¿Y en qué otros sitios?

—Sobre la chimenea y la mesa del centro.

—Y en las principales piezas de convicción, es decir, en la linterna eléctrica y en el Greco, ¿se han encontrado también?

—Los borrones de los guantes únicamente. Hay en otros muebles algunas huellas, pero no son frescas.

El señor Naseby estaba que botaba, e interrumpió con enojo a Smeaton:

—Diga lo que quiera este ayudante suyo, yo le aseguro que Dwight no tocó el cuchillo ni el aparador. Pregúnteselo a Christabel. Usted mismo debe recordarlo. ¿No estaba allí?

—No.

—Tiene usted razón. Ahora lo recuerdo. Betty y usted estaban en el piso de arriba. Ustedes entraban por una puerta de la sala cuando Leonor, Dick y yo entrábamos por la otra. Leonor llevaba una bandeja con vasos.

Así era. Nick lo recordó. Cerró los ojos y se esforzó por hacer memoria de todos los detalles de la escena. Vincent, en la mesa del *backgammon*. Christabel, junto a la chimenea. Leonor, haciendo equilibrios con la bandeja. Dwight Stanhope, detrás de ella, sin hablar palabra y con las manos en los bolsillos. Naseby... No lograba situar a Naseby dentro de aquel cuadro.

Aquel incidente tan trivial iba adquiriendo un sentido misterioso, que se escapaba aún a su juicio, pero que parecía estar llamando a las puertas de su mentalidad subconsciente. En todo caso, después de aquel hecho, ya no ocurrió nada. Estuvieron hablando de temas inconexos hasta las doce y media. Después se acostaron todos.

Nick abrió de nuevo los ojos. Había contorneado la mesa, sin acordarse del señor Naseby. Y se encontró ahora frente al cuadro del Greco titulado *La laguna*.

Tampoco acababa de comprender lo que aquella tela representaba. Alrededor de una laguna, que tendría la superficie del estanque redondo de Kensington, y sobre el fondo de un árido paisaje, mejicano o sudamericano, veíase un grupo de personas que parecían estar preparadas para tirarse al agua. Por un prodigio de habilidad artística, los rostros se reflejaban en ella, y la expresión que en todos se observaba era la codicia. Al fondo del cuadro había una figura que parecía ser la de un fraile, en pie y en actitud de predicar, mientras que detrás de un matorral acechaba burlona una cabeza adornada con una cofia.

La impresión que producía el conjunto era de repugnancia, pero no se podía negar que tenía enorme fuerza de expresión.

—¿También usted lo admira? —le preguntó el señor Naseby.

—¿Cómo? No, no me agrada. ¿Y a usted?

—Yo no entiendo de arte —contestó el señor Naseby, aparentemente complacido—. Me falta tiempo. Sin embargo, me atrevería a afirmar que ese cuadro tiene un sentido del que carecen seguramente la mayoría de los cuadros.

Y sin despegar los labios esbozó una breve sonrisa.

Smeaton, que se hallaba al otro extremo de la mesa, alzó la vista y dijo sin emoción alguna:

—La tercera serie de huellas que tiene el cuchillo de postre corresponde al señor Naseby. Tal como lo habíamos pensado. De modo, pues, que aquí no hay novedad. Sus huellas están en el mango del cuchillo, con las del señor Stanhope y la señorita Leonor, pero no se encuentran en ningún otro sitio.

—Me felicito de esa noticia —exclamó el señor Naseby, dejando escapar una risita gutural—. Me felicito de poder demostrar mi inocencia, aunque supongo que no ha estado nunca en tela de juicio. ¿Puedo servirle en algo más?

Nick fue andando hasta la silla en que el señor Naseby estaba sentado y dijo:

—Sí. Puede usted explicarme cuál es el verdadero sentido de la frase el Hombre

de Oro.

Al otro lado del vestíbulo, en la sala de billares, estaban jugando una partida de *ping-pong* el comandante Dawson y Vincent James. Leonor Stanhope, sentada a un lado, contemplaba el juego. Había colocado atravesado sobre la mesa de billar el tablero de madera pintado de verde y cortado por una red. Brillantes luces con pantallas en forma de caperuza proyectaban su resplandor sobre la mesa. Por los cristales de color de las ventanas, adornados con escudos de armas, contiguas unas a otras y formando como un muro transparente, veíase caer la nieve en la penumbra. Los rizos amarillos del resplandeciente fuego de la chimenea iluminaban los bastidores en que estaban colocados los tacos de billar.

—Diecinueve, veinte —contó Vincent James.

Al decir veinte dio un endiablado golpe horizontal a la pelota, que dibujó una estela blanca por encima de la red, cayó sobre el borde mismo de la mesa y rebotó, formó un ángulo imposible de levantar y fue a parar, dando saltos ruidosos, hasta un ángulo de la sala.

—Partido ganado —gritó—. ¿Quiere jugar otro, amigo?

—Muchas gracias —contestó tranquilamente el comandante—. Lo dejaremos, porque yo diría que este que acaba de ganarme casi no lo hemos empezado.

—*Pinkey*— exclamó Leonor en tono de quien da un consejo—, cuidado con dejarse llevar del mal humor.

La cara del comandante Dawson cuadraba, lo mismo que sus cabellos, con el apodo de *Pinkey* (colorado). Formaba una nota interesante en la habitación revestida de tableros de palo de rosa. Habló otra vez calmadamente, como quejándose:

—La culpa de mi enojo la tienen estos juegos majaderos. Cuando se trata de cosas importantes, no se me da un comino que me derroten. Pero la pelota de *golf*, la de *ping-pong* y esos otros juegos que parecen acertijos en los que acierta usted a meter una bolita y se escapan todas las demás, despiertan en mí los peores instintos de uno de los bárbaros de Atila.

—¿Qué está usted diciendo, amigo?

—Nada. No tiene importancia.

—El *ping-pong* —le dijo Vincent con aspereza— no es ninguna majadería. Constituye un buen entrenamiento para el tenis de cancha. Fred Perry...

—¿Por qué no le dice que para jugar bien tiene que colocarse más lejos de la mesa? —gritó Leonor, cortándole la palabra.

—Ese no es asunto mío, muchacha. Mi obligación es ganar. Si es tan poco inteligente que no sabe colocarse, allá él.

La sonrisa de Vincent borraba lo que sus palabras tenían de ofensivo.

El comandante Dawson le miraba con verdadera curiosidad.

—Dígame, señor James: ¿hay algún juego al que usted no sepa jugar?

Vincent se rió. Aquella pregunta le halagaba.

—No me precio de llegar a tanto, pero sí de que me gusta ser diestro en todo aquello que me sea posible.

—¿Juega usted al *lacrosse*, a la pelota, al *baseball* y a escupir en el mar?

—¿Escupir en el mar? Nunca oí hablar de semejante juego.

—No es deporte físico. Es un juego de cartas —contestó el comandante con semblante huraño.

Vincent cogió otra pelota de *ping-pong* y comenzó a hacerla saltar sobre la mesa.

—A decir verdad, Dawson, mi repertorio no es muy grande. Nada sé, por ejemplo, de botes.

—De barcos. Se dice de barcos —refunfuñó el comandante.

—Sea: de barcos, aunque yo no puedo comprender la razón de que ustedes, la gente de mar, se ofendan de que a los barcos se les llame botes.

Si no fuesen botes, no podrían ustedes navegar con ellos.

—Se dice en ellos.

—Con ellos o en ellos, ¿qué más da? Como decaí, entiendo muy poco de barcos. Tampoco entiendo de pintura, ya que viene al caso.

—¿Qué es lo que quiere usted decir exactamente con eso?

—¿Qué voy a querer decir? Lo que ha oído usted —contestó Vincent, dirigiendo a Dawson una mirada perpleja—. ¿No es usted también, además de marino, hombre experto en cuestiones de arte? Así, al menos, me lo tiene dicho Leonor. Cada cual entiende de lo suyo; eso es lo que ocurre. ¡Que Dios le bendiga en su oficio!

Leonor estaba sentada con una pierna encima de la otra. Sus labios, entreabiertos en una sonrisa, dejaban ver la blancura de los dientes, que contrastaban con la piel morena. Era evidente que barruntaba tensión en el ambiente. Saltó del asiento de cuero, bajó de la tarima y corrió a donde estaba el comandante Dawson, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—*Pinkey*, de veras que es un gusto ver otra vez esta su fea cara. Pero no se debe dejar influir tanto por pequeñas contrariedades. Se ha sofocado usted. Venga.

Le sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara. Ahora bien: por buena que sea la intención con que esta mujer haga esto con un hombre, lo cierto es que siempre se siente este cohibido. Agréguese el fuerte recelo que despertaba en el comandante la proximidad de Leonor, y se comprenderá que se irguiese, rígido, como si estuviese frente al piquete. El regocijo que esta actitud despertó en Vincent James no hizo sino agravar la situación. El comandante Dawson apartó a un lado a Leonor, pero lo hizo con mimo, como si manejase un objeto de vidrio.

—Y usted, ¿tiene algún oficio? —preguntó a Vincent James.

—La verdad, viejo, pensé estudiar Medicina. Ni más ni menos que W. G. Grace,

de quien usted habrá oído hablar. Pero no conseguí pasar del primer año, y solo recuerdo algunas cosas curiosas de todo cuanto estudié.

—Esa es la frase exacta: algunas cosas curiosas —dijo Leonor.

—Cuando un mal marinero —dijo el comandante— se interesa en algo que no es la navegación ni la artillería, solemos decir nosotros que se mete en cosas raras. Y cuando se interesa por la pintura de arte o por... —se detuvo y exclamó, igual que si hubiese recordado alguna cosa que tenía olvidada—: ¡Caraba! Me olvidé por completo de mi regalo.

—¿Qué regalo?

—El que he traído para usted. Se trata, para ser exacto, de un regalo de Navidad. Pero como no tuve modo de enviárselo, decidí traérselo yo mismo. A lo mejor no tiene usted ningún interés en verlo. ¿Sí o no?

—¡Qué amable es usted. *Pinkey!* Es usted un verdadero amor. ¿Dónde lo tiene?

El comandante hizo memoria.

—En mi maleta, y esta quedó en la parte posterior del trineo.

—¿Y dónde está el trineo?

—Junto al invernadero. Sí, allí quedó. No se mueva. Vuelvo en seguida.

Leonor, que seguía colgada a su cuello, soltó el brazo y le dijo:

—No es por ese lado, querido, que no es por ese lado. Con las veces que ha estado aquí, ¿y aún no conoce la casa? La habitación de aquí al lado es la biblioteca. La de enfrente es el serrallo oriental de nuestra querida Flavia, copiado del Brighton Pavilion. Pasa usted de él al invernadero, y sale de este al aire libre.

—Comprendido. Gracias. Estoy de vuelta en seguida.

Así que se fue Dawson, soltó Vincent James una larga y ruidosa carcajada, lo que hizo salir los colores a la cara de Leonor, que llegó a tomar una expresión amenazadora.

—Y bien, querido, ¿qué es lo que le ha hecho tanta gracia?

—Nada. Perdóneme. En su estilo, no es una mala persona. ¿Jugamos una partida al billar?

Vincent James destornilló los minúsculos postes de la red del *ping-pong* y la dobló. Quitó el pesado tablero de encima de la mesa de billar y lo alzó a pulso, de un tirón súbito. Leonor, que no le quitaba ojo, dijo entonces:

—Comprendo que a usted le parezca extraño que una persona sea tan distraída como Dawson. Seguramente que usted imagina que el ser distraído es impropio de hombres. Sí, eso es lo que piensa. Es únicamente... Pero ¿qué le ocurre? ¿Le ha dolido algo?

—La memoria, únicamente la memoria, querida amiga —contestó Vincent, dejando caer el tablero contra la pared.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la joven con tranquila soltura. Alargó la mano; Leonor se hizo atrás; no obstante, él la asió, la enlazó por el talle, le dobló hacia atrás la cabeza y le estampó un larguísimo beso. Leonor se desembarazó de él. Aunque

estaban en la penumbra, fuera de la luz que proyectaban verticalmente las lámparas, el amarillo resplandor del fuego de la chimenea se proyectaba sobre ellos y llameó en los ojos de la joven.

—Y esto lo hace porque *Pinkey Dawson* ha vuelto —exclamó ella.

—¿Y qué quiere decir con eso, tigresa?

—Que no tolera usted que otro se haga dueño ni siquiera de lo que usted no quiere para sí mismo.

—Vamos, pequeña, nada de discursos sin ton ni son. Ha sido el beso de despedida, ¡y que sea feliz! ¡Ea, vamos por el último! —calló un instante, y preguntó —: Qué, ¿sabría besar así el tal Dawson?

—¡Suélteme! ¡Maldito sea usted!

—El último. El de la suerte.

Esta vez, Leonor le echó los brazos al cuello. Tuvo que alzarse de puntillas. El fuego de la chimenea dejó oír unos chasquidos, chisporroteando. La habitación, revestida de madera de palo rosa, estaba llena de sombras furtivas. En semejante actitud, Leonor dejó escapar un sollozo, y en aquel instante Betty abrió la puerta de la sala de billares.

Dio rápidamente media vuelta para alejarse de allí. Pero Vincent, que la había visto, aflojó su abrazo y se irguió. Era la primera vez, en muchos meses, que daba un paso en falso, y tuvo conciencia de ello. Se dirigió ostensiblemente hacia el tablero de los tacos y eligió uno, haciendo bastante ruido.

—Perdonad —dijo, excusándose, Betty, que había cambiado su traje de patinar por otro oscuro, de chaqueta larga—. No sabía...

—No hay nada que perdonar —contestó Leonor—, porque no ha pasado nada. ¿Me da un cigarrillo, Vincent?

—Ya sabe, amiga, que no fumo.

—No lo recordaba. Dañoso para los pulmones, ¿verdad? Quitá el aliento, o algo así. ¿Tienes tú un cigarrillo, Betty?

Leonor, aunque desmadejada, sentíase inquieta e histérica. Vestía aún los bombachos y el jersey cerrado de color amarillo que dibujaba sus pechos. Betty cogió una caja de cigarrillos de una mesa lateral y se la presentó a Leonor.

Vincent, que miraba fijamente a esta, le dijo:

—Confío que no verá usted nada de particular en esto.

Y le sorprendió ver que las dos muchachas se reían.

—Nada de eso —le dijo Leonor para tranquilizarle—. Betty está curada de espanto. Como anoche anduvo tonteando con el explorador en uno de los lugares más románticos de esta casa, esto no le sorprenderá.

—¿Qué explorador?

—Su amigo el señor Wood.

—¡Explíquese! —dijo Vincent, apoyando el taco en el suelo.

Betty no se prestó a dar explicaciones. Cogió un encendedor de mesa, hizo

funcionar el mecanismo y ofreció lumbre a Leonor. Lo cierto era que las dos se querían sinceramente, aunque quizá cada una tuviese condiciones de que la otra carecía. Pero la atmósfera de la Casa del Disfraz se había complicado emocionalmente hasta un punto que cohibía a todos en sus diarias relaciones, situación que se hizo aún más difícil cuando el comandante Dawson regresó por la puerta de la biblioteca.

—Aquí lo tiene —exclamó.

No fue Dawson el menos sorprendido de todos los presentes cuando Leonor corrió bruscamente hacia él y lo agarró del brazo con un fervor que jamás le había demostrado hasta entonces.

—¡*Pinkey* Dawson, merecía usted que lo matase!

El comandante le replicó alegremente:

—Cláveme entonces un cuchillo. Y eso, ¿por qué?

—Porque es usted como es.

—Eso va lo comprendo. Mejor dicho, que me maten si entiendo una palabra. Pero como veo que eso le agrada, bueno va. ¿Abre usted o no abre usted el estuche?

El regalo consistía en un anillo de oro blanco con engarce de esmeraldas que representaba un lazo estrechamente atado. Al abrir el estuche, revestido interiormente de satín, exclamó Leonor:

—¡Es bellissimo, *Pinkey*!

—¿Le gusta? ¿De veras que le gusta? El lazo de esmeraldas está muy bien trabajado. Primero lo hicieron en forma de grupo, o sea de un nudo al revés. Pero les obligué a rehacerlo.

—Pero, amigo mío..., ¡un anillo! ¡Y que parece casi un anillo de compromiso!

—¡Ah!, ¿sí?

—¡Pues claro!

—Pues acéptelo como tal —exclamó muy ufano el comandante.

Hubo unos momentos de silencio. Vincent James, caminando sin hacer el más leve ruido, se acercó a la mesa y colocó en ella las tres bolas, concentrando en ellas toda su atención.

—*Pinkey*, pero ¿esto es una declaración? ¡Y delante de tanta gente!

—Su presencia es la que me da ánimos —contestó el comandante—. Ya sabe el refrán: «Quien mucho teme, o tiene pocos méritos o...». ¡Como sea! Sí, es una declaración.

Y le salieron estas últimas palabras como un bramido.

—¿No hay quién dé más? —gritó Leonor.

—¡Leonor! —exclamó ásperamente Betty, y dio un paso hacia ella.

Vincent parecía absorto en el juego y se inclinó sobre el fieltro verde. Apoyó el taco sobre la mano izquierda, bastante adelantada, tomó la puntería, lo hizo resbalar una o dos veces hacia delante y hacia atrás y dio la tacada. No se escuchó en toda la sala otro ruido que el clic-clic-clic de las bolas al hacer Vincent, sin esfuerzo alguno,

carambola. La expresión que se pintaba en el rostro de Leonor era por demás extraña. Cualquiera diría que iba a llorar.

—No creo pueda causarle sorpresa mi declaración —apuntó el comandante.

—Roy Dawson —exclamó Leonor—, usted menos que nadie me hará perder la cabeza —parpadeó—. Y en un momento como este...

—No tuve presentes las circunstancias —contestó tranquilamente el comandante Dawson—. Su padre de usted..., el asesinato...

Esta palabra cayó sobre todos como losa de plomo. Vincent fue contorneando la mesa de billar, con la vista fija en ella. Al tropezar con el comandante lo empujó con el codo y le dijo cortésmente:

—Perdone.

Volvió a inclinarse sobre la mesa y otra vez hizo resbalar el taco sobre la mano izquierda.

—Papá no se encuentra tan mal como eso —exclamó Betty, haciendo un esfuerzo por dominar los nervios—. Y sanará. Tanto es así, que mamá cree que se podrá celebrar mañana la función proyectada, interviniendo en ella el mago y el caricaturista. Dice que lo mismo el señor rector que la maestra, señorita Clutterbuck, han estado llamando todo el día por teléfono y que no nos perdonarían que los defraudásemos.

Clic-clic-clic.

—He cometido una verdadera gansada —el comandante tocó a Leonor en el brazo—. Olvide lo que le he dicho. Es decir, no lo olvide; pero tómelo a título de inventario hasta que el viejo mejore.

—Pero ¡no sea usted estúpido!

—Y en cuanto al anillo, póngaselo en otro dedo, o llévelo cosido dentro de la blusa o donde bien le parezca. Yo se lo traía nada más que como regalo de Navidad.

—Escuche, querido...

—Y si da por recibida esta comunicación del treinta del corriente y obtiene favorable acogida, prometo regalarle otro con gruesos brillantes. Con unos brillantes así de gordos.

Y con la mayor seriedad del mundo señaló con el hueco de ambas manos un tamaño como el de un despertador.

Clic-clic-clic.

—Roy Dawson, ¿quiere o no quiere escucharme?

—Por el momento, tenemos que dedicarnos a poner en claro lo que le ocurrió a su padre —siguió diciendo el comandante.

Vincent James alzó la vista y esbozó una sonrisa.

—¿También usted es detective, amigo mío?

—Lo soy lo suficiente para comprender que todo lo que se ha dicho es un absurdo.

—¿Cómo así?

—Podieran aceptarse tales suposiciones si el señor Stanhope hubiese intentado robar el Velázquez de su propiedad. Y si no ese cuadro, el Murillo, el Goya o cualquiera de los que tiene en el piso de arriba. Pero el hecho de intentar el robo del Greco indica una segunda intención.

Reinó de nuevo el silencio. Tres personas intrigadas tenían los ojos clavados en el rostro narigudo y de largas mandíbulas del comandante. Leonor, con el anillo en una mano y el cigarrillo en la otra, parecía la imagen del desamparo.

—Siga usted —dijo Betty.

—Pues bien: fíjense. ¿Creen ustedes que es nada más que una coincidencia el hecho de que ese cuadro, *La laguna*, represente una escena que sirve de base a una aventura financiera que le ha sido propuesta al señor Stanhope?

Vincent James apoyó en el suelo su taco de billar.

—Amigo mío, todo eso que está hablando tendrá sentido para usted, pero para nosotros es un galimatías.

El comandante se rascó la frente y contestó:

—Voy a ver si aclaro en pocas palabras este enigma, que, después de todo, es bastante sencillo. Contéstenme primero a una pregunta. ¿Han oído ustedes hablar alguna vez de El Dorado?

—¡Claro que sí! —contestó Leonor.

—¿Qué era El Dorado?

Leonor arrugó el entrecejo.

—Era la Ciudad del Oro, un mito que los españoles de los tiempos del descubrimiento de América buscaron afanosamente, pero que nunca encontraron.

—¿Y qué quiere decir El Dorado?

—Ya lo he dicho: la Ciudad del Oro.

—Pues no es así. Lo que quiero decir es El Hombre de Oro. Y está muy lejos de ser una fábula. Lean ustedes a Read Prescott.

—El Hombre de Oro —repitió en voz baja Betty con sus ojos azules muy abiertos, y se oprimió la frente con las palmas de las manos como para hacer memoria de algo—. Bastará una exploración a fondo en la laguna para que salgamos de preocupaciones.

—Por lo que veo, usted sabe ya algo del asunto —dijo el comandante.

—¡No sé nada; pero prosiga usted!

—La ciénaga o laguna en cuestión es Guatavita, el lago dorado. Yo lo he visto con mis propios ojos. Se encuentra en la cordillera andina, y se llega hasta allí en automóvil. Dos veces al año, los indios chibchas arrojaban a esa laguna cuanto oro poseían. Tomen la palabra arrojar, tirar, en su sentido literal. De ese modo adoraban al sol, personificado en una deidad a la que llamaban El Hombre de Oro, y que, según ellos, moraba en la laguna o ciénaga. Cuando Pizarro invadió el Perú en el siglo dieciséis y acabó con el orden antiguo, se formó todo este caramillo de El Dorado.

El comandante Dawson hizo una pausa. Aunque fingía echarlo a broma,

advertíase que el tema le fascinaba.

—Todo eso está bien —insistió Vincent James—. Pero ¿qué papel pinta en todo eso el buen Domenico Theotocópuli?

—Fíjense bien en el cuadro del comedor.

—¿Qué tiene de particular?

—Todo él es una sátira contra los buscadores de tesoros. Examinen ustedes la expresión de sus rostros. Se lee en ellos la resolución de llegar al fondo de la laguna, a pesar de todos los pesares. Y como eso era imposible, la Iglesia predica y la deidad inca se mofa. Ya en tiempos del Greco se intentó dragar o desecar la laguna. A principios del siglo diecinueve volvieron a intentarlo, y hacia mil novecientos repitieron la empresa, valiéndose de máquinas modernas. El hecho es que han sacado a la superficie oro por valor de muchos miles de libras esterlinas. Pero eso no es sino una mínima parte de lo que hay en el fondo de la laguna.

—Supongo que todo eso lo dirá en broma —exclamó Betty.

El comandante Dawson se sonrojó.

—Si no le basta con mi palabra, pregúnteselo al señor Naseby, que posee todos los cálculos que se han hecho para la empresa.

—¿Buller Naseby?

—Sí. Quería que el padre de ustedes se interesase en el negocio, y este lo echaba a broma.

Betty, con la piel de la frente arrugada hacia arriba por el asombro, murmuró:

—¿Y usted cree que cabe empresa tan romántica en la cabeza de ese hombre amable, calculador y aficionado a cobrar el cupón de valores seguros?

—¡Quién sabe! Quizá —exclamó Leonor—. De todos modos, *Pinkey* Dawson, ha hablado usted con verdadera elocuencia.

Bastaba un elogio como este para embarullar la lengua del comandante. Volvió a sentir el embarazo que le producía la proximidad de Leonor, y se fijó en que esta había colocado su anillo en el borde de la mesa. Así y todo, agregó:

—¿Ha visto adónde iba yo a parar?

—¿Adónde, querido?

—Me refiero a la intervención de su padre. Se comprendería que un auténtico ladrón intentase robar ese Greco. La cosa tendría sentido. Pero siendo su padre quien intentó llevárselo, alguna razón tendría para obrar de ese modo.

—Suponiendo —dijo Leonor— que él conociese el significado oculto del cuadro, porque a quien no lo conoce no le sugiere nada.

—Su papá lo ignoraba hasta que yo se lo descubrí. Pero de esto hace ya meses. ¿Y ustedes? ¡Vamos! ¡Que ninguno se tome interés por las obras de los grandes maestros antiguos!

—No mire usted a Vincent James, amigo mío —dijo Leonor con acento cariñoso—. Su especialidad no son los grandes maestros antiguos, sino las amigas jóvenes. Yo, por mi parte, no sabía nada. En el cuadro se ve a un monje. Pensé que sería una

pintura religiosa, y por esa razón nunca despertó mi curiosidad.

—Pero la cuestión que se plantea es... —insistió Betty.

—Entendido —exclamó Leonor con sonrisa sarcástica, que pareció animar todo su cuerpo—. Buller Naseby, ¿no?

Vincent James, que permanecía pensativo, dijo:

—Todo eso del tesoro escondido me suena a cosa absurda.

—Eso es porque hoy está usted exageradamente romántico —apuntó Leonor—. Lo que debiéramos hacer es mantear al simpático Buller por no haber soltado una palabra de todo esto. ¿Qué dirá ahora?

—Esto es cuanto puedo decirle. Todo cuanto puedo decirle.

El señor Naseby hablaba fríamente en el comedor. Clavó sus ojos en los de Nick, se levantó de la silla en que estaba sentado, miró la hora de su reloj y volvió a meterlo en el bolsillo del chaleco.

—Han sido veinticinco minutos de intentos de intimidación. No, veintiséis. ¿Se le ofrece algo más, joven?

—De modo que se trataba de recuperar el oro de los indios chibchas —dijo Nick, mirando atentamente el cuadro del Greco—. ¿Y eso es lo que usted quiere hacerme creer?

—Eso es lo que le aseguro. Se trata de un negocio perfectamente serio. No hay en él ninguna engañifa.

—Increíble. En todo caso, ¿habló usted de este asunto a alguna de las personas que se encuentran actualmente en la casa?

—¿Hablar yo de negocios a ninguna mujer? Ni por asomo. Y tampoco lo habrá hecho Dwight, por lo que yo sé de su carácter. ¿Por qué razón íbamos a hablar ninguno de los dos?

Tan exasperado estaba el hombre, que su cuerpo iba adquiriendo rigidez, estirándose sobre las puntas de los pies, y sus ojillos oscuros, al abrigo de los arrugados párpados, seguían a Nick en todos sus movimientos.

Este último siguió diciendo:

—Le comprendo. Pero usted ha confesado...

—A fuerza de intimidaciones.

—A fuerza de preguntas, que no es lo mismo, que el cuadro es una reproducción del lago *Yo-no-sé-cuántos*, donde está sepultado el oro —Nick tocó el cuadro—. ¿Por qué no lo dijo espontáneamente? ¿Por qué ha habido que sacarle esa información como con sacacorchos?

El señor Naseby puso las cosas en su punto con ceñudo sarcasmo:

—Todo lo que yo sé acerca del cuadro es porque lo oí de boca del mismo Dwight. ¿Tengo alguna prueba de que eso es cierto? No la tengo. ¿Salta a la vista de quien lo mira que representa la laguna de Guatavita? No, señor. Por lo demás, ¿supone que yo suelte informes de un negocio, a menos que me vea entre la espada y la pared? Ni lo piense usted, joven.

—Entonces no tengo que decirle nada más. Adiós.

El señor Naseby se alejó, pero apenas había andado tres pasos se volvió bruscamente.

—Joven, es usted más inteligente de lo que yo me imaginaba. Ha conseguido arrancarme esos datos. Pero no me sonsacará ni uno más. No lo intente. Adiós.

Y al salir estuvo a punto de tropezar con sir Henry Merrivale, que entraba en ese mismo instante.

El señor H. M. aspiró con fuerza por la nariz, mientras pasaba revista a las manchas de polvo gris que había por toda la habitación.

—¡Ujum! Observo que ha traído usted a uno de los funcionarios encargados de tomar huellas digitales. ¿Dónde anda?

—Se marchó ya. Le despedí antes de meterme con el señor Naseby.

—¿Naseby? ¿Es quizá ese hombrecillo descarado que salió de aquí ahora mismo?

—Sí. Y usted, ¿ha descubierto algo?

El señor H. M. pareció asustarse.

—¿Si he descubierto algo? ¿Si he descubierto algo? ¡Otra vez este ojo mío!

Y dando tropezones fue a sentarse en la silla en que había estado sentado el señor Naseby. Acomodó con gran trabajo su amplia humanidad en ella, jadeó, miró por encima de los cristales de sus lentes y sacó del bolsillo un paquete lleno de cigarros puros negros y de aspecto aceitoso.

—Dígame, muchacho —preguntó—: ¿ha guardado usted las ropas que componían el disfraz de ladrón del señor Stanhope? ¿Dónde las tiene?

—Están bajo llave en el armario de su cuarto de vestir, en el piso de arriba. Estuve revisándolas esta mañana. Me interesaba, sobre todo, lo que pudiera guardar en los bolsillos. Luego les puse etiquetas y las metí en una caja de cartón. ¿Le gustaría verlas?

—Debería verlas. Aunque no saque nada en limpio.

Nick tocó el timbre para llamar a Larkin, y este acudió con sorprendente celeridad. Al ver al señor H. M. se sonrojó (aunque parezca increíble); pero ninguno de los dos habló una palabra. Nick entregó al mayordomo la llave del armario y le dio las oportunas instrucciones. H. M., entre tanto, encendía una cerilla en la uña del dedo gordo y la aplicaba a uno de sus aceitosos cigarros. Después recorrió la habitación con la mirada, descansando de su recorrido en el aparador. Nick se volvió hacia él, después de despachar a Larkin, y le dijo, señalándole el cuadro:

—¿Sabe usted qué cuadro es ese?

—¿Ese cuadro? ¡Ujum!...

—Es el famoso Greco. Pero veamos si es capaz de decirme qué es lo que representa.

—¿Quizá una visión alegórica del lago Guatavita, en los Andes? —le contestó H. M. después de quitarse el cigarro de la boca y dar un resoplido.

Nick le miró sorprendido.

—¿Es una deducción que ha hecho usted o es que ha sido informado por alguien?

—Ni lo uno ni lo otro, para ser exacto. Una indiscreción —H. M. dijo esto un poco cohibido—. Vi bajar a su amiguita Betty Stanhope y fui tras ella con intención

de hacerle una pregunta. Se dirigió a la sala de billares. Y seguí el mismo rumbo. Abrió la puerta, descubriendo una escena muy interesante. Y cuando entró en la sala dejó a medio cerrar la puerta.

—¿Y usted aplicó el oído?

—Eso es lo que hice. Todo muy interesante, sí, señor. Verá.

Y procedió a darle un relato somero, aunque omitiendo ciertos detalles.

—Dígame, señor: ¿es cierto lo del lago Guatavita?

—¡Muchacho! Es uno de los más célebres de Sudamérica.

—Me refiero a que sea cierto lo del oro que contiene.

—Es cierto. Aparte de las ofrendas que durante siglos fueron sepultando allí en honor del Hombre de Oro, cierto cacique o jefazo local arrojó a él dos toneladas de piezas sueltas para que no se apoderase de ellas uno de los capitanes de Pizarro, llamado Quesada. Al cacique lo quemaron por esta jugarreta, pero se quedaron sin el tesoro. Y ahí es donde empieza la búsqueda de El Dorado. Hasta sir Walter Raleigh metió baza en el asunto.

H. M. apuntó hacia el cuadro con un dedo. La obra tenía por sí misma su atractivo. La tonalidad gris acerada del agua, en la que se reflejaban por parejas el rostro de una mendiga y el de una aristócrata, arrodilladas una junto a otra, y las espaldas encorvadas de los que se preparaban a zambullirse en el lago, ofrecían un trozo palpitante de vida, aunque la tela estuviese arrugada junto a un aparador en una mansión de Inglaterra. En el sitio donde Dwight Stanhope había estado caído veíanse algunas gotas de sangre, que, al coagularse sobre la alfombra negra, habían adquirido una tonalidad de hierro oxidado.

Antes de dar otra chupada a su cigarro, el señor H. M. examinó cuidadosamente las manchas.

Nick le preguntó:

—Pero habiendo allí tal cantidad de oro, ¿por qué no lo sacan?

—Uno, porque la profundidad del lago pasa de los sesenta metros.

—Claro, es muy difícil.

—Otro, ha ido amontonándose allí durante siglos un arrastre de arenas, rocas y barro. Y otro, aun después de haber desecado el lago, y ya lo ha sido, resulta que hay en su fondo un embudo de barro líquido, el cual no se sabe adónde conduce. A pesar de todo, se podría realizar la tarea sirviéndose de máquinas modernas. Costaría dinero. Pero podría hacerse.

—Según eso, la idea de Naseby no es tan disparatada como a primera vista parece.

H. M. reflexionó unos momentos.

—No es tan disparatada, aunque se sale de lo corriente. Y resulta muy extraña en un financiero de la City, apegado a los negocios sólidos.

—¿Pondría usted su dinero en una empresa semejante?

—¡Qué quiere que le diga! Quizá. Yo tengo espíritu de jugador. En este caso, y

aun antes de empezar a instalar las bombas de desagüe a cinco mil metros de altura habría que obtener una concesión del Gobierno de Colombia. Y esto requeriría tal vez las muelas de un Rockefeller.

—Pues el señor Naseby pretendía que el señor Stanhope pusiese la mitad del capital requerido en este aventurado negocio.

—¿Eso pretendía?

—Sí, señor. Anoche oí casualmente una conversación que mantuvieron arriba, en el teatrillo.

—¡Ajá! —exclamó el señor H. M., y su rostro adquirió una rigidez regocijante—. ¿La oyó usted mientras estaba tonteando con Betty Stanhope?

—¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa?

—No le importe quién me lo ha dicho —contestó sombríamente H. M.—. No sé adónde va a ir a parar el Cuerpo de Policía —y movió a derecha e izquierda la cabeza—. Recuerdo, y de esto aún no hace mucho tiempo, un episodio en que su jefe de usted, Masters, me hizo rodar por el suelo y casi me mata, al intentar él acometer a una dama que iba en el asiento delantero de un automóvil.

—Yo no estaba tonteando con ella. Que tuve tentación de hacerlo, no se lo niego. Aunque, de todos modos, me imagino que únicamente me habría ganado algunos mojicones.

—¿Eso cree usted? —le preguntó H. M. con expresión de conmiseración infinita—. ¿De modo que eso es lo que usted cree? Se conoce que no sabe cómo le mira ella cuando está distraído.

—Es poco probable que me entere.

—No se haga el gracioso —le contestó H. M. con sequedad—. Además, le digo que se ande con cuidado, porque esa joven será cualquier día de estos muy rica.

—Es una cuestión que no me preocupa, y no creo haber hablado de este asunto hasta ahora. No me olvido de que estoy aquí de servicio, y en tal situación tiene muy poca importancia lo que me gusta o lo que no me gusta. Y toda esta gente...

Nick apartó así la cuestión que le afectaba personalmente.

—Eso es —dijo H. M., y cabeceó afirmativamente. Luego dio una chupada lenta y profunda al cigarro hasta que su cabeza estuvo envuelta por completo en una nube venenosa de humo—. Toda esta gente... Veamos. El individuo de uniforme de la Armada es, según tengo entendido, un cierto comandante Dawson. Me ha hablado de él la señora Stanhope. El atleta de cabello ensortijado es su amigo Vincent James. Y el diablillo moreno y jactancioso se llama Leonor Stanhope, ojito derecho del viejo.

—Sí. Y a propósito de Leonor, aquí tiene usted el cuchillo de postre con el que ella peló una manzana y que después... Ese, el que tiene en la mesa junto a usted.

H. M. lo cogió en su mano, mientras Nick le iba explicando lo que las huellas significaban. Estaba todavía hablando al hacer su aparición Larkin, que traía la caja de cartón con las ropas.

Nick la colocó encima de la mesa. Contenía un par de finos guantes de cabritilla,

un antifaz negro, una bufanda, una gorra y el chaquetón de tela de mezcla, los pantalones de pana, camisa de lana, camiseta, calzoncillos, calcetines y zapatos de tenis. Los objetos que Stanhope llevaba en los bolsillos, y que Nick fue poniendo en línea sobre la mesa, eran: un pañuelo con las letras D. S. dos cartas sin importancia que le habían sido dirigidas a Waldemere, un cortacristales, una navaja y un rollo pequeño de cinta adhesiva para usos quirúrgicos. El reloj de pulsera completaba la lista.

—¿Me permite, señor? —intervino Larkin con indecisión desde la puerta.

Lo mismo Nick que H. M. levantaron la vista, este último con expresión de creciente desánimo.

—¿Qué pasa?

—Debo advertir a los señores que dentro de diez minutos va a servirse el té en la antesala.

—Perfectamente. ¿Dónde está la antesala?

—Es el cuarto de estilo oriental. Y algo más, señor, si me lo permite —de nuevo pareció titubear Larkin—. ¿Será posible que limpiemos hoy esta habitación? Desearía poder hacer servir cuanto antes las comidas como es costumbre en esta casa.

Desde detrás de la cortina de humo brotó la voz áspera, intensa y gruñona del señor H. M.:

—No, hijo, no será posible.

—¿Decía el señor?

—Digo, con permiso del señor inspector, que puede usted decir a todos que pasará mucho, mucho tiempo antes que nadie use esta habitación. Quizá no vuelva a usarse hasta que los cerdos vuelen y a las mesas de billar les salgan patillas.

—Perfectamente, señor —contestó Larkin, y se alejó.

H. M. examinó, uno después de otro, todos los objetos que se encontraron en los bolsillos de la víctima.

—El cortacristales tiene ya su explicación —explicó Nick—. La navaja es indudable que la usó para desprender la tela del marco. No fue empleada para apuñalar. No hay en ella rastro de sangre y, además, la hoja es demasiado gruesa. Una parte de la cinta adhesiva o esparadrapo, en tiras cortas, sirvió para evitar que el cristal cortado cayese al suelo —Nick hizo un gesto expresivo—. Pero quisiera llamar, señor, su atención hacia un detalle raro.

—¿Y es?

—Coja usted el rollo de esparadrapo y fíjese en el extremo suelto. Espere. Aquí hay una lente, que he hecho traer esta mañana de la biblioteca.

Nick se lo entregó a H. M. Este, con el cigarro pegado en la comisura de los labios y caído hacia abajo, echó mano al rollo y miró a través de la lente, examinando el borde suelto de la extremidad, y exclamó:

—¡Sangre!

Nick asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Sangre. Es fácil reconstruir los hechos, pero no es tan sencillo dar con el porqué de los mismos. Yo lo veo así —prosiguió Nick—. El asesino apuñaló al señor Stanhope y luego lo pateó estando ya en el suelo. Después, y viendo que este seguía sin sentido, le quitó el rollo de cinta y cortó una tira con el cuchillo manchado de sangre. Yo creo que mi explicación es exacta.

—¡Ujum! Sí. Algo por el estilo pienso yo, muchacho.

—¿Para qué podía querer el asesino una tira de esparadrapo? ¿Qué hizo con ella?

—Eso es. ¿Qué hizo?

El señor H. M. le devolvió el rollo de cinta y la lente. Se quitó el cigarro de la boca y lo colocó muy cuidadosamente en el borde de la mesa, donde quedó despidiendo una línea recta de humo gris aceitoso. Se apretó las sienes con ambas manos y tamborileó con los dedos en su calva cabezota.

Nick recogió todos los objetos menudos.

—Estas ropas, según dice el ayuda de cámara del señor Stanhope...

Pero el señor H. M. le interrumpió con voz tonante:

—¡Déjeme pensar! ¡Por el amor de Esaú, déjeme pensar! ¡Pensar!

Y permaneció algún tiempo sumido en profundas meditaciones, sin dejar de tamborilear con sus dedos en la cabeza.

De pronto se levantó y fue siguiendo con mirada atenta, a través de la habitación, las huellas digitales puestas de relieve por el polvillo gris. Desde la pared en que estaba el aparador se volvió de cara a la pared de enfrente. Fue caminando poco a poco hacia ella y se quedó contemplando el *Felipe IV*, que colgaba a la izquierda de la chimenea. Luego se fijó en el *Calvario* de Murillo. Pero reuló al verse frente al cuadro *La bruja joven*.

—¡Diablos! —exclamó asustado—. ¿Quién es el que ha comprado este adorno de lupanar?

—Es una obra de arte.

—Para mí, no —dijo, ladeando la cabeza para examinar mejor el cuadro—. Yo soy hombre de gustos sencillos y honrados.

«¡Sí, sí! —pensó Nick—. ¿Qué diablos se traerá?».

Y agregó en voz alta:

—Pertenece a Flavia Venner.

—Ya. A esa bribona que fue propietaria de esta casa. Parece como si en ella flotara aún su embrujo misterioso.

Se volvió otra vez, pero su cara seguía tan inexpresiva. Con los puños en las caderas, volvió a ojear por encima de los cristales de las gafas el aparador.

—Dígame, muchacho: ¿no había sobre este aparador un camino? Sí, uno de esos paños largos y estrechos que suele haber sobre los aparadores y las mesas para impedir que los objetos que se colocan encima los arañen.

—Tengo la seguridad de que no lo había. ¿Por qué hace usted semejante pregunta?

Sir Henry Merrivale apuntó con una de sus manazas.

—¿No le llama a usted la atención el que todas estas piezas del servicio de plata estén la mayor parte en un solo sitio? Algunas, las de forma redonda, han rodado muy lejos; pero fíjese bien en las piezas grandes. Se diría que, mientras el señor Stanhope y el atacante estaban peleando, alguien tiró de un extremo del camino y arrastró de costado todo el montón. A menos que... A propósito, ¿ha mirado usted si algunas piezas tienen arañazos?

—Sí, algunas de ellas los tienen.

El señor H. M. volvió la cabeza para mirar por encima del hombro hacia la chimenea. Se pintó al principio en su rostro una expresión de asombro desconsolado, que se apagó poco a poco, hasta convertirse en otra de flema impenetrable. Y jadeó:

—¿Sabe usted que lo ha pinchado?

—¿Qué es lo que lo ha pinchado?

—No lo adivinaría usted nunca.

La curiosidad de Nick, que le llevaba a constituir en él una manía, había llegado a punto de ebullición. Iba a decírselo al señor H. M., pero en aquel instante interrumpió el diálogo alguien que dio unos golpecitos en la puerta del comedor. Era Christabel Stanhope.

—Me pareció oportuno llamar antes de entrar, por si estaban ustedes ocupados en medir pisadas o algo por el estilo. ¿Puedo pasar?

Se expresaba en voz alta, fina y clara. Nick barruntó la proximidad de algún nuevo lío en cuanto oyó aquella voz y vio las manos de Christabel. De ordinario, aquella mujer llevaba a todas partes una atmósfera emocional propia, de sonriente placidez. No parecía ahora la misma.

El señor H. M. mantuvo deliberadamente una expresión estólida.

—¿Viene a recordarnos el té, señora?

—No, no se trata del té.

—¿Quiere usted tomar asiento?

—¿Junto a todos esos objetos horribles que hay en la mesa? No, muchas gracias.

A una señal de H. M., procedió Nick a retirar todo aquello, incluso el cuchillo de postre y la linterna eléctrica. Sir Henry, por su parte, recogió su cigarro, y entonces Christabel consintió en sentarse en una silla. Tenía en una de sus manos un pañuelo arrugado y en la otra un trozo de marfil, que servía de caja de cigarrillos. Una vez sentada, dijo:

—¿Tiene usted la amabilidad de cerrar la puerta que da a la sala? —Nick se apresuró a correr sus hojas—. ¿Me prometen ustedes que nada de lo que aquí se hable trascenderá fuera?

«¡Cuidado! ¡Peligro!».

Nick movió negativamente la cabeza.

—Me temo que no pueda prometerle tanto, señora.

—¿Cómo es eso? —preguntó Christabel, golpeando con la caja de marfil en el

brazo de la silla.

—Porque me lo manda un código oficial que se llama Reglas del juez...

—Lo siento. No me ha comprendido usted —intentó sonreírle—. Se lo plantearé de otro modo. Anoche me dijo usted que había sido destacado a esta casa como detective de la Policía. Primero, porque Dwight es hombre de gran influencia política —alzó un dedo—; segundo —y alzó otro—, para salirle al paso y evitar un escándalo en caso de que siguiese adelante con el intento de simular un robo para cobrar el seguro.

—Así fue, señora.

—Dwight ha prosperado bastante. No lo niego. A pesar de todo, tengo la convicción de que no tiene tanta influencia como usted dice. Y la prueba es que usted mismo confesó que existía otra razón más para su venida.

Nick inclinó la cabeza. Y se dijo que tal vez ella había adivinado aquella razón.

También Christabel inclinó la suya en señal de asentimiento. Tenía la boca ligeramente entreabierta; las ventanas de su corta nariz estaban un poco dilatadas. Su mano derecha oprimía el pañuelo contra el brazo de la silla, y su izquierda la caja de marfil. Los bordes de la falda de su vestido de té, de color verdemar, llegaban al suelo. Volvió la cabeza hacia sir Henry.

—Dígame, sir Henry: ¿conoce usted muy bien a Dwight?

—Señora —le contestó H. M. con un codo apoyado en el aparador y mirándola fijamente—, creo que puedo afirmar que sí.

—Quiero decir si conocía en detalle los diferentes negocios en que estaba metido.

—¡Oh señora! Esa es harina de otro costal. No, y creo que nadie los conocía, fuera de él mismo.

—Siendo esto así, ¿se sorprendería usted si oyese que alguien llamaba ladrón a mi marido?

H. M. la miró parpadeando.

—No solamente me sorprendería, sino que no lo creería. Como le decía hoy mismo a este joven...

—Veo que usted no me comprende. No quiero decir estafador o fullero, sino, literalmente, ladrón.

Su ancha boca se contrajo. Y siguió diciendo:

—¿Le causaría sorpresa oír decir que la mayor parte de los ingresos de Dwight no proceden de ningún negocio, sino de lo que le producen los robos con escalo? ¿De asaltos para robar obras de arte de gran valor, realizados con intervalos de meses o de años, uno solo de los cuales es suficiente para mantenernos económicamente boyantes a todos durante un año?

—¡Espere un momento! —agregó Christabel con gran viveza, aunque ninguno de los dos hombres presentes había dicho una palabra—. Entiéndanme. No es que yo lo crea. Es una suposición absurda, ridícula y humillante. Pero sepan ustedes que eso es lo que corre en el vestíbulo de la servidumbre —y al decir esto levantó el brazo y apretó el pañuelo entre las cejas—. Y lo que hoy se dice en el vestíbulo de la servidumbre se repetirá mañana en todo el distrito y pasado mañana en todo el país. Lo de menos es que seamos unos criminales; lo horrible es que seamos objeto de mofa para todo el mundo. Aunque no sea verdad.

Sir Henry se quitó el cigarro de la boca y estalló con tal violencia que Christabel bajó el pañuelo para poder mirarle.

—¡Por San Barrabás! ¿De modo que es eso lo que la preocupa? ¿Eso? Christabel alzó desafiadora la barbilla y empezó a decir fríamente:

—No comprendo...

Pero sir Henry insistió, blandiendo el cigarro delante de su cara:

—¿Eso es lo que la tiene intranquila? Creí que se trataba de otra cosa.

—¿Y si fuese, en efecto, eso?

—Sería que usted participa a medias de esa creencia, ¿verdad?

Christabel no contestó.

Sir Henry dio un resoplido.

—Señora de Stanhope, no me sorprende ahora que Flavia Venner sea su heroína favorita. Tiene usted una fantasía igual a la de Corelli y María Corelli juntas. Con la mano sobre el corazón —y la puso— puedo jurarle que Dwight Stanhope es tan ladrón como yo. Y si no me cree, pregúnteselo al inspector señor Wood.

Nick cabeceó afirmativamente, y agregó con acento convencido:

—El señor Stanhope será lo que sea, pero no el superladrón que usted se imagina. Nunca hemos creído cosa semejante.

Sir Henry intervino, bondadoso:

—Pero no es este el punto interesante, señora. Lo que interesa es saber de dónde ha podido usted sacar esa idea tan divertidamente disparatada.

Christabel hizo un gesto desesperado.

—Lo están diciendo a boca llena en el vestíbulo de la servidumbre.

Sir Henry conservó su impassibilidad y dijo:

—¡Bah! Eso ya lo sabía yo.

—¡Que lo sabía usted!

—Desde luego. No ignora que estuve un buen rato con ellos —se volvió hacia

Nick Wood—. Se trata de una teoría que quizá sea para usted una novedad. Dwight Stanhope es hombre de pocas confianzas. Por consiguiente, es que oculta algo. En este último año han dado los periódicos extensas noticias de dos fructuosos robos con escalo, cometidos en mansiones señoriales...

—Así es —dijo Christabel entre dientes—. Se lo recordé anoche al inspector Wood.

Sir Henry la miró con aspereza, pero ella siguió hablando:

—Se descubre a Dwight Stanhope, en circunstancias que son algo extrañas, disfrazado de ladrón. Primera conclusión que sacan: mi marido se disponía a salir para asaltar alguna otra casa, probablemente la de Buller Naseby. Segunda conclusión: alguien de esta casa lo descubre, le toma por un ladrón que quiere robar aquí, lo apuñala, y al levantarle el antifaz, descubre con horror quién es. Entonces huye, antes que se dé la alarma en la casa, y se obstina en ocultar su acción.

Christabel no dijo una palabra más. Sus brillantes pestañas no dejaban ver sus ojos, porque parecía estar mirándose las puntas de sus zapatos, de color verde oscuro. Pero Nick percibió que todo su ser se hallaba intensamente alerta.

Sir Henry siguió hablando con tono gruñón:

—Es evidente que semejantes suposiciones no explican el corte del cristal ni el robo, medio realizado ya, del Greco. Pero no hay que ser tan exigente y quererlo todo. Cíñase a esa máxima, señora.

—Yo no lo exijo todo —dijo Christabel—. Lo que yo quiero es... Yo me entiendo.

—Entiéndame también a mí. Los chismes y disquisiciones de escaleras abajo no deben preocuparla hasta ese punto... Veo que huelga el consejo y que usted sigue preocupada. ¿Por qué razón? ¿A qué obedece esa obsesión sobre la existencia de un ladrón de altos vuelos y la probabilidad de identificarlo con su marido?

—También a mí me agradecería conocer el pensamiento de la señora Stanhope, porque anoche era yo en su imaginación ese ladrón —intervino Nick.

Christabel le dirigió una mirada de reproche.

—Querido señor, se lo dije a usted en confianza, y le expliqué que se trataba de una pesadilla que había tenido.

Sir Henry saltó bruscamente:

—¿Una pesadilla? Cuéntemela.

—Soñé una serie de cosas horribles. Debió de ser efecto de una conversación que tuve antes de acostarme, y quizá también, como ya dije al señor Wood, de lecturas de periódicos. Hubiera debido ser aún más franca. Al encontrarme con usted en el vestíbulo, y al descubrir luego a Dwight apuñalado... —hizo una pausa, y luego siguió hablando sin excitarse—: ¿No tratan ustedes de hacerme caer en una trampa? ¿Son ustedes sinceros cuando me aseguran que mi esposo no ha intervenido jamás en ninguna clase de robos? ¿Me lo juran?

—Yo sí, señora Stanhope —le contestó Nick.

Christabel se recostó en su asiento y su rostro experimentó una extraña transformación, porque desapareció de él la palidez y recobró los colores naturales, expresándose de este modo:

—Ignoro cuántos desvalijamientos de casas de campo han registrado ustedes en sus libros durante el año transcurrido. Yo tengo presentes dos. Uno tuvo lugar en...

—Cataract House, Crowborough, el ocho de junio —completó Nick.

—Eso es, y el otro en...

—Pensbury Old Hall, Yate, el veintisiete de septiembre.

—Muchas gracias, inspector. En ambos casos, mi marido se hospedaba allí al realizarse el robo, y yo no estaba con él —y prosiguió, con la mirada fija en Nick—: No vayan ustedes a sacar la consecuencia de que mi imaginación se desbocó. La verdad es que desde aquellos hechos no oía yo hablar de otra cosa que de cuadros valiosos, manuscritos raros y piedras preciosas. Dwight ya no parecía el mismo. Y para final de todo, llega a casa un desconocido, ya me comprende usted..., presunto amigo de mi esposo, pero que no lo era, sino otra cosa muy distinta.

—Gracias —gruñó el aludido.

—Lo vieron salir a usted de la habitación de mi esposo. Hablé del asunto con un amigo suyo, sugiriéndole que quizá había entrado usted allí para robar. Pero ya sé que lo que hacía era hablar con Dwight. ¿No es así?

—Así es, señora.

—Eso me hizo sospechar que usted era cómplice suyo. Cuando descubrí que no lo era, sino un honrado funcionario de la Policía, mi situación de ánimo fue todavía más horrible, porque supuse que la misión de usted era prender a mi esposo por intento de estafa, a causa del seguro. Agreguen a esto las conversaciones entre la servidumbre... Ya sé que ustedes, los hombres, no conceden importancia a estas cosas. Pero la tienen, digan ustedes lo que quieran. Cuanto más absurdo es un chismorreo, más rápidamente se extiende. Yo soy capaz de aguantarlo todo, menos la rechifla. Ya hemos tolerado bastantes hallazgos ingeniosos de nuestros amigos a propósito de lo que es y fue esta casa. Yo le tengo cariño. Se pueden, pues, ir todos, si ustedes me permiten la frase, directamente al diablo. Pero no quiero más habladurías. No, señor.

Inclinó la cabeza hacia sus interlocutores, mirándoles con ojos brillantes y una sonrisa graciosa en los labios. Fue un gesto consciente de coquetería, propio de una actriz. Las lámparas, que proyectaban su luz desde arriba, realzaron las ondas de su cabellera con reflejos de plata, pero pusieron al mismo tiempo de relieve los rasgos juveniles de su rostro.

Sir Henry Merrivale dejó escapar una exclamación, pero se advertía en él un esfuerzo por mostrarse amable.

—Ya ve usted que no he despegado los labios y he permanecido sosegado y tranquilo, en espera de alguna aclaración. ¿A qué vienen esas referencias a robos que se han cometido en Crowborough y en Yate? ¿De qué robos se trata? Nada me ha

dicho Masters al respecto. Y tampoco usted, joven, se ha referido a ellos para nada. ¿De qué se trata?

Nick le contestó con extrañeza:

—Pero ¿es que usted no lee las noticias de la Policía?

H. M. cabeceó negativamente.

—Yo no leo noticias de robos y escalos. No ofrecen interés, fuera de casos enrevesados como este. El criminal de profesión es de lo más aburrido que hay en la tierra. Yo no daría un paso por ver cómo un Charlie Peace cualquiera le roba los pantalones al alcalde de Londres.

Christabel hizo una mueca, sonrió y dijo:

—Eso más. ¡Comparar a Dwight con Charlie Peace! Pues lo han hecho. Lisa me lo ha contado. Un horrible caso de vida doble. ¡Oh! A usted le parecerá divertido, pero no a mí. Dígame, sir Henry: ¿es cierto que Charlie Peace fue un artista del crimen, poeta y virtuoso del violín?

Sir Henry la contempló por encima de los cristales de sus gafas.

—No es cierto, señora. Sus versos harían doblarse de risa a un escritor de coplas escolares, y su famoso violín era una despreciable caja de cigarros con una cuerda. Era tan idiota como todos sus congéneres.

Nick dijo, hablando con mucha cautela:

—Ese calificativo no es muy apropiado tratándose del ladrón de altos vuelos de que hablábamos.

Algo había en su manera de expresarse que motivó una pausa en la conversación. El bamboleo de unas cortinas de color escarlata, que seguían corridas delante de una ventana abierta, atrajo la atención de Nick.

—Comprendo —exclamó sir Henry—. Usted se refiere al individuo que actuó en Crowborough y Yate. ¿Cree usted que los dos robos fueron obra del mismo individuo?

—Esa es la opinión que tenemos.

—¿Y qué es lo que hubo en ellos de interesante?

Nick observó que a Christabel le brillaban los ojos.

—El autor es un hombre experto en joyas, y tan entendido en cuadros, que deja en pañales a cualquier negociante de Bond Street. ¿Quiere pruebas? Había en Pensbury Old Hall toda una galería llena de falsificaciones, compradas casi todas como originales, y solo un cuadro auténtico de Leonardo. Y este fue únicamente el que se llevó. En el robo de Cataract House, que tuvo lugar en junio, hizo caso omiso de un montón de joyas vistosas y valiosas, aunque corrientes, para llevarse tan solo una sarta de esmeraldas emparejadas, que valían por todo el resto del lote junto. Estoy hablando como un tendero, ¿verdad?

—Al contrario —exclamó Christabel, sonriente—. Yo diría más bien que se está usted traicionando.

—¿Eso cree usted, señora Stanhope?

—Ya hemos llegado a la verdadera razón por la que fue usted destacado a esta casa, razón que usted rehuyó decirme hasta ahora. ¿Insistirá en negar que lo enviaron para que estuviese alerta, por si el caballero de Crowborough y de Yate hacía una visita a esta casa, que está llena de objetos de gran valor, aunque no todos sean del mejor gusto?

Nick se encogió de hombros:

—No lo niego, y ya le dije que el inspector en jefe Masters no se dejaba ningún hilo suelto. Pero...

—No se detenga. Prosiga usted.

—Pero eso no viene al caso. En primer lugar, que fue su marido, el propietario de la casa, quien realizó esta pequeña comedia. En segundo lugar, si usted sigue aún emperrada en que yo lo considero a él como el criminal de Crowborough y de Yate, le diré que la técnica empleada aquí difiere de la empleada en aquellos dos robos. Por la técnica se pueden clasificar. Y tercero, que el robo fingido nada tiene que ver con el intento de asesinato. No ha sido el ladrón quien ha dado la puñalada, sino que se la han dado a él. Y esto nos ha llevado a la intervención de un elemento con el que hay que contar: el odio.

Otra vez quedó vibrando en el aire esta palabra con frías resonancias. También ahora produjo su efecto.

—¡Sir Henry! —dijo Christabel.

—¿Qué se le ofrece, señora?

—Me desagrada confesarlo, pero este caballero me asusta. Me asusta de verdad. Siempre acabamos volviendo al mismo estribillo del odio, del odio, del odio...

H. M. parecía perdido en oscuras meditaciones. Se levantó. Su cigarro se había apagado. Lo colocó encima del aparador y dijo:

—Me temo, señora, que aún tendremos que volver a él, porque está en la base de todo. Me da en las narices que si conseguimos remontar su huella, habremos encontrado la contestación de todo enigma. No es este un caso liso y llano, como los de Charlie Peace. Es asunto llevado con astucia, feo y tergiversado. Aunque quizá la solución sea en sí misma muy sencilla...

—¿Sencilla? —exclamó impulsivamente Nick—. ¿Encuentra usted sencilla esta maraña?

H. M. adoptó un aire sombrío.

—Mire, muchacho: no se deje engañar por fantasías.

Hizo un amplio gesto de apartar con la mano cuanto le rodeaba y siguió:

—Le he dicho antes que todo es obra de la influencia de Flavia Venner. Esta condenada casa tiene la atmósfera cargada de atisbos románticos que son completamente falsos.

Christabel le miró de soslayo y le contestó:

—Esto que acaba de decir demuestra que es usted hombre muy agudo.

—Pero la llave que nos ha de abrir la puerta es muy distinta. Se me ha ocurrido

que se podría dar la solución en dos palabras, con solo contestar a una pregunta.

Christabel dijo, quejumbrosa:

—¡Si fuese posible hablar con Dwight! ¿Cuándo cree usted que se encontrará en condiciones?

Sir Henry se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señora. Quizá mañana. En este momento se encuentra bajo los efectos de un narcótico. El doctor Clements puede decirle que estos casos de hemorragia interna son un lío. Si se pudiese abrir bonitamente el cuerpo, como en una autopsia, sería coser y cantar. Pero eso no es posible hacerlo si se quiere que el pobre hombre viva.

—Y si no lo conseguimos, ya para mañana habrá corrido por todo el lugar que Dwight es otro Charlie Peace, o Deacon Brodie, o el hombre del labio retorcido.

—Pero, bueno —le preguntó H. M.—, ¿va usted o no a dejar de lado esas absurdas preocupaciones?

—Lo siento —contestó Christabel, encogiéndose de hombros—. No puedo remediarlo. No hago alharacas, pero me aflijo. ¿Se acuerda usted, sir Henry, del hombre del labio retorcido? También él poseía una magnífica casa de campo en Kent y, sin embargo, se ganaba la vida de pordiosero profesional, pidiendo en las esquinas. ¿Qué diría su mujer cuando se hizo público el caso? Me imagino que si la señorita Clutterbuck o el rector de la parroquia oyen hablar de Dwight de esta manera, prohibirán a los chicos que vengan a este antro a presenciar la función del mago.

Estas palabras despertaron en sir Henry un nuevo y concentrado interés.

—¡Espere! ¡La función del mago! ¿Me confundieron a mí, por equivocación, con ese individuo?

—Así fue, por mucho que yo lo sienta.

—¡Vaya, vaya! ¿Y quién es el *Gran Kafuzalum*?

—Su verdadero nombre es Ram Das Singh. Está haciendo furor en Londres. Es un auténtico hindú.

—¿Un auténtico hindú que hace furor en Londres y yo nunca oí hablar de él? No es posible —exclamó sir Henry con un desdén majestuoso.

—Dwight asegura que ha dado representaciones ante las personas reales. Sus artefactos han llegado esta mañana, pero no he recibido hasta ahora ningún telegrama anunciándome cuándo llegará él. Quizá pase usted un buen rato hablándole. Eloísa, mi doncella, me ha contado la agradable exhibición privada que usted les dio.

Sir Henry le contestó con aterradora lentitud:

—Una exhibición agradable, ¿verdad? Una cosita cualquiera, como quien dice. Con seguridad que usted está pensando que yo soy una birria de mago comparado con este condenado Ram Das Singh.

Christabel sonrió.

—Usted, sir Henry, es quizá un aficionado muy distinguido...

—Aficionado, ¿eh? —estalló sir Henry, poniéndose rojo y alzando los dos puños

—. ¿Conque aficionado?

Nick creyó llegado el momento de intervenir:

—Tiene usted razón, señor. Yo no creo ni por un momento que este Ram Das Singh sea capaz de realizar el truco hindú de la cuerda. Es muy probable que usted lo venciera sin esfuerzo alguno.

Christabel, desconcertada, y creyendo que había cometido una torpeza, se excusó:

—Perdóneme si he dicho alguna inconveniencia.

—No, señora Stanhope. De todos modos, eso no puede hacer al caso. Aunque su esposo se recobre, la situación será bastante fea dentro de la casa. Sir Henry asegura, y lo dice convencido, que él puede dar en dos palabras la solución de todo problema.

El aludido se le quedó mirando fijamente.

—¡Muy bonito, sí! ¿De manera que usted cree que se la voy a decir, después de las ofensas con que me han estado obsequiando?

—¡Al diablo con su genio, señor! Yo no le he ofendido. Siempre que alguien dice o hace alguna cosa que a usted no le gusta, la toma contra mí. Esto pasa ya de castaño oscuro. Yo no he perdido ni por un momento de vista el asunto que aquí me ha traído...

—Sobre eso habría que hablar... —interrumpió con amabilidad, pero con intención, Christabel.

—No sé a qué se refiere.

Christabel siguió diciendo con despreocupación:

—Desde luego, ha asustado usted a Betty. Ella abrigaba las mismas dudas que yo acerca de la doble vida de Dwight, y seguramente no la ha tranquilizado usted con lo que le dijo anoche, cuando estaba arriba, en el teatrillo.

—Le aseguro, señora...

—La pobre niña vino esta mañana a mi cuarto para confiarse a mí, cosa que ya no hacía en muchos años. Al principio creyó que usted era el cómplice de Dwight, y en eso coincidía conmigo. Cuando se cruzó en la escalera con el señor James y este le dijo: «Alguien ha apuñalado a su padre, que se había disfrazado de bandido», creyó que era usted quien lo había hecho. Pero después sintió remordimientos de conciencia, y me dijo que se mostraría hoy con usted extraordinariamente amable.

Ahora lo comprendía todo Nick Wood. Y le dio mucho que pensar. Recordando ahora a Betty, sentía al respirar una punzada en los pulmones.

—De verdad, señora, que me duele representar hasta ahora en este drama el papel de villano.

Christabel barruntó, y no se equivocaba, que estas palabras eran una finta de esgrimista para que ella se descubriese.

—¿El papel de villano, mi querido señor Wood? Mucho me temo que Betty le haya asignado un papel muy diferente. Pero yo ni entro ni salgo.

Se encogió de hombros, se llevó el pañuelo a los labios y prosiguió:

—Ni mi esposo ni yo nos metemos en los asuntos de nuestras hijas.

—Por desgracia, la cuestión que se nos plantea es la de saber quién se metió, empleando su misma palabra, con el señor Stanhope.

—Me carga ya su obstinación.

Sir Henry intervino inesperadamente:

—Pues, con todo eso, el mozo tiene razón.

—Es usted muy amable.

—¡Un rábano! —exclamó, con muy poca galantería, sir Henry—. Yo soy el cascarrabias, yo soy el descortés. Pero como todos me dan en las espinillas y se quedan tan frescos, no habrá persona de buen sentido que no vea con buenos ojos que yo me permita una broma inocente de cuando en cuando. Aquí dentro hay, señora, un asesino. Si no de hecho, el asesinato se ha cometido con la intención. Y quizá se haga una nueva tentativa.

Le apuesto una moneda de oro contra un zapato viejo a que ya lo habrían hecho si este mozo no hubiese insistido en que velase continuamente alguna persona junto a su esposo.

—¿Eso piensa usted?

Sir Henry estornudó.

—¿Que si lo pienso? Lo sé como si lo palpara. Fíjese en las pruebas que tenemos a la vista. Y después de fijarse, siéntese y medite. Hay una cosa que la ve un ciego: Dwight Stanhope no debe recobrar el conocimiento. Existe para ello una razón decisiva, que se impone con angustias de agonía. Hay más. Una persona de pequeña estatura o de peso ligero le pateó y dio de puntapiés en la cabeza...

Christabel le interrumpió:

—¿Dice usted que de pequeña estatura o de peso ligero?

Sir Henry tardó sus buenos diez segundos en contestar, y lo hizo con seriedad imponente:

—Esa es la conclusión a que ha llegado un médico, el doctor Clements, y funda su razonamiento en que las magulladuras que Dwight tiene alrededor de la cabeza son relativamente superficiales allí donde (yo a nadie aludo) fue golpeado a puntapiés y no pateado. Lo dice así el tamaño de las magulladuras. Es un detalle elocuente, ¿verdad que sí?

Christabel bajó los ojos, y cuando volvió a levantarlos había desaparecido de ellos la expresión defensiva, calculada, y no era ya sino una mujer humana y sensible.

—Sir Henry, compadézcase de una persona sola y abandonada de todos que, al verse en un cementerio, se pone a silbar. Eso es lo que he hecho. Me repugna pensar en cosas desagradables. Las aparto siempre de mí. Y es también lo que he intentado hacer ahora. Pero no es posible. Ni es conveniente. La realidad es que alguien pateó y dio de puntapiés a Dwight.

Tiró el pañuelo encima de la mesa y colocó junto a él la pitillera de marfil. Y agregó, no en voz alta, pero sí con una claridad de expresión tal que resonó en la brillante habitación como una nota de desesperación o de angustia:

—Pero ¿quién fue? ¿Quién fue? ¿*Quién fue?*

Lejos, muy lejos, por encima de los campos, el reloj del campanario dejó oír la campanada de la una de la mañana.

La Casa del Antifaz estaba en silencio. Casi todas sus luces, apagadas. Casi todos sus huéspedes, acostados. Pero nadie, fuera de Dwight Stanhope y algunos individuos de la servidumbre, dormía. Los ojos seguían abiertos, los cerebros trabajaban, las emociones palpitaban y las horas corrían entre tanto y la nieve seguía cayendo.

El dueño de la casa yacía en su dormitorio del piso primero y, sin su lento respirar, se le habría lomado por un muerto. Era aquel dormitorio la habitación más austera de Waldemere. Una lámpara, disimulada en un ángulo, proyectaba su luz sobre la gruesa nariz y firmes mandíbulas de Stanhope.

En una silla con brazos, cerca de la cama, estaba Hamley, sentado y amodorrado. De cuando en cuando volvía en sí sobresaltado, levantaba bruscamente la cabeza y miraba hacia la cama. Pero nada se movía en la habitación, ni siquiera las sombras.

—¡Bribón! —exclamó Hamley.

\* \* \*

En la biblioteca, situada en la planta baja, frente a un fuego mortecino, estaba sir Henry Merrivale sentado, muy tieso, lo mismo que un pajarraco disecado.

Le habían dado para que se lo pusiese un pijama del dueño de la casa. Hamley había sacado también del armario que había en el cuarto de vestir de Dwight Stanhope el batín de este, aunque jurando que no estaba allí por la mañana. Tanto el pijama como el batín le iban demasiado largos, pero el pijama llegaba muy justo a la circunferencia abdominal de sir Henry, mientras que el batín no le llegaba a ninguna parte.

A su espalda se distinguían en la penumbra tres altos muros de libros. El resplandor escaso del fuego de la chimenea, brotando de debajo de una repisa, casi tan ancha como un arco, resbalaba por la superficie de las estanterías talladas de los libros, interrumpidas únicamente por la línea de ventanas. Brillaba en las macizas sillas y en la mesa, en la que resaltaba una pluma blanca de ave, metida en un tintero. Según la moda de los tiempos Victorianos, los bustos de mármol oteaban el panorama desde lo alto de las estanterías.

Aunque sir Henry debiera encontrarse a sus anchas con Sócrates, Tomás Carlyle, Palas Atenea y otros personajes que, de haber convivido juntos, habrían dado lugar a alguna riña famosa, la verdad es que no parecía estar a gusto.

Algo le traía a mal traer. Esto era evidente.

Los jugadores de póquer del Diógenes Club no se apuntaban grandes éxitos cuando intentaban leer en la cara de sir Henry. Pero ahora estaba solo, y su expresión podía muy bien calificarse de malévola e irónica. La silla en que estaba sentado era de cuero. Los pies, metidos en chinelas, mareaban un compás muy ancho. Los brazos formaban ángulo con las manos sobre las rodillas. Su figura era la de un monje con largo hábito de lana azul, y su cara daba la impresión de un pajarraco disecado mirando al fuego por encima de los cristales de las gafas.

—¡Pfuuu! —exclamó sir Henry.

\* \* \*

Leonor Stanhope estaba un poco achispada.

No mucho, pero sí un poco. Cuando oyó las campanadas de la una se hallaba escanciando un «gorro de dormir» de una botella que guardaba como reserva en un cajón de su mesa de tocador.

Sus habitaciones formaban un pequeño departamento situado en el primer piso; daba a la fachada, al otro lado de la galería en que Christabel tenía las suyas. Leonor echó mano de un vaso que tenía en el cuarto de baño para la limpieza de los dientes y escanció *whisky* en él. Bebería aquel trago y nada más. Después se metería en la cama, y gracias al *whisky* podría dormir.

El pijama de seda que vestía Leonor era de la misma tonalidad que todo lo de su cuarto. El cristal que recubría los cuadros de aguafuertes que colgaban de las paredes reflejaba y multiplicaba la imagen de la lámpara que había junto a la cama. (En realidad, la vieja pregunta formularia de «¿Ha visto usted mis aguafuertes?» adquiriría en boca de Leonor una intención invertida). Se había restregado la cara y se marcaron bajo sus ojos ligeros pliegues de cansancio. Todo su empeño durante la velada había consistido en emborrachar al comandante Dawson. Pero solo consiguió achisparse a medias ella misma.

Sobre la mesita de noche podían verse un anillo montado con esmeraldas y el aparato del teléfono interior de la casa.

Se inclinó hacia atrás, levantó el vaso y se echó al cuerpo su contenido. Al alargar la mano para apagar la luz, la expresión de su cara era la de una mártir que está segura de que no logrará conciliar el sueño.

La parte superior de la ropa de cama había sido doblada. Leonor tropezó con la rodilla en el travesaño del lecho, se dejó caer hacia dentro, se arrebujó de espaldas y quedó instantáneamente dormida.

La última palabra que salió de sus labios fue esta: «¡Cariño mío!».

\* \* \*

Vincent James estaba medio dormido y con las luces apagadas. Pero por las ventanas se filtraba una leve claridad de nieve. Las dos ventanas, dicho sea de paso, estaban abiertas de par en par. Daban, desde el primer piso, en el que estaban situadas, al jardín de la parte posterior de la casa o de lo que había sido jardín en tiempos remotos. Entraba una tenue brisa en aquel cuarto que daba al Norte, y la nieve rozaba suavemente las ventanas. Un copo fue volando a posarse en su frente.

Vincent James se revolvió y masculló algo entre dientes. No dormía; se hallaba en ese estado entre la vigilia y el sueño en que las cosas más insignificantes son transformadas por el cerebro en hechos y seres de monstruosa importancia. Por ejemplo: una preocupación, una duda que no ha sido aclarada durante el día, cualquier cosa percibida, pero no bien comprendida. Parecía como si una de esas inquietudes le estuviese royendo en aquel momento el alma, a la caza de contestación para una duda.

La frase que Vincent James masculló fue esta: «¿Acaso el médico...?».

\* \* \*

Betty Stanhope volvió a encender la luz al dar la una.

No había nada que hacer. Le era imposible conciliar el sueño. Pero cualquiera que la hubiese visto en aquel momento se habría dado cuenta de que estaba asustada.

Las habitaciones de Betty se hallaban en el piso segundo, encima de las de su madre. De ordinario, nadie más que ella dormía en aquel piso, aunque la noche en cuestión habían acomodado al comandante Dawson en una de las habitaciones destinadas a los huéspedes, al otro extremo de la galería. Comprendía aquel piso la galería de pinturas, un salón de baile en la parte de atrás de la habitación de los niños —la más abandonada de la casa— y los cuartos para los huéspedes. La servidumbre dormía en el piso de encima, el ático. Sobresalía por encima de este la cúpula del teatro, irguiéndose a dieciocho metros de altura, y por encima de la cúpula giraba en una danza fantástica el infinito firmamento nocturno.

—¿No acaba de oírse un ruido?

A Betty no solía, de ordinario, preocuparle el aislamiento de aquel piso. Más bien le gustaba. Podía entregarse libremente a la lectura sin la preocupación de que nadie asomase a la puerta para decirle que el leer en la cama era dañoso para los ojos o para la salud. Pero aquella noche, o aquella madrugada, las habitaciones vacías parecían aislarla del mundo; la luz poblaba de visiones la negrura exterior y el temblor de una cortina le producía sacudidas en los nervios.

Betty se incorporó, apoyando su espalda en los almohadones, con la cadena de la lámpara en una mano y la otra mano agarrada con fuerza al edredón. Y exclamó angustiada:

—¡Nick!

\* \* \*

Es cosa sabida que los marineros tienen una cabeza tan dura como el peñón de Gibraltar. El comandante Dawson se paseaba de un lado para otro en el cuarto de estilo Regencia, destinado a los huéspedes, que ocupaba al otro extremo de la galería. Se hallaba todavía vestido, salvo que se había despojado del cuello de la camisa y de la americana. Su cabeza estaba tan serena como un hotel para abstemios en domingo.

Cuando se trataba de trabajar, los nervios del comandante no se desmandaban nunca. Sin embargo, ahora no parecían estar tranquilos. Encendió un cigarrillo, lo colocó encima de la cómoda, meditó profundamente un rato y encendió otro, sin acordarse del primero. Eran auténticos cigarrillos egipcios de una celebrada marca y no estaban sujetos a derechos de Aduana. Los hombres de la Marina Real no son molestados sin causa justificada por los aduaneros.

De cuando en cuando, el comandante miraba un retrato de Leonor Stanhope encuadrado en marco de cuero y colocado en el centro de la repisa de la cómoda — Roy Dawson era hombre meticoloso—. Antes de acostarse guardaría el retrato en su maletín, para que la doncella que le trajese el desayuno a la mañana siguiente no lo tomase por un bobalicón sentimental.

Y también de cuando en cuando las contradicciones de su fisonomía habrían alarmado a cualquier persona que no fuese un médico. La verdad era que maldecía de sí mismo.

«¿Por qué diablos —parecía decirse— se te ha ocurrido soltar una propuesta de casamiento delante de todo el mundo? No se te rieron a la cara, eso es cierto; pero cuando hayan estado a solas se habrán retorcido de regocijo. Eres un botarate. Eso lo sabes bien. Sí, señor. ¿Volverías a hacer tontería semejante? Sí, señor; con toda seguridad».

Sus paseos se fueron haciendo más pausados. La expresión de su fisonomía dejó de ser auto-agresiva y se fue serenando. Las arrugas de las comisuras de sus labios, como dos comas, se profundizaron aún más. Cabeceó afirmativamente.

Y el comandante Dawson bisbiseó:

—¡De diamantes!

\* \* \*

La habitación que caía debajo de la de Betty había sido la de Flavia Venner. Hoy, lo mismo que en sus tiempos, colgaba de la pared, sobre la chimenea, el retrato de Flavia, obra de sir Edouard Burne-Jones.

Y hoy, lo mismo que en sus tiempos, y siguiendo la moda, se hallaban las paredes acolchadas y tapizadas de raso. Todo estaba dispuesto para que Flavia, al mirar a un espejo, se viese a sí misma saliendo de las lunas de otros tres o cuatro.

Pero a tales horas de la noche, aquellos detalles, más bien que verse, se adivinaban poco a poco y sucesivamente. Las cortinas de las ventañas no estaban del todo echadas. Una de estas se hallaba entreabierta. A lo lejos, más allá de las primeras colinas, los locos de las calles de una zona habitada formaban una neblina azul brillante detrás de la cortina de nieve. Aunque la habitación estaba a oscuras, entró en ella un amago de luz cuando Christabel Stanhope, envuelta en un abrigo de pieles y sentada junto a la ventana, apartó un poco las cortinas.

Christabel se arrebujó aún más en su abrigo. Su silla crujió. La cena de aquella noche había estado llena de inconvenientes, porque hubo que improvisar el comedor en otra habitación, y los huéspedes se sentían cohibidos. Eso habría contestado Christabel si le hubiesen preguntado en qué pensaba. Sus dedos, largos y finos, dejaron caer la cortina. Bostezó con muestras de agradable cansancio, reconfortada quizá por el pensamiento de que tal vez las cosas hubieran podido ocurrir peor. Levantó los brazos por encima de su cabeza, desperezándose, y exclamó:

—¿Estuvo bien?

\* \* \*

Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando Nick Wood dio con la clave que venía persiguiendo.

Dormían todos en la casa. Pero un joven de voluntad perseverante, sentado en su cama, con un libro de notas y lápiz a mano, velaba con la luz encendida. Había cerrado su atención a intereses y consideraciones personales. Lo que más le fastidiaba era que aquel trabajo no parecía dejar ver un cabo de la madeja que sirviera de punto de partida. Había trabajado hasta entonces entre la morralla de los delincuentes profesionales. Eran tareas de pura rutina, que repugnaban a hombres de mucha personalidad, como sir Henry Merrivale, y que a él mismo le resultaban bastante aburridas. Pero allí al menos se sabía por dónde empezar. Examinando la técnica empleada, podía reducirse a un grupo de media docena los posibles autores de una fechoría. Profesionales todos. Con esto y averiguar el sitio en que cada uno de los sospechosos se hallaba a la hora en que se cometió el delito, ya se tenía andado la mitad del camino.

Aquí no se encontraba ante una senda de rastros, sino ante un círculo de huellas borrosas, al que no se le veía principio, medio ni final.

Nick fumaba cigarrillo tras cigarrillo sin que brotase en su cerebro la inspiración. Desesperado ya, y después de repasar sus notas, ensayó la norma que da Chesterton de lanzarse por el camino falso; de borrar de su cerebro toda idea preconcebida y dejar que el subconsciente sacase a flote sus sugerencias.

Era una barbaridad, pero...

Quitado el freno a sus pensamientos, estos volaron hacia Betty Stanhope. Les tiró de la rienda. Surgió en su imaginación la imagen exterior de la Casa del Antifaz: alta,

cuadrada, de paredes lisas. Vio luego a Christabel en el comedor, y esto le llevó de nuevo a pensar en Betty. Se le representó el campo nevado. ¡Y vuelta a pensar en Betty!

«¡Calma!», pensó, y se apretó la frente con las manos.

Enfocando su atención hacia todo lo hecho por sir Henry durante el día, podría, quizá, agarrado a los faldones del gran hombre, seguir sus pasos en busca de una posible solución. Y el primer cuadro que se le representó fue el de sir Henry cuando recibió en pleno rostro una bola de nieve. No era esto muy alentador. Lo vio luego en el vestíbulo de la servidumbre, en función de prestidigitador, mientras un pesado insistía en reclamarle el truco hindú de la cuerda. Nada. El truco hindú de la cuerda le sugirió la idea de cuerdas en general, y las cuerdas...

Nick se incorporó, muy despacio, en la cama.

—¡Hola! —dijo en voz alta.

La casa estaba en silencio. Marcel Proust mismo, el novelista francés, se habría visto en apuros para atar los cabos sueltos en la memoria de Nick que este se esforzaba por reunir. Flotaba entre ellos un dato proporcionado por Buller Naseby junto a otra imagen fugaz, y todo ello se desdibujaba al querer apresarlos.

Hirió sus oídos el afanoso tictac de su reloj y miró a un lado. Su atención fue a posarse en el teléfono interior, que estaba sobre la mesita de noche. Eran las dos y cuarto. Despertar a alguien a semejantes horas resultaba impertinencia fea. Además, ¿quién le decía que la idea que acababa de ocurrírsele no era como esas falsas chispas que a veces despide un encendedor y que no prenden en la mecha?

Pero era inútil pensar en dormirse hasta salir de dudas. Agarró el teléfono y pulsó uno de los botones esmaltados. Llamó:

—¡Hola! ¡Hola!

Y no dejó de darle al botón hasta que le respondió una voz amodorrada y carraspeante.

—¡Hola! ¿Es usted, Larkin? Soy el inspector Wood.

—Diga, señor.

Si de la boca del mayordomo salió una maldición cordial, Nick Wood no la oyó. Se perdería por el camino.

—Siento mucho molestarle a una hora como esta, pero se trata de algo muy interesante para la investigación.

—Usted dirá.

La voz carraspeante de Larkin vibraba casi de emoción.

—¿Recuerda que anoche, mejor dicho, el jueves por la noche, le pedí que averiguase unos datos: lo referente a las vías de acceso que tiene la casa? Esta mañana me habló usted de ello.

—Perfectamente, señor.

—Usted me aseguró que había examinado las ventanas del piso bajo. ¿Se fijó, por casualidad, en las de los pisos superiores?

Larkin pareció sorprendido.

—Me fijé también. Creí que ello entraba dentro de la información que me había pedido.

—¿Sí? ¿De veras?

—Perfectamente, señor.

—Bien entonces. ¿Se fijó usted en si del lado de afuera de alguna ventana colgaba algo?

—¿Algo?

Nick se agarró al teléfono.

—Yo no quiero sugerirle a usted idea alguna. Quizá tenga que declarar como testigo. Lo que yo le pregunto exactamente es esto: ¿vio usted si de alguna de las ventanas colgaba algo?

—No vi nada, señor inspector.

—Pero ¿miró, en efecto, las ventanas?

—Sí, señor. Y además, si usted recuerda, las señoritas Betty y Leonor se hallaban en ese instante en la planta baja, y no tuve inconveniente en entrar en sus habitaciones para inspeccionar.

—Vamos a ver si dejamos este extremo bien claro —insistió Nick—. Esta tarde oí decir a alguien en el vestíbulo de la servidumbre (creo que fue al chófer) que todas las habitaciones tienen un rollo de cuerda enganchada a la pared para descolgarse hasta el suelo en caso de incendio. Aquí mismo lo estoy viendo detrás de las cortinas —dijo, mirando hacia un lado.

—Sí, señor. Se trata del dispositivo Southerby, patentado.

—¿De modo que no colgaba una cuerda de ninguna de las ventanas?

—Puedo contestarle terminantemente que no. Más aún: le aseguro que ninguno de tales dispositivos mostraba señales de haber sido utilizado.

Hubo una pausa.

—Pues eso era todo. Y vuelvo a excusarme una y otra vez por haberle molestado.

—No me ha molestado usted —el teléfono transmitió una risa ahogada, como si de pronto Larkin se hubiese humanizado—. Para colaborar en un trabajo detectivesco puede usted disponer de mi a cualquier hora. Le confieso que muchas veces he sentido pujos de detective. Y sepa también que tengo algunos conocimientos de medicina.

—Sí, señor. Gracias a eso no se convirtió en un batacazo el resbalón que di al asegurar que el señor Stanhope estaba muerto. Usted me echó una mano. Gracias.

—Buenas noches, señor.

Nick cortó la comunicación. Encontró y encendió otro cigarrillo. Con gran asombro suyo, cayó en la cuenta de que, de una manera inconsciente, retenía su respiración.

Nick Wood estaba convencido de que, una vez echado a andar, adelantaría, aunque fuese poco a poco. Pero lo cierto es que adelantaba de prisa. Volando, como

el esquiador que se lanza pendiente abajo por la ladera de una montaña. La lógica del asunto era inflexible. En el caso de que *a* fuese de este modo, *b* tenía que ser de este otro, y *c*, por consiguiente...

¿Habría seguido sir Henry en sus deducciones el mismo camino? Lo ponía en duda. Sir Henry era hombre de atajos, de líneas rectas y muy personales. Quizá, sin embargo, convergiesen ambos en el mismo punto desde direcciones diferentes.

Resolvió seguir adelante por el camino en que se acababa de meter. Dio una profunda chupada a su cigarrillo, echó luego el humo y se quedó viendo cómo se extendía, igual que una polilla, en el círculo de luz de la lámpara, donde giraba, ondulaba y se retorció lo mismo que el humo del incensario lanzado hacia un altar. Le quedaba aún bastante trecho. Pero una vez que salió de la primera fase de suposiciones ingeniosas, aunque falsas, se le aparecía como cosa clara y lógica lo que antes le desconcertaba por su aparente falta de razón. Dwight Stanhope no había intentado embaucar ni dar un bromazo. Jamás se había conducido durante su vida con más sereno juicio.

—¡No va más! —exclamó Nick Wood.

El sábado, último día del año, amaneció sobre tierras tan hundidas en una espesa capa de nieve que daba la impresión de un mundo muerto. El sol, pálido disco de brillo anaranjado, no lo alegró mucho más. Hizo su entrada en Waldemere a través de los cristales de las ventanas de la biblioteca, en la que estaban sentados, después del desayuno, Christabel Stanhope y sir Henry Merrivale.

Y se entabló por teléfono una conversación de resultados aún más desastrosos que la de la noche anterior.

—Al habla, aquí, la señorita Clutterbuck —anunció el teléfono que estaba encima de la mesa de la biblioteca.

—Muy bien, señorita Clutterbuck. Ya me lo ha dicho Larkin —contestó Christabel.

Hablando por teléfono con la señorita Clutterbuck, era preciso mantener el auricular lo menos a seis pulgadas de distancia de la oreja. Poseía una de esas voces que taladran el carbón. No podía uno menos de pensar que aquella mujer, por algún fenómeno de brujería, se había escurrido y emparedado dentro del receptor telefónico, y que, sentada en su interior, vociferaba como una ametralladora, haciendo retemblar el auricular.

—Hace una mañana de las que vigorizan el cuerpo, ¿verdad? —gritó la señorita Clutterbuck—. Confío en que el señor Stanhope se encontrará mejor.

—Mucho mejor, gracias.

—Me complace mucho la noticia. Me encanta oírlo de sus labios. Lo mismo le ocurre a nuestro simpático señor rector. Quiero decirle, de paso, que han llegado hasta mí los más cómicos y absurdos rumores.

Y al decirlo soltó un ladrido de carcajada que hizo dar un salto de su asiento a Christabel.

—¿Qué me cuenta, señorita Clutterbuck?

—No debería ni siquiera mencionarle estas cosas, pero usted misma me dijo que el señor Stanhope había sufrido un accidente en el transcurso de un pequeño jolgorio de Navidad. ¿No es así?

—Así fue, señorita Clutterbuck.

—Pues vea usted hasta dónde llega la estupidez de la gente. Naturalmente que una está atenta a todo cuando, como en mi caso, se halla obligada a poner a la niñez a salvo de influencias dañinas, se encuentren donde se encuentren.

—En efecto, señorita Clutterbuck.

—Hablemos ahora de la función de esta tarde —dijo vivamente la aludida—. Le

quedaré sumamente agradecida si hace usted colocar en la sala una cantidad de sillas plegables no inferior a cincuenta. Y no tengo más remedio que pedirle, además, que prepare...

—Por favor, un momento, señorita Clutterbuck.

—Diga usted.

—Tengo bastantes malas noticias que darle. El caricaturista no podrá actuar.

—¡Oh, qué pena! —contestó el teléfono con tono glacial.

—Y eso no es todo. Acaban de transmitirnos por teléfono un telegrama que fue puesto ayer en Manchester. Eso es, Manchester. Y que dice... Se lo voy a leer a usted.

Christabel abrió la carpeta de la mesa. Y leyó:

—«Mis profundas excusas. La tormenta de nieve ha desconcertado los medios de locomoción del firmante. *Punto*. Imposible llegar mañana a esa casa. *Punto*. No pude llegar ayer a la mía. *Firmado*, Ram Das Singh, el *Gran Kafuzalum*».

Hubo un largo silencio.

—¿Me oyó usted, señorita Clutterbuck?

—¿Cómo no, señora Stanhope? Yo suelo decir muchas veces que la gente se ahorraría los inútiles apuros que suele pasar si pusiese un poco de atención, si diese muestras de algo de previsión en estos asuntos. Pero la gente es así.

—Tenga calma, por favor. Este número del mago ya está arreglado.

—¡Ah!, ¿sí?

—Un amigo nuestro, que es, además, un distinguido aficionado...

Sir Henry se hallaba sentado en un sofá, tenía en la boca un palillo de dientes y escuchaba con semblante muy digno.

—... se ha prestado a encargarse de los cachivaches del ausente, apareciendo en escena como el *Gran Kafuzalum*.

—Pero a la gente se le ha ofrecido el auténtico Ram Das Singh.

—Lo siento muchísimo, pero las circunstancias mandan.

—¿Sería indiscreto preguntarle el nombre de ese aficionado?

—Se llama Merrivale. Sir Henry Merrivale.

Esta vez la pausa fue todavía más larga. Pero cuando la señorita Clutterbuck habló, su voz tenía una inflexión un poco distinta.

—Mi querida señora Stanhope, me ha parecido entenderle Merrivale.

—En efecto, eso dije.

—Pero no será el señor Merrivale de Cranleig Court, cerca de Yewborough.

—Pues... no lo sé.

—¿Es que lo ignora?

Christabel puso la palma de la mano sobre el micrófono y preguntó:

—¿Reside usted cerca de Great Yewborough?

—Sí —dijo sir Henry, quitándose de la boca el mondadientes—. ¿Por qué?

—El mismo, señorita Clutterbuck.

—Mi querida señora Stanhope, puede estar segura de que llevaremos con el

mayor placer los niños a esa función. ¡Disfrutan tanto con la magia! Por supuesto que no creo tenga usted inconveniente en que vuelva sobre lo que le dije el otro día y lleve también a uno o dos amigos míos.

—Tráigalos usted.

—Llevaré a sir John y lady Minsterstoke, al mayor Babbage, al señor y a la señora Talbot. Todos gente simpatiquísima. A la señorita Durne, al señor y a la señora...

—Como guste.

—La función empieza a las cuatro, ¿verdad? Perfectamente. Llegaremos con bastante antelación. Me despido hasta ese momento, señora Stanhope.

«¿Habrán víveres para obsequiar a tanta gente?», pensó Christabel. Colgó el auricular y levantó los ojos al techo.

—Dígame —preguntó sir Henry, clavando en el teléfono una mirada maliciosa—, ¿esa mujer responde en lo físico a lo que parece prometer su voz?

—Sí, señor; se parece a su voz.

—¡Caramba! ¿De modo que actualmente se parece? —musitó sir Henry, sumido en profundos pensamientos.

Y clavó su mirada soñadora en un ángulo del techo de la habitación.

Un niño de pecho hubiera adivinado que estaba tramando alguna diablura. Pero no le fue posible seguir con sus proyectos, porque Nick Wood, que entraba en la biblioteca trayendo a cuestas una teoría completa de los hechos, se detuvo en seco.

—Buenos días, señor Wood —dijo Christabel—. Tiene usted cara de haber dormido mal.

—Buenos días, señora Stanhope. Me encuentro bien. Únicamente...

—¿Ha desayunado usted?

—Sí, gracias. Sir Henry, ¿podría hablar con usted un momento?

Sir Henry clavó en él una mirada penetrante.

—¿Sobre qué, caballero?

—Sobre la aclaración del misterio.

—¿Quién piensa en eso? —contestole aquel con sequedad—. Yo no he tenido tiempo de ocuparme. He necesitado concentrar el pensamiento. Ensayar mi papel. Entrenarme.

Christabel le dijo sonriente:

—Ocurre que el *Gran Kafuzalum* se encuentra detenido por la nieve en Manchester, y nuestro amigo lo va a suplantar en el escenario —en la tersa frente de Christabel se dibujó una arruga—. El ofrecimiento de usted no puede ser más amable, sir Henry; pero ¿hacemos bien en abrir el cajón de los artilugios del pobre hombre para usarlos sin haberle pedido permiso?

—¡Ejem!... Le diré; en términos de ética estricta, no.

—Además, resulta que usted no lo ha visto nunca trabajar y que ni siquiera sabe en qué consisten sus trucos.

Sir Henry extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba.

—No pase el menor cuidado, señora. Yo conozco los principios en que se fundan todos los juegos de magia que se han inventado en el mundo. Confíe en este viejo. Le aseguro que van a ver una función de la que no se olvidarán mientras vivan.

Volvió a oírse el tintineo del teléfono.

La nieve se había amontonado contra las ventanas de la biblioteca, alcanzando un espesor de medio metro. Por entre las pardas cortinas levantadas distinguíase la luz exterior, de un matiz anaranjado. Los bustos de mármol se contemplaban unos a otros con inefable serenidad desde lo alto de las estanterías. Cuando Christabel cogió de nuevo el auricular chisporroteaba en la chimenea una gran hoguera, cuyo resplandor proyectaba sombras contra la luz que entraba por las ventanas. Christabel dijo a Nick:

—Es para usted. Una conferencia desde Londres. ¿Quiere atender desde aquí mismo o prefiere comunicar en otra habitación?

Nick hubiera deseado hablar a solas, pero advirtió una especie de desafío en los ojos de Christabel y tomó el auricular de su mano.

La voz del inspector jefe Humphrey Masters tema entonaciones desconsoladoras:

—Dígame, muchacho: ¿qué mala pasada le ha jugado usted al viejo?

—¿A qué viejo?

—A sir Henry. Me dice que le dio usted con una bola de nieve en los hocicos. Usted sabrá a qué se refiere.

Nick volvió a contar hasta diez para serenarse. ¿Cuándo acabarían de darle vueltas al endemoniado suceso aquel?

—Yo no hice semejante cosa. Yo le eché a volar el sombrero de un bolazo. Quien le dio en las narices fue la señorita Stanhope.

—Bien. Mire lo que hace. ¿Cómo marchan ahí los asuntos? ¿Descubrió algo?

—Verá usted. No puedo hablar en este momento.

—¿Cómo es eso?

—Pero le aseguro que se están explorando todos los caminos, y que uno de ellos conduce directamente a lo que buscábamos.

Masters dejó escapar un silbido.

—¿Tan pronto? Magnífica labor, Nick, si nos lleva a lo que buscamos realmente. ¿Y qué piensa sir Henry?

Nick volvió la vista hacia el sofá de cuero y vio con gran sorpresa que estaba vacío. Al señor Henry Merrivale no se le veía por ningún lado; se había marchado. Mucha maña debió de darse un hombre de su volumen para salir sin que lo sintiesen. Pero así quedó Nick en libertad de expresarse a su gusto.

—Sir Henry no suelta prenda, y no habla de otra cosa que de la exhibición de magia que dará esta noche. Se ha apoderado de todo el material de trabajo de cierto mago llamado *Gran Kafuzalum*.

Hubo una pausa y se oyó bisbisear a Masters:

—¡Válgame Dios!

Conviene tener muy presente que era precisamente la magia la afición del inspector jefe Masters fuera de sus deberes profesionales, como se recordará por varios casos sensacionales. Su íntimo contacto con jugadores de ventaja y con falsos *mediums* le habían dado ocasión de perfeccionarse en tales habilidades. Por eso aceptaba Nick con respeto cuantas observaciones quisiera hacerle sobre el particular. Y le hizo muchas.

—¿Usted cree que será un fracaso? A mí me ha asegurado que conoce todos los trucos habidos y por haber.

—¡Ya lo creo! Conoce el principio en que se basan. Sabe cómo se hacen, y hasta puede que sea capaz de salir airoso en lo menudo. Pero los artefactos grandes requieren agilidad, y él tiene la de un oso del zoo. ¿Se da usted cuenta de que para sacar un juego con limpieza hace falta ensayarlo por espacio de semanas y semanas? Y él se atreve de pronto con un programa entero... ¡Espere un momento, señorita!

A los oídos de Nick llegaban los fuertes bufidos de Masters. Pero el inspector jefe se expresó luego en tono más reflexivo:

—Dígame, Nick: ¿ha salido de él la idea de esa exhibición?

—Desde luego.

—¿Y no le habla palabra de lo demás? ¿Y lo fulmina con la mirada si acaso usted se atreve a tocar el asunto?

—Así es.

—Me lo imaginaba. En ese caso, déjele hacer.

Ya en otras ocasiones ha adoptado la misma táctica. Le pondrá a usted al asesino en la mano, y quizá nos cace también al ladrón de joyas que buscamos.

—Pero ¿cómo va a echar mano a un asesino con el truco de cortar en dos pedazos a una mujer o con el de sacar de la boca cintas de colores?

Sonaron en aquel momento los tres pitidos reglamentarios, y la señorita de la central canturrió:

—¡Tres minutos!

—Le volveré a llamar —dijo Masters.

Y la comunicación quedó cortada.

Christabel, mientras tanto, se había puesto unas voluminosas gafas de aros y patillas blancas y leía junto a la mesa un diario de la mañana, sin aparentar prestar atención a la conferencia que Nick sostenía. Este último pensó que el cartero que había repartido con un tiempo suficiente la correspondencia debía de ser un héroe.

—Si busca usted a sir Henry —dijo Christabel sin levantar la vista del periódico—, lo encontrará probablemente en el teatrillo. Me dijo que iba a comprometer a Betty y a Leonor para ayudantas suyas en la función.

Cuando Nick se hallaba ya cerca de la puerta, volvió a decirle:

—¡Eh, señor Wood!

Este giró en redondo, y Christabel se quitó las gafas.

—Antes de bajar a desayunar entré a ver a mi marido. Ha pasado la noche

tranquilo y su temperatura es casi normal. ¿No cree usted que estará hoy mismo en condiciones de hablar?

—Así lo creemos, señora.

—Espere, señor Wood.

Creyó el joven que iba a hablarle de Betty. Barruntaba el tema de la atmósfera. Pero Christabel cambió de propósito y dijo:

—No, no es nada.

Y volvió a calarse las gafas.

En su camino hacia el piso superior, se detuvo Nick en la galería y echó un vistazo al cuarto de Dwight Stanhope. Aunque las cortinas estaban descorridas y dejaban pasar la grisácea luz del día, la lámpara esmerilada brillaba todavía en su rincón. Pero Hamley, vestido de negro riguroso, tenía el rostro más desencajado y las orejas más profundas que el hombre que estaba en el lecho.

No podía disimular su enfado. Y creyendo encontrar en Nick un espíritu comprensivo, le confió sus cuitas.

—Le digo a usted sin rodeos que estoy hasta la coronilla. Parece como si el viejo Larkin estuviese empeñado en dejarme exhausto y en que me caiga dormido en el vestíbulo. No podría hacer más de lo que hace por conseguirlo.

Hablaba teniendo cuidado de no levantar la voz.

—¿Has estado de guardia toda la noche?

—Sí. Y eso no es todo. Lo que me molesta es que se me destine constantemente a esta tarea. Es cierto que Jack Emory me relevará dentro de diez minutos, pero tengo que volver a montar la guardia a las tres de la tarde. Lo mismo que hice ayer. ¿No recuerda usted cómo, cuando bajaba al sótano con la señorita Betty, sonó un timbre de llamada a mi número, y eran las tres en punto?

Nick cabeceó afirmativamente. Hamley se apretó los ojos con el revés de las manos y señaló hacia la cama con un gesto enérgico de la cabeza.

—Toda la culpa la tiene ese bribón de Larkin. El pobre patrón no puede evitarlo. Aquel me dijo —y remedó sus gestos—: «Amigo, a las cuatro echan en el teatrillo una función. ¡Mucho cuidado con hacer una escapatoria para verla!». ¡Suponer que yo soy capaz de escaparme de aquí ni aunque fuese para presenciar una pelea en la que Tommy Farr iba a poner k. o. a Joe Louis!

—¡Chis!

La cabecera del lecho, que era de pesada madera negra, estaba arrimada a la pared de la derecha. Nick vio en la mesita de noche dos frascos con medicinas colocados en un platillo, con una cuchara, una jarra de cristal tallado conteniendo agua y una taza de baquelita. Se hubiera dicho que la severa tonalidad azul oscuro de la habitación ejercía su influencia sobre el ánimo de Hamley. Este se enjugó el sudor de fatiga que le corría por la frente y dijo:

—Le aseguro a usted que la noche pasada no ha sido ni medio agradable.

—¿Ocurrió algo?

—No. Como ocurrir, no ocurrió nada; pero la mitad del tiempo estuve con la sensación de que alguien me miraba desde la puerta.

—Pura imaginación, como usted dice.

Pero Hamley no se calmaba.

—Quizá sí y quizá no. Nadie podría decirlo a punto fijo, viendo que en esta casa los objetos desaparecen y vuelven a estar en su sitio, viendo que el patrón se compra unas ropas en secreto y sin que yo se las haya visto nunca y, sobre todo, viéndole ahí, en la cama, con una puñalada en el pecho y tres costillas hundidas.

Hamley, que se había dado vuelta para señalar en dirección a la cama, exclamó de pronto:

—¡Dios santo! ¡Tiene los ojos abiertos!

Había en estas palabras, que no tienen en sí mismas nada de particular, una expresión de terror supersticioso, producido quizá por el cansancio. Hamley parecía estar hablando de un muerto.

Nick y él se acercaron de puntillas a la cama. El primero apartó una silla tapizada de azul y se inclinó hacia el enfermo. Los grises cabellos de Stanhope no estaban muy desarreglados. El vendaje de las costillas hacía que su cuerpo pareciese muy voluminoso debajo del edredón. Tenía las manos abiertas, con sus dedos cortos y de pulpejos cuadrados. Había en su rostro la misma bondad que cuando estaba despierto; lo único que enturbiaba su serenidad eran unas contusiones negras a ambos lados de la cabeza. Pero aun estas, con excepción de un gran cardenal bajo la oreja, estaban disimuladas por el cabello y por tener la cabeza hundida en la almohada.

Hamley había dicho bien, porque los ojos del herido se hallaban abiertos de par en par, y giraban, sin dar muestras de curiosidad, lo mismo que si estuviesen examinando el cielo raso.

—Señor Stanhope —bisbiseó Nick.

La mirada del herido siguió vagando a derecha e izquierda. Contrajo los dedos de una mano, como para levantarla y palparse el pecho.

—Señor Stanhope, ¿me oye usted?

Hamley tiró a Nick de la manga y masculló:

—No puede oírle. Vamos. Déjelo usted tranquilo. El médico ha dicho que nadie le moleste.

—¡Señor Stanhope!

Dwight Stanhope le clavó la mirada en los ojos.

Hamley dejó escapar una exclamación ahogada. El rostro del herido parecía completamente normal y agradable, a la tristona luz del día y bajo el resplandor de la lámpara, cubierta con una pantalla de metal calado, que había en un rincón. El único rastro visible del daño sufrido era el cardenal que tenía debajo de la oreja.

La chaqueta de esmoquin de que se había despojado el jueves por la noche, para echarse encima otras ropas, estaba aún sobre una silla de respaldo recto que había junto a la cama. Los puños de la camisa tenían gemelos, y veíanse en el suelo los

zapatos y los calcetines. Habían ordenado a Hamley que no los quitase de allí, y allí seguían. Nick los miraba con distintos ojos. Pero no le interesaban por el momento.

—Señor Stanhope, soy Wood. ¿Me conoce usted?

El herido sacó la lengua para humedecer sus labios. Nick pensaba que, en efecto, aquel hombre de sólida presencia tenía los huesos delicados, quebradizos.

—Señor Stanhope, ha sido usted herido. Pero ya se encuentra mejor, mucho mejor. ¿Se siente con fuerzas para hablar? No lo haga si no tiene usted ganas.

Aquellos ojos siguieron sin dar signos de vida ni de curiosidad; pero de pronto, y sin que pareciesen obedecer a un acto de voluntad del mismo Stanhope, corrió por ellos una débil lucecita. Y dijo con voz clara:

—¿Quiere usted pasar a mi gabinete?

Pero no dijo más. Su rostro se contrajo y dentro de su pecho se movió algo con el estrépito de un mecanismo de reloj de pared. Y cerró los ojos.

Hamley dejó escapar un grito áspero, que Nick cortó con rápido siseo, aunque le invadiese a él mismo una oleada de alarma. Pero no había razón para ningún temor, porque la respiración de Stanhope era tranquila y su pulso casi normal. Dormía con el sueño tranquilo y profundo de quien acaba de volver a la vida.

En el piso más alto de la casa, dentro del teatrillo, con el codo apoyado en el mostrador de la miniatura de bar, sir Henry meditaba. Y Betty insistía una y otra vez:

—Usted dirá lo que quiera, pero yo no saldré en traje de mallas. Y no se hable más del asunto.

—Mi querida Betty —le dijo, burlona, Leonor—, eres una mojigata.

—No es cuestión de mojigatería. Te aseguro que no. Es que el traje de mallas me ha parecido siempre una estupidez. No sabría darte una razón. Yo creo que el traje de mallas no es ni carne ni pescado. Además, no tenemos ninguno en casa.

—En eso estamos conformes —reconoció Leonor.

—Además, ¿quién se atreve a salir con ese traje estando delante la señorita Clutterbuck? No habría manera y no nos lo perdonaría jamás.

Sir Henry salió de sus meditaciones para cortar la disputa, diciéndole con mirada severa:

—Mire, mocita: si no quiere salir con traje de mallas, no salga. Póngase, si quiere, el baberito y un vestidito de bebé. O el traje más detonante que le dé la gana. Pero ¡por lo que más quiera, déjeme concentrar el pensamiento!

Al llegar al último tramo de la escalera de la casa se orientó Nick y dio con ellos. Betty seguía refunfuñando:

—Hablando con toda seriedad, ¿cree usted honradamente que podemos salir airoso de esta empresa? Ni Leonor ni yo tenemos la más remota idea de los juegos de magia.

—Vuelvo a decirles una vez más que no hace ninguna falta que la tengan. Únicamente hay que ensayar el truco de la mujer que desaparece y el de la levitación; pero me bastan diez minutos para ponerlas al corriente. Casi todo su trabajo se reduce a darme las cosas a medida que yo se las vaya pidiendo —de pronto, exclamó enojado—: ¡Condenado escenario! No me gusta nada.

Se puso a examinarlo. Era lo mismo que un solio en forma de arco; estaba alfombrado y venía a ser como el corazón de aquel teatro decorado en gris oscuro y dorados. Sir Henry, aspirando ruidosamente, se retiró hacia el cuadro de luces que estaba a un lado de la puerta y se puso a realizar experimentos, encendiendo y apagando series de luces. Surgían unas, se apagaban, y otras parecían salir disparadas y correr en oleadas. Debajo de las cornisas tenían una tonalidad amarilla. A ambos lados del escenario, y bajo su arco superior, formaban como una silueta de luz. Brillaban en el techo y lanzaban destellos detrás de prismas de cristal sobre la superficie gris de los cortinajes de los muros.

Leonor, con falda negra y blusa escarlata, parecía, en el vaivén de aquellos contrastes luminosos, una figura de Peer Gynt. Betty, de blanco, resultaba la Margarita del *Fausto*. En cuanto al comandante Dawson, que se hallaba sentado en uno de los palquitos, con los pies irreverentemente colocados encima de la barandilla, no podía parecerse sino al mismo comandante Dawson.

Sir Henry, aunque a regaña dientes, hizo un elogio:

—No está del todo mal, en fin de cuentas. ¿No me han dicho ustedes que el escenario tiene en el suelo una trampa o escotillón?

—La verdad es que tiene dos —le contestó Betty—. Flavia se valía de esos artilugios para conseguir toda clase de efectos misteriosos. Aun mirando desde muy cerca es difícil descubrir en el suelo esas trampas, porque el dibujo de la alfombra está calculado de manera que disimule su existencia.

—¡Ajá! ¿Y adónde conducen?

—Al piso de abajo, en el que se hallan también los dos camarines de los artistas, junto a las habitaciones de la servidumbre.

—¿Y cómo andamos de cortinas?

Leonor cruzó corriendo el teatro, saltó al escenario y desapareció a un lado de la boca del mismo. Empezó por bajar una pantalla para las proyecciones cinematográficas; tenía un peso en la base y quedó colgada ondeando ligeramente. Se oyó en el fondo del escenario una exclamación bastante irreverente. La pantalla volvió a subir vivamente, y en su lugar aparecieron dos cortinas de seda gris por ambos costados, juntándose en el centro con ligeros remolinos. Leonor sacó la cabeza por entre las cortinas y dijo:

—Ahí está. Y si quiere usted prescindir de la chimenea que hay en el foro, puede hacerlo también, porque se corren otras cortinas.

Sir Henry seguía manipulando en el cuadro de luces. Aquel encender y apagarse dañaba los ojos. Una de las veces que sir Henry dio una luz muy viva, se oyó una protesta nerviosa de Betty. Sir Henry descubrió la presencia de Nick una de estas veces en que iluminó súbitamente el teatro. Y al verlo, dijo con acento maligno:

—Si anda usted dándome caza, le recomiendo que no lo haga.

Observó, en efecto, Nick Wood con bastante desánimo que su llegada había producido en todos, menos en Betty, el efecto de un jarro de agua fría.

Leonor salió bruscamente de entre las cortinas, saltó al escenario, se acercó a sir Henry, se enganchó a su brazo y exclamó:

—Inspector, pórtese noblemente. Nada de hacer preguntas ahora, por favor.

—No venía a hacer preguntas. Quería solamente...

—Estamos en la víspera de Año Nuevo. Olvídese por un instante de los negocios y tómese un vaso. ¿O es que no bebe?

—Sí que bebo. Pero quería solamente...

—Mira, Leonor: el inspector tiene mucha razón —Dawson bajó los pies de la barandilla del palco y se puso en pie—. La función de teatro no nos salva del

desagrado de los hechos ocurridos aquí. ¡Adelante, muchacho, y pregunte lo que tenga que preguntar! Estoy seguro de que Leonor le ayudará en lo que pueda.

La aludida contestó con impaciencia:

—No, señor, no le ayudaré —pero en seguida suavizó la voz y dijo, mimosa—: Inspector, simpático, ¡sea usted por una sola vez hombre galante! Se lo ruego.

Nick respiró a todo lo que daban sus pulmones. Sintió que la cólera iba a dominarle y dijo:

—Está bien. No insisto. ¡Que se vaya al diablo todo este condenado asunto!

Sacó del bolsillo un librito de notas y a punto estuvo de dispararlo como un proyectil. Pero se dominó instintivamente.

—Es cierto; estamos en la víspera del Año Nuevo. ¿Se imagina que yo no tengo tantas ganas como usted de disfrutarlo? Pero no importa. No haré ninguna pregunta. Ninguna, suceda lo que suceda. Y si en algo puedo colaborar a la brillantez del espectáculo, estoy a disposición de ustedes.

Leonor le miró radiante y gorgoriteó:

—¡Ahí se acaba de retratar usted tal cual es, cariño! ¿Está usted al corriente de todo? Aquí, Homero —y al decirlo oprimió el brazo de sir Henry—, hará el papel del *Gran Kafuzalum*. Lo vestiremos como a un auténtico hindú y daremos el pego a los pequeños.

—Está bien. ¿En qué puedo ayudar?

Leonor se puso a pensarlo.

—De momento, vamos a mostrar a Homero cómo funcionan los escotillones del escenario. Ahí se queda usted con Betty; pero... ¡ya me entiende usted!

Leonor no lo dijo como una broma ni como una pulla insidiosa. Hablaba muy en serio. Giró en redondo y arrastró a sir Henry y al comandante Dawson hacia el escenario. Siguió hablando con viveza, como si no hubiera tenido lugar aquel incidente:

—Ya han oído ustedes lo que Betty ha dicho. Las trampas son dos. Una a la derecha y otra a la izquierda. Esta es vertical, quiero decir que funciona girando sobre sus goznes, y salta usted de ella a una escalera o a cualquier artefacto que se ponga debajo. Pero la trampa de la derecha es mucho más curiosa, porque se parece a un ascensor. En el piso de abajo hay un cabrestante con una manivela, y todo el cuadro de la trampa se mueve hacia arriba y hacia abajo a voluntad. Téngalo usted presente, Homero: su exhibición tendrá que ser una cosa extraordinaria, porque la señorita Clutterbuck es tan viva como la mostaza en cuestión de trucos de magia. En los tiempos del rey Eduardo, uno de los tíos de la tal señorita fue amigo del gran mago Maskelyne, y ella lo tiene muy presente.

Cuando Leonor se alejaba, colgada de un brazo del comandante Dawson y de otro de sir Henry, este volvió la cabeza para dirigir a Nick una mirada divertida. Este último oyó cómo se alejaban, hundiéndose en algún estrecho pasadizo o hueco de escalera, más allá de la boca del escenario.

A todo esto, Betty no había hablado una palabra. Metida al otro lado del mostrador del bar, pasaba un paño enérgicamente por su brillante superficie.

Reinó el silencio después que Leonor y sus acompañantes desaparecieron del teatrillo circular, que había quedado en una discreta penumbra. Nick se dirigió al bar y se encaramó en uno de los altos taburetes.

Siguió reinando el silencio. Betty dejó el paño y se volvió bruscamente hacia el bastidor de las botellas. Hizo girar una espita y trasegó *whisky* a un vaso, poniéndolo en el mostrador, con el sifón de soda, delante de Nick. Sin levantar los ojos del mostrador, le dijo:

—Me doy cuenta de su estado de ánimo. Beba usted eso.

—¿A las diez y media de Ja mañana quiere que beba *whisky*?

La mano que movía el paño se detuvo, y Betty dirigió una mirada rápida a su interlocutor.

—No le hará daño. Le sentará bien.

Nick se puso a dar vueltas lentamente al pie del vaso sobre el mostrador, mientras buscaba desesperadamente un tema de conversación. Betty volvió a darle al paño. Nick advirtió que también ahora había sobre el mostrador un platillo lleno de patatas fritas, y esto trajo a su imaginación un recuerdo que le hizo preguntar:

—¿Acudirá también el señor Naseby a presenciar la función?

—Naturalmente. Nunca falta. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Dígame, señorita... Bueno, me voy a permitir llamarla por su nombre y no por el apellido. ¿Tiene usted inconveniente?

—Habla usted lo mismo que Roy Dawson —contestó Betty—. ¡Claro que no!

—Bueno. Dígame ahora por qué bautizaron esta casa con el nombre de la Casa del Antifaz.

—Se presuponía que las representaciones teatrales que daba Flavia Venner eran muy pecaminosas. Los concurrentes no deseaban que se supiese que asistían a ellas. Por eso Flavia decía que en su casa todo el mundo, hablando en sentido figurado, llevaba un disfraz, y partía del supuesto de que ninguno sabía, dentro de esos muros, cómo era la verdadera cara de los demás.

Se oyó un chillido de Leonor y un topetazo, con ruido de conversaciones lejanas, que parecían venir de algún lugar indeterminado, situado bajo el escenario. Luego oyeron que Leonor gritaba:

—Aquí llega Larkin. Larkin, sea usted amable y haga que funcione el montacargas para que lo veamos nosotros. Funciona con contrapesos y tan suavemente como el manubrio de un organillo.

Nick seguía dando vueltas al vaso. Y agregó:

—¡Antifaces! Eso es. Justamente. Nos hemos dejado engañar por un antifaz tan ingenioso y artístico...

—¿Antifaz en sentido figurado?

—En sentido figurado, eso es. Un antifaz tan ingenioso y artístico como jamás he

visto otro, y el único capaz verdaderamente de equivocarse a la gente.

Sin volver de su asombro, cayó en profundo ensimismamiento, dando vueltas al tema.

—¡Mire! —exclamó Betty sin poder contenerse.

Nick giró hacia el escenario para seguir la dirección de la mirada de la joven. Se habían descorrido las cortinas de seda gris, poniendo al descubierto una oscura caverna. Nick fue a estallar en una carcajada, pero se dominó.

La cabeza y los hombros de sir Henry ascendían a través del suelo del escenario lo mismo que visión demoníaca o igual que una conciencia culpable en alguna obra de teatro moralista. Surgía como de una boca abierta, cuadrada, en un bostezo. La trampa funcionaba sin el menor ruido, movida por engranajes bien engrasados. Aparecieron el pecho y las piernas, y la alfombra se cerró con un suave topetazo, dejándolo de cuerpo entero en el escenario.

Toda la ilusión se quebró cuando sir Henry aspiró ruidosamente el aire por la nariz. Se hubiera dicho también que el personaje de la conciencia culpable era él. Titubeó unos momentos, no sabiendo si maldecirse a sí mismo o qué hacer. Optó, por fin, por salir del cuadro de la trampa, bajar del escenario y acercarse a Nick. Cuando estuvo a su lado, y después de asegurarse bien de que nadie podía oírlos, gruñó:

—Vamos a ver, muchacho. ¿Se le ha metido acaso en la cabeza la idea de que este viejo se ocupa de todo menos del asunto principal?

—Usted es, después de todo, un agente libre, sir Henry.

Este le apuntó con un dedo.

—No me venga con esas ni empiece, porque usted es quien menos debe hacerlo, a conducirse como un cabritillo loco. De modo que usted piensa que yo estoy haciendo gansadas, ¿no es así?

—Eso pienso.

—Bien. Le diré. Quizá esté haciendo un poco el ganso. Llevo muchos años soñando con una ocasión de lucimiento como esta. Muchacho, usted no conoce la filosofía de la magia.

—¿No?

—No. El mago auténtico es un alma sencilla, que solo vive para su arte. Lo de menos es para él el dinero. Lo de menos es la gloria. Lo que él busca es una oportunidad de trabajar delante de un auditorio. Sea el que sea, con tal que no eche a correr entre chillidos hacia la puerta de salida cuando él empieza a remansarse. Eso es lo que me ha ocurrido a mí cuantas veces quise hacer de mago. ¿Me comprende?

Sir Henry hablaba con una ingenuidad extraordinaria. Nick le contestó:

—Sí, creo que lo comprendo.

—Pero si usted cree que por eso me olvido de otras cosas... —siguió diciendo sir Henry, y guiñó significativamente un ojo.

A Nick estas palabras le quitaron un peso de encima.

—Entendido. El inspector jefe me apuntó la idea de que quizá usted se traía su

juego.

—¿Cómo? ¿Ya anda Masters metiendo la nariz otra vez? Se tiene por un gran mago. ¿Qué es lo que le dijo?

—Me apuntó la idea de que usted y yo comparásemos nuestras notas.

—Bueno; si no es más que eso, no tengo nada que oponer.

—Entonces contésteme a esta pregunta: ¿cuál es aquí el problema principal?

Sir Henry meditó profundamente. Se pasó la mano por la calva, se rascó a un lado de la mandíbula, se acarició la barbilla y ladeó a un lado y a otro la cabeza, contestando finalmente:

—El punto principal es el de la indumentaria. Desde luego, ya dispongo de un turbante a estilo indio, que esa mocita ha sacado de yo no sé qué disfraz suyo. El inconveniente con que tropezamos es que mi indumentaria de presentación no tiene bolsillos acomodados a los contrapesos. Pero puedo darme por satisfecho, porque no sé cómo me habría presentado si el ama de llaves no me hubiese ofrecido un terno de su difunto marido, al que creo que lo mataron en...

—¡Sir Henry! —intervino Betty.

—¿Qué pasa?

Betty adelantó el busto, apoyándose en el mostrador, y le tiró suavemente de una manga. Luego prosiguió, señalando con la cabeza a Nick:

—Creo sinceramente que si usted sigue por ese camino el inspector Wood va a volverse loco. No se refería él a la exhibición de magia. Hablaba de la situación de esta casa.

—Pues, entonces, ¿cómo diablos no me lo dijo? —replicó sir Henry.

—Se lo dije.

—Bien, muchacho... No peleemos. Cada cosa a su tiempo.

Sir Henry se mostraba muy tranquilo y se mantenía con los puños en las caderas. Luego prosiguió:

—No sé por qué me imagino que usted está convencido de que ha dado con la solución de todo el problema.

—Lo estoy.

—¡Ah!, ¿sí? En tal caso, permítame una pregunta. Vamos por el camino más corto entre los varios que pudiéramos seguir. Si usted me contesta a esa pregunta como es debido, podemos entrar a decidir una norma de acción común.

Nick colocó su libro de notas encima del mostrador y se cuadró.

—Convenido. Venga ya. Pregunte.

—¿Cuál es el verdadero nombre del Greco?

Hubo un momento de silencio.

Sir Henry no bromeaba. Nick lo comprendió.

Todo lo contrario, su semblante había adoptado una expresión de seriedad que denotaba un propósito definido y desconcertante. Nick se creía en disposición de contestar a casi todas las preguntas posibles, pero esta le dejó aplastado. Se quedó

mirando fijamente a sir Henry.

—¿Se trata de una pega? El nombre del Greco era ese: *el Greco*. ¿Qué otro puede ser?

—Se le llamó *el Greco*... porque era griego. ¿O es que se imagina que su padre le bautizó de este modo?

Otra vez abrió su negra boca la trampa del escenario, iluminado por una débil luz amarillenta. Y surgió por ella, con movimiento suave y firme, la figura del comandante Dawson. Aun antes que la trampa llegase al fin de su carrera, gritó a los del grupo:

—Me ha parecido oír que alguien preguntaba cuál es el verdadero nombre del Greco. Esto es tan sabido como un dato que se encuentra en todas las enciclopedias. Se llamaba...

—¡Bajen a ese bribón del montacargas! —aulló sir Henry muy ofendido—. Estamos en una reunión importante y tenemos que hablar de muchas cosas. ¡Bajen en seguida a ese bribón!

Enfocaron desde abajo al comandante con una luz, Leonor gritó:

—¿Qué dice?

—Dice que tiréis de mí hacia abajo.

Y el comandante empezó a bajar, receloso, pero desconcertado.

Nick titubeó:

—Quizá he acabado por convertirme en un loco desatinado, pero la verdad es que no sé a santo de qué viene lo del Greco en este asunto.

—¿No lo ve usted, hijo?

—Ni siquiera su Hombre de Oro, para serle franco. Con todo respeto, me permito indicarle que solo existe un camino para explicar las cosas con los elementos de juicio que tenemos. Si usted me permite, apuntaré una sugerencia.

Y Nick apuntó el nombre de un personaje que fue célebre, en otro tiempo, en la novela.

Sir Henry, que se había vuelto como para alejarse, giró en redondo igual que si le hubiesen clavado un alfiler.

—Reconozco también —prosiguió Nick— que los conocimientos médicos no han sido nunca mi fuerte, porque de otro modo no se me habría escapado hasta hace poco un detalle orientador.

Sir Henry respiró profundamente.

—Sí, hijo, sí. Empiezo a pensar que ahora ha dado ya en el clavo.

La inteligencia femenina —en este caso la de Betty— gusta a veces de los rompecabezas. Pero una larga serie de frases misteriosas pronunciadas en presencia de una mujer por dos personas que comparten un secreto, y hablan sin que su expresión delate sus pensamientos, es capaz de sacarla de sus casillas más que ninguna otra cosa, con excepción de un amor ya marchito o el empeño del marido en llevar un sombrero absurdo.

Betty era mujer de más paciencia que otras muchas, pero estaba dando muestras de que llegaba ya al límite de su resistencia. Miraba al uno y al otro y apretaba fuertemente las manos enlazadas.

—¿Ha caído usted en la cuenta de lo que significa la sangre de la cinta de esparadrapo?

—Sí, creo que sí.

—¿Y los arañazos de las piezas del servicio de plata? Solo han podido producirse de una manera, ¿verdad?

—En las circunstancias en que se produjeron, nada más que una.

—Siendo así, ya supondrá usted que durante mi exhibición de magia puedo atreverme a realizar cosas que, en circunstancias ordinarias, me valdrían una agresión. Todo esto que pensamos no es hasta ahora sino una simple hipótesis que tenemos que demostrar. Y si conseguimos demostrarla...

Sir Henry hablaba con un ceño maligno.

Como fondo de esta escena, el grupo entusiasta que se hallaba debajo del escenario seguía dándole a la trampa y al montacargas. Esta vez lanzaron hacia arriba a Larkin lo mismo que a un genio en una gruta pintada de gris y de oro. Antes de volver a hundirse en el piso del escenario, Larkin dirigió al grupo que estaba en el teatro una mirada con la que se disculpaba.

Nick movió negativamente la cabeza, porque le vino a la memoria la advertencia de Masters: «Todavía no adivino su juego, señor. Supongo que no se entretendrá usted con juegos como el del lanzamiento de cuchillos, el coger con la mano balas de fusil y otros por el estilo».

Sir Henry dejó oír una risita de vampiro.

—No, hijo; no se trata de hacer un regate para conseguir que alguien se desenmascare... La persona con quien va la cosa ni siquiera lo sospechará. Mi exhibición va a ser auténticamente de magia, y le aseguro que resultará colosal.

—Pero bueno...

—Habla de eso más tarde. ¡Váyase todo a) diablo! ¿No me va a dar usted siquiera tiempo para los ensayos?

La última persona que largaron para arriba por la trampa fue Vincent James, a quien Leonor había hecho subir de los pisos inferiores. Pero Vincent no les dio tiempo de volverlo para abajo. Adelantó el pie fuera de la plataforma de la trampa, saltó del escenario con la elasticidad de un gato grande y cruzó el teatro en dirección al bar. Llevaba un traje azul, de americana cruzada, con un lazo rebuscadamente antiguo, en el que eran apenas visibles los colores de Hartón. Era un tipo de una elegancia tan espontánea, que Nick —en pie junto al bar, con el vaso de *whisky* intacto en la mano— se sintió mal aseado.

Vincent le miró con la amistosa condescendencia de un ser superior y le dio un golpecito en el vaso, diciéndole:

—¿Tan de mañana ya? Mi querido amigo, pronto lo hemos de ver con el *delirium*

tremens. Sea buen chico y tírelo.

Sir Henry miró a Vincent con cara de pocos amigos y le preguntó, ceñudo:

—Creo haberle oído decir anoche que pensaba usted jugar al *squash* esta mañana.

—Eso pensaba. Hay en el garaje una cancha espléndida.

—¿Surgió algún inconveniente?

—Que el amigo Dawson se achicó. Es una cosa curiosa. Por nada del mundo consigo que juegue conmigo, a eso ni a nada. Sin embargo, se ha educado en Westminster. Y esto me hace recordar algo. Los médicos.

—¿Los médicos? —contestó sir Henry.

—Sí. Estuve dándole vueltas a ese tema anoche antes de acostarme. Los médicos. Me pareció que estaba en la obligación de explicarle a usted...

Sir Henry le dijo afectuosamente:

—Muchacho, tengo que trabajar. ¿Quiere dejarme el paso libre?

—¿No quiere escuchar lo que tengo que decirle?

—¡No!

Vincent prosiguió, sin darse por ofendido:

—Es usted un viejo raro. Pero convendría que hiciese algo a propósito de esa gordura suya, que puede resultarle peligrosa a sus años. Ya no es ni con mucho un jovencito. Quizá provenga del beber mucho oporto. No se me ofenda si me muestro exigente con su exhibición de magia. La verdad es que todas esas funciones caritativas me revientan, no me recato en manifestarlo.

Otra vez se abrió la trampa del escenario, lanzando de abajo arriba una bocanada de luz. Apareció Leonor. Era una mancha en rojo y en negro, con la blanca pincelada de su sonrisa. Traía las rodillas ligeramente dobladas, como para saltar. Venía en busca de Vincent.

Ocurrió en aquel momento un suceso tan inesperado que dejó atónitos a todos cuando estaban más tranquilos. Betty Stanhope levantó de pronto la trampilla del mostrador con un topetazo que sonó a golpe de madera sobre madera, se escurrió fuera del bar, cruzó el teatro y salió corriendo por la puerta.

—Perdónenme ustedes —exclamó Nick, y echo a correr tras ella.

Una vez fuera del teatro, se lanzó por el corredor, gritando:

—¡Betty, Betty!

No obtuvo respuesta.

La cúpula del piso superior de la Casa del Antifaz venía a ser como un recinto cerrado dentro de otro. En las paredes circulares del teatro no había ni una ventana ni un tragaluz. Pero a su alrededor, formando un círculo exterior, se alzaba otra pared rasgada por medias ventanas. Entre ambas paredes quedaba un corredor de algo más de un metro de anchura, por el que se podía pasear lo mismo que en la cubierta de un barco, tomando el sol cuando lo hacía.

Nick miró hacia la escalera que conducía a los pisos inferiores. No estaba alfombrada, y si Betty hubiese bajado por ella, Nick oiría el ruido de sus pasos en la

madera.

—¡Betty! —volvió a gritar.

Y echó a andar por aquella solana pintada de blanco y alfombrada con una alfombra de paja.

La temperatura era fría. No con frío de hielo, pero sí lo suficiente para calcular la nevada exterior. De trecho en trecho y entre dos ventanas había una puerta con salida al techo liso de la buhardilla, totalmente cubierto de nieve.

—No me pasa nada —se oyó decir a una voz ahogada—. Haga el favor de dejarme sola.

Era Betty, que se hallaba, en pie, cerca de una de las ventanas de la fachada delantera de la casa, vuelta de espaldas a Nick y tapándose los ojos con el ángulo del brazo y el antebrazo.

Luego habló con voz más segura, insistiendo:

—Le digo que no me pasa nada. Pero si hubiese permanecido un segundo más allí dentro, habría empezado a dar gritos. Y no he querido hacerlo.

Nick tuvo el buen juicio de permanecer donde estaba. Betty prosiguió:

—Primero, la escena entre usted y sir Henry. Después, todos esos señores que surgían por el escotillón del escenario. Tan pronto me parecía grotesco como trágico y horrible todo lo que estaba ocurriendo.

Hubo otra pausa, y la joven habló de nuevo:

—¿No ha estado usted nunca en un lugar absurdo de diversión que había en Montmartre y que llamaban El Infierno? Este teatro de Flavia, al que yo he tenido siempre tanta afición, empezó a recordarme el *cabaret* aquel de París. Esperaba que bajase de un momento a otro de la cúpula una serpiente disecada, colgando de una cuerda y que silbase amenazadora.

Nick siguió inmóvil, apoyando una mano en el muro interior. Tenía la sensación de hallarse a una gran altura. El borde del techo de la buhardilla descendía con suave pendiente hacia la parte superior de los muros exteriores, rematados en falsas almenas, y quedaba cortado a pico sobre los campos y colinas de nieve, que habían tomado, de puro blancos, un tinte azulado. Nick veía desde el sitio en que estaba las dos torres huecas que habían sido proyectadas para adorno de la fachada. Carraspeó ligeramente y dijo:

—Hacía demasiado calor allí dentro. ¿Necesita usted tomar el aire o se le ofrece otra cosa?

Dijo esto, no porque creyese que Betty necesitase nada, sino para dar una salida a su propia emoción. Se dirigió hacia una de las puertas que daban al tejado, agarró el manillar y tiró con fuerza. No estaba cerrada con llave, pero sí encajada en el marco; la abrió a la fuerza, entre un tintineo de pequeñas partículas de hielo.

Betty bajó el brazo y se dio media vuelta para mirar. La expresión de temor que se pintó en el rostro de la joven sorprendió a Nick.

—¡Por el amor de Dios, no salga usted por esa puerta!

—No iba a salir, pero ¿qué inconveniente hay?

—El tejado está en pendiente, aunque parece horizontal. Con tiempo seco no ofrece mayor peligro, pero hallándose cubierto de hielo y de nieve...

Nick pensó que Betty se había aireado bastante. La corriente de aire penetraba con fuerza en el corredor y agitaba los cabellos de la joven. En vista de eso, cerró la puerta con fuerza, pero esta no llegó a encajar. Volvió a dar otro portazo con el mismo resultado, y un tercero. Los cristales crujieron, se estremecieron y cayeron con estrépito a sus pies. Se volvió, consternado, para mirar a Betty, pero esta había soltado la carcajada.

Se sintió reconfortado al verla reír, porque la expresión de espanto había desaparecido de su rostro y sus ojos brillaban con un nuevo afecto acariciador. La joven le tendió las manos, exclamando:

—¡He sido la persona más ridícula del mundo! Todo esto no son más que caprichos. Caprichos. Nervios. Comprendo que todos mis temores son puramente imaginarios. Venga; volvamos al teatro. He de ensayar la manera de representar la mujer que desaparece. En confianza, ¿qué tal cree usted que saldrá esta exhibición que nos prepara sir Henry para esta tarde?

—Señoras y caballeros, amigos, huéspedes y niños —empezó a decir el comandante Dawson.

Se detuvo a carraspear.

El ruido hecho por un grupo de niños, y parecido a la respiración gangosa de muchas personas, lo envolvió totalmente.

Todos los chicos estaban apretujados, y habían venido tan arreglados y re peinados que parecían unos angelitos. Las niñas, con lazos en el cabello, los niños, con los cuellos almidonados que, en opinión de sus padres, más podían torturarlos. Sus zapatos eran tan nuevos que no había uno que no crujiere al caminar. Todos los muchachos guardaban un respetuoso silencio, desde los chiquillos de seis a ocho años, colocados en la primera fila y que miraban con ojos de asombro, hasta los de trece, que formaban la última fila, haciéndose los hombrecitos envalentonados.

Siempre se había tenido la costumbre de colocarlos en filas de acuerdo con su estatura, pero esta vez, por delante de la primera fila de sillas plegables destinadas a los chicos más pequeños, se colocó una hilera extra de asientos, en los que acomodaron las voluminosas figuras de la señorita Clutterbuck, sir John y lady Minsterstoke, el mayor Babbage, la señorita Durne y el señor y la señora Talbot. Una niña se atrevió a decir tímidamente que no veía nada, pero la señorita Clutterbuck le dijo con aspereza que no fuese egoísta.

El señor rector, hombre de más sano juicio, tomó asiento detrás de todos para vigilar aquel coro alborotador.

También se alineaban en la parte de atrás, bajo la mirada del ama de llaves, señora Peters, todos los sirvientes de Waldemere.

El bar había sido convertido en una especie de palco para los huéspedes permanentes. En él se apiñaron Nick, encaramado en un taburete; Christabel Stanhope, el doctor Clements y Buller Naseby, reservándose otro taburete para que se acomodase el comandante, una vez cumplida su misión. Leonor y Vincent James actuaban de directores de escena, y Betty, de ayudante del *Gran Kafuzalum*.

Por el momento, estos últimos cuatro personajes permanecieron ocultos, las cortinas de seda gris corridas y el comandante Dawson delante, iluminado por una pálida claridad.

—Señoras y caballeros, amigos, huéspedes y niños —empezó a decir por segunda vez.

Y una vez más carraspeó. Luego se metió las manos en los bolsillos, volvió a sacarlas inmediatamente y prosiguió:

—Lo que yo quiero decir a ustedes es que en esta época de fiestas resulta costumbre establecida el que nos deseemos unos a otros felicidades. Ustedes saben a qué me refiero, ¿verdad?

El mayor Babbage aplaudió piadosamente.

También aplaudió la señorita Clutterbuck, pero los niños permanecieron en un silencio respetuoso e inexpresivo. Muchos de ellos habían recibido al salir de casa un festivo tirón de orejas y muchos consejos para que se condujesen como era debido, so pena de sufrir luego las consecuencias. Después habían caminado más de media milla, bajo la mirada de la señorita Clutterbuck, por campos cubiertos con la primera nieve del año, sin que se les hubiese permitido, por lo menos, meterse unos a otros de cabeza en la nieve. Al llegar a Waldemere les habían anunciado que había en la casa un enfermo grave, de modo que tenían que caminar de puntillas y hablar cuchicheando.

Todo esto era la mejor manera de alterar el equilibrio mental de los niños. Sus dedos se contraían nerviosos dentro de los zapatos. El gesto de echar la mano al cuello postizo y tirar con tuerza de él era común en todos. Las ideas bullían debajo de los cabellos bien alisados. Cualquiera persona entendida en psicología infantil habría observado señales que presagiaban la explosión de aquella tirantez en cualquier momento, lo que daría lugar a un barullo mayúsculo.

—Estas felicitaciones —prosiguió el comandante Dawson— son las que yo presento cordialmente a ustedes en representación de la dueña de la casa, señora Stanhope, esperando que todos tomen parte en el festejo y gocen de las muchas sorpresas que sin duda alguna nos serán ofrecidas esta tarde.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo la áspera voz del mayor Babbage.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo miss Clutterbuck.

—Pero no quiero que mis felicitaciones retrasen el disfrute de este banquete de magia que tenemos delante.

Christabel bisbiseó al oído de Nick:

—Hace bien. ¿Cómo se les ha ocurrido a ustedes encargar al pobre *Pinkey* del discurso de presentación?

—Se empeñó en ello Leonor —repuso Nick.

—Tenemos esta tarde —continuaba Dawson— al famoso hombre de teatro conocido en Europa y América con el nombre del *Gran Kafuzalum*. El *Gran Kafuzalum* es —y aquí el comandante consultó sus notas— un auténtico hindú.

La señorita Clutterbuck exclamó, con un cuchicheo propio de un apuntador, lo bastante fuerte para que lo oyesen todos:

—Claro está que todos estamos en el secreto de que se trata de sir Henry Merrivale.

—Un auténtico hindú —prosiguió el comandante Dawson— que ha estudiado entre los yoguis de la India y los lamas del Tíbet. Sus poderes mágicos han asombrado al mundo. Vais a presenciar hechos maravillosos. Descenderán prodigios

del cielo. Señoras y caballeros, huéspedes y niños: ¡aquí tenéis al *Gran Kafuzalum*!

El comandante Dawson saltó del escenario y se eclipsó. Las cortinas de seda se abrieron como por efecto de una silenciosa explosión, apareciendo ante los espectadores el escenario, encuadrado en negros cortinajes y luciendo una colección de mesas plateadas de un solo pie y de aparatos extraños en revuelta confusión. El *Gran Kafuzalum* en persona avanzó, confiado, hacia las candilejas.

—¡Desconcertante! —exclamó sir John Minsterstoke.

Christabel no hizo más que mirar y se cubrió la cara con ambas manos, meciéndose incansable hacia atrás y hacia adelante.

También Nick miró, y aunque se había acorazado contra cualquier sorpresa, no pudo menos de recular un poco.

Cuando se habla de un traje de etiqueta, el calificativo más corriente es el de *impecable*. Ahora bien: del traje de etiqueta del *Gran Kafuzalum* no se podía decir que fuese impecable. Cualquier sastre de Savile Row le hubiese sacado faltas. Pero no se podía negar que, como ser de etiqueta, lo era. Su chaleco blanco no podía ser otra cosa que un chaleco blanco. La pechera de la camisa no formaba comba exagerada. Los pantalones se sostenían tirantes. Tampoco se le podían poner reparos a la gran capa negra con vueltas de escarlata que colgaba de sus hombros ni a los guantes blancos que llevaba en las manos. Donde la estética fallaba era en otras cosas.

El *Gran Kafuzalum* lucía sobre su cabeza un voluminoso turbante, sujeto en la parte delantera con un rubí descomunal y de poco precio, del que se alzaba, como la antena de radio de un coche de Policía, un penacho de plumas de garza blanca. Bajo el turbante, un rostro cariancho, de color chocolate oscuro, adornado con gafas de concha, miraba con expresión de indescriptible malicia. Y de ese rostro brotaba una dura barba negra, la emperadora de las barbas, que se abría en dos, como un majestuoso abanico, llegando de oreja a oreja.

El público infantil salió, al fin, de su marasmo. Corrió por todo el teatro un «¡Oooh!» espontáneo y súbito, que es la manifestación más elocuente de admiración profunda. Era una estampa que parecía salir de un libro de láminas. Eso fue lo que asombró a los niños. La señorita Clutterbuck hizo esta observación:

—¡Qué atavío más precioso! Pero ya sabréis todos que no es más que un disfraz de ocasión.

El *Gran Kafuzalum* se detuvo en seco y la miró.

—¿Ves bien, Doris? ¿Y tú, Anabell? ¿Y tú, Marga?

—No veo nada, señorita, con su permiso.

—Bueno; no os portéis como niñas antipáticas y desagradecidas. Permaneced sentadas y quietecitas y yo os explicaré la manera que tiene ese caballero de hacer sus trucos.

El *Gran Kafuzalum* volvió a clavarle su mirada. Pero siguió avanzando hacia las candilejas —o hacia donde debieran estar las candilejas—, precedido por su

espléndida barriga.

Seguíale Betty, silueta grácil, con su blanco vestido de volantes, que resaltaba sobre el fondo oscuro de las cortinas. La imponente figura de la barba negra desabrochó su capa, se la quitó de los hombros y la tiró con gesto magnífico para que su ayudanta la recogiese. Alzó las manos enguantadas con un movimiento característico de muñecas y dedos y, al quitarse los guantes, estos se desvanecieron en el aire.

Por desgracia, el *Gran Kafuzalum* había avanzado un paso más de lo que debiera. El turbante, con su penacho de plumas de garza blanca, se desprendió de su cabeza, se elevó graciosamente en el aire y quedó como flotando y ladeado a medio metro de altura por encima de la cabeza.

Fue aquello lo mismo que una invitación a los poderes celestiales. Como si estos se hubiesen puesto en movimiento, descendió por milagro de magia una pantalla de proyección, ancha y pesada, y dio un topetazo al *Gran Kafuzalum* en la misma coronilla de su cabeza calva. Y se oyó una voz de mujer que gritaba entre bambalinas:

—¡Dios de Dios y todos los diablos juntos!

El teatrillo era una maravilla de acústica. Reinó un silencio espantoso.

La señorita Clutterbuck se levantó de la silla, se volvió hacia los niños y las niñas, clavó en todos, uno por uno, su mirada, desafiándolos a que se atrevieran a reírse.

Esto demuestra toda la fuerza que la señorita Clutterbuck tenía en la mirada, porque el efecto que produce en niños y jóvenes el doble sucesivo espectáculo: *a)* de un hombrachón al que le cae sobre la cabeza una pesada pantalla, y *b)* que oye inmediatamente que alguien suelta, en presencia del señor párroco, una frase estrictamente prohibida, es siempre automático.

Sin embargo, no pudo evitar que corriese por el teatro una especie de asombro, y tomaban nota en su memoria. Uno de los muchachos de la última fila, que tenía ya doce años, hubo de ser sacado del teatro, víctima de un calambre de risa silenciosa que lo había doblado en dos. También algunos de los miembros de la servidumbre se taparon la cabeza con los brazos y se agacharon junto a la pared.

El *Gran Kafuzalum*, en cambio, hubiera podido servir de modelo en aquel instante a muchos boxeadores ingleses. Aunque atontado por el golpe, se portó como un valiente. Mientras la pantalla blanca se balanceó delante de él, los espectadores no vieron sino un par de piernas tambaleantes. Pero cuando la pantalla fue izada vivamente, se le vio erguido, majestuoso y sonriente, como si fuese él quien ordenaba a los cielos lo que debían hacer. Dio un paso atrás, y entonces el turbante —cumplida su misión de cortesía— volvió a posarse sobre su cabeza.

—Ha sido un número magnífico —exclamó el mayor Babbage.

El *Gran Kafuzalum* clavó en el auditorio una sonrisa burlona y asesina, se apretó con energía el turbante, aunque se lo dejó ladeado, y procedió a entrar en materia.

Aún no había abierto la boca, y dio principio a una serie de rápidos juegos, que

constituyen la rutina de la profesión, haciendo maravillas con los pañuelos de colores. Después tomó en sus manos, y mostró al auditorio, un recipiente redondo de cristal transparente.

El *Gran Kafuzalum* colocó el recipiente encima de una mesa. Tomó luego un jarro y vertió agua en aquel hasta llenarlo por la mitad. Luego se volvió hacia Betty, le hizo una seña y ella se aproximó llevando una ancha bandeja en la que había montoncitos de arena de varios colores: rojo, azul y amarillo.

El *Gran Kafuzalum* se recogió las mangas hasta los codos. Luego cogió a dos manos las arenas de color, echó puñados en el agua y la revolvió. Siguió agitando los brazos alrededor, a medida que removía y mezclaba colores, teniendo al público pendiente de un hilo. Cuando aquella mezcolanza del recipiente tomó un aspecto bastante repulsivo, el *Gran Kafuzalum* hizo un gesto imperioso y exclamó:

—¡Ya, Alá!

Metió entonces las manos, una después de otra, en el agua y fue sacando puñados y puñados de aquellas arenas de varios colores, que fue tirando sobre la alfombra del escenario... completamente secas.

Los aplausos, lentos y tímidos al principio, se convirtieron en un trueno.

La señorita Clutterbuck sonreía con muy poco entusiasmo.

—¿Has visto, Doris?

—Sí, señorita Clutterbuck. ¡Dios de Dios y todos los diablos juntos!

—Esto lo hacía ya hace treinta años el simpático Maskelyne —comentó la señorita Clutterbuck con voz chillona, que llegó a todo el teatro—. El secreto consiste... ¿Qué acabas de decir, Doris?

—Nada, señorita.

—El secreto consiste en que dentro de los montones de arena de color hay unas bolsitas pequeñas de papel impermeable o aceitado, que contienen arena que no se moja. Cuando el mago echa en el agua puñados de color, deja caer esas bolsitas, que no se ven porque ya el agua está turbia. Después no tiene que hacer otra cosa sino cogerlas del agua, romperlas en la mano y dejar que salga la arena seca de un solo color. Finalmente, vuelve a echar al agua las bolsitas impermeables bien disimuladas en la palma de la mano.

El *Gran Kafuzalum* hizo alto en sus manejos y volvió a clavar en ella la mirada. La señorita Clutterbuck dejó escapar un gorgoriteo de risa de falsete.

Cualquier observador atento habría advertido que el *Gran Kafuzalum* daba lentas pataditas en el suelo. Pero su espantable cara no cambió de expresión.

Fue primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda del escenario, extendió el brazo y sacó por una mano a Leonor, cruzándolo con ella con imponente solemnidad. Leonor, vestida de azul claro, miró al auditorio sin poder contener la risa.

El *Gran Kafuzalum* presentó a la vista del público una silla de madera que no parecía tener nada de particular. Luego desplegó un número del *Times* y lo colocó extendido sobre la alfombra, para que se viese que allí no había trampa alguna, y

puso la silla encima del periódico.

Sentó a Leonor en la silla. Hubo entre ambos un diálogo animadísimo en voz baja. Parecían dos desafortunados comediantes hebreos. A continuación, el *Gran Kafuzalum* mostró al público una enorme sábana de seda roja. La hizo ondear a su alrededor, al estilo de Isadora Duncan, y procedió a envolver con ella a Leonor, de modo que llegase hasta el suelo, ocultando por completo a la joven y a la silla.

—Oiga —bisbiseó el mayor Babbage.

—¿Qué? —le contestó con frialdad sir John Minsterstoke.

—Esto va magnífico. ¡Vaya un tío! —exclamó el mayor como si le hubiesen dado un aguijonazo.

—¡Ooooh!

Fue como un potente respiro gangoso del elemento más joven.

—¡Eso sí que es grande!

—¡Dios de Dios y todos los diablos!

Nick tuvo que reconocer que la ilusión había sido maravillosa y anotó algunos amarracos a favor del viejo. El *Gran Kafuzalum* hizo algunos tejemanejes previos, a continuación alargó la mano y alzó la tela. La silla estaba allí, el número del *Times* estaba allí. Pero Leonor, y después también la tela roja con que había estado tapada, se habían esfumado lo mismo que una burbuja de jabón que revienta en el aire.

La ovación fue cerrada e inmediata. Parecía que el teatro iba a venirse abajo. No se trataba solamente de admiración por la perfecta realización del truco. Era también que las emociones, comprimidas hasta entonces, encontraban cauce por donde desbordarse. Los muchachos de trece años se pusieron en pie y chillaron con toda la fuerza de sus pulmones.

Por el rostro inenarrable del *Gran Kafuzalum* se esparció una ola que parecía de serenidad. Se adelantó hacia el público y saludó, doblando el cuerpo cuanto se lo permitió su abdomen.

—Este truco —dijo la señorita Clutterbuck— es el que Baultier de Kolta presentaba con el nombre de *La mujer que desaparece*. Después lo perfeccionó Charles Bertram.

El *Gran Kafuzalum* se quedó rígido.

—El secreto está principalmente en la silla —dijo la señorita Clutterbuck—. Construida de modo que, en un momento, se levantan unos alambres que tiene disimulados en su armazón. Con ellos se dibuja el perfil del cuerpo de la mujer: la cabeza, los hombros, los brazos y las rodillas. La silla se pliega y despliega. Aunque parece que el periódico está entero, lo cierto es que está cortado.

El *Gran Kafuzalum* agachó un poco la cabeza. Levantó la mano como para hacer sombra a sus ojos, pero las puntas de los dedos empezaron a tamborilear en su frente.

Christabel Stanhope casi lloraba de emoción por el éxito. Pero cuchicheó al oído de Nick:

—Todo marcharía a las mil maravillas si no fuese por esa condenada mujer. ¿No

habría manera de hacerla callar, señor inspector?

—No estoy muy seguro de que sea necesaria mi intervención —contestó Nick.

—¿Lo cree usted?

—Sí, señora. Hay algo que me dice con voz clara y firme que si la señorita Clutterbuck continúa por ese camino se va a llevar lo suyo.

—Cuando Leonor Stanhope tomó asiento en la silla —siguió diciendo la señorita Clutterbuck— y el mago la tapó con la tela para que no la viéramos, se alzaron los alambres. Esto le permitió escurrirse de la silla, atravesar el número del periódico, que estaba preparado ex profeso, y desaparecer por la trampa que hay en el escenario. Ustedes seguían viendo el perfil del cuerpo marcado en la tela. El armazón de alambre se recoge automáticamente cuando se quiere. En cuanto a la desaparición de la tela, el simpático señor Bertram...

Todo tiene un límite. De repente, como galvanizado por una sacudida, el *Gran Kafuzalum* se quitó el turbante, lo arrojó al suelo con violencia, saltó sobre él y lo pateó. Aunque se trataba de una improvisación, arrancó casi tantos aplausos como la mujer desaparecida.

—¿Qué va a hacer ahora? —cuchicheó el mayor Babbage—. ¿Hará esta vez que el turbante pegue un salto y le muerda?

Christabel dijo, suplicante:

—Eso no, sir Henry. ¡No lo haga, por amor de Dios!

Sin embargo, quién sabe por qué medios, el *Gran Kafuzalum* consiguió aferrarse a su buen sentido y frenar su propio ímpetu. Respiró profundamente varias veces, cogió el turbante del suelo y se lo encajó en la cabeza. Había perdido algo de su prestancia, y la pluma de garza marcaba un ángulo de cuarenta y cinco grados. Si conservaba aún el parecido con un potentado oriental, era con un potentado que salía de su harén después de reñir con una de sus mujeres más fogosas.

—Señoras y caballeros —empezó a decir el *Gran Kafuzalum* con voz gutural profunda.

Se hizo un silencio absoluto. El mago volvió a respirar profundamente y empezó uno de sus coloquios que son la delicia de todos los magos.

—Caminaba yo el otro día por el Strand, y conforme caminaba por el Strand el otro día, tropecé con un gran amigo mío: el señor Ernest Bevin. Y me dijo...

—¿Qué hay de ese truco hindú de la cuerda?

No vaya a creerse que semejante pregunta salió de labios de míster Bevin. Quien la hizo fue el chófer de la casa, que se hallaba en pie, y cruzados los brazos, en la última fila.

El *Gran Kafuzalum* cerró los ojos.

—Usted nos dijo que podía hacerlo, y yo le digo: ¡Bien! Veamos.

La señorita Clutterbuck se irguió, exclamando:

—¿Es cierto?

—Ese caballero desearía verme hacer el truco hindú de la cuerda.

—Y yo también —declaró la señorita Clutterbuck—; si bien tengo que manifestar, señora Stanhope, que el personal subalterno de esta casa se permite ciertas licencias...

El *Gran Kafuzalum* se acarició la imponente barba y la interrumpió:

—Acaso le agrade también a esta dama verme hacer el truco hindú de la cuerda, ¿verdad que sí?

—Mi querido señor, yo le suplico que no se ponga en ridículo, porque no existe semejante truco.

—¿Cómo que no?

—¡Como que no!

El *Gran Kafuzalum* se ajustó las gafas. Se llevó una mano a la parte inferior del chaleco por delante y la otra por detrás, levantándose los pantalones al estilo de los marineros. Después se cuadró, se dibujó en su cara una expresión horrenda de triunfo, parecida a la del pirata *Barba Negra* cuando daba la bienvenida a los oficiales de un galeón español que había capturado, alargó el busto hacia adelante y extendió la mano.

—Suba usted al escenario, señora —dijo, invitándola.

—¿No cree usted que va a hacer alguna muy sonada? —bisbiseó Christabel.

—Estoy completamente seguro de que la hará —le contestó Nick.

—Por mi parte, puede darle el disgusto que quiera a esa vieja bruja. Lo estoy deseando. Pero...

Christabel no quitaba ojo a la barba del *Gran Kafuzalum*, que mostraba ahora algunos granos de arena de color entre sus hebras.

—¡Inspector Wood!

—No sé si debo —empezó a decir fríamente la señorita Clutterbuck.

—¡Inspector Wood!

—Suba usted, Emma —alborotó la gruesa voz del mayor Babbage, al mismo tiempo que le daba un fuerte codazo en las costillas—. Pórtese como buena. Avance ya.

—¡Inspector Wood!

Nick percibió por fin la llamada insistente, pero discreta, que alguien le dirigía. Alguien que estaba a su espalda.

Cayó bruscamente en la cuenta de que se hallaban solos él y Christabel dentro del minúsculo bar. No se había enterado de la marcha silenciosa de los demás. A su espalda, rígido y con expresión de angustia, estaba Larkin. La lámpara que colgaba del techo del bar se hallaba encendida, y a su luz vio que el rostro del mayordomo, aunque sereno, estaba blanco y sudoroso.

—Perdone usted, señora. ¿Puedo hablar con usted una palabra, caballero? Es un asunto muy urgente.

Siempre lo mismo. Cuando uno se sacude las preocupaciones y deja que el ánimo tome un grato esparcimiento, siempre ocurre algo que lo echa todo a perder.

Christabel volvió la cabeza y siseó a Larkin para que se callase. Consultó su reloj de muñeca y le bisbiseó:

—¿Hay alguna dificultad? Son las cuatro y media. ¿Está todo listo para servir el té a los niños a las cinco?

—Sí, señora. Todo está preparado. ¿Quiere usted salir un momento conmigo, señor inspector?

El teatro estaba en la penumbra y la atmósfera del mismo era muy calurosa, debido a la gran concurrencia. Nick no lo notó hasta que, siguiendo a Larkin, salió fuera. En aquel momento, sir Henry parecía suplicar a varios caballeros que tuviesen la bondad de subir también al escenario. Pero Nick no pudo seguir oyendo, porque Larkin mantenía la puerta abierta y le esperaba.

Al salir a la solana sintió Nick que el frío le mordía el cuerpo a través de la ropa. Empezaba al ocaso, produciendo la impresión de que las blancas paredes del corredor eran más brillantes y luminosas que el firmamento. Cuando Nick cerró la puerta del teatro estallaba en este y repercutía en las acolchadas paredes una catarata de risas. Se volvió a preguntar a Larkin:

—¿Qué sucede? ¿Hizo lo que yo le mandé? ¿Ha cotejado las marcas de la ropa?

—Sí, señor. Esas prendas pertenecen al señor Stanhope. Pero...

Cualquiera se habría sobresaltado viendo cómo a serenidad de aquel hombre se venía abajo y tus nervios se alborotaban de pronto. El rostro de Larkin se desencajó como el de un hombre mareado y tuvo que apoyar las manos en el antepecho de una ventana para no caer redondo.

—¿Qué le pasa, buen hombre? ¿Alguna desgracia?

Larkin respondió:

—El señor Stanhope..., que está muerto.

—¡No es posible una recaída! Se lo aseguro yo —gritó Nick después de un silencio que pareció haber durado minutos enteros—. Esta mañana se encontraba perfectamente. Y hace unas horas también.

—No se trata de una recaída.

Se miraron a los ojos, y Larkin siguió diciendo:

—Alguien ha vuelto a entrar en acción. Alguien penetró en la habitación y le ahogó mientras dormía, poniéndole una almohada encima.

Por el recuadro de las ventanas se veían pasar las nubes grisáceas. Y del interior del teatro, a pesar del acolchado de las paredes, llegó otro estallido de risas. Algo le decía a Nick en su interior que había ocurrido lo que había estado temiendo y lo que había hecho que ni él descansase ni dejase descansar a los demás.

—¿Y las personas encargadas de velarlo constantemente? ¿Y Hamley? ¿Y el que le relevaba a este? ¿No habíamos convenido en que no había que dejarle solo ni un momento?

Larkin retiró la mano que apoyaba en el antepecho de la ventana y se irguió.

—Hallé a Hamley dormido profundamente. Roncaba en su silla, con la boca abierta —Larkin se cubrió los ojos con la mano, como consternado—. ¿Cómo iba a suponer tal cosa? No creí que pudiese estar tan cansado, aunque me lo repitió una y otra vez. Pero yo sé por experiencia que esta clase de individuos recurren a toda clase de artimañas para esquivar un trabajo que exige esfuerzo.

—¿Quién lo encontró muerto?

—Yo, señor.

—¿Cuándo fue?

—Hace un momento.

Un sentimiento de desesperación y de repugnancia se apoderó de Nick. Toda su inteligencia se iba penetrando del alcance que iba a tener aquel hecho. La primera sacudida la sentía él en su corazón y en su conciencia.

Pero ¿acaso había estado en su mano evitarlo? Sí. A condición de que se hubiese sentado a la cabecera de la cama de Stanhope y de que no se hubiese movido de allí ni un instante durante las cuarenta y ocho horas. De otra manera, no. Pero aun eso hubiera resultado impracticable. De cualquier modo, el trago era muy amargo.

Cierto que Stanhope no era realmente padre de Betty, pero...

—A mí me parece —la voz de Larkin llegaba hasta él como un zumbido lejano— que ha muerto asfixiado. Hay otro detalle que me lleva a pensar en que el asesino debe de ser un desequilibrado. Un loco furioso, desatinado y extravagante. ¿Quiere

venir y verlo usted mismo?

En la Casa del Antifaz no se advertía movimiento alguno, fuera del de los dos hombres que corrían escalera abajo, empujándose uno a otro para llegar cuanto antes. La casa estaba hueca, lo mismo que un antifaz sin cara. Hueca y vacía.

La puerta del dormitorio de Dwight Stanhope se hallaba de par en par. Aun antes de llegar a ella, percibió Nick los ronquidos de Hamley.

A través de los adornos de latón tallado de su pantalla, la lámpara que lucía en el ángulo luchaba con la penumbra de la habitación y hacía destacar los dibujos de la alfombra. Hamley estaba sentado en el mismo sillón, con una pierna pasada por encima de uno de los brazos del mueble, la espalda hundida y la barbilla en el pecho. A veces, su cabeza se estremecía al ruido de sus mismos ronquidos.

Dwight Stanhope yacía, más o menos, en igual posición que como lo había visto Nick aquella mañana, fuera de que ahora tenía los brazos extendidos y solo una de las almohadas bajo la cabeza. La otra almohada estaba a un lado, junto a la mano. Apenas se advertían señales de lucha física. Quizá en el arqueamiento del cuello. Quizá en el color de su rostro. Y en el ligero desarreglo del edredón, producido por un puntapié dado en las supremas convulsiones. Pero lo que inmediatamente llamaba la atención era un detalle grotesco. Alguien había colocado sobre el pecho del muerto un platillo lleno de agua.

Nick dirigió una rápida mirada a la mesita de noche. Recordaba con toda claridad haber visto sobre ella, por la mañana, los siguientes objetos: dos frascos de medicinas en un platillo y una jarra de cristal tallado con agua. Faltaba el platillo. Ahora descansaba en el pecho de Stanhope; la luz de la lámpara se reflejaba en la tersura del agua, tan inmóvil como el pecho mismo, mientras el dormido Hamley dejaba escapar otro ronquido gorgorizante, súbito, que se apagó poco a poco.

—A eso es a lo que me refería —murmuró Larkin—. A ese platillo.

—Comprendo. Y dice usted que descubrió el hecho... ¿Cuándo?

—Descubrirlo y subir a buscarle a usted fue todo uno.

Nick miró su reloj.

—¿Alrededor de las cuatro y media, entonces? Encaja bastante bien. ¿Y cómo se le ocurrió a usted entrar aquí?

La ancha boca de Larkin se contrajo.

—Es que oí los ronquidos de Hamley. Por eso fue. Reinaba en la casa un silencio sepulcral, y había que oírlos por fuerza. Otra cosa. Juraría que cuando yo agarré la manilla de la puerta para abrir, oí correr a alguien.

—¿Ruido de pisadas?

—No me atrevería a asegurar lo que fue. Quizá fue alguien que escapaba hacia el cuarto de vestir.

Más que una afirmación, las palabras de Larkin encerraban una hipótesis. Moviéndose dubitativamente su cabeza entrecana, de cabellos cortados al rape.

—Pero ver, no vio a nadie.

—No, señor.

Nick se acercó a la cama. Un hombre asesinado dos veces. Esta de ahora definitivamente. Estaba muerto, no había duda. Nick le levantó un párpado, le palpó las ventanas de la nariz y observó en la almohada que estaba a un lado débiles rastros de sangre procedentes de aquella. Asfixia, la cosa era bastante clara. Dado el estado en que Stanhope se encontraba, no le habría costado gran trabajo al asesino. Hamley dejó escapar un ronquido tan violento y ruidoso que parecía una indecencia en aquella cámara mortuoria. Nick sintió encrespase sus nervios y que le acometía la ira.

—¡Despiértelo! Pero dele media vuelta y échelo de aquí sin que se dé cuenta de lo que ocurre.

—Sí, señor.

—No le hurgue demasiado para tirarle de la lengua. Que él diga buenamente lo que sepa. Y vaya a buscar al doctor Clements. Hace un instante se hallaba en el teatro. Otra cosa más: no diga una palabra a nadie, fuera de sir Henry Merrivale, y a este, únicamente si lo encuentra solo.

El despertar de Hamley fue sobresaltado y algo agresivo, como el de un boxeador a quien sacan de su modorra tirándole un jarro de agua. Larkin, hombre exigente con sus subordinados, le dio un empujón en la espalda y lo sacó fuera. Nick se quedó contemplando el platillo de agua colocado sobre el pecho del muerto, con una finalidad muy bien definida, y pensó en el sentido que encerraban otras cosas.

¿Cómo era posible, sí, cómo era posible que los asesinos fuesen tan estúpidos? ¿Se creen, quizá, demasiado inteligentes y están seguros de que no han de cazarlos? ¿O es que cierran los ojos y se confían a la buena suerte?

Lo sarcástico del caso consistía en que ya la Policía poseía pruebas del asesinato frustrado contra el autor de este crimen, contra esta misma persona que acababa de matar por asfixia, sirviéndose de una almohada de pluma, a un hombre indefenso. En el peor de los casos, la condena por aquel primer delito no pasaría de un número de años de trabajos forzados. Mientras que este crimen de ahora se pagaría con la horca. ¿Juzgó el criminal que valía la pena correr aquel riesgo? ¡Claro que sí! Para un individuo de las condiciones suyas se imponía abrumadoramente la necesidad de asesinar. Sin embargo, al representarse Nick en su imaginación a la persona que el verdugo tendría que amarrar las manos sintió arcadas en el estómago. Una voz le sacó de sus meditaciones:

—Joven.

El tono de la voz era conciliador, como si quien hablaba tantease el terreno. Era Buller Naseby, con el abrigo y el sombrero puestos. Se había adelantado hasta la mitad de camino de la cama, sin que Nick advirtiese su presencia. Parecía un viejo y traía cara de enfermo.

—Joven..., perdóneme. ¿Acaso Dwight está...?

—Sí, ahora está muerto.

—¡Que Dios lo tenga al pobre en su gloria! —exclamó el señor Naseby, descubriéndose.

Guardó silencio, y Nick, por su parte, no sabía qué decir hasta que aquel reanudase la conversación. La cara de Naseby se hallaba contraída con una expresión de pesar y sincera compasión. Pero fue otra cosa la que le arrancó un chillido.

—¿Qué hace ese platillo de agua sobre su pecho?

—¿Y me lo pregunta usted a mí?

Naseby le contestó en el mismo tono agudo de queja:

—Déjese de fingir conmigo. Estoy cansado de que me acose con preguntas capciosas. ¿Qué hace ese platillo de agua sobre su pecho? ¿Ha sido usted quien lo ha puesto? ¿No? ¿Cómo está ahí entonces?

Nick le dijo:

—Comprendo que a usted le interese, porque no es esta la primera vez que oímos hablar de un platillo de agua. ¡Espere antes de negarlo! —Naseby había abierto la boca para hablar—. Recuerde algo que ocurrió la noche del jueves. A eso de las once, más o menos. ¿Dónde se hallaba usted?

—Arriba, en el teatro..., con él, sí.

—Justo. Usted comía patatas fritas de un platillo que había encima del mostrador del bar. Se las comió usted todas. ¿Quién llegó entonces? Leonor Stanhope. ¿Y qué hizo, entre otras cosas? Se metió dentro del bar para servirse de beber. Reparó en el platillo vacío. ¿Recuerda lo que hizo? Con toda seguridad.

Naseby contestó con un ademán brusco y vago del sombrero.

Nick veía la escena con todos los detalles y colorido. Veía cómo Leonor, vestido blanco con perlas, agarraba el platillo y lo colocaba debajo del chorro del agua. Veíala llenarlo hasta los bordes y colocarlo encima del mostrador. Resonaban todavía en su oído sus palabras: «¿Saben ustedes lo que esto significa?». Y luego: «Si yo estuviese muerta... o muriendo...».

El señor Naseby se golpeaba el labio inferior con el borde de su sombrero hongo, y dijo solamente:

—Recordar no es lo mismo que comprender.

—Evidentemente; pero usted recuerda esas palabras, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque quizá tenga usted que dar testimonio de que se pronunciaron.

El señor Naseby entornó los ojos de tal manera que pareció que los recogía dentro del cráneo.

—¿Para probar la culpabilidad de la muchacha? ¡Eso es una paparrucha!

—No se trata de probar la culpabilidad de una persona, sino del hecho de haber sido pronunciadas.

El interlocutor de Nick pasó por alto esta observación y exclamó:

—Me retiraba ya para ir a casa. Ahora no podré hacerlo, porque quizá me necesiten. Es un suceso horrible —se alisó con la mano el pelo del occipucio—. ¡Y

yo que llegué a pensar que el viejo Dwight intentaba simular un robo de sus propios cuadros con objeto de cobrar el seguro! Debí conocerlo mejor. Era hombre que odiaba toda clase de simulaciones y falsedades.

—En efecto, las odiaba.

El estrépito que se oyó en el piso más alto de la casa interrumpió esta conversación. Era como un retumbar que se acercaba poco a poco. Nick sabía de qué se trataba. Era la vanguardia de chicos, que se precipitaba por las puertas y se lanzaba escalera abajo, ávida de escapar del encierro odioso. La función había terminado y solo podía disponer él de unos contados minutos de gracia.

Hizo una seña al señor Naseby y salió al vestíbulo, cerrando con llave por fuera la puerta de la habitación. Se hallaban en pie en la galería, en el descansillo superior de la escalera monumental, cuando la primera oleada de invitados avanzó barriéndolo todo. En el vestíbulo de entrada montaban la guardia Rogers, Emory y otro individuo al que Nick no conoció, dispuestos a contener y desviar la marea.

Sin embargo, aquellos niños se mostraban moderadamente tranquilos. Incluso callados. Pero alguno empezó a recordar lo que habían visto y las voces fueron creciendo y acelerándose cada vez más, hasta que estallaron como cohete que revienta. De momento hallábanse aún embargados por la ilusión. Sus rojas caras tenían la misma expresión de arrobó que se observa en las de los aficionados a la música cuando salen de oír un concierto de Beethoven. Se alzó del grupo una voz que dio expresión al sentimiento general con un ímpetu que lindaba con el asombro:

—¡Ooooh! Ha estado archisuperior.

Nadie contestó.

A la cabeza de la segunda oleada, y con una expresión muy extraña en su rostro, venía el señor rector, míster Townsend.

Pero la que causó una notable congestión fue la tercera oleada. Con ella avanzaba, trayendo colgada a cada brazo a una niña, el mismísimo *Gran Kafuzalum*, con todo su indumento teatral. Los chicos se burlaban desdeñosamente de tan extemporáneas muestras de amistad, pero giraban y giraban alrededor, lo mismo que pieles rojas en torno a la hoguera del campamento, y disparaban preguntas con mayor rapidez que un reportero de Prensa.

—¿Fue truco o lo hizo adrede el que se tragase la trampa a la señorita Clutterbuck?

—¿Por qué la ató usted de aquella manera? ¿Consiste en eso el truco del hindú de la cuerda?

—¿Y el hacerle pasar aquella vergüenza?

—¿Le sacó usted, efectivamente, del bolso la botella de ginebra?

—¿Por qué no reapareció sobre el mostrador del bar, según usted nos anunció?

—Mira, hijo, la fórmula mágica falló en algo. Estas viejas hienas son muy duras de pelar y muy refractarias a la mirada mágica. Cuando uno está más seguro de que las tiene dominadas, se le escurren de la mano. Calculo que estará ya a mitad de

camino de su casa.

—¿Nos enseñará usted cómo se domina con la mirada mágica a la gente para que podamos ensayarla nosotros mismos?

—¡Naturalmente! Si así lo queréis.

—¿Y adónde estaba toda aquella cinta de color que sacó del pecho aquel hombre? ¿No la tendría usted dentro de la manga?

Pero las niñas insistían hasta salirse con la suya:

—Señor Kafuzalum, ¿me hace el favor de firmar en mi álbum de autógrafos?

—¡Y en el mío!

—¡Claro que sí, muñecas! Pero en otro momento, Ahora dirigíos a la planta baja, donde os aguardan el pastel y la crema helada.

—¡Se lo pido de corazón, señor Kafuzalum! Es un favor especialísimo.

—Bueno, venga. Ahí lo tienes. Y ahora seguid adelante.

—Es usted un sol, señor Kafuzalum. Muchas gracias. Adiós.

El vestíbulo de entrada resonó con sus voces. Sir Henry permaneció en lo alto de la escalera, con los puños en las caderas, hasta que vio bajar a las rezagadas. Luego avanzó pesadamente hacia donde estaban Nick y Naseby.

El primero le preguntó:

—¿Qué tal le fue?

—¡Ujú! Parece que he armado arriba un verdadero lío. Espere. Vuelvo en un abrir y cerrar de ojos.

Se encaminó, por el corredor lateral, hacia su cuarto. Cuando regresó, cinco minutos después, habían desaparecido de su persona todos los vestigios del *Gran Kafuzalum*, menos el traje de etiqueta inenarrable. Traía en la boca un cigarro sin encender y la expresión de su rostro era rencorosa.

—Hijo mío, por si le sirve de consuelo, quiero decirle que durante mi actuación he comprobado todo cuanto deseaba comprobar.

—Siempre creí que lo conseguiría usted. Sin género alguno de duda. Sin el rastro más pequeño de duda. Y todo esto lo complementa. Si usted me apoya, estoy dispuesto a realizar la detención, con sus riesgos consiguientes.

Sir Henry cabeceó afirmativamente. Los dejó otra vez en lo alto de la escalera y se dirigió a la habitación de Dwight Stanhope. Abrió la puerta, entró y reapareció al cabo de un par de minutos. Y cuando se juntó con los dos hombres su expresión era aún más amarga y rencorosa.

—Le apoyaré a usted —dijo, haciendo girar el cigarro entre sus labios—. Recordará que le dije que quizá intentasen esto. Pero ¿quién diablos iba a pensar en serio que lo intentarían? Pero lo que está hecho, hecho está —su ancha cara se desarrugó—. Desde luego, en cierto sentido, esto que ha ocurrido lo complementa. Tuve esta tarde la satisfacción de librar a la familia Stanhope de una plaga...

—¿Se refiere a la señorita Clutterbuck?

—A ella me refiero. Es una plaga que abunda y está amargando la vida social

inglesa. Y vamos a ver si ahora nos libramos de otra plaga de la misma especie, que abunda tanto como aquella, aunque sea más peligrosa. De un reptil.

Buller Naseby, que otra vez se había calado el sombrero hongo, seguía inmóvil junto a la balaustrada de mármol. Sir Henry y Nick parecían haberse olvidado de él. Carraspeó y preguntó:

—¿Se han enterado... arriba?

—No —contestó sir Henry.

—¡Qué disgusto cuando se enteren!

—Desde luego, y el disgusto será mayor para una persona.

—¿Quién les dará la noticia?

—Nadie, por ahora —contestó sir Henry—. Antes que la sepan procuraremos que se desahoguen con las sorpresas que les esperan en este asunto del reptil venenoso. De ese modo habrán dado salida a sus emociones para cuando les descubramos toda la verdad. Al menos, yo así lo espero.

—El viejo Dwight quería mucho a su familia —dijo Naseby.

—¡La quería mucho! —rugió sir Henry con extraordinario furor.

Se quitó el cigarro de la boca y golpeó con la mano encima de la balaustrada. El runrún de las voces de los niños ascendía desde el vestíbulo, rebotando en los mármoles y llenándolo todo.

—Por eso precisamente ha ocurrido esto, porque la quería mucho. Ese amor le ha costado la vida. Si no hubiese sido tan reservado, si el pobre se hubiese confiado a alguien, si se hubiese confesado con cualquiera, si hubiese salido una décima de segundo de su reserva, no estaría ahí de cuerpo presente. Pero la fiera atacó al hombre solitario, y ya no valen lamentaciones. Vamos, hijo. Es mejor que esta puerta quede cerrada.

El señor Naseby se humedeció los labios.

—¿Se propone usted liquidar el asunto ahora mismo?

—Eso pienso.

Naseby adoptó una actitud un poco solemne.

—Caballero, soy un viejo amigo de la familia...

—¡Ujum! Y lo que es más aún, si el informe que me han dado es cierto, fue a usted a quien Dwight Stanhope dirigió, el jueves por la noche, la frase más significativa de cuantas se han pronunciado en este asunto. ¿Quiere acompañarnos y presenciar el final? Sí, caballero; lo que ahora viene es el final.

El señor Naseby vaciló un segundo y dijo:

—Voy con ustedes.

—No habléis de esa manera —exclamó Christabel—, diciendo que ya os habéis librado del *Gran Kafuzalum*: A mí me ha encantado el *Gran Kafuzalum*. Su manera de desembarazarse de la señorita Clutterbuck ha sido un prodigio.

Betty parecía pesarosa.

—Sí, pero la pobre señora se ha llevado un porrazo tremendo. McGovern tuvo que conducirla a su casa en el trineo. Asegura que se va a querellar contra sir Henry pidiéndole daños y perjuicios.

—¡Sería capaz! —dijo Leonor—. La verdad es que esa bruja se llevó lo que se merecía.

—A propósito —intervino de pronto sir Henry con un retintín tan especial que todos se le quedaron mirando—. Existe otra persona más de la que yo quisiera hablarles, si ustedes disponen de tiempo.

Muy pocas eran las personas que quedaban ya en el teatro. Las lámparas disimuladas en la pared bajo prismas de cristal despedían una luz amarillenta, que llenaba el teatro como neblina luminosa. La soledad de las sillas plegables, esparcidas en revuelta confusión por el suelo, era el testimonio de una invasión y de un éxodo. Veíanse incrustados en la alfombra, aquí y allá, trozos de fruta y de caramelo. Alguna niña había perdido su lazo del pelo. Aunque las cortinas estaban descorridas, el escenario se hallaba en la penumbra y solo se distinguía un montón de aparatos de magia.

Satisfecha, ahíta, agitada, descansaba Leonor en su sillón, al fondo del teatro. Betty se ocupaba en limpiar el bar.

—¿Que quiere usted hablarnos? ¿Ahora mismo? Pero yo tengo que bajar para atender a mis invitados.

—Señora —dijo sir Henry—, yo le ruego que se quede.

Cruzó el teatro y se sentó en el borde del escenario, de cara a todos. Christabel, intrigada, movió una silla plegable y se sentó en ella, indecisa.

No se había hablado aún una sola palabra del trágico suceso ni se había hecho indicación alguna aclaratoria. Sin embargo, es imposible que tres hombres que llevan en su imaginación el triste recuerdo del pálido rostro de un muerto entren en una habitación sin poner en su ambiente algo de aquella seriedad. Sir Henry, Nick y Buller Naseby no hubieran podido evitarlo aunque lo quisiesen. Sir Henry preguntó con acento inexpresivo:

—¿Dónde se encuentran los demás, señora?

—¿A quiénes se refiere? —gritó Leonor desde el fondo del teatro—. *Pinkey* y

Vincent están arreglando el montacargas del escotillón. Se enredó en un engranaje el vestido de Betty y quedó atascado. ¿Quiere que suban?

—Usted, doctor, haría bien en sentarse en uno de esos bancos —dijo sir Henry al doctor Clements.

Este, muy pálido dentro del marco de su corta barba y bigote, avanzó presuroso y tropezó en una silla plegable. La imaginación excitada de algunas de las personas presentes creyó que había surgido como un fantasma de entre las grises cortinas que cubrían las paredes.

—Mi querida señora Stanhope —empezó a balbucir—, nadie me había dicho una palabra. No tuve siquiera ocasión de...

Sir Henry le interrumpió bruscamente:

—¡No se altere! Usted también, Larkin, haría bien en acompañarnos.

El mayordomo, deshaciéndose en excusas, salió del rincón del escenario donde permanecía oculto y se acercó, señalando su presencia con un ligero carraspeo. Saltó del escenario con mucha dificultad.

Betty dijo tranquilamente desde el interior del bar:

—Ya sé de que se trata. ¡El infierno!

Christabel volvió hacia ella la cabeza.

—Mira, cariño: hazme el favor de no usar esas expresiones. No es que me parezcan mal, sino que no te sientan a ti. No van bien con tu tipo.

Betty apartó un platillo lleno de patatas fritas a un lado del mostrador y contestó:

—Lo que he dicho no tiene nada de particular. ¿Se acuerda usted de aquel *cabaret* al que nos llevaron usted y papá en Montmartre, cuando Leonor tenía quince años y yo dieciocho? Era un lugar perfectamente correcto; papá nos sacó de allí volando. Se llamaba El Infierno. Hoy he dicho yo a alguien que esta casa me hacía recordar el *cabaret* aquel.

—No ha barruntado mal —comentó Nick.

Christabel miró en derredor suyo llena de asombro y preguntó:

—¿Quieren decirme de una vez de qué se trata?

Sir Henry la miró.

—Señora, yo sé que hay aquí personas que quizá pedirán mi cabeza cuando le diga quién es el que intentó matar a su esposo.

En el profundo silencio que se produjo, sir Henry encendió una cerilla y con ella su cigarro.

—De modo que es de eso de lo que se trata —dijo Leonor.

Betty gritó:

—¡Nick!

Y extendió la mano.

El joven se acercó inmediatamente a ella.

Christabel suspiró:

—¡Ay Betty, Betty! —con un tono que no dejaba adivinar su intención—. ¡Betty,

Betty, Betty!

Sir Henry prosiguió:

—Dirán quizá esas personas que soy un viejo fósil, decrepito y sin seso, que ha llegado ya a la edad senil y que merece sentarse en la Cámara de los Lores. Por eso, no habrá más remedio que exponer ante ustedes las pruebas que hemos recogido y las conclusiones a que hemos llegado el inspector Wood y yo.

—¿Me permite un momento? —Christabel volvió la cabeza hacia Nick. Jamás había visto este una sonrisa más atrayente—. Señor Wood, ¿tiene inconveniente en que le haga una pregunta muy personal, descortés y quizá insultante?

—De ninguna manera. Venga ya.

—¿A cuánto ascienden sus ingresos anuales?

Nick quedó un momento pensativo, y contestó:

—Así, de sopetón, no puedo entrar en detalles, señora. Pero creo que andan alrededor de las tres mil libras.

—¿Tanto? ¿Es que cobra usted pagas extraordinarias en el Cuerpo de Policía?

—No se trata solo de mis salarios, según habrá podido usted adivinar por algún dato que le dio Vincent James. Lo siento, pero la verdad es que son bienes heredados. Cualquiera diría que, al entrar en la Policía, he quitado el pan a otro que lo necesitaba más; pero yo no podía pasarme la vida cruzado de brazos y sin hacer nada.

—¡Ujum! —exclamó indolentemente sir Henry—. También esto entra en el programa.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cómo es eso? —exclamó Christabel.

—Señora, ayer me hizo usted dos preguntas. Primera, cómo pudo ser que su esposo se disfrazase de ladrón. Segunda, quién lo apuñaló. Voy a contestar a estas preguntas, si usted tiene la amabilidad de escucharme.

—Prosiga usted.

Sir Henry guardó silencio un momento.

—Será bien que, para empezar, oiga usted las conclusiones a que el inspector Wood llegó por sí mismo. Después le contaré lo que he descubierto yo. Ya ve que hemos partido de dos direcciones distintas, pero que convergen y se ajustan. Lo mismo que la máscara y el rostro. Igual que la llave y la cerradura.

Sir Henry dio dos chupadas al negro cigarro, se quedó mirando las volutas de humo, que ascendían hacia la penumbra de la gruta dorada que formaba el escenario, y siguió diciendo:

—Vamos a ver si vuelven ustedes con el recuerdo a la noche del jueves. O, para ser más concretos, a las primeras horas de la madrugada del viernes. Cuando ocurrió el robo. Cuando Stanhope, oculto en su disfraz, es apuñalado y pateado junto al aparador del comedor. Allí fue donde lo encontró el inspector Wood. Después de una ojeada a escena tan sorprendente, el inspector Wood encarga a Larkin que examine los cierres de todas las puertas y ventanas de la planta baja —sir Henry miró a Larkin arqueando una ceja—. Vamos a ver, muchacho, si nos dices lo que descubriste.

El mayordomo carraspeó.

—Descubrí, señor, que todas las puertas estaban cerradas con llave y el pasador echado por dentro.

Sir Henry aprobó con un movimiento de cabeza.

—Perfectamente. Vamos ahora al comedor. Las ventanas de este dan a un voladizo, cuyo suelo se hallaba cubierto por una ligera capa de escarcha helada. En esta capa de hielo había pisadas de una sola persona (pisadas de las zapatillas de tenis que calzaba el ladrón), y todas ellas estaban en dirección a la ventana por la que se realizó el escape. ¡No había otras huellas! ¡Aquellas solamente! ¿Comprenden ustedes lo que esto significa? Significa una cosa: que Stanhope no salió de la casa por una de aquellas ventanas, para luego dar media vuelta y volver a entrar por ellas. No pudo hacer semejante cosa. Las dos ventanas estaban cerradas por dentro. Él avanzó desde el exterior, marcando aquellas únicas huellas en la capa de escarcha helada; cortó el cristal de la ventana del comedor, dio vuelta al sujetador y se metió dentro. Todo esto es evidente, ¿verdad?

—En efecto —reconoció Christabel.

Sir Henry echó el busto hacia atrás, adelantó vivamente las manos y preguntó:

—Pero, ¡demonio!, ¿no comprende usted aún?

—No.

—Entonces, ¿quiere decirme, para empezar, por dónde diablos salió Stanhope de la casa?

Hubo un silencio general.

—Por alguna de las ventanas altas. Pero no; espere.

—¿Por alguna de las ventanas altas? —repitió sir Henry—. Veamos. Representé en su imaginación el plano de esta casa vista desde fuera. Tiene muros lisos, rectos, sin una cañería de agua o un tallo de enredadera que rompa su línea vertical. La altura de los pisos es de cinco metros, con una bóveda de setenta centímetros entre piso y piso. Esto nos da una altura de seis metros, que tenía que salvar para salir fuera de la casa desde el piso primero. ¿Cómo iba a salvarlos? ¿De un salto?

Christabel gritó asustada:

—¡Santo Dios, eso no pudo ser! Dwight padece...

El señor Naseby la interrumpió con tono tristón:

—Dwight es hombre de una constitución física especial. ¿Un salto así? Ni pensarlo. Es hombre que evita hasta los juegos en los que es preciso correr. Ya se lo dije al inspector Wood.

Sir Henry volvió a cabecear afirmativamente.

—Perfectamente. Esa idea de que no era probable que un hombre como Stanhope se hubiese escurrido de una ventana situada a seis metros de altura, dejándose caer sobre un suelo duro como el hierro, se le ocurrió al inspector Wood de repente en medio de la noche. No podía haber hecho eso aunque hubiese dispuesto de una cuerda.

Sir Henry miró hacia donde estaba Nick Wood y prosiguió:

—Era aquel un pensamiento desconcertante y conturbador. Sin embargo, ¿quién sabe? Aquello habría constituido un grave riesgo para Stanhope, pero todo es posible. Por eso mi joven amigo tenía que averiguar si la noche aquella dispuso de una cuerda cualquiera. A este efecto, llamó Nick por el teléfono interior a Larkin durante las primeras horas de la madrugada, y Larkin le contestó...

El mayordomo carraspeó:

—Yo le contesté, señor, que había revisado todas las ventanas del piso primero inmediatamente después que el señor Stanhope fue apuñalado. No había en ellas cuerda de ninguna clase, ni nada que pudiese servir para descolgarse colgaba de ninguna.

Nick oprimió la mano de Betty, que la tenía descansando en el mostrador del bar. En aquella atmósfera cerrada y viciada, el humo del detestable cigarro de sir Henry empezó a producir sus efectos en ojos y bronquios. Desde el fondo del teatro habló Leonor con fatigado desgair:

—Pero dígame, Homero: ¿adónde va usted a parar con todo eso? Si papá no pudo salir de la casa por la planta baja, y tampoco desde el piso de arriba, ¿quiere usted decirme cómo se las arregló para salir?

Sir Henry extendió las dos manos.

—En efecto, mocita. No pudo salir... y no salió.

—¿Qué dice usted?

Sir Henry se incorporó con expresión modesta y amable y paseó su mirada por la concurrencia, como desafiando a todos a que le contradijesen. Y dijo por fin:

—Y ahora vamos con lo descubierta por mí —y se dio unos golpecitos en el pecho—. Llegué a esta casa con los pies hechos una llaga, rendido y renegado. ¡Pobre ojo mío! Me sentía mitad Carlos Primero en el patíbulo, mitad un pato selvático agonizando en medio de una tormenta. En el vestíbulo de la servidumbre me informaron de algo que no podía ser cierto. Y téngase en cuenta que yo estaba hablando con uno de los hombres que llevaron a Stanhope a su cuarto, lo desnudaron, lo lavaron, lo metieron en la cama y tiraron sus prendas de vestir a un ropero. Todo ello antes que hubiese llegado el médico. Cuando era él quien hubiera debido verlo todo antes que nadie.

Sir Henry hizo un guiño al doctor Clements. Este hombrecito rechoncho estaba sentado en el borde de una silla plegable, con la vista en el suelo. Pero cuando la levantó para mirar a sir Henry, había en ella un ligero matiz de compadrazgo. Sir Henry prosiguió:

—Pasemos ahora a la cuchillada que Stanhope tenía en el pecho. Vamos, doctor. Me voy a ceñir a las explicaciones que dio usted al inspector Wood. Si en algo me desvíó, haga el favor de llamarme la atención.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Perfectamente. La incisión era recta y profunda, y había sido producida por una

hoja muy fina, de cuatro a cinco pulgadas de larga. ¿No es así?

—Así es.

—¡Ujum! Y el peligro para la vida de Stanhope podía provenir de una hemorragia interna.

—En efecto.

—Tan apretados estaban los bordes de la herida que a usted le costó trabajo localizarla. Eso fue lo que dijo, ¿no es cierto?

—Eso dije.

—Se trataba de una herida como tantas otras, ¿verdad?

—Partiendo de que fue producida con una hoja fina, no tenía nada de particular.

—¡Ujum! Ya estamos llegando. Dígame, doctor: ¿cuál es la característica principal de esta clase de heridas?

La barbada boca del doctor Clements se contrajo con una sonrisa superficial y amarga. Y miró en derredor suyo.

—La característica principal es que no sangran hacia afuera.

Era lo que Nick estaba esperando. Lo veía venir y calculaba el efecto que produciría en los oyentes. Aun así, le sorprendió la contundencia de los efectos que produjo. Hubo varios en el grupo que lardaron quizá diez segundos en comprender el alcance de las palabras del doctor Clements. La silla plegable en que estaba sentada Christabel dejó oír un leve crujido al ponerse esta en pie bruscamente y decir casi chillando:

—¿Que no sangran hacia afuera? ¿Está usted loco?

—No lo está, señora —dijo sir Henry.

—Si lo que más espanto me produjo fue eso precisamente —gritó Leonor—: el verlo caído en el suelo, con la chaqueta empapada en su sangre, y la camisa, y los pantalones, y...

—No, joven. Usted no vio eso que dice —dijo sir Henry.

—Este hombre está chalado —exclamó con viveza Leonor, y se puso en pie.

Sir Henry explicó sin incomodarse:

—La sangre que usted vio no era suya. Pertenece a otro.

El cigarro de sir Henry se había apagado. Lo encendió de nuevo, volviéndose de cara al escenario para raspar la cerilla, cuya amarillenta y ruin llama resaltó sobre la penumbra de aquel, y empezó a brillar como una brasa la punta del cigarro. Entonces prosiguió:

—Veamos. La cosa es muy sencilla. En seguida que oí hablar de una herida que se compaginaba mal con la gran cantidad de sangre vertida, me dio en la nariz que había trampa. Pero la herida estaba allí, con sus características. Y la sangre, también. Para comprobarlo, hice que Nick me mostrase las ropas del ladrón. Hay que hacer justicia al doctor Clements. Él no vio las ropas. Tampoco vio a Stanhope hasta que estuvo en su cama, ya lavado. Por eso no descubrió nada de particular que poner en su informe. Parecía una herida que no había sangrado hacia afuera, pero no era así.

Ayer dije yo que, para ver claro en este asunto, bastaba con contestar ¡no! a varias de las preguntas. ¿De qué manera salió Stanhope de la casa? No salió. ¿Por qué Stanhope, que odiaba disfraces y bromazos, se vistió con las ropas de un salteador? No se vistió con ellas. Señoras y señores, ¿no están ustedes viendo que el asesino cambió sus ropas con la víctima?

Sir Henry se acomodó mejor en el borde del escenario y dijo:

—Señor Buller Naseby.

—¿Me llama usted a mí? —chilló el señor Naseby.

—Haga memoria. Cuando el jueves por la noche conversó usted con Dwight Stanhope arriba, en el teatro, esforzándose por interesarlo en ese negocio suyo del Hombre de Oro...

—Siga usted.

—... ¿le dijo él a usted: «Yo sólo ando a la caza de un Hombre de Oro»?

—¿Por qué lo pregunta?

—No se preocupe. ¿Se lo dijo, sí o no?

—Sí que me lo dijo.

—¿Comprendió usted el sentido de esas palabras?

—No.

—¡Qué lástima! —exclamó sir Henry, acompañando sus palabras de un balanceo lento y triste de su cabeza—. Fue una verdadera lástima, porque de haber comprendido usted su significado, nos hubiéramos ahorrado todas grandes molestias.

—¿El Hombre de Oro? —chilló Christabel—. ¿Qué fantasía es esa? ¿De qué Hombre de Oro se trata?

Sir Henry exclamó pensativo:

—En fin de cuentas, ya ve usted que solamente podía referirse a una persona.

En aquel momento una voz gritó en alguna parte:

—¡Ya está!

Solo algunas personas del grupo hubieran podido decir quién daba aquella voz y dónde se encontraba, Quizá llegaban las palabras de algún rincón del teatro o quizá de debajo del tablado. Pero todos los circunstantes vieron brillar una luz en el oscuro escenario, a espaldas de la inmóvil corpulencia de sir Henry. Y mientras este hablaba, la luz se proyectó sobre el techo.

—Solo había una persona de talla y corpulencia parecidas a las de Dwight Stanhope, y que hubiera podido cambiar sus ropas por las de aquel. Solo hay una en esta casa. Hasta el punto de que, en cierta ocasión, el jueves por la noche, y en este mismo local, hubo alguien que confundió a Stanhope con esa persona de que hablo, mientras no le vio la cara.

—¡El Infierno! ¡Esta casa es verdaderamente El Infierno! —exclamó Betty.

—El montacargas de la trampa está subiendo —hizo notar Christabel.

—Pues, en efecto, ocurrió esa confusión de que les hablo —la voz de sir Henry adquirió en aquel momento inflexiones de ternura feroz—. Y por rara casualidad, el

individuo a que me refiero viene en este mismo instante a visitarnos. Ahí llega el Hombre de Oro, bobalicones amigos míos. Aquí tenemos al asesino.

El montacargas del escotillón se movía suavemente sobre sus engranajes bien engrasados, pero no subía con la rapidez acostumbrada, y en su movimiento ascendente interceptaba la luz. Hombres y mujeres del grupo vieron aparecer, primero, la cabeza; después, los hombros; después, el busto, y, finalmente, las piernas. No había terminado de hablar sir Henry, cuando asomó la cabeza, y el haz luminoso proyectado desde abajo iluminó ciertos detalles que se descubrían siempre en el semblante agradable de Vincent James, detalles, entre otros, muy notables en sus ojos.

—¿Me llamaron ustedes? —preguntó Vincent.

El escotillón se había cerrado y el joven permanecía sin moverse en la penumbra del escenario. Sir Henry le dijo:

—En cierto sentido, sí. Es mejor que baje usted del escenario, porque dentro de unos momentos lo van a llevar a usted preso a la Comisaría de Policía.

Nick Wood no perdía de vista a Leonor. Solo él la vio erguirse y echar a correr hacia el cuadro distribuidor. Pero todos vieron encenderse las luces de la boca del escenario, envolviendo a Vincent James en su claridad. Leonor parecía estar poseída de una inspiración diabólica. Hubiérase dicho que en aquel instante penetraba, a través de las facciones, hasta el cerebro mismo. Tenía la mano derecha en el cuadro de luces, y se apretaba con la izquierda el pecho, encima del corazón, respirando ruidosamente. Examinaba el rostro de Vincent. Pasaba y repasaba sus ojos inquietos por sus facciones.

Vincent, que había empezado por reírse cordialmente, calló de pronto.

Y Leonor gritó:

—Es cierto. Algo me decía el corazón, pero no acertaba a ver claro. Por el Dios Todopoderoso, es cierto.

—Veamos. ¿Qué broma es esta? —preguntó Vincent, y dio un paso atrás.

—No se trata de ninguna broma, muchacho —dijo sir Henry sin levantar la voz.

—Lo que ha oído, Vincent —dijo Nick—. Lo llevo a usted preso.

—¿Y de qué se me acusa?

—De asesinato.

Betty hizo un movimiento involuntario con el brazo y lanzó con el codo el platillo de las patatas fritas fuera del mostrador. Estas fueron a caer a los pies de Buller Naseby, que no hizo movimiento alguno para recogerlas.

—Querrá usted decir por intento de asesinato —rectificó Christabel, procurando no dar importancia a sus palabras—. Eso, si es verdadera la acusación.

—¿Que si es verdadera? ¿Que si es verdadera? —exclamó Vincent.

Nick le estudiaba detenidamente. Nick pensaba: «Es la primera vez en su vida que este hombre se encuentra acorralado. Es una sensación nueva para él y no sabe cómo salir del paso».

Vincent sonreía con su habitual sonrisa, llena de simpatía y de condescendencia. Pero la expresión de sus ojos formaba sutil contraste con la impresión que producían sus cabellos claros y ensortijados, el corte discreto de su terno azul oscuro, la línea correcta de su frente, nariz y barbilla. Finalmente, movió su cabeza como si no

acertase a comprender, y dijo:

—La verdad, no caigo. Quizá sea un poco tardo de mollera, pero...

—Muchacho —le interrumpió con acento melancólico sir Henry—, a fuerza de repetir esa cantilena, han acabado las gentes por creérsela. ¿Cuánto le pagaron por las esmeraldas de Cataract House? ¿Y por el Leonardo de Pensbury Old Hall? Para ver todo lo inteligente que es usted, hay que verlo cuando está a solas con una mujer. Entonces no puede resistir a la tentación de pavonearse. No, muchacho. Usted es muchísimo más inteligente de lo que aparenta.

Christabel echó mano de otra silla y se dejó caer en ella.

—¿Habla usted en serio, viejo? —preguntó Vincent con la suave arrogancia que le distinguía, y que producía el efecto de una bofetada—. ¿Y qué imaginan ustedes que he hecho?

—¿Le agradecería que yo se lo contase todo a estas señoras y señores?

—Despáchese a su gusto, viejo.

—Vaya, pues, Leonor Stanhope...

—Un momento —le interrumpió Christabel—. Oiga, Larkin, creo que sería mejor que se retirase.

—Sí, señora.

—Supongo que no hará falta recomendarle silencio.

—No, señora.

—Prosiga, sir Henry.

—Leonor Stanhope se había enamorado profundamente de un hombre. El padre de la joven sabía que aquel era un farsante y un simulador. Ahí tienen ustedes, resumida en pocas palabras, toda la triste historia.

Christabel se puso en pie y volvió a sentarse. Sir Henry siguió diciendo, señalando de paso a Vincent:

—Mírenle ustedes. ¿A quién les recuerda? ¿No se les ocurre quién puede ser el héroe de ciertos libros leídos en los años de colegio, y al que este hombre se ha esforzado constantemente en parecerse, copiando sus rasgos uno a uno?

—Yo diría...

—¿No han oído ustedes hablar de Raffles, el ladrón por afición? —preguntó Nick.

—En mis años juveniles —siguió diciendo sir Henry—, cuando tomábamos muy en serio las novelas que leíamos, jamás pude soportar a uno de los tipos novelescos. A Raffles precisamente. Cuantas veces quise leerlo, se me resistió. Lo que yo no podía tragar era que el autor supusiese que nosotros debíamos considerar a semejante tipo como a un caballero. Recordarán ustedes que Raffles era gran jugador de *criquet* y un perfecto elegante. Por su perfección en el juego de *criquet* le invitaban a las casas de campo. Una vez en ellas, cometía cuantas raterías le daba la gana, y se justificaba a sí mismo diciendo que el despojado era una persona de gustos plebeyos. El autor creía que estábamos obligados a aplaudir al individuo elegante y de corazón

generoso, que robaba al rico para dárselo a A. J. Raffles, celebrando su hazaña. Pero dejémonos ahora de novelas. En la vida real suelen darse tipos como el de Raffles. Abrigan la íntima convicción de que han nacido para ser grandes figuras en la sociedad. Si carecen de dinero, se creen con derecho a tomarlo de donde lo hay. Ellos están en lo cierto y todos los demás estamos equivocados. Este guapo mozo que tienen ustedes delante —y sir Henry apuntó hacia Vincent con su cigarro— se gana la vida como maleante habitual. Para no lastimar sus sentimientos, diré que se la gana como maleante aficionado. Le invitan de todas partes. Se conoce la mitad de las grandes casas de Inglaterra como la palma de su mano. Y sabe también lo que tiene valor, en qué manos está y de qué manera ha de echarle el guante. Por regla general, no cometerá nunca la botaratada de despojar a otro huésped de una sarta de esmeraldas mientras convive con él en la misma casa. Puede muy bien hacerlo operando desde fuera. Le bastan dos o tres golpes buenos al año para vivir en la abundancia. Lo más admirable de su manera de trabajar consiste en que, cuando opera desde fuera, prepara las cosas para que se atribuyan a un trabajo hecho desde el interior de la casa misma, y viceversa, si opera desde dentro, hace creer que se trata de un trabajo hecho por alguien de fuera de la casa. Y esa es la razón de que el inspector Wood no lo identificase desde el primer instante como el ladrón de Pensbury Old Hall y de Cataract House, porque la técnica empleada no era la misma. Por ejemplo, si ha decidido llevarse un cuadro de Leonardo de Vinci...

—No siga, patrón —suplicó Vincent.

Nunca había visto Nick en una cara expresión de asombro tan bobalicona y tan convincente como la de James.

—Puesto que parece que me achacan alguna mala acción, lo mejor sería que empezase por explicármela. ¿Quién es este Leonardo *de-no-sé-cuántos*? Me imagino que se trata de algún extranjero de raza morena. ¿A qué se dedica?

—Muchacho —le contestó sir Henry con aire de reconvención— esa táctica está ya muy pasada de rosca. Parece que no piensa usted en otra cosa que en insistir, venga o no venga a cuento, en que no sabe usted una palabra de temas de pintura. ¿No cree que exagera?

—De ninguna manera, porque es un hecho cierto.

—¡Ujum! ¿Y cómo conoce el verdadero nombre del Greco? —y sir Henry prosiguió como si hablase consigo mismo—: Yo no sé si habrá muchas personas capaces de afirmar, de sopetón y terminantemente, que el gran pintor español-cretense conocido por *el Greco* se llamaba Domenico Theotocópuli. Y lo curioso del caso es que ayer, estando en la sala de billar, y en un momento de descuido y sincera perplejidad, salió usted, refiriéndose al cuadro del Greco, con la pregunta siguiente: «Pero ¿qué tiene que ver el buen Domenico en este asunto?». Pero no insisto en detalles. Así. Lo que yo quiero decirle es que Dwight Stanhope descubrió quién era usted. Cómo conoció sus actividades, quizá no lleguemos a saberlo jamás...

Christabel rectificó:

—No lo sabremos mientras no vuelva en sí.

—Eso es —dijo sir Henry pausadamente después de una breve pausa—. Mientras no vuelva en sí.

El silencio era tan angustioso que obligaba a Nick a mirar a todas partes menos a las caras de Leonor y de Christabel. Tampoco sir Henry se atrevía a mirar a las dos mujeres. Daba violentas chupadas a su cigarro y clavaba la vista en el suelo.

Vincent James dio unos pasos en el escenario y se apoyó, sonriente, en el arco de la boca del mismo. Sir Henry carraspeó con fuerza para aclarar su garganta.

—Prosigamos. Leonor, el ojito derecho de Dwight, se había enamorado locamente de este farsante y simulador. Si algo odiaba Dwight era eso, la farsa. Pero lo que él no podía hacer era hablar a su hija y decirle: «Mira, niña: has dado en hueso, porque este fulano es esto y lo otro». Creo, conociendo a las personas, que obró sabiamente. Es muy posible que la mocita no quedase convencida. O que no viese al individuo en cuestión en toda su ruin fealdad, y se lo imaginase como una especie de personificación romántica de Robín Hood, el bandido generoso. Dwight Stanhope fue en esta ocasión el hombre reservado y tranquilo de siempre. No varió de norma de conducta. No iría con explicaciones a Leonor. Le metería la verdad por los ojos. Montaría...

—Una trampa —bisbiseó Christabel.

Sir Henry asintió con la cabeza.

Nick exclamó:

—«¿Quiere usted pasar a mi gabinete?».

Nick estaba viendo delante de él la cara de Dwight Stanhope.

—¿Qué quiere decir con eso, inspector Wood?

—Son palabras que su esposo pronunció en cierta ocasión. Pero dejémoslo por ahora. Adelante, sir Henry, porque es usted quien está en escena... Hasta cierto punto.

Otra vez cabeceó afirmativamente sir Henry y las comisuras de sus labios marcaron curvas descendentes.

—Magnífica su idea: montar una trampa y traer a casa un policía. Con este objeto, bajó los cuadros más valiosos (que en la galería de pinturas estaban protegidos por un sinfín de timbres de alarma) a la planta baja, dejándolos sin protección alguna. ¡Un cebo! Y, al propio tiempo, hace correr entre todos sus amigos el rumor de que se encuentra en apuradísima situación financiera. ¡Más cebo! Y maese Vincent James piensa para sus adentros: «¿Esas tenemos? ¿De modo que el viejo está arruinado? ¡Claro! Prepara el robo de los cuadros para cobrar el seguro. ¿Por qué no echarle una mano?». Maese Vincent James no sabía que eso precisamente era lo que Stanhope buscaba. ¿El disfraz de ladrón? Prendas ya viejas que había empleado en otros robos. Todas ellas de serie, sin etiqueta ni marca que permitiese seguirles la pista, si acaso alguna se le perdía. La mala suerte obliga a veces a los salteadores de casas a dejar sobre el terreno una gorra, una chaqueta o

incluso un par de zapatos. Pero prendas como las que trajo aquí pasan inadvertidas hasta para el ayuda de cámara que deshace el equipaje. ¿Gorra y americana de mezcla? Cosa corriente. ¿Pantalones de pana? Muy apropiados para esquiar en este tiempo. ¿Zapatillas de tenis en invierno? Sí, señor, porque en el garaje hay una magnífica cancha de *squash*.

Leonor, que seguía junto al cuadro de distribución de luces, se echó a reír, y Christabel volvió hacia ella la cabeza, preguntándole:

—¿Tan divertido lo encuentras, querida?

—No es que lo encuentre divertido, cariño. Es que pensaba en otra cosa.

—¿En qué pensabas?

—En que la volcánica pasión que el mozo sentía por mí empezó a enfriarse de pronto, y es que seguramente había oído los rumores de que papá estaba arruinado.

Por las mejillas de Leonor empezaron a correr lágrimas silenciosas.

—¡Señora! ¡Señorita! ¡Ea! —bramó sir Henry, pero tan embarazado por la emoción que casi se le escapó de los dedos el cigarro.

—Prosiga, sir Henry —le indicó Christabel—. Lleguemos al escaló de la casa, que tuvo lugar en la noche famosa.

Sir Henry se agarró a la oportunidad.

—Nuestro míster James estaba ya listo para entrar en acción a eso de las tres de la madrugada. ¿Dónde cae su dormitorio? —preguntó sir Henry mirando a Nick.

Este le contestó:

—En el primer piso, encima precisamente del comedor, y da a la fachada posterior de la casa. Se halla separado del mío por el cuarto de baño, que es común a los dos.

—¡Ujum! Encima del comedor. Y ahora, muchacho, ¿quieres decirme qué es lo que en las ventanas de todos los dormitorios hay sujeto a un gancho de hierro?

—Una cuerda de salvamento para casos de incendio, patente Southerby.

—Tarea sencilla. Se disfraza y después se descuelga por la cuerda, quedando esta pegada a la fachada. Me han dicho que duerme siempre con las dos ventanas abiertas de par en par. Merodea por el jardín. Supongamos que alguien de la casa está despierto y ve su sombra fantasmal. Al día siguiente lo recordará, y será una prueba más de que el ladrón vino de fuera. No ocurre novedad. A las tres y cuarto sube a la ventana del comedor, corta el cristal, se desliza dentro, descuelga el cuadro del Greco y da comienzo a la faena de desprender la tela del marco. Pero hay un detalle con el que no ha calculado: que Dwight Stanhope le estaba esperando.

Sir Henry evocó la oscuridad del comedor con un gesto de terrible elocuencia; la linterna eléctrica, despidiendo su finísimo haz luminoso, desde encima del aparador; el ladrón, encorvado sobre la pintura, y de pronto un crujido en el silencio, al mover Stanhope el pie para dar un paso.

—Un paso para avanzar desde un lado de la chimenea, a espaldas del ladrón. Así estaba Stanhope, en pijama, zapatillas y un grueso batín de lana azul. Su enemigo

hacía caído en la trampa —sir Henry apuntó con un dedo regordete—. Fíjense bien; ¿no eran suficientes las huellas digitales descubiertas para haber hecho comprender a todos que no era Stanhope el ladrón? Yo estuve ayer en el comedor. Por todas partes había manchas de polvo gris para descubrir huellas digitales. Las que allí se pusieron en evidencia me hicieron recordar las novelas de Fenimore Cooper con sus indios siguiendo la pista. Todas ellas conducían, en línea diagonal, desde la chimenea hasta el aparador. Huellas digitales de Stanhope sobre la chimenea. Huellas de Stanhope en la mesa del centro. Huellas en el aparador. Y huellas en el mango del cuchillo de postre. Pero tengan ustedes bien presente que el ladrón llevaba guantes. Si el ladrón era Stanhope, ¿cómo diablos aparecían sus huellas por todas partes? Y la cosa es más chocante, porque quienes estuvieron con él en el comedor aquella noche, durante la velada, juran que no solo el aparador, sino que ni siquiera llegó a tocar la mesa ni la chimenea.

—Certísimo —gritó Buller Naseby.

—Con estas explicaciones podrán ya imaginarse lo que ocurrió. Dwight debió de decir algo como: «Señor *esto-y-lo-otro*, lo pesqué. Quédese ahí, que voy a poner en alarma a toda la casa». Y fue a agarrar al señor James con ambas manos. Eso fue una tontería de Stanhope. Nuestro Raffles era veinte años más joven y muchísimo más fuerte. Tapó a Stanhope la boca con una mano y le enlazó el cuerpo con la otra. El cuchillo de postre estaba encima del aparador. Me imagino que debió de saltar del frutero cuando el ladrón subió encima del mueble para poder descolgar el cuadro. Stanhope debió de verlo a la luz de la linterna; echó mano de él con un movimiento instintivo y asestó una cuchillada a su adversario, tirando el golpe hacia el pecho. El corte que le hizo era poco profundo y nada peligroso. Pero empezó a sangrar como un demonio. Nuestro Raffles es como un toro bravo, que se crece al castigo. Agarró la muñeca de Stanhope, se la retorció, cogió el cuchillo que este había soltado y se lo clavó en el corazón. Eso, al menos, creyó él. Y cuando lo vio en el suelo...

—¡Por amor de Dios, sir Henry!

—Lo siento, mocita. Pero así ocurrió.

Christabel se había puesto pálida, pero conservó su entereza y dijo:

—¡Las zapatillas de tenis! Así se explican las magulladuras poco profundas alrededor de la cabeza, y que atribuimos a alguna persona de poco peso y estatura. Es que el ladrón llevaba...

Sir Henry aspiró con fuerza por las narices.

—Ha dado usted en el clavo, señora. Si usted intenta dar puntapiés a otro con zapatillas de tenis, se lastimaría a sí propia más que al otro, por mucha que sea su furia. Pero, en este caso, el ladrón tenía que desahogarse. Fue más eficaz cuando pateó a su víctima con la planta del pie.

—Tenga cuidado, señor.

—Yo sé lo que me hago. Si ahora se enteran bien estas señoras de la alhaja que acogieron en su casa, sufrirán menos con otras cosas.

—Prosiga, sir Henry —le indicó Christabel con acento de completa serenidad.

—Y entonces, desahogado ya, el ladrón se encontró en situación terrible. Lo vio con toda claridad. ¡Asesinato! Y lo que lo descubriría sin remedio a él era...

—La sangre —dijo Betty.

—Eso mismo. Tiene las ropas empapadas en su propia sangre. El plan que se había trazado era muy sencillo: se apoderaba del Greco, lo escondía bien a su gusto en algún lugar de la casa donde lo tuviese a mano para retirarlo en otro momento... Aunque la Policía sospechase que el golpe había sido dado desde dentro, aunque descubriese el escondrijo de la tela, nunca podrían culparlo a él por falta de pruebas. Pero la situación en que ahora se encontraba no era esa. Había cometido un asesinato. Además, ¿cómo iba a desembarazarse de las ropas ensangrentadas y cómo iba a disimular la herida del pecho? Veamos. ¡Calma! ¡Inspiración! Allí está la víctima, y parece muerta. El batín se ha abierto durante la lucha, cosa natural. La herida apenas si ha dejado escapar dos o tres gotas de sangre. A decir verdad, se ve únicamente el corte producido en el pijama. ¿Quién repara en un pijama? Todos parecen iguales. En efecto... ¡Ya está! ¡Qué idea! Stanhope se halla en apuros financieros. Con seguridad que los cuadros están asegurados. Simulación de robo. Con que al ser descubierto por los moradores de la casa, lo encuentren disfrazado con las prendas indicadas para cometer el robo, habrá cambiado totalmente el panorama y se habrá puesto él a cubierto de todo peligro. Yo diría que a ningún presunto asesino se le ha ocurrido jamás desembarazarse de las ropas manchadas de sangre con tanta limpieza ni con tanto salero como poniéndoselas a su víctima. De modo que Vincent James cambió de indumentaria con su víctima. No quedaba allí ningún objeto que guardase relación con él, ni siquiera el reloj de muñeca. Encontró en el bolsillo del batín de Stanhope un pañuelo y un par de cartas sin importancia, que había metido allí después de leerlas durante el desayuno, cosa bastante corriente. Se las puso a Dwight en uno de los bolsillos del disfraz. Tenía que salvar todavía un gran inconveniente: su propia herida. Había restañado una buena cantidad de sangre con su pañuelo, pero no podía seguir así si tenía que actuar. Cortó un par de tiras bastante largas del rollo de esparadrapo y se sujetó con ellas el pañuelo de Dwight al pecho. Hecho esto, se vistió el pijama y el batín.

—¡Un momento! —gritó Christabel, interrumpiendo a sir Henry con el mismo acento de tranquilidad sobrehumana.

—Diga usted, señora.

—Me refiero al tremendo estrépito del servicio de plata que se escuchó en medio del silencio de la noche. Todo el mundo parece haberlo oído menos yo. ¿Fue acaso...?

—¿Producido durante la lucha? De ninguna manera. Eso fue, como si dijéramos, el último acto, la gota de agua que llenó el jarro. A eso iba a referirme ahora.

Vincent James seguía sin moverse ni abrir la boca.

—Yo calculo que el ladrón penetró en el comedor a eso de las tres y cuarto. El

estrépito producido por la vajilla de plata no se oyó hasta las tres y veintiocho minutos, de modo que dispuso de amplio tiempo para el cambio de ropas. Observarán ustedes que el inteligente caballero quiso apurar demasiado la ilusión. Sin embargo, la idea en sí era acertada. Tenía que evitar a toda costa que nadie sospechase que las ropas con que el cadáver se hallaba vestido no eran auténticas. Bastaba que alguien tuviese esa sospecha para que se le estropease todo. ¿Cómo conseguirlo? Muy sencillo. Si ustedes oyen un gran estrépito de objetos que caen chocando entre sí, y cuando acuden al lugar encuentran a una persona caída en el suelo como después de una riña, piensan, sin duda alguna, que el estrépito se ha producido durante esta. ¿Me siguen ustedes? A nadie se le ocurre que haya habido tiempo para realizar el cambio de vestimenta. Mi opinión personal es que ni la vajilla de plata ni la linterna eléctrica fueron tocadas durante la lucha. Este Raffles que tenemos aquí formó un gran montón con todo junto al borde mismo del aparador. Gran número de piezas de la vajilla mostraban después grandes arañazos, cosa imposible de ocurrir si hubieran caído simplemente encima de la tupida alfombra. Parece como si hubiesen caído de golpe unas encima de otras y todas en el mismo sitio. Y ya estaba listo. Apagó la linterna y la metió debajo del cuerpo de su víctima. Dio un empujón al montón formado con la vajilla de plata, se largó a toda prisa por la ventana y trepó por una cuerda cuando aún resonaba dentro de la casa el estrépito de la vajilla. Y se buscó también una coartada bastante buena para tratarse de una improvisación.

—No era mala, desde luego —dijo Nick con amargura—. Antes que yo me despertase del todo y pudiese discurrir con claridad, hubo tiempo de hacer crujir los muelles de su cama y de encender la luz para preguntarme si no había oído nada.

Vio cruzar como un relámpago por la boca de Vincent una sonrisa desdeñosa.

—¿Recuerda usted, señora Stanhope, lo que ocurrió luego? ¿Recuerda que él bajó al comedor empuñando un hurgón?

Christabel se incorporó y dijo:

—¡Espere! Recuerdo, sí, que metió la mano por debajo del batín y la mantuvo sobre el lado izquierdo del pecho...

—En efecto, la sostuvo allí de esta manera. Cuando leía mi  *carnet* , pensé que algo le dolía. Naturalmente, la herida. Alrededor de una hora más tarde fui yo al cuarto de baño que separa nuestras dos habitaciones y me lavé la cara. En el fondo de la palangana había un sedimento rojizo.

—¿También de sangre?

—Indiscutiblemente. Vincent se lavó el pecho con una esponja y volvió a cubrirse la herida mientras yo bajaba a ver lo que ocurría. Entonces no caí yo en la cuenta. También aprovechó aquel momento para recoger la cuerda contra incendios antes que Larkin pasase por allí a echar una ojeada a las ventanas.

Se alzó otra voz, la de Leonor:

—Hay más. Fue ayer. Él jugaba al  *ping-pong* . O había estado jugando. Me preguntó si no quería yo jugar al billar.

La joven parecía estar mirando hacia el pasado con ojos de loca y acompañaba sus palabras con gestos gráficos.

—¿A qué viene eso, Leonor?

—Déjeme, Christabel. Agarró el pesado tablero del *ping-pong* y lo levantó a pulso. De repente se puso tan pálido que yo tuve que preguntarle qué le dolía. Me contestó que únicamente la memoria. Luego se acercó a mí y...

—¡Basta! —la interrumpió Betty.

Leonor avanzó, dando tropezones, entre las sillas plegables. Tiró violentamente a un lado otra silla que le cerraba el paso. El doctor Clements, con expresión dolorida en el rostro, se hizo a un lado.

—¡Míreme, Vincent James!

—¿De qué se trata, muchacha? —contestó Vincent con mucho sosiego.

—Contésteme a esto: ¿es cierto que usted le dio de puntapiés y lo pateó cuando estaba en el suelo? ¿Es cierto?

El interpelado arrugó ligeramente el entrecejo, se irguió, avanzó hasta tenerla delante, en un plano inferior, y se quedó mirándola y sonriendo de un modo tranquilo, reflexivo y extraño. Solo alrededor de sus ojos se advertía una ligera contracción. Quien lo hubiese visto en aquel instante habría afirmado que nadie era capaz de dominar sus nervios como aquel hombre.

—Sinceramente, muchacha: ¿me cree a mí capaz de una acción semejante?

Y volvió a sonreír.

En aquel instante surgió al fondo del escenario, y a espaldas de Vincent, la cara sencilla, pero tranquilizadora, del comandante Dawson.

Se veía que el comandante no se había enterado de nada de cuanto allí se había dicho. La tarea de arreglar el mecanismo de la trampa lo había tenido completamente absorto, y al ver que su compañero había desaparecido, subió al escenario por la escalera. La luz de las candilejas le daba en los ojos, de modo que no veía más que la espalda de Vincent.

—¡Contésteme! ¡Contésteme! —repitió Leonor.

Para hacer aún más patética la situación, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Christabel tenía los ojos fijos en sir Henry. Y preguntó:

—Quiero saberlo terminantemente. ¿Afirma usted que este hombre cínico tuvo la audacia increíble de bajar con nosotros al comedor vestido con el pijama y el batín de lana azul del pobre Dwight?

—Con esas prendas y con sus zapatillas —contestó sir Henry—. ¿No reparó usted en ese detalle? ¡Claro que no! Ya les he dicho antes que un batín de color poco chillón no llama la atención de nadie.

—Pero...

—Sepa usted que ayer se las arregló para deslizar el batín y las zapatillas en el cuarto de vestir de Dwight. ¿No lo recuerda? Hamley aseguró terminantemente que echó de menos el batín por la mañana, pero que se encontró con que estaba allí por la

noche. Y eso ocurrió porque cuando metieron en el armario las ropas del ladrón lo cerraron con llave, y cerrado quedó hasta la tarde. Solo entonces lo encontró Raffles abierto y pudo meter el batín. ¿Que cómo lo sé? Porque la pasada noche me dieron a mí, a mí, el batín y las zapatillas para que me las pusiese. No fue malo el rato que pasé, sentado al amor del fuego de la biblioteca, meditando sobre todos estos sucesos. Claro que no devolvió el pijama que tenía en el pecho el corte producido por el cuchillo y rastros microscópicos de sangre. Lo guardó, pensando que nadie repararía en sus pijamas. ¿Qué más daban dos que tres? Pero eso fue una verdadera majadería. Porque lo hemos encontrado en su cuarto. Larkin examinó las iniciales. Son las de Dwight Stanhope.

Leonor no había apartado sus ojos de Vincent.

—¡Contésteme! —insistió.

Vincent se limitó a mirarla cariñosamente.

Aquel acceso de sentimentalismo intrigó al comandante Dawson, que seguía en el último plano del escenario. Sin que Vincent advirtiese su presencia, se acercó a él y le tocó ligeramente con la mano en un hombro, al mismo tiempo que le decía:

—Escuche, amigo...

Y se produjo un estallido.

Quizá sea un hombre capaz del dominio ilimitado de sus nervios, cuando su atención se concentra en una sola dirección, cuando vuelca toda su tensa energía en un propósito único, cuando les exige que se aterren a lo que tienen delante. Pero basta que un soplo los distraiga un segundo, llamando su atención de modo imprevisto, para que ocurra lo que allí ocurrió.

—¡No me toque! —chilló una voz: la de Vincent James, que con sus dos metros de estatura y su agilidad de pantera, se dio media vuelta y descargó dos puñetazos seguidos: con la izquierda, al cuerpo y con la derecha al rostro.

El comandante Dawson, que no los esperaba, salió despedido hacia atrás, yendo a dar en uno de los aparatos de magia. Se tambaleó, volvió a erguirse y cayó hacia adelante sobre las manos y una rodilla, postura en la que permaneció vacilante hasta que pudo asegurar el equilibrio.

Reinó en el teatro un silencio mortal, que duró quizá hasta la cuenta de diez. El comandante Dawson respiró profundamente y, apoyándose con una mano en una mesa plateada, se levantó.

Sir Henry miró a Leonor y le dijo:

—Así tiene la contestación a su pregunta, hija mía.

La expresión de asombro fue desapareciendo de los ojos del comandante. Volvió el color a su cara, y entre nariz y boca apareció la mancha producida por los nudillos de la mano de Vincent. Dawson se irguió del todo y exclamó:

—Grandísimo cerdo, usted podrá hacerme pedazos, pero yo voy a...

Nick se plantó de dos saltos en el escenario, metiéndose entre los dos. Agarró al comandante Dawson y lo sujetó.

—¡Calma! ¡No le dé importancia!

—Es mejor que no se la dé —gritó Vincent, que estaba tan pálido como la misma Christabel.

Entonces habló Betty, y aunque no lo hizo gritando, la oyeron todos:

—Leonor, si de veras te importa lo que hizo Vincent, ¿por qué llevas en el dedo ese anillo?

—¿Qué le pasa a ese individuo? —gritó como loco el comandante Dawson—. ¿Es que ha perdido la cabeza? Llego yo para hablarle y se vuelve y me derriba a puñetazos —pero el comandante se contuvo súbitamente y desaparecieron todos los síntomas de su furia. Sus hombros, tensos para la acometida, se aflojaron bajo la presión de las manos de Nick. Y preguntó con gran extrañeza—: ¿De qué anillo habla?

Leonor, entonces, extendió su mano izquierda y le gritó:

—¿De qué anillo va a hablar, estúpido? He llevado todo el día su condenado regalo y usted ni siquiera ha reparado en él. Me está bien empleado por ser una romántica. Sepa usted que no se me da un comino de este individuo. He llorado, sí; pero ha sido pensando en lo estúpida que fui y en lo badulaque que es usted, poniendo a prueba todo mi arrepentimiento por haber pensado alguna vez seriamente en él.

El comandante abrió los ojos, los cerró y los abrió otra vez. Dijo cortésmente a Nick:

—Perdone.

Y de un salto bajó del escenario al teatro.

—Parece que se está usted poniendo un poco nervioso, muchacho —dijo sir Henry a Vincent, y luego se volvió hacia Christabel—. Muy poco más podríamos decir acerca del intento de asesinato. Maese James no tenía más preocupación después de ocurrido el hecho, si no me equivoco, que la de ver a un médico para que le curase la herida y la manera de presentarse a él. Confieso que aún no encuentro explicación al extraño ofrecimiento que hoy me hizo de referirme no sé qué tapujos de los médicos...

Nick intervino:

—Yo se lo puedo explicar, señor. Anoche, antes de acostarse, mascullaba a solas, hablando de ver a un médico. Le oí y él se dio cuenta. Por esa razón ideó alguna patraña, por si alguien le preguntaba a qué obedecía ese interés por un médico.

Se oyó la voz del comandante, que decía:

—De diamantes. El anillo de compromiso será de diamantes. ¿No se lo dije que sería de diamantes?

Pero nadie, fuera de Leonor, prestó atención a tales palabras. Sir Henry siguió diciendo:

—Una vez que Nick Wood cayó en el hecho de que Dwight Stanhope no había salido de la casa, se imponía una conclusión a él y a mí: dentro de la casa se había

realizado un trueque de ropas. Ahora bien: no había en ella otra persona a la que pudieran venir bien las de Stanhope que Vincent James... Esto cortaba el nudo.

Nick insistió rencoroso, mirando a Betty:

—¿Recuerda lo que ocurrió cuando, la noche del jueves, estábamos los dos en el palco reservado?

—¿Que si lo recuerdo? —contestó Betty.

—Entraron en el teatro su padre de usted y el señor Naseby. Yo dirigí una ojeada y exclamé: «Es Vincent...; no, es su padre». Me hubiera dado de puñetazos por las consecuencias de aquella confusión.

Betty le replicó con franqueza:

—Después de todo, amigo mío, no lo hizo usted tan mal, disponiendo de cuarenta y ocho horas para insinuarse.

Sir Henry extendió el brazo. La expresión de su rostro era de perplejidad y de disculpa.

—Ahora bien: todas nuestras suposiciones tenían que demostrarse. Si comprobábamos que, en efecto, Vincent James tenía en el pecho un vendaje sobre una herida, el asunto podía darse por concluido. Pero no era tan sencillo el comprobarlo. Con ese espionaje no se consiguen ciertas cosas. ¿Quién se decidía a encararse con un hombre y a rasgarle chaleco y camisa para ver cómo tenía el pecho, sobre todo a un individuo como este?

Su rostro tomó una expresión casi tan horrenda como la del *Gran Kafuzalum*.

—¡Un momento! —gritó Betty.

—¿Qué quieres, hija mía?

—Esta tarde, durante la función, sacó usted a Vincent para hacer una prueba delante de los chicos. Y le metió la mano debajo del chaleco, empezando a sacar, entre la alegría bulliciosa de la concurrencia, yardas y yardas de cinta de color... ¿Lo hizo para comprobar lo que sospechaba usted?

—¡Ujum! —se limitó a contestar sir Henry—. Sin lucha, sin alborotos, sin despertar sospechas —se volvió para mirar a Vincent—. ¿O es que las tuviste, muchacho? Ahora, en la Comisaría, no tendrás más remedio que quitarte la camisa.

Christabel meditaba. Al fin dijo con acento firme y frío:

—Confieso que más de una vez pensé que quizá Vincent James no fuera tan obtuso como aparentaba. A veces, cuando una estaba más convencida de su estupidez, soltaba algún dicho tan agudo que parecía habersele escapado por casualidad. Anoche, precisamente, antes de acostarme, sospeché que quizá se trataba de un hombre habilísimo. Yo sabía que en sus tiempos estudió para médico...

Leonor volvió la espalda al comandante Dawson y exclamó:

—¡Dejaos ya de darle importancia a ese hombre! Yo no creo que sea tan inteligente. Él mismo me dijo en una ocasión que de sus estudios de medicina recordaba solamente algunas cosas raras. Por ejemplo, lo del platillo.

Buller Naseby se levantó poco a poco y preguntó con voz ronca:

—¿Qué es eso del platillo?

—¡Cállese! —bramó sir Henry.

Leonor se quedó desconcertada y dijo:

—Se trata de una prueba para saber si una persona está realmente muerta o vive aún. Parece que los únicos que la conocen son los médicos y la Policía.

—Si está muerta... —balbució el señor Naseby.

—¿Es cierto eso, doctor Clements? —preguntó Leonor.

El médico se humedeció los labios y dijo:

—En efecto, ese recurso es menos conocido que el de poner un espejo o un cristal liso delante de los labios para recoger de ese modo el más ligero rastro de la respiración. Sin embargo, es tan seguro o quizá más que el otro. Cuando no se tiene a mano un espejo o un cristal liso...

El señor Naseby, con ojos desencajados, exclamó:

—No había espejo. Una jarra de cristal tallado. La taza de baquelita...

—Se toma un platillo corriente —prosiguió el doctor Clements—, se llena de agua hasta el borde y se coloca sobre el pecho de la persona en la que se quiere hacer la prueba. Si la superficie del agua muestra el más leve temblor, es que aún queda un resto de vida. Por el contrario...

El señor Naseby exclamó con voz aguda:

—Ahora lo comprendo: la segunda vez tenía que asegurarse bien de que estaba muerto.

Nick no hubiera podido decir el alcance exacto que los circunstantes dieron a esta misteriosa observación. El efecto que produjo no fue nada agradable. Vio que Christabel volvía la cabeza y que sus manos se enlazaban tan apretadamente que se formó un cerco blanco alrededor de sus sonrosadas uñas.

—Y antes que pudiese quitar el platillo tuvo que escapar, porque sintió que llegaba Larkin —siguió diciendo Naseby.

El doctor Clements se levantó de su silla y dijo sentenciosamente:

—La muerte sobrevino sin sufrimiento alguno. Se podría decir, mi querida señora, que murió sin despertar de su sueño.

Vincent James retrocedió otro paso.

Nadie pronunció más frases de explicación; no hacían falta. Las caras de las tres mujeres se volvieron poco a poco hacia la figura alta y hacia un par de ojos horribles y asustados. Sir Henry respiró lenta y ruidosamente. Se le había vuelto a apagar el cigarro y lo dejó caer en la alfombra. Pero lo que Vincent no pudo resistir fue la expresión del rostro de aquellas tres mujeres.

—No me llevarán ustedes preso. Nadie me llevará preso a mí.

—¡Cuidado! —gritó el comandante Dawson.

También ahora actuó Vincent con tan increíble agilidad que cuando Nick echó el cuerpo hacia adelante, ya la puerta del teatro que daba a la solana se había abierto y vuelto a cerrar con estrépito. Pero sir Henry exclamó con desgana:

—Déjelo, muchacho. No iré muy lejos, porque al subir tuve cuidado de cerrar la puerta que comunica con el piso de abajo. Tengo aquí la llave. No puede escaparse.

—¿Y sí intenta hacerlo por el tejado? —vociferó el señor Naseby.

—Descuide. ¿Es que no se acuerda...?

—Peor para él si se le ocurre salir al tejado... —dijo Naseby.

Nick se le quedó mirando, pero no cayó al pronto en cierta escena que había tenido lugar aquella misma tarde..., el viento helado..., una puerta que no pudo cerrar... Se lanzó como una flecha fuera del teatro.

Habíanse apagado en el cielo los últimos reflejos del día. Las débiles bombillas eléctricas del techo del corredor se reflejaban en los cristales negros. La pintura blanca tenía tonalidades fúnebres. Otra puerta crujía débilmente, empujada por ráfagas de aire helado un poco más allá de la curva que formaba el corredor.

En el tejado exterior, cubierto de nieve y en pendiente, veíanse dos, cuatro huellas profundas, y luego el ancho surco abierto por el cuerpo cuando resbaló; sus manos procuraron agarrarse y salió de su garganta un alarido al caer en el vacío. Pero no se oía un grito. Ni pedía socorro. Nada.

Nick dio media vuelta y regresó muy despacio al teatro.

Todos los que en él se encontraban habíanse puesto en pie. El comandante Dawson sostenía por la cintura a Leonor, y ella descansaba la cabeza sobre su pecho, abrazándose a él apretadamente. Betty se colocó junto a Nick. Solo Christabel se retiraba. Cuando pasó por delante, sir Henry Merrivale le tocó cariñosamente en el brazo y le dijo:

—Su hija y su hijastra van a ser muy felices. ¿No cree usted, señora, que quizá pueda también usted ser feliz algún día?

Se hizo a un lado, sin hablar más, mientras Christabel Stanhope marchaba escalera abajo hacia una nueva vida.

**FIN**



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo II de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Murió como una dama*, *Empezó entre fieras*, *Anda de noche*, *Hombre de oro* y *Se alquila un cementerio*. (Nota del E. D.) <<